VOL. 1 N° 3 OCTUBRE 1953

más allá

REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

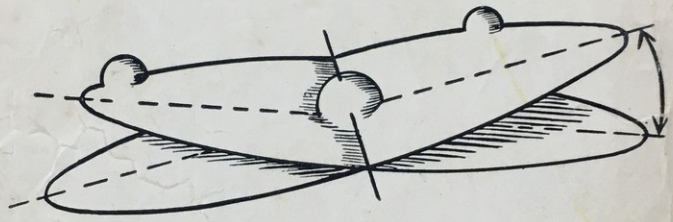
EL SISTEMA SOLAR (IV)

INCLINACION DE LAS ORBITAS

Los planetas se mueven todos casi en el mismo plano. Para medir las pequeñas desviaciones que hay, se toma el ángulo que forman sus órbitas con el plano de la órbita terrestre, también llamado plano de la Eclíptica. Angulos grandes significan mayor consumo de combustible para ir a esos planetas.

MERCURIO	7° 0′ 12″	JUPITER	2°29′ 29″
VENUS	3°23′ 38″	SATURNO	1°18′ 26″
TIERRA	0° 0′ 0″	URANO	0°46′ 22″
MARTE	1°51′ 0″	NEPTUNO	1°46′ 37″

PLUTON ..... 17°08′ 38″



EXCENTRICIDAD DE LA ORBITA

Las órbitas no son circulares sino elípticas, pero muy poco achatadas. Para medir el achatamiento de una elipse se usa la "excentricidad", un número que es cero para achatamiento mínimo (es decir, cuando la elipse coincide con una circunferencia) y que puede llegar hasta uno (cuando la elipse es tan chata que coincide con una línea recta).

MERCURIO	0,2056	JUPITER	0,0484
VENUS	0,0068	SATURNO	0,0558
TIERRA	0,0167	URANO	0,0471
MARTE	0,0933	NEPTUNO	0,0085

PLUTON 0,2486

(Sigue en la contratapa)

AÑO 1 - Nº 5
OCTUBRE 1953

más allá

MAS ALLA DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASIA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

ILUSTRACION DE LA TAPA

por Hugo Csecs

En el asteroide desolado, recién ocupado por la expedición terrestre, el robot, máxima creación de la técnica, cumple su piadosa función. Las máquinas están hechas por el hombre y para el hombre.

Redac. y Administ.: Editorial Abril S. R. L., Av. Alem 884, Bs. As., Rep. Arg.

NOVELAS CORTAS:

HEROE IMPREVISTO, por Isaac Asimov
Un viaje emocionante en la espacionave capturada.... 70
HUESPEDES, por Isaac Asimov
¿Cómo reacciona el hombre ante el embajador de un mundo desconocido? 136

CUENTOS:

SI USTED FUERA UN COPIN, por Murray Leinster
La mimética es arma de conquista 4
PRISMA DE LA SABIDURIA, por James Causey
Un pequeño descuido, y aparece por un instante una realidad impensable 22
DE CABO A RABO, por John Wyndham
Un duelo entre el presente y el futuro por el cuerpo de un hombre 46
EL EXTRAÑO CASO DE LA NUEVA BABEL, por Murray Leinster
Con 165 años, dos corazones y 12 dedos, uno puede tener ambiciones 106
LA ESPONJA INSACIABLE, por Win Marks
Un sencillo experimento casero... y se acaba el agua del mundo 116
ESPIONAJE, por Russel Eric Frank
Ser todo y todos puede acarrear inconvenientes..... 128

NOVEDADES COSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (V), por Willy Ley y Chesley Bonestell
Venus y Marte, los hermanos de la Tierra 29
ESPACIOTEST 68
La gravedad es util 104
Contestando a los lectores 125
Editorial 2

la risa es mortal

Todos los hombres sueñan. Los niños creen en las hadas y en sus varitas mágicas. Nosotros, que —¡y cuánto nos ha dolido!— hemos visto las ilusiones infantiles marchitarse una por una ante la realidad de la vida, seguimos creyendo en la magia. Ya no es la magia de los duendes en los castillos, de los gnomos que se cobijan bajo los hongos del bosque, de las princesas despertadas por un beso de amor, de los monstruos horrendos fulminados por la lanza invencible de un caballero de armadura de oro.

Nuestros sueños tienen una base científica, porque no pueden contradecir del todo nuestra lógica, nuestra razón y nuestras experiencias, y deben satisfacer nuestro sentido crítico. La fantasía científica —sueño de los adultos— tiene algunos temas preferidos. Uno de ellos es la inmortalidad.

Nadie desea morir, pero pocos han reflexionado sobre lo que significaría la inmortalidad para un hombre. Y menos sobre lo que significaría la inmortalidad para todos.

Ante todo, ¿qué entendemos por inmortalidad? No una vida infinita, en la cual la edad y sus achaques aumentan progresivamente; tampoco un estado eterno en el cual el desarrollo se detiene progresivamente; tampoco un estado de salud y equilibrio perfectos como el que se logra en la plenitud de las fuerzas y del desarrollo físico. El Inmortal no deberá parecerse ni a un niño ni a un anciano.

¿Cuál sería la mentalidad del Inmortal? El hombre crea y trabaja porque sabe que su tiempo está limitado. Cuando sepa que su existencia no tiene fin, ¿qué sentido tendrá su impaciencia, qué razón tendrá de apurarse? ¿Y podrá gozar de la vida? El miedo a la muerte es la "base negativa" de todo placer, la risa es la manifestación exterior de un sentimiento de liberación, de la desaparición de un temor: es el espíritu que se alivia, el alma que se despreocupa. El pensamiento de la muerte está detrás de toda carcajada.

En el campo económico, la inmortalidad ocasionaría un desbarajuste tremendo. La vida financiera se desarrolla alrededor del tiempo. El valor del tiempo se manifiesta en interés. En un mundo de Inmortales el tipo de interés no podría fijarse, por cuanto el tiempo no tendría valor. Para el Inmortal no hay vencimientos, no hay prórrogas, no hay especulaciones, no hay estadísticas.

El sentido de la familia para el Inmortal sería completamente diferente. El matrimonio, el nacimiento de los hijos, su educación y sus vicisitudes nos interesan ahora porque sabemos que en ello está el porvenir y que en ese porvenir nosotros no tomaremos parte. Pero al que sabe que todo el porvenir padrá ser su campo de acción, no le interesa el presente. Y el que no se interese por el presente debe tener una visión muy diferente tanto del pasado como del futuro.

Son tan numerosas las facetas interesantes de la mentalidad de un Inmortal que, hasta ahora el editor de MAS ALLA no ha encontrado un cuento o una novela que satisfaga plenamente su curiosidad. Más difícil aún sería pensar un mundo de inmortales o un mundo en el cual unos cuantos escogidos al azar, o una clase, o un sexo, o cualquier otro grupo privilegiado gozara de ese don tan horrible.

Para concebir un mundo así se requiere un enorme esfuerzo de imaginación; el que lo describa deberá ser a la vez poeta, filósofo, psicólogo y científico.

Sin llegar al extremo de un tema tan difícil como el sugerido, en general, para que las aventuras del pensamiento que forman la literatura de fantasía científica puedan satisfacer la refinada y susceptible personalidad del hombre moderno, se requiere del que las escriba, además de capacidad artística, una seriedad científica incontrovertible. El lector de fantasía científica es una persona inteligente: sus ojos están abiertos hacia el porvenir, y su juicio es independiente. Por esò nosotros esperamos con absoluta confianza el juicio de nuestros lectores sobre las dos novelas cortas de Isaac Asimov que publicamos en este número.

Ellas son profundamente diferentes entre sí: la primera se desarrolla en la Tierra, y su problema central es médicopsicológico; la segunda, dentro del marco de una aventura interplanetaria, incluye interesantísimos detalles técnicos sobre la estructura de una astronave y una descripción inolvidable de lo que se siente al encontrarse en el exterior de una de ellas mientras viaja por el espacio.

Ambas subyugan el interés del lector, apasionan por sus dinámicas acciones y, a través de un estilo literario nítido y limpio, ahondan el estudio de problemas científicos de gran complicación e importancia.

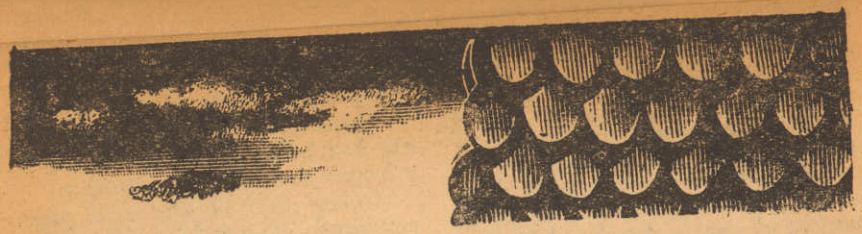
Dramatismo, claridad científica y arte literario son las tres características que han hecho de Asimov uno de los príncipes de la fantasía científica.

Asimov tiene 34 años y ha estado escribiendo durante 15 de ellos. Tiene a su crédito 7 novelas y alrededor de 70 cuentos. El desafío de la literatura científica fué recogido por él desde muy joven, y Asimov ha descubierto que la fantasía científica invade casi todos los aspectos de su vida. Por ejemplo, en 1948, mientras estaba rindiendo sus exámenes para doctorarse en química en la Universidad de Columbia, y estaba nerviosamente esperando más preguntas de sus siete examinadores, uno de ellos le dijo con toda seriedad: "Y ahora, por favor, háblenos sobre la termodinámica de la tiotimolina". Asimov sonrió; nadie podía contestar a esa pregunta mejor que él. Sabía que el examen había terminado y que el profesor era uno de sus lectores, por cuanto la "tiotimolina" con sus maravillosas propiedades era una invención suya...

La doble vida de Isaac Asimov es típica de muchos escritores de fantasía científica. Por un lado, es un famoso maestro de aventuras interplanetarias e intergalácticas; por el otro, es un bioquímico de reconocido valor, catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston, donde se especializa en investigaciones sobre el cáncer.

A través de la obra de Asimov se percibe el rasgo esencial de la fantasía científica: la de crear, con lógica y método, una realidad fantástica que no contradiga la razón y satisfaga la imaginación.

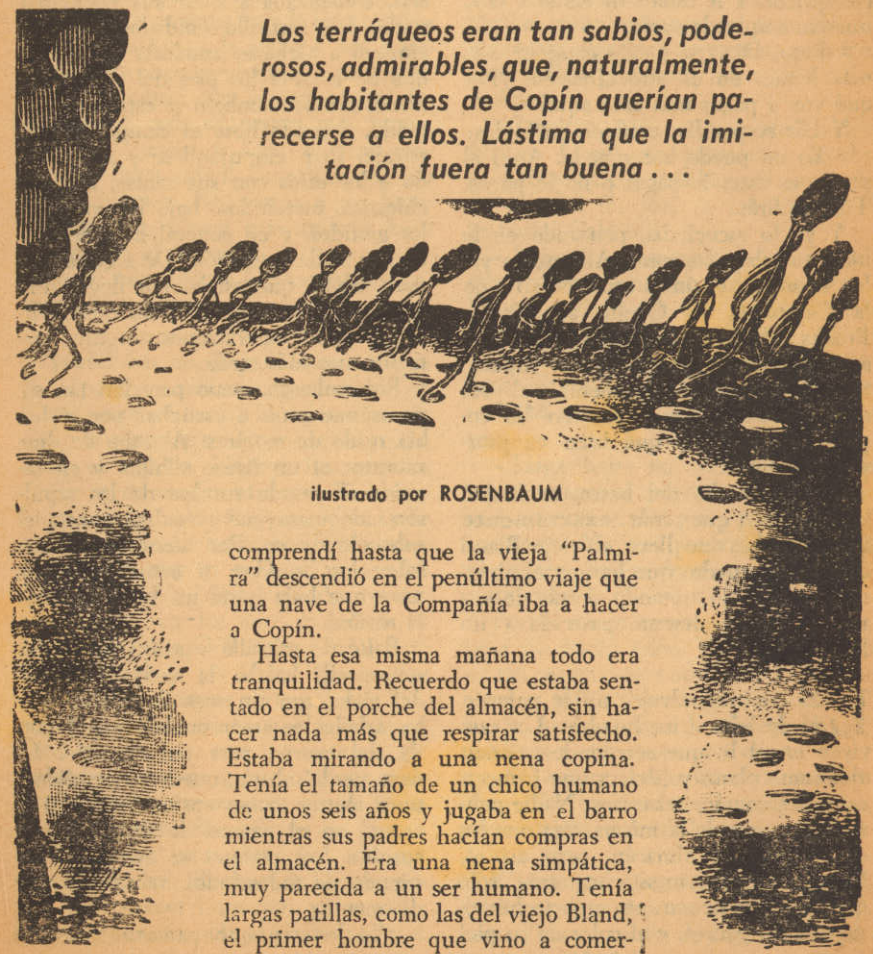
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



si usted fuera un COPIN

por MURRAY LEINSTER

Los terráqueos eran tan sabios, poderosos, admirables, que, naturalmente, los habitantes de Copín querían parecerse a ellos. Lástima que la imitación fuera tan buena . . .



ilustrado por ROSENBAUM

HASTA el último minuto no supuse que Copín iba a ser el primer planeta del cual los hombres salieran a la disparada, jadeando y sudando a mares. No había ninguna razón para ello. Los seres humanos habían vivido en Copín cuarenta años, y a nadie se le ocurrió que hubiese algo malo hasta que Brooks descubrió la cosa. Y cuando lo descubrió, nadie le quiso creer. Pero todo salió mal; muy mal. Sin embargo, tal vez se pueda arreglar todavía.

¡Tal vez! Así lo espero.

Al principio, incluso después que él ya había enviado largos informes en seis astronaves seguidas, no comprendí que [illegible] No lo comprendí hasta que la vieja "Palmira" descendió en el penúltimo viaje que una nave de la Compañía iba a hacer a Copín.

Hasta esa misma mañana todo era tranquilidad. Recuerdo que estaba sentado en el porche del almacén, sin hacer nada más que respirar satisfecho. Estaba mirando a una nena copina. Tenía el tamaño de un chico humano de unos seis años y jugaba en el barro mientras sus padres hacían compras en el almacén. Era una nena simpática, muy parecida a un ser humano. Tenía largas patillas, como las del viejo Bland, el primer hombre que vino a comer-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciar con los copines y aprendió a hablar con ellos.

Los copines le tenían mucha estima al viejo Bland. Le hicieron una gran tumba estilo copín, cuando murió; y nacen más chicos copines con patillas que los que uno puede zamarrear en una semana.

Y todo parecía perfecto. *¡Perfecto!*

Sentado allí en el porche podía oír a un copín que hablaba dentro del almacén. Hablaba inglés, tan bien como cualquiera. Y le estaba diciendo a Diz, nuestro empleado copín:

—Pero, Diz, ¡si puedo comprar esto más barato en el otro almacén! ¿Por qué voy a pagar más caro aquí?

Y Diz respondía, también en inglés:

—Yo no puedo hacer nada. Aquí el precio es éste; lo pagas o no lo pagas. Tú decidirás.

Y yo lo escuchaba, pensando en lo bien que iban las cosas. Allí estaba yo, Joe Brinkley, el único representante de la Compañía en Copín, además de Brooks (sólo seres humanos pueden ser representantes y jubilarse, por supuesto), poniéndome sentimental al ver cuánto más humanos parecen los copines cada día, y qué bien va prosperando todo.

La nena salió del barro, se limpió las patillas, que eran exactamente iguales a las que lleva el viejo Bland en el gran cuadro que hay en el almacén, y se alejó trotando detrás de sus padres. Era realmente parecida a un humano.

LOS copines salvajes no se parecen ni de lejos a un hombre. Los que viven en el bosque son verdes, tienen ojos como platos y hocicos que fruncen como los conejos terrestres. Nadie pensaría que son de la misma raza que los que vienen al almacén, pero así es. Pueden casarse unos con otros, sólo que los hijos tienen más aspecto humano que los padres, y el color de su piel es casi el mismo que el de los terráqueos, lo cual es muy natural, si se piensa un poco en ello. Pero nadie pensaba en eso; es decir, hasta entonces.

Yo tampoco pensaba en eso esa misma mañana; ni siquiera en los informes que Brooks escribía sudoroso y enviaba a la Tierra con cada astronave de la Compañía que salía. Allí estaba, lo más contento, cuando noté que Sally, el árbol que da sombra al porche del almacén, comenzaba a sacar sus raíces del suelo. Las enrrolló cuidadosamente y empezó a alejarse, andando como uno que no levanta los pies del suelo. Los demás árboles también se estaban apartando, dejando libre el campo de aterrizaje. Iban empujándose y molestando a los otros con sus ramas, los más chiquitos metiéndose bajo las copas de los grandes, y en general haciendo todo con mala intención. De alguna manera sabían que estaba por llegar una astronave, y por eso dejaban espacio libre. Pero no esperábamos ninguna hasta un mes más tarde.

Sin embargo, como parecían tan seguros, me puse a escuchar por si había ruido de motores. Al cabo de diez minutos oí un ligero silbido, y en seguida el pesado zumbar de los repulsores de masa que actuaban contra el subsuelo rocoso. Por suerte no actúan sobre los líquidos; si actuaran, ¡cada nave que baja haría un barro de toda la región!

Salté de mi silla y salí a mirar. Sí, señor, allí bajaba la vieja "Palmira" del cielo, con un mes de adelanto, y los árboles se amontonaban en el borde del campo para dejarle sitio. La nave perdió altura, quedó suspendida a unos metros, como ansiosa, y luego se asentó en el campo, se diría con un suspiro. Los copines se acercaron corriendo de todos lados, saludando cordialmente.

¡Ya lo creo que parecen humanos estos copines! ¡Los hombres son su ideal de lo que debe ser la gente! Se peleaban por llevar la carga al almacén, y trepaban y saltaban para ver si en la tripulación había viejos conocidos. Si consiguen que un humano vaya de visita a sus casas, se jactan de ello durante semanas. ¡Y cómo tratan a sus huéspedes!

Les dan a usar ropas copinas de gala, telas suaves y sedosas, y frutas copinas y bebidas copinas. ¡Tendrían que probarlas! Y cuando llega la hora de partir, acompañan a la nave a sus huéspedes terrestres coronándolos de flores.

Los hombres son lo mejor para los copines. Y cada día están más humanos. Ahí tienen a Diz, nuestro empleado. Sería difícil descubrir que no es un hombre. Se parece a un hombre llamado Casey que trabajó hace tiempo en el almacén, y tiene un rebaño de hermanos y hermanas tan humanizados como él. Uno juraría...

PERO ésta era la penúltima vez que una nave terrestre iba a bajar en Copín, aunque nadie lo sabía aún. Se abrió la compuerta de pasajeros y apareció el capitán Haney. Los copines chillaron de alegría al verlo. El los saludó con un ademán, y ayudó a salir a una muchacha humana. Tenía cabellos rojos y aire de seriedad comercial. Los copines saludaban y gritaban y sonreían. La chica los miró extrañada, y el capitán le explicó algo al oído, pero ella sólo apretó los labios. Luego, los copines acercaron un portacargas, y Haney y la chica subieron a él y vinieron hacia el almacén; con los copines empujando y tirando y haciendo gran algarabía, todo tan amistoso que le hacía a uno sentirse feliz. ¡Cómo les gustan los hombres a los copines! Los admiran una barbaridad. Hacen todo lo que pueden por parecer humanos, y son inteligentes; pero tiemblo al pensar por qué poquito nos salvamos.

El capitán Haney saltó del portacargas y ayudó a bajar a la chica. Ella lanzó una mirada furiosa. Nunca vi una mujer más enojada... ni más bonita con sus cabellos rojos y sus ojos azules que me miraban con expresión de hostilidad.

—Hola, Joe —dijo Haney—. ¿Dónde está Brooks?

Se lo dije. Brooks estaba curioseando por las montañas, detrás del almacén. Estaba nervioso y preocupado y obraba como si estuviera tratando de encontrar algo que no existía, pero que él se había propuesto buscar de todos modos.

—Lástima que no esté aquí —dijo Haney. Luego me presentó a la chica—. Este es Joe Brinkley, el ayudante de Brooks. Y, Joe, la señorita es el inspector Caldwell.

—Llámeme Inspector —interrumpió ella, y me miró acusadoramente —. Vengo a investigar este asunto de un almacén competidor en Copín.

—¡Oh! —le dije—, es mal negocio. Pero no nos ha molestado mucho. En realidad no hemos disminuído nada las ventas.

—Haga bajar mi equipaje, capitán —interrumpió el inspector Caldwell imperiosamente—. Después puede levantar vuelo. Yo me quedaré aquí hasta que usted regrese de nuevo en su próximo viaje.

Pegué un grito para llamar a Diz, pero no hacía falta. Ya estaba detrás de mí, respetuoso y admirando a la muchacha. ¡Uno juraría que es humano! Es la imagen viva de Casey, el que vivió en Copín hace seis años.

—Sí, señora —dijo Diz a la muchacha—. Le mostraré su cuarto, señora, y en seguida le haré llevar allí su equipaje.

Y le mostró el camino; pero no hizo falta que diera órdenes acerca del equipaje. Ya un montón de copines se acercaba arrastrándolo, con la esperanza de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que ella les dijera "gracias". Era la primera vez que llegaba una mujer a Copín; estaban todos muy emocionados, y se quedaron allí, admirándola.

HABIA chicos con patillas, como el viejo Bland, y otros chicos con bigotes, sin distinción de sexo. Le estaba señalando al capitán Haney una cantidad de chicos que se parecen notablemente a él, y en el momento en que me contestaba "¡Qué me dices!", apareció de vuelta, acercándose a nosotros el inspector Caldwell.

—¿Qué está esperando, capitán? —dijo en tono helado.

—La nave se queda siempre unas horas —le expliqué yo—. Los copines son tan amables que para no desairarlos dejamos que la tripulación sea amable con ellos.

—Dudo mucho —dijo el inspector, y su voz congelaba— que después de mi informe la Compañía permita continuar esa costumbre.

Haney se encogió de hombros y se alejó, de lo cual deduje que este inspector femenino ocupaba un alto cargo en la Compañía. No era vieja; tenía unos 25 años, calculé; pero la familia Caldwell es prácticamente dueña de la Compañía, y todos los sobrinos, primos y nietos asisten a una escuela especial donde los preparan para el trabajo en la firma. Allí les enseñan muy bien, y no se puede decir que no se merezcan los puestos buenos. De todos modos hay montones de puestos altos, pues la Compañía controla el comercio con treinta o cuarenta sistemas solares.

El capitán tuvo que abrirse paso prácticamente a codazos entre los copines que querían darle flores y frutos y cosas de ésas. ¡Los copines se vuelven locos por los hombres! Por fin entró a la nave, se cerró la puerta y los copines retrocedieron. Los motores de la "Palmira" empezaron a tronar. Se puso en marcha el repulsor de masa; la nave se elevó, y el zumbido comenzó a hacerse cada vez más grave y más débil... hasta que pronto se oyó un silbido y desapareció. Todo parecía normal. ¿Quién iba a adivinar que era el penúltimo viaje de una nave terrestre a Copín?

EL inspector taconeó nerviosa.

—¿Cuándo enviará a buscar al señor Brooks? —me preguntó.

—Ahora mismo —le contesté, y transmití la orden a Diz.

—Ya envié un mensajero a avisarle, señora —dijo Diz—. Si oyó el ruido de la nave es posible que ya esté en camino de vuelta.

Saludó y entró al almacén. Muchos copines vinieron a ver la nave y ahora aprovechaban para hacer sus compras. De pronto el inspector pegó un salto.

—¿Q... qué... qué es eso? —preguntó rígida.

Los árboles que se habían apartado para dejar sitio a la "Palmira", estaban volviendo a su lugar habitual. Entonces comprendí que aquella escena debía de resultar curiosa para un recién llegado a Copín. Son árboles bastante comunes, en un sentido; tienen corteza y ramas y hojas; ponen sus raíces en agujeros que hacen en el suelo, y allí se quedan casi todo el tiempo. Pero se pueden mover. Los del bosque, cuando hay sequía o demasiados vecinos, o se enojan con los demás, levantan sus raíces y se van a buscar otro sitio mejor.

Los árboles de nuestro campo de aterrizaje han aprendido que cada tanto baja una nave y tienen que dejar sitio. Pero en cuanto la nave se va, ellos vuelven. Los más jóvenes andan más rápido y ocupan los mejores sitios, y los grandotes vienen detrás de ellos, agitando con indignación las ramas, tratando de alcanzarlos y furiosos como el demonio.

Le expliqué lo que sucedía, y ella se quedó con los ojos abiertos. Entonces llegó Sally. Sally y yo somos amigos; es muy vieja, tiene un tronco de casi un metro de espesor, pero siempre extiende una rama para dar sombra a mi ventana por las mañanas, y yo nunca permito que otro árbol le saque su lugar. Sally se acercó andando a lo pato, desenrrolló sus raíces, las metió una por una en sus correspondientes agujeros y se acomodó pacíficamente en su sitio.

—¿No son... peligrosos? —preguntó el inspector, algo intranquila.

—Nada —le dije—. Las cosas pueden cambiar en Copín. No necesitan luchar. En este planeta hay una clase especial de evolución, adaptativa, podría decirse. Es un lindo lugar para vivir. Lo único es que todo madura tan rápido; un copín, por ejemplo, es adulto a los cuatro años.

Ella arrugó la nariz.

—¿Qué se sabe del otro almacén? —preguntó secamente—. ¿De quién es? La compañía tiene la exclusividad del comercio en Copín. ¿Quién se atreve a violar la ley?

—Es lo que Brooks está tratando de averiguar —le dije—. Tienen un surtido completo de mercaderías, pero los copines dicen que los dueños nunca están. Se van de caza o cosas así. Nunca hemos conseguido verlos personalmente.

—¿No? —dijo ella—. ¡Yo los veré! ¡No podemos tolerar competencia en nuestro territorio! En cuanto al resto de los informes del señor Brooks... —se interrumpió, y luego añadió—. Ese empleado de ustedes me recuerda a alguien que conocí...

—Es un copín —le expliqué—, pero se parece a un antiguo representante de la Compañía; Casey, de nombre. Casey es ahora director de zona en Jatim II, pero trabajaba aquí antes, y Diz es su viva imagen.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Inicuo! —dijo el inspector Caldwell, disgustada.

Un par de árboles estaban peleándose a empujones por un sitio de primera. Otros merodeaban como patos furiosos porque les habían quitado sus lugares. Me sonreí al ver a un árbol joven colarse entre los dos que peleaban y meter sus raíces en los agujeros en disputa.

—¡No me gusta su actitud! —explotó el inspector, enojadísima.

Y se metió en el almacén, taconeando con furia, y dejándome perplejo.

¿Qué tiene de malo que me divierta con los árboles chicos que se aprovechan de sus mayores?

ESA tarde llegó Brooks de vuelta, marchando a la cabeza de un grupo de copines del bosque, de verde piel y ojos como platos, que le habían servido de guías. Brooks es un muchacho buen mozo, corpulento y de mandíbula fuerte.

Cuando salió de entre los árboles del campo de aterrizaje, venía a trancos largos, impaciente. Con los copines que lo seguían, tenía un aspecto dramático, como en las películas de esos exploradores de planetas desconocidos, que vuelven de peligrosas expediciones acompañados por extraños nativos que todavía no saben si este visitante del espacio es un dios o qué. Ya conocen el tema.

Vi que el inspector lo miró bien y sus ojos se abrieron. Parecía haberse impresionado, y no desagradablemente, por cierto.

Cuando él la vió se quedó parpadeando, pero luego gruñó:

—¿Qué es esto? ¿Un nuevo modelo de copina?

El inspector se puso rígida; por poco empieza a echar chispas. Antes que pasara algo me apresuré a presentarlos:

—Es el inspector Caldwell que llegó hoy en la "Palmira". Eeeh..., Inspector, le presento a Brooks, el encargado jefe.

Se estrecharon las manos. El la miró y dijo:

—Ya había perdido las esperanzas de que prestaran atención a mis informes. ¿Usted vino a comprobar mi informe de que debe abandonarse el comercio con Copín?

—¡De ningún modo! —dijo secamente el inspector—. ¡Eso es absurdo! Este planeta ofrece grandes perspectivas; los nativos son amistosos y el comercio está aumentando. El directorio está considerando incluso la introducción de plantaciones especiales.

Eso me pareció una idea brillante. ¡Me gustaría ver lo que pasaría si los copines empezaran a cultivar nuevas plantas! No me imagino lo que harían los árboles de aquí al ver que los mejores sitios se reservaban para las plantas extranjeras. No me lo imagino, pero no me lo querría perder.

—Lo que quiero preguntarle ahora mismo — prosiguió el inspector, muy severa— es por qué ha permitido que se instale un almacén de otra compañía, por qué no nos informó antes y por qué no ha identificado a qué compañía pertenece.

Brooks se quedó mirándola. Se empezó a enojar.

—¡Cuerno! —dijo—. Todo eso está explicado en mis informes. ¿No los ha leído?

—Claro que no —dijo el inspector—. Se me dió una idea general de la situación y he venido a corregirla.

—¡Oh! —dijo Brooks—. Con razón pensé que...

Parecía que estuviera tragándose un montón de malas palabras. Era curioso verlos a los dos frente a frente, con todas las trazas de interesarles mucho lo que contemplaban, pero chispeando de furia.

—Si me muestra alguno de los productos que ellos venden —dijo el inspector con arrogancia—, y espero que eso pueda hacerlo, yo identificaré en seguida a la compañía que los fabrica.

El sonrió sin alegría y entró al almacén. Sacamos las mercaderías que hicimos comprar a nuestros competidores por unos copines de confianza. Brooks las puso sobre un mostrador y dió un paso atrás para ver qué hacía ella, siempre con su sonrisa de máscara. Ella recogió un proyector de películas tridimensionales.

—¡Huf!... —dijo, desdeñosa—. Calidad inferior... Es...

Se interrumpió y tomó un cuchillo de caza.

—Esto —dijo— fué fabricado por...

Volvió a interrumpirse y tomó unas telas, palpándolas cuidadosamente. Estaba que echaba humo.

—¡Ya veo! —exclamó, enojada—. Como los copines están acostumbrados a nuestras mercaderías, ¡la gente del otro almacén las copia! ¿Venden más barato?

—Cincuenta por ciento —dijo Brooks.

Y yo interviene:

—Pero no hemos perdido clientes. Los copines siguen comprándonos por amistad. ¡Gente amable estos copines!

EN ese momento entró Diz, igualito que Casey, el antiguo encargado.

—Vino una muchacha a hacerle un cumplido —me dijo sonriendo.

—¡Caramba! —dije yo, complacido y avergonzado—. Dile que entre y tráele un regalo.

Diz salió. El inspector ni lo había notado. Estaba que volaba pensando en esos canallas que copiaban nuestra mercadería y la vendían a menor precio en un planeta que nos había sido concedido en exclusividad.

—Iré a visitar ese almacén —anunció—, y si quieren una guerra comercial, ¡la tendrán! ¡Nosotros también podemos rebajar los precios si hace falta! ¡Tenemos todos los recursos de la Compañía a nuestra disposición!

Brooks seguía furioso porque ella no había leído sus informes. Y en ese momento entró la muchacha copina. Nada fea, la chica. Se ve que es copina; no se parece tanto a un humano como Diz, pero es bastante pasable. Me miró y lanzó una risita.

—Un cumplido —dijo, y me mostró lo que traía.

Era un nene copín, flamante, flamante. Y tenía orejas largas como las

---

Cometas

COMETAS *chicos aparecen todos los años; nadie les presta mucha atención, pero nunca se sabe si no terminarán pegándonos un susto. No es que corra peligro la humanidad si llega a haber un choque directo, pero el efecto puede ser superior al de una bomba atómica. El primer cometa descubierto este año lo fué por un astrónomo checoeslovaco, Antonin Mrkos, cuyo nombre llevará. Mrkos ha descubierto cuatro cometas en los últimos cinco años: un verdadero récord.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mías, y su nariz parecía que alguien la hubiese pisado (así es la mía también), y en general parecía un modelo en pequeña escala de mi modesta persona. Le acaricié el mentón diciéndole "¡ajó, ajó!", y me respondió con amables ruiditos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté a la muchacha.

Me lo dijo. Yo no recordaba su nombre, como tampoco recordaba haberla visto antes, pero me había hecho un cumplido. Así son los copines.

—Muy simpático —dije—. Simpatiquísimo. ¡Ojalá tenga más sesos que yo cuando crezca!

Entró Diz con una brazada de regalos, siguiendo la tradición del viejo Bland cuando una copina le presentó el primer chico con patillas, y yo agregué:

—Muchas gracias por el cumplido. Me siento muy honrado.

Ella tomó los regalos y salió, prodigando risitas. El nene se despidió agitando los puñitos. Muy humano. Y simpático el nene, sin duda alguna.

ENTONCES sentí algo en la nuca: el inspector Caldwell me estaba atravesando con una mirada de repugnancia.

—¿Dijo usted que los nativos eran amistosos? —preguntó en tono acre—. Cariñosos sería mejor palabra. ¡Usted saldrá de este planeta con la primera nave que venga!

—Pero ¿qué pasa? —pregunté yo, sorprendido—. Ella me hizo un cumplido y yo le hice un regalo. ¡Es la costumbre! ¡No recuerdo haberla visto nunca!

—¿No la recuerda? —dijo ella, y la voz le temblaba—. ¡Qué... qué miserable! ¡Usted me da náuseas!

Brooks empezó a atragantarse, a resoplar y por fin a reírse a carcajadas. Recién entonces comprendí y largué la risa. Nos retorcíamos de tanto reírnos. Y al verla cada vez más enojada, la cosa resultaba más cómica. ¡Casi estalla de furia!

CUANDO salimos para ir al otro almacén al día siguiente, la atmósfera no era muy cordial que digamos. Íbamos sólo el inspector y yo, con Diz y un par de copines para mayor seriedad. Ella llevaba un traje verde de explorador y estaba lo que se dice bonita. Pero se quedó de una pieza cuando supo que Brooks me había encargado a mí de acompañarla.

Anduvimos un buen rato, y cuando Diz y los otros se adelantaron un poco, aprovechó para decirme:

—Este señor Brooks no tiene ganas de cooperar. ¿Por qué no vino? ¿Tiene miedo a la gente del otro almacén.

—Nada de eso —le dije—. Es un buen tipo. Pero usted es su superior y no ha leído sus informes.

—Si soy su superior —contestó ella acremente— ¡le aseguro que es porque soy competente!

—No lo dudo —dije—, y si usted no fuera linda a él no le importaría. Pero a un hombre no le gusta que una chica bonita lo esté retando.

Se encogió de hombros, pero se veía que la había ablandado, pues preguntó:

—¿Qué dicen esos informes que yo debería haber leído?

—No sé —admití—; pero le han costado buen trabajo, y está furioso porque nadie los lee.

—Tal vez daba datos de este almacén nuevo. ¿Qué sabe usted de eso, señor Brinkley?

Le dije lo que Diz le contó a Brooks. Diz se enteró porque un día unos copines vinieron de compras y preguntaron amistosamente por qué cobrábamos tan caro esto y lo otro. Diz les dijo que era lo mismo que habíamos cobrado siempre, y ellos dijeron que el otro almacén cobraba menos. ¿Qué otro almacén? les preguntó Diz. Y entonces ellos le contaron que había otro almacén que vendía las mismas cosas que nosotros, pero más barato. Y eso es todo lo que dijeron.

Entonces Brooks le ordenó a Diz que averiguara más, y él anduvo de exploración y descubrió el nuevo almacén a menos de veinte kilómetros del nuestro. Diz no vió hombres allí, sólo empleados copines. Y nosotros tampoco hemos conseguido ver seres humanos.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez que Brooks o yo vamos allá, los empleados nos dicen que los hombres han ido a algún sitio. Tal vez estén instalando otros almacenes, no sé. Les escribimos una nota preguntándoles qué cuernos hacían aquí, pero nunca la contestaron. Por supuesto no vimos sus libros ni sus habitaciones.

—Hubieran podido averiguar bastante en sus libros —dijo ella—. ¿Por qué no obligaron a los copines a que se los mostraran?

—Porque los copines imitan a los hombres —le expliqué pacientemente—. Si les damos el ejemplo de peleas, robos o bigamia, los copines empezarán a hacerlo también.

—¡Bigamia! —dijo con risita sardónica—. Y usted quiere hacerme creer que tiene bastante sentido moral...

Me enojé. Brooks y yo le hemos explicado punto por punto cómo es que entre la admiración y la forma rara de evolución que hay en Copín se producen esos nenes tan parecidos a los hombres, y que el cumplido que me hizo la muchacha copina es un caso de esos. Pero ni nos escuchó.

—Señorita Caldwell —le dije en tono firme—, aunque no crea en la explicación que le dimos anoche, le agradeceré muchísimo que respete mis sentimientos.

—¿Sus sentimientos? —dijo, sarcástica—. ¡Encantada! En cuanto los encuentre...

Me callé; es inútil discutir con mujeres. Seguimos caminando en silencio por el bosque hasta llegar al otro almacén. Y allí le dió una de esas rabietas largas y silenciosas que me llenan de admiración.

Había sólo copines en el almacén, como siempre. Dijeron que los hombres habían salido. Miraron al inspector con admiración y le mostraron sus mercaderías. Son idénticas a las nuestras, pero admiten que sólo han vendido algo porque sus precios son mucho más bajos. Estaban muy respetuosos y complacidos de vernos.

El inspector se quedó un buen rato boquiabierta, contemplando al emplea-

---

¿Platillos o meteoros?

UNA nueva explicación de los "platos voladores" propone el astrónomo norteamericano Wylie. Dice que la gran mayoría de la gente que cree haber visto esos extraños aparatos se ha confundido con meteoros brillantes, capaces de dar sombra, y que generalmente son de color verdoso. Tan seguro está el doctor Wylie de su teoría, que ha hecho un llamamiento general al público para que se le comunique de inmediato la presencia de cualquier luz extraña en el cielo, pues él se especializa en el estudio de esos meteoros. Tal vez tenga razón, pero cuando se proponen tantas teorías diferentes para explicar el mismo fenómeno, uno empieza a sospechar que ninguna debe ser cierta. ¿No se tratará simplemente de marcianos?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do principal, antes de empezar con sus preguntas. Y no pudo averiguar nada: ni la procedencia de las marcaderías ni qué compañía instaló el almacén. Y siguió rabiando y rabiando...

CUANDO volvimos, Brooks estaba sudando de escribir otro informe para enviar con la próxima nave. El inspector fué al salón de ventas y dió órdenes en voz baja y venenosa; luego se encaró con Brooks:

—Acabo de ordenar una rebaja general de precios del setenta y cinco por ciento —le dijo con voz cortada por la rabia—. Además se duplicará el crédito que se concede a los copines. ¿Quieren una guerra comercial? ¡Pues la tendrán!

Parecía más furiosa de lo que las cosas justificaban. Brooks, con aire cansado, le explicó:

—Me gustaría que escuchara algunos datos. Yo he explorado cada centímetro de territorio a 50 kilómetros a la redonda, buscando un sitio donde pudiera descender la nave del otro almacén. Y no hay ninguno. ¿No le dice nada eso?

—Pero el almacén está allí y tiene mercaderías, ¿no? —contestó ella—. Y nosotros tenemos derechos exclusivos de comercio, ¿no? ¡Eso es suficiente para mí! Nuestro deber es echarlos de Copín.

Seguía pareciendo más furiosa de lo necesario. Brooks insistió, con mucha paciencia:

—Tenían todo el planeta para instalar su almacén. Podían haberlo hecho en el otro hemisferio y cobrar los precios que se les diera la gana. Pero se instalaron al lado de nosotros. ¿Qué sentido le encuentra a eso?

—Aquí ya tenían clientes acostumbrados a las mercaderías humanas y empleados nativos que sabían hablar y escribir inglés. Y... —y por fin explotó con lo que la venía consumiendo desde la expedición al otro almacén—. ¡Y aquí pudieron conseguir un jefe de ventas copín muy buen mozo, señor Brooks! No sólo se parece a usted en cada rasgo físico, sino en todos sus modales. ¡Debe de estar usted muy orgulloso de él!

Y con eso salió despidiéndose con un portazo.

—NO quiere creer nada —reflexionó en voz alta Brooks—, salvo que los hombres son unos cochinos. ¿Es cierto que hay un copín que se parece a mí?

Asentí.

—Es raro que nunca me lo hayan presentado como cumplido... ¿Qué tal es el parecido?

—Si usara tus ropas —le dije con sinceridad—, me atrevería a jurar que eras tú.

Entonces Brooks comenzó lenta, lentamente, a palidecer.

—¿Recuerdas la vez que fuiste de caza con Diz y su gente? Fué la vez que murió un copín. Tú llevabas ropajes de huésped, ¿verdad?

Tragué saliva y asentí. Esos ropajes son para los copines como la pechuga del pavo para los hombres. Lo mejor. Y una cacería de copines es algo digno de verse. Cazan "garliktos" que son prácticamente dragones, porque tienen escamas, vuelan y están llenos de malas intenciones.

Para cazarlos se llevan pájaros charletas, que revolotean hasta que un garlikto los quiere atrapar. Entonces los charletas vuelan como cohetes hacia donde esperan los cazadores, y van chillando y charlando a todo lo que dan para avisarles. Y el garlikto cae en la trampa. En recompensa los charletas reciben la parte de adentro del garlikto, y hay que ver cómo charlan de alegría, recordando sin duda otras cacerías igualmente afortunadas.

—¿Llevabas ropaje de huésped? —insistió Brooks, muy serio.

Volví a tragar saliva y a asentir. Son ropajes suaves y dignos, aunque no muy cómodos para cazar. Pero si uno es huésped de un copín tiene que usarlos. Y claro, para eso hay que sacarse las ropas humanas.

—¿Por qué preguntas? —le dije, sintiéndome nervioso.

—¿No volviste un día, en medio de la cacería, a buscar tabaco y darte un baño?

—No —dije, empezando a sentirme mal—. Estábamos en los montes de Tunlib, enterrando al copín muerto, y perdimos mucho tiempo construyendo la tumba. ¿Por qué?

—Durante esa semana —continuó Brooks siempre serio—, y mientras tú estabas lejos, usando ropas copinas, vino alguien con tu traje humano, se llevó tabaco y se bañó. Joe, así como hay un copín que podría pasar por mí, hay uno que podría pasar por tí; que pasó por ti, en realidad. ¡Nadie sospechó nada!

Yo ya estaba asustado.

—Pero, ¿para qué hizo eso? ¡No robó nada! ¿Lo habrá hecho para jactarse ante sus amigos de que puede pasar por un hombre?

—Quizá estaba comprobando si podía engañarme a mí... —dijo Brooks— o al capitán Haney cuando llegara la "Palmira". O...

Me miró fijamente y me sentí positivamente mal. Esto podía significar algo grave...

—No te lo he dicho antes —prosiguió Brooks—, pero estuve pensando algo como esto: a los copines les gusta ser hombres y sus chicos parecen humanos. Tal vez quieran ser tan inteligentes como los hombres..., y lo sean. Ese almacén rival me pareció sospechoso desde el principio. ¡Son copines que están practicando! ¿No ves?

Me sentí débil y enfermo. ¡La cosa era peligrosa! Pero dije:

—¿Quieres decir que hay copines que podrían pasar por nosotros, y están pensando liquidarnos y tomar nuestro sitio? ¡No lo creo! ¡A los copines les *gustan* los hombres! ¡No les harían daño por *nada*!

Brooks ni me oyó, y siguió hablando:

—Estuve tratando de persuadir a la Compañía de que tenemos que salir de este planeta, ¡y rápido! Y nos mandan a este inspector Caldwell, que no sólo es mujer, sino, para peor, pelirroja. No piensa más que en otra compañía rival y que somos un par de canallas lascivos, y no hay nada que la convenza de lo contrario...

ENTONCES se me ocurrió algo:

—Ella es la primera mujer humana que viene a Copín, y además los copines nunca vieron cabellos rojos. ¿Te parece que habrá tiempo?

El hizo unos cálculos mentales y dijo:

—Con un poco de suerte tiene que resultar. ¡Tienes razón! —Luego su expresión se ablandó un poco—. Y cuando ocurra..., pobre chica, le va a pesar. A las mujeres no les gusta equivocarse, y si son pelirrojas, menos. ¡Pero podría ser la salvación de... de la humanidad!

Me quedé mirándolo y él parpadeó.

—Oye. ¡*Yo* no soy ningún copín! ¡Bien lo sabes! Pero si hay un copín tan parecido a mí... ¿No ves? Y hay que proteger al inspector. Si me ves cruzar los dedos, contéstame sacudiendo el meñique. Así sabré que eres tú y no una copia. Y al revés. ¿Entiendes? ¡Júrame que protegerás al inspector!

—¡Claro! —le dije—. ¡Por supuesto!

Sacudí el meñique. El cruzó los dedos. Era una señal que sólo nosotros dos podíamos conocer. Me sentí mucho más tranquilo.

BROOKS salió al día siguiente para ver al copín del otro almacén, tan parecido a él. El inspector lo acompañó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para decir algo agrio cuando Brooks viera a su doble, que ella no creía que se pareciera tanto por pura coincidencia. Y tenía razón, aunque no por lo que ella pensaba.

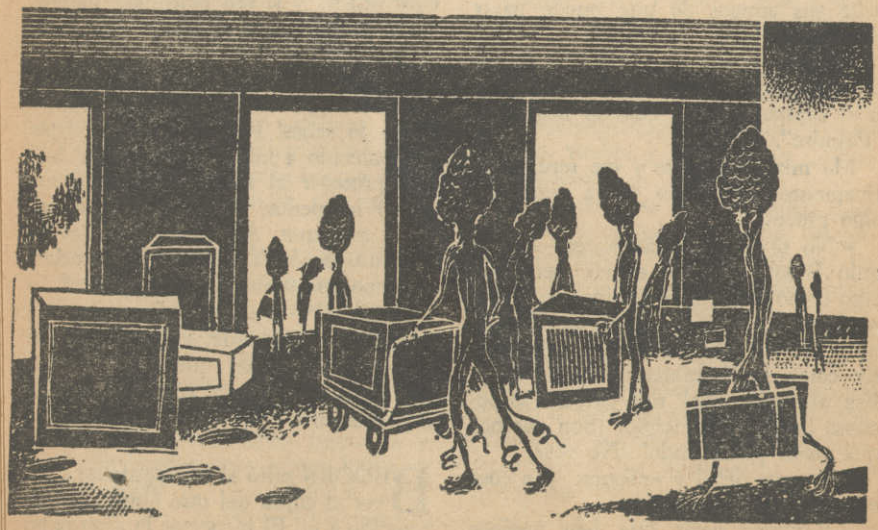
Antes de salir Brooks cruzó los dedos y me miró significativamente. Yo sacudí el meñique, y se fueron.

Me senté a la sombra de Sally a pensar un poco. Estaba asustado. Faltaban dos semanas para que llegara la "Palmira" trayendo mercaderías. Pensé en lo bien que habían ido las cosas hasta ese momento; cómo admiraban los copines a los hombres, cómo deseaban parecerse a ellos y cómo a ningún copín se le ocurriría hacer daño a un hombre. Buena gente los copines. Pero...

Eso está por acabarse. La admiración a los humanos ha vuelto inteligentes a los copines, pero algo les ha fallado. Sus chicos se parecen a los hombres y eso es un cumplido. Pero ningún hombre ha visto un copín de cuatro o cinco años, ya adulto, que se parezca tanto a él que sea imposible distinguirlo. No es que los escondan con mala intención, sino que los copines temen que a los humanos no les guste verse a sí mismos en una especie de espejo copín. Son como chicos que guardan secretos de los grandes.

Los copines son como chicos, pero los hombres son capaces de asustarse al pensar en lo que sucedería si se mezclan con los humanos, y sus chicos copian a los sabios y artistas más grandes...

Empecé a transpirar; ya me daba cuenta de todo. Brooks estaba preocupado por la idea de que los copines podían infiltrarse en la Tierra y ser en poco tiempo los principales políticos, sabios, exploradores, los varones más apuestos y las mujeres más hermosas..., todo lo que los hombres querrían ser, y que a los copines les basta desear para obtener. Ya eso es suficiente para que un hombre se sienta pésimo, y Brooks además está preocupado por el inspector Caldwell, que es pelirroja, bonita y está a punto de llevarse una sorpresa.



Volvieron de la expedición, ella siempre furiosa y él asustado. Nos cruzamos la contraseña de los dedos para estar seguros de que ninguno de los dos había sido sustituído por un copín. No encontraron al copín tan parecido a Brooks, ni averiguaron nada que no supiéramos de antes..., que tampoco es gran cosa.

Y así siguieron pasando los días. Brooks y yo sudando en espera de la "Palmira" y rezando para que el inspector Caldwell recibiera su merecido, y cada mañana Brooks cruzaba los dedos y yo sacudía el meñique... Y él vigilaba al inspector con ternura.

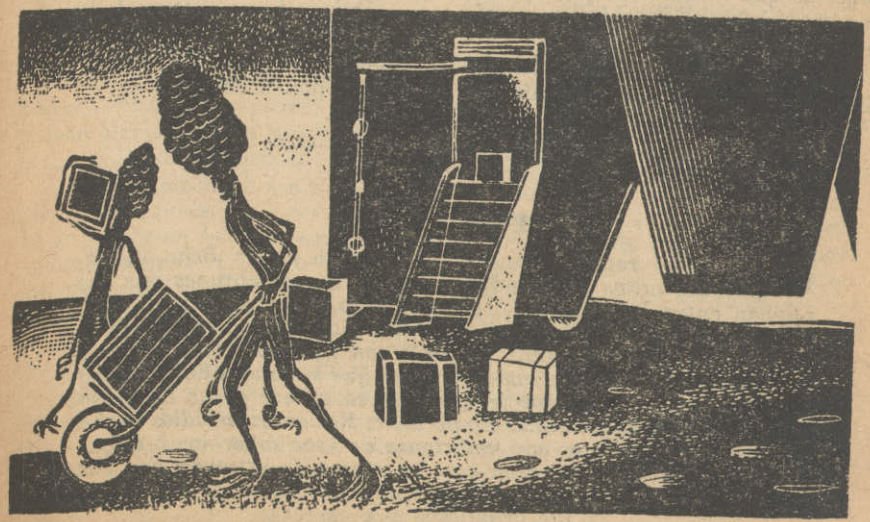
EL otro almacén seguía funcionando y vendiendo a mitad de precio. Entonces, por orden del inspector, volvimos a bajar los precios nosotros a la mitad de los de ellos. Ellos bajaron en seguida a la mitad de los nuestros, y nosotros de nuevo a la mitad, y así sucesivamente. Mientras tanto seguíamos sudando.

Tres días antes de la llegada de la "Palmira" nuestras mercaderías se cobraban cien veces más barato que un mes atrás, y el otro almacén las vendía a la mitad. Pronto íbamos a tener que darles plata encima a los copines para que se llevaran nuestras últimas mercaderías.

Fuera de eso, todo estaba como siempre. Los copines siempre buscándonos, amables y respetuosos. Vinieron más a menudo que de costumbre para ver al inspector Caldwell.

Brooks seguía serio. Ya estaba loco por ella, y ella lo sabía y se lo hacía penar. Le daba órdenes tajantes y él le contestaba con suavidad y dulzura, sabiendo que cuando sucediera lo que él esperaba, ella iba a necesitar consuelo. Ya nos estábamos quedando sin mercaderías por vender tan barato, pero el otro almacén no parecía sufrir de escasez.

—Señor Brooks — le dijo el inspector secamente durante el desayuno —, tendremos que pedir casi todo el cargamento de la "Palmira" para reemplazar lo vendido.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Tal vez —contestó con ternura él—, y tal vez no.

—Pues ¡tenemos que derrotar a nuestros competidores! —dijo ella, desesperada, y confesó—. Esta es mi primera misión independiente. ¡Tengo que desempeñarla con éxito!

Brooks titubeó..., pero en ese momento entró Diz sonriendo amistosamente al inspector.

—Un cumplido para usted, señora. Mejor dicho, tres.

ELLA se quedó mirándolo. Brooks dijo suavemente:

—Está bien, Diz. Que pasen, y vete a buscar algunos regalos.

El inspector Caldwell tartamudeó:

—P... pe... pero...

—No se ofenda —le dijo Brooks—. Ellos lo hacen realmente como un cumplido.

Tres muchachas copinas entraran coreando risitas. Nada feas. Parecían tan humanas como Diz, aunque una tenía un bigote retorcido, como un mecánico de la "Palmira". Pero eso era porque nunca habían visto mujeres humanas antes de que viniera el inspector. ¡Cómo la admiraron! Y los chicos nacen rápido en Copín. Muy rápido.

Las tres mostraron lo que traían, orgullosas y felices. Cada una tenía una nenita copina, pelirroja como el inspector, y con su misma cara. Uno habría jurado que eran niñas humanas, y las tres hijas de ella.

El inspector Caldwell se quedó helada. Miraba a las nenas y se ponía primero roja y después blanca, y no le salía una palabra. Brooks tuvo que hacer los honores. Hizo enormes elogios de los bebés y las muchachas recibieron los regalos y se fueron, con risitas de satisfacción.

Cuando salieron, el inspector Caldwell recobró el habla.

—¡Oooh! —suspiró—. ¡Era cierto! Ustedes no hicieron..., ustedes no eran..., ¡ellos pueden tener chicos que se parezcan a cualquiera!

Brooks la tomó en sus brazos y ella se puso a llorar sobre su hombro. El le acarició la cabeza y le dijo:

—En Copín hay una especie rara de evolución, querida. Los hijos heredan las características deseadas por los padres. No las *adquiridas*, sino ¡las *deseadas*! ¿Y qué podría ser más deseable que tú?

Y después agregó para mí, que estaba mirándolos:

—¿Quieres hacer el favor de irte un poco al diablo?

Comprendí, pero antes dije:

—Una precaución.

Reptiles voladores

HAY algunos reptiles capaces de volar, o mejor dicho, de dar grandes saltos planeando con ayuda de membranas que despliegan entre las patas y el cuerpo. Pero, si entre ellos el vuelo es excepción, ocurre lo contrario entre sus descendientes más directos: las aves. En efecto, las aves son parientes muy cercanos de los reptiles; son una rama de éstos, que se especializó en volar. Y entre las aves, la especie que más se parece a sus escamosos antecesores es el pingüino Emperador. Recientes estudios hechos en nuestras Malvinas, con embriones de esos soberbios y elegantes pingüinos, que alcanzan casi un metro de estatura, han confirmado que se trata de las aves más primitivas que se conocen.

¡Y tan orgullosos que parecen!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sacudí el meñique, y él cruzó los dedos.

—Entonces —añadí—, puesto que no hay riesgo de confusión, los dejó en paz.

Y me fuí.

DOS días después llegó la "Palmira" atronando el espacio. Ya habíamos preparado el equipaje. El inspector esperaba en el porche cuando los copines llegaron empujando desde el campo de aterrizaje el portacargas con el capitán Haney encima. Muchos grupos palmeaban cariñosamente a los miembros de la tripulación, que tenían un par de horas de permiso como en todos los viajes habituales.

—Traigo el cargamento usual... —empezó a decir el capitán Haney; pero no terminó su explicación.

—No lo descargue —ordenó con firmeza el inspector—. Vamos a abandonar este planeta. Tengo la autoridad necesaria para hacerlo y el señor Brooks me ha convencido de que es absolutamente indispensable.

El capitán se quedó con la boca abierta.

—¡La compañía nunca ha cedido ante la competencia!

—No hay competencia —dijo el inspector—. Explícaselo, querido.

Esto último era para Brooks, que ya tenía su discurso preparado.

—Así es, capitán. El otro almacén es cosa de los copines. Les gusta hacer todo lo que hacen los hombres, y como nosotros abrimos un almacén, ellos abrieron otro. Nos compraban mercaderías y decían venderlas a mitad de precio. Entonces nosotros bajamos nuestros precios, y ellos nos compraron más mercaderías, bien baratas, y siguieron diciendo que las vendían a mitad de precio... Algún copín debe de haber pensado que era lindo ser un comerciante astuto, y su hijo salió como él deseaba. ¡Demasiado astuto! Nos vamos de aquí antes de que se les ocurra algo peor.

Quería decir, por supuesto, que si los copines salen de su planeta y se hacen pasar por humanos, sus hijos serán los dueños de la civilización. ¡Y eso no es cosa que los hombres vayan a tolerar! Pero por supuesto, era un informe para las autoridades, no para cualquiera.

—Es mejor que llame a la tripulación dijo el inspector, nerviosa.

SUBIMOS a la nave y la sirena de la "Palmira" se dejó oír a treinta kilómetros a la redonda. Todos los tripulantes empezaron a llegar corriendo desde las casas de sus amigos copines. Y de pronto apareció un tipo con ropas copinas, gritando:

—¡Eh! ¡Esperen! ¡No tengo mi traje!

Se produjo lo que puede llamarse un silencio mortal. Porque en la línea de tripulantes había otro tipo, en uniforme de la Compañía, y era evidente que él y el de las ropas copinas eran idénticos. Mellizos. La viva imagen uno del otro. Y, naturalmente, uno de los dos era un copín. ¿Pero cuál?

Los ojos del capitán Haney parecían a punto de salírsele de las órbitas. Pero en ese momento el tipo de uniforme sonrió y dijo:

—Está bien, yo soy un copín. Nosotros admiramos tanto a los hombres que nos gustaría mucho hacer un viaje a la Tierra. Mis padres lo planearon hace cinco años y me hicieron idéntico a este maravilloso ser humano, y me ocultaron para este momento. Pero no queremos causar dificultades a los hombres. Por eso he confesado y voy a abandonar la nave.

Tomaba el asunto como bromeando consigo mismo. Hablaba inglés tan bien como cualquiera, y no sé cómo hubiera hecho el capitán para averiguar cuál de los dos era el verdadero humano.

Pero el copín salió de la fila, y los demás copines lo recibieron con enorme admiración por haber sido capaz de suplantar a un hombre, aunque fuera por pocos minutos.

Salimos tan rápido del planeta que ni le hicimos devolver el uniforme.

COPIN fué el primer planeta del cual los hombres salieron a la disparada, jadeando y sudando a mares. Es una de esas cosas que los hombres no pueden soportar ni en la imaginación. No es que haya nada de malo con los copines: son buena gente; les gustan los seres humanos. Pero los hombres no pueden soportar la idea de que los copines pasen por humanos y sean todas las cosas que los hombres querrían ser. Me parece que es una falsa alarma; pronto lo sabré.

El inspector Caldwell y Brooks se casaron y se instalaron en Rigel IV, lindo planeta para una luna de miel, y supongo que allí vivirán felices por siempre jamás. Yo tengo el nuevo puesto que me asignó la Compañía, advirtiéndome que no debía jamás hablar de Copín, cosa que cumplo, y la Patrulla Galáctica ha prohibido a todas las astronaves humanas descender en Copín por ningún motivo.

Pero yo estuve ahorrando dinero. No hago más que pensar en esas tres niñas copinas tan parecidas al inspector Caldwell. Me tienen preocupado; espero que no les haya sucedido nada. Los chicos de Copín crecen muy rápido, como ya les he dicho. Ya deben de ser casi adultas.

Y les diré que me he comprado una astronave privada, pequeña pero de calidad. La semana que viene me voy a Copín. Si alguna de esas tres nenas no se ha casado todavía, pediré su mano. Nos casaremos, estilo copín, y la traeré a vivir a un planeta humano. Tendremos muchos nenes. Ya sé muy bien cómo quiero que sean mis hijos: tendrán una inteligencia de primer orden, y un físico como para ganar concursos de belleza. ¡Lo mejor!

Pero además tendré que traer algunos otros copines y hacerlos pasar por hombres también; porque mis hijos tendrán que casarse con alguien, ¿no? No es que no me gusten los humanos. ¡Me gustan! Si el hombre a quien me parezco tanto, Joe Brinkley, no hubiera muerto accidentalmente durante esa cacería con Diz, nunca se me hubiese ocurrido ocupar su sitio. Pero no me pueden reprochar que me guste vivir entre humanos.

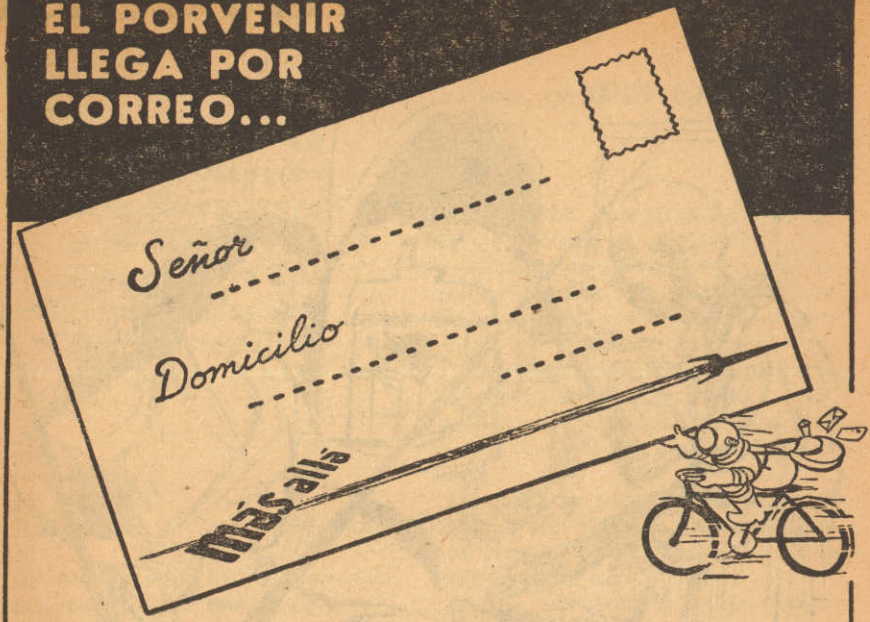
¿No le gustaría a usted también, si fuera un copín?

Corazón artificial

UN nuevo corazón artificial ha sido puesto a prueba con mucho éxito. El corazón artificial se conecta "en paralelo", como diría un electricista, con el corazón del enfermo, y luego éste se desconecta del sistema circulatorio, permitiendo al cirujano operar con tranquilidad. Es tan suave el funcionamiento del corazón mecánico, que por primera vez los cirujanos han tenido tiempo para observar las válvulas del corazón humano "en marcha" y decidir así exactamente cuál es el defecto que presentan. ¡Esto debían haberlo hecho antes, hace siglos!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL PORVENIR LLEGA POR CORREO...



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta $ 50.- en la República Argentina, y US $ 5.- en el extranjero.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

PRISMA de la SABIDURIA

ilustrado por DICK FRANCIS

por JAMES CAUSEY

Esa fruslería de otra civilización permanece sólo unas horas en la Tierra. Pero las consecuencias podrán ser incalculables...

MEDIA hora antes, mientras escuchaba absorta la novela radial y el niño chillaba en su camita, Melinda, lógicamente, hubiera largado la puerta en las narices del hombrecito. Pero ahora, al sonar el timbre, llevaba puesto su nuevo batón rojo chino, acababa de dar a sus uñas un deslumbrante lustre escarlata, y el chico dormía como un angelito.

Bostezando, fué a abrir la puerta. El hombrecito la miró y dijo con radiante sonrisa:

—Excelente día. Aquí le traigo algunas chucherías, a cambio de información.

Melinda no se decidió del todo a cerrar la puerta. El visitante, cuya estatura no pasaba de un metro cincuenta, ostentaba una calva reluciente y un rostro entre joven y viejo. Vestía sencilla túnica gris y de sus delgados hombros colgaba una bandeja de esas que llevan los vendedores ambulantes.

—No quiero nada —dijo ella categóricamente.

—Le *ruego*... —la miraba con sus grandes ojos ambarinos de expresión suplicante—. Todos dicen lo mismo. No tengo mucho tiempo disponible, pues a mediodía debo estar de regreso en la Universidad.

—¿De modo que trabaja usted para costearse los estudios?

El se reanimó.

—Sí, creo que así puede decirse. Antropología extranjera, principalmente.

Melinda se ablandó. Las bromas estudiantiles con los novicios —afeitarles la cabeza, hacerles comer el pez carpa— eran realmente criminales.

—¿Y bien? —preguntó de mala gana—. ¿Qué trae en esa bandeja?

—Flangoriones —respondió ansiosamente el hombrecito—. Oscilintoscopios. Generadores de campos de fuerza portátiles. Un distorsionador neural.

El semblante de Melinda palideció. El hombrecito frunció el ceño.

—Ustedes los usan, ¿verdad? Esta *es* una Cultura de Clase IV, ¿no es cierto?

Melinda se encogió débilmente de hombros y el visitante suspiró aliviado. Sus ojos se desviaron hacia la blanca pantalla de la televisión.

—Ah, ¡un monitor! —dijo sonriendo—. Por un momento tuve miedo... ¿Puedo entrar?

Melinda volvió a encogerse de hombros y abrió la puerta. Esto podría resultar algo interesante, como aquel vendedor de aspiradores de polvo que la semana anterior le había limpiado gratis las cortinas. Por otra parte, su marido no volvería antes de una hora.

MI nombre es Porteus —dijo el hombrecito, con sonrisa anhelante—. Estoy haciendo una tesis sobre las culturas de la Clase IV —sacó una estilográfica y comenzó a tomar notas. La televisión lo tenía fascinado.

—Ahora está apagada —aclaró Melinda.

Los ojos de Porteus se habían agrandado increíblemente.

—¿Quiere usted decir —murmuró horrorizado— que está ejerciendo privilegios de la Clase IV? Esto es terri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blemente confuso. Se me da con las puertas en las narices, cuando, en verdad, a los de la Clase IV se les supone dueños de un espléndido cociente gregario. Ustedes *tienen* la energía atómica, ¿verdad?

—Claro, claro —respondió Melinda, incómoda. Esto no prometía ser muy divertido.

—¿Viajes a través del espacio? —el pequeño rostro tenía una expresión atenta, escrutadora.

—Bueno —bostezó Melinda mirando la pantalla blanca—, allí hay Patrulla del Espacio, Cadete del Espacio, Cuentos del Mañana...

—Excelente. ¿Cohetonaves o campos de fuerza? —al oír esto Melinda parpadeó—. ¿Tiene alguno su marido? —Melinda sacudió con desaliento su rubia cabeza—. ¿Cuál es su situación económica?

Ella hizo una inspiración profunda y ronca, antes de responder.

—Escuche, señor, ¿es ésta una demostración, o un programa de preguntas y respuestas?

—Oh, perdóneme. Una demostración, naturalmente. ¿Le molestaría que le hiciera algunas preguntas?

—¿Preguntas? —hubo un brillo sombrío en los azules ojos de Melinda.

—Sí, sobre vuestras deliciosas costumbres primitivas, formas artísticas, hábitos personales...

—Vea —interrumpió ella, mientras su rostro se teñía de rojo—; éste es un barrio respetable, de gente decente y honesta, ¿comprende?

El hombrecillo inclinó la cabeza y garabateó algunos signos en el papel.

—¿Así que los hábitos personales son tabú? ¡Cuánto lo lamento! Bueno; a la demostración —señaló a la bandeja con ademán ostentoso—. ¿Sandalias a prueba de pedregullo? ¿Un transformador solar portátil? Le pido disculpas por este miserable surtido, pero en *Capella* me dijeron...

Siguiendo la mirada extasiada de Melinda, escogió un pequeño frasco verde.

—Es, simplemente, una solución regenerativa. Parece que no tiene usted tajos ni magulladuras.

—¡Oh! —exclamó Melinda con disgusto—. Cura verrugas, cáncer y hace crecer el pelo, supongo.

Porteus se reanimó.

—Naturalmente. Veo que está usted dotada de espíritu investigador. Sorprendente —hizo nuevas anotaciones con su estilográfica, alzó la vista y pestañeó al notar la expresión de burla en el rostro de Melinda—. Vamos; pruébelo.

—Pruébelo usted —dijo ella. Y pensó: Miren cómo se encoge avergonzado.

Porteus vaciló.

—¿Quiere que me haga crecer un dedo de más..., o el pelo?...

—Hágase crecer el pelo —Melinda trató de no sonreír.

El hombrecito destapó el frasco y, frunciendo el ceño, vertió sobre su muñeca una gota que despedía débiles destellos verdes.

—Debe concentrarse —anunció—. Base de torio; solución coloidal. Produce una verdadera sacudida en las endocrinas; control completo..., ¿ve?

Melinda quedó boquiabierta. Su vista estaba clavada en el mechoncito de pelo que había brotado en la muñeca antes desnuda. De pronto pensó con pena en ese postizo que había comprado el día anterior; lo había adquirido por ocho dólares, mientras que este producto le brindaba la posibilidad de tener pelo natural.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó cautamente.

—Media hora de su tiempo, nada más —respondió Porteus.

Melinda empuñó firmemente el frasquito y fué a instalarse en el sofá, sentándose cuidadosamente sobre una pierna cruzada.

—Bien, comience. Pero nada de carácter personal.

PORTEUS estaba encantado. Hizo una multitud de preguntas, la mayoría insustanciales, otras ingenuas; y Melinda, escarbando en el fondo infinitesimal de sus conocimientos, respondía. El hombrecito garabateaba furiosamente, cloqueando como una gallina.

—¿Quiere decir —preguntó con asombro— que viven ustedes en estas chozas primitivas por propia voluntad?

—Este es un plan de viviendas del ejército —replicó ella, avergonzada.

—Sorprendente —y anotó: *Anacronismos feudales y energía atómica, al mismo tiempo. Los de la Clase Cuatro, periódicamente, sufren incomodidades en movimientos de retorno a la naturaleza.*

Harry chico escogió ese instante para reclamar con fuertes chillidos su alimento. Temblando, Porteus se sentó.

—¿Es una alarma de seguridad?

—Es mi hijo —dijo Melinda, abatida, entrando en el cuarto del niño.

Porteus la siguió y observó con cierto azoramiento a la criatura que aullaba.

—¿Recién nacido?

—Dieciocho meses —respondió la madre ásperamente, mientras cambiaba los pañales—. Está echando los dientes.

Porteus se estremeció.

—Qué lástima. El algo evidentemente atávico. ¿No lo aceptaría la Inclusa? Usted no debiera tenerlo aquí.

—Siempre le digo a Harry que necesitamos una sirvienta, pero me contesta que no podemos permitirnos ese lujo.

—Manifiestamente inseguro —murmuró el hombrecillo, estudiando a Harry chico—. Tendencias paranoicas definidas.

—Nació dos semanas antes de tiempo —explicó Melinda—. Es muy sensitivo.

—Conozco el remedio. Vea usted —replicó Porteus alegremente. Y revolviendo en el montón de objetos brillantes que había en la bandeja, sacó un prisma translúcido y lo entregó al niño—. He aquí un distorsionador neural. Lo usamos para educar a los regresivos de Rigel Dos. Puede resultar útil en este caso.

Melinda observó el objeto con aire de duda, mientras Harry chico escudriñaba intensamente los profundos reflejos del cristal.

—Acelera el flujo neural —explicó

Marcha atrás

UN grupo de médicos de Chicago ha estado haciendo un estudio estadístico sobre curación de los resfríos comunes. El resfrío sigue siendo una de las enfermedades más misteriosas; tanto, que ni siquiera se sabe con seguridad todavía si es contagioso o no. Y el resultado de esa ignorancia es que todos los años surge alguna droga que pretende curarlo. Pero el veredicto de los médicos mencionados es desalentador: por ahora, dicen, la mejor manera de curar el resfrío es meterse en cama, bien calentito y tomar mucho líquido, y tal vez una aspirina si uno se siente molesto. El tratamiento con sulfamidas y antibióticos como la penicilina no ayuda nada, y conviene reservarlo por si se producen complicaciones. En cuanto a los antihistamínicos, ni se los toma en cuenta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con orgullo el hombrecito—. Ayuda a conectar el ochenta por ciento no usado. La memoria presintomática no es afectada, debido al lapso cerebral automático en caso de sobrecarga. Temo que no hará más que elevar al cubo su actual inteligencia, y un idiota inteligente, al fin y al cabo, sigue siendo un diota; pero...

—¿Cómo se atreve usted? —los ojos de Melinda relampaguearon—. ¡Mi hijo *no* es un idiota! ¡Váyase de aquí ahora mismo y llévese sus... cachivaches!

Al tomar el prisma de manos del niño, éste comenzó a berrear. Melinda se aplacó.

—Bueno —añadió con irritación, al tiempo que hurgaba en su bolso—, ¿cuánto es esto?

—¿Para comprarlo? —Porteus se frotó su cráneo pelado—. Oh, realmente no debiera... Pero será un apéndice tan maravilloso al capítulo sobre los primitivos malignos... Dígame, ¿cuál es su menor oferta?

—¿Está bien un dólar? —dijo Melinda esperanzada.

Le agradó a Porteus el retrato de George Washington y dió varias vueltas al billete entre sus dedos; finalmente, haciendo una inclinación profunda y ceremoniosa, se disculpó por las violaciones de tabús y desapareció por la puerta.

—Absurdas bromas —murmuró Melinda, poniendo a funcionar la televisión.

MELINDA se decidió al fin a probar en sus pestañas el líquido del frasquito verde y, muy complacida ante los resultados, lo escondió en el botiquín.

Durante el resto de ese día, Harry chico fué un moledo de docilidad. Mientras Melinda observaba la televisión mascando chocolates y sin dejar de peinarse los cabellos, el niño jugaba tranquilo con el prisma de cristal.

A la caída de la tarde, se acercó gateando hasta la biblioteca, consiguió con gran esfuerzo bajar la enciclopedia y comenzó a manosearla, gorjeando de placer.

Decididamente, pensó Melinda, llegaría a ser un buen abogado, no un inútil como su padre, que trabajaba siempre fuera de hora en ese maldito laboratorio. Y cuando Harry chico, cansado de la enciclopedia, quiso alcanzar uno de los tomos de Harry grande sobre física nuclear, lo regañó. ¡Un inútil era bastante en la familia! Pero, cuando intentó quitarle el libro, el niño lanzó aullidos tan violentos que tuvo que dejárselo.

A las dieciocho y treinta horas, Harry padre llamó desde el laboratorio para dar su triste mensaje habitual: no volvería para la cena. Melinda le dijo algunas frases resignadas sobre lo triste que es cenar a solas y sugirió vagamente lo que suelen sugerir algunas esposas sin compañía, a lo cual Harry respondió que lo lamentaba mucho, pero que esta vez podía ocurrir, por fin, aquello que tanto esperaba. La esposa colgó con rabia el auricular.

Exactamente quince minutos más tarde, sonó el timbre de la puerta. Al abrirla, Melinda quedó estupefacta. Aquel hombrecito podía haber sido el mismo Porteus, a no ser por la negra túnica metálica y los glaciales ojos grises.

—¿La señora Melinda Adams?

Hasta la voz era helada.

—S... sí. Pero...

—Mayor Nord, Seguridad Galáctica —el hombrecito saludó con una inclinación de cabeza—. Esta mañana usted recibió la visita de un tal Porteus —pronunció este nombre con una especie de disgusto—. Dejó aquí un distorsionador neural, si no me equivoco.

Melinda asintió con un gesto trémulo. El mayor Nord entró tranquilamente en el living, cerrando la puerta tras sí.

—Perdone usted la intrusión, señora. Porteus confundió su mundo con una cultura de Clase IV, en vez de una de Clase VII. Aquí tiene... —y le entregó el billete arrugado de un dólar—. Puede usted verificar el número de serie. Y ahora, si tiene usted la amabilidad, déme el distorsionador.

MELINDA se dirigió tambaleante hacia el sofá.

—No comprendo —dijo con aflicción—. ¿Era un ladrón?

—Era.. descuidado con sus coordenadas espaciales —los dientes del mayor Nord se mostraron en una débil sonrisa—. Se le ha impuesto una corrección. Bueno, ¿dónde está eso?

—Vea usted —respondió Melinda con cierta aspereza—, ese objeto ha tenido la virtud de mantener a mi chico quieto todo el día. Lo compré de buena fe, y no es culpa mía... Dígame, ¿tiene alguna autorización?

—Señora —replicó el mayor con dignidad—, me desagrada violar tabús locales, pero ¿debo explicarle el impacto que produce un distorsionador neural en una cultura atrasada? ¿Qué habría ocurrido si a vuestro hombre de Neanderthal se le hubiera entregado la bomba atómica? ¿Dónde estarían *ustedes* hoy? Balanceándose entre los árboles, sin duda. ¿Y si Hitler hubiera tenido campos de fuerza? ¡Uf!... ¿Dónde está su hijo?

En su cuarto, Harry chico jugaba alegremente a los bolos. El prisma brillaba abandonado en un rincón.

El mayor Nord lo recogió cuidadosamente y examinó al chico. Luego, con voz suave, preguntó a la madre:

—¿Dijo usted que... estaba jugando con él?

Algunos vestigios de instinto maternal instaron a Melinda a sacudir vigorosamente la cabeza. El hombrecito miró fijamente al niño, que comenzó a lloriquear... Temblando, ella lo extrajo de la cuna.

—¿No tiene usted otra cosa que hacer?..., ¿andar asustando a mujeres y niños? Tome su maldito distorsionador y mándese mudar. Deje tranquila a la gente decente.

El mayor Nord frunció el ceño. ¡Si por lo menos pudiera estar seguro! Lanzó una dura mirada a Harry chico y murmuró:

—Egomanía definida. No parece haberle afectado. ¡Qué extraño!

—¿Quiere hacerme chillar? —preguntó Melinda.

El mayor Nord suspiró. Hizo una reverencia a Melinda, salió, cerró la puerta, tocó un pequeño botón de su túnica y se desvaneció.

—Hay que ver los modales de alguna gente... —comentó Melinda con su hijo.

Sentíase aliviada porque el mayor no había indagado acerca del frasquito verde. También el chico pareció calmado, aunque por una razón muy diferente.

HARRY padre llegó a su hogar poco después de las veintitrés horas. Arrugas de preocupación se notaban en torno a su boca y frente, mientras que en sus ojos aparecía el matiz plomizo de la derrota. Una vez en el dormitorio, Melinda, soñolienta, le refirió la historia del hombrecito que se costeaba los estudios vendiendo cosas absurdas y de ese rudo policía llamado Nord. Harry le declaró que eso era simplemente asombroso, a lo cual Melinda replicó:

—Harry, tú has tomado una copa.

—He tomado por lo menos dos —respondió él sombríamente—. Te casaste con un fracasado, querida. Una parte del modelo experimental se evaporó... uuush... así nomás. ¡Tan bien que parecía en el papel!...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Melinda ya le había oído esto muchas veces. Le rogó que viera si el chico estaba cubierto, y Harry se dirigió a paso vacilante hacia el cuarto infantil, donde se sentó junto a la cabecera de su hijo.

—Pobrecito —musitó—. Tu viejo es un chambón, un miserable chapucero. Creyó que podría enviar el Hombre a las estrellas en una cadena formada por núcleos de helio. ¡Oh, era muy listo! Pensó en todo. Chorros auxiliares para expulsar la carga negativa de vapor, una estrecha y recta proyección de partículas Alfa positivas.

Con el rostro entre las manos, gimió entrecortadamente.

—¿Nunca pensaste que unas pocas moléculas de aire pudieran desviar el chorro? Prueba en el vacío, estúpido.

Harry grande púsose de pie.

—¿Dijiste algo, hijito?

—¡Gárgaras!... —dijo Harry chico.

El padre se fué tambaleando hacia el comedor, con aire de sonámbulo.

Tomó lápiz y papel y, frenéticamente, comenzó a apuntar fórmulas. No tardó en llamar un taxi y en salir a toda carrera hacia el laboratorio.

MELINDA estaba soñando con hombrecillos calvos provistos de bandejas tachonadas de diamantes. La perseguían, la apedreaban con rubíes y esmeraldas. Todo cuanto querían era hacerle preguntas, pero ella corría y corría, llevando a su hijo estrechamente abrazado. Ahora sonaban timbres de alarma. Los timbres seguían sonando, y ella lanzó un quejido, se enderezó en el lecho y levantó el auricular.

—Querida —vibró la voz de Harry—, ¡ya lo descubrí! Más protección auxiliar, sumado al vacío. ¡Seremos ricos!

—Muy bonito —replicó Melinda irritada—. Has despertado al nene.

Harry chico sollozaba amargamente con la cara hundida en la almohada. Sentíase terriblemente contrariado: aun la extrapolación más favorable demostraba que tendría que esperar diecinueve años para convertirse en el amo del mundo.

Una eternidad. ¡Diecinueve años! ✦

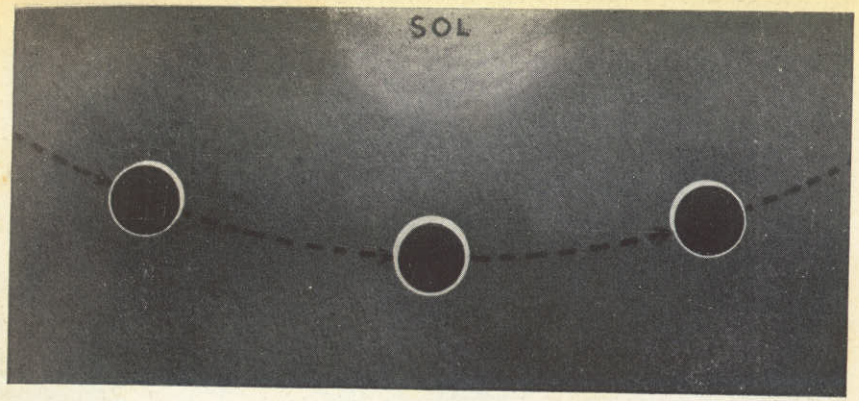
Lluvias a domicilio

COMO es sabido, los problemas teóricos de instalar un satélite artificial que gire alrededor de la Tierra están prácticamente resueltos. El único inconveniente serio es conseguir el dinero necesario, que es mucho. Si algún gobierno se hace cargo del proyecto, ese inconveniente desaparece, pero al mismo tiempo desaparecen, seguramente, las esperanzas de un uso pacífico de la estación espacial como observatorio científico y primer escalón hacia las estrellas. Pero parece entreverse una salida más satisfactoria: el doctor Haber, de California, ha calculado que desde el satélite artificial sería posible controlar el clima de manera apreciable, y entonces, por medio de un servicio de "lluvias a domicilio" se podría amortizar en poco tiempo su costo. Ojalá tenga razón...

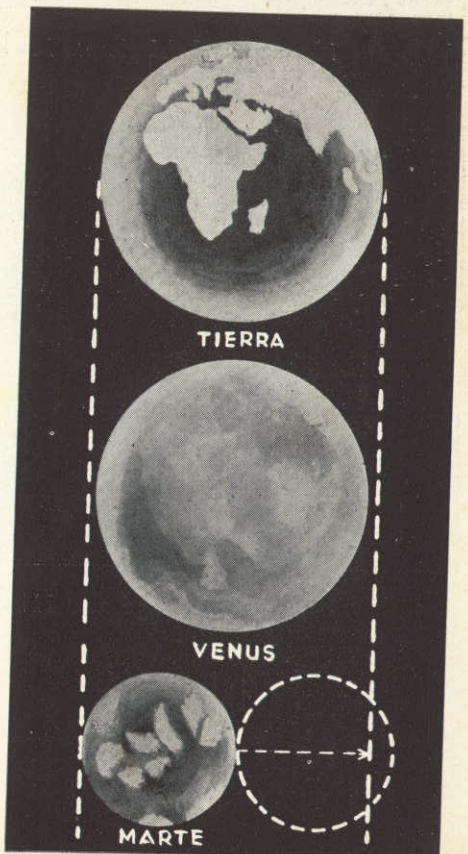
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Venus visto desde una astronave que se acerca como viniendo desde el Sol. El planeta aparece como un disco sin rasgos, y es posible que recién entrando en su atmósfera se puedan percibir sus características topográficas. La franja blanca que aparece a la izquierda es parte de la Vía Láctea. La "estrella" doble que se ve a la derecha es el sistema Tierra-Luna. Si este esquema fuera en colores, la Tierra sería azul y la Luna amarillo brillante.

Así podría ser la superficie de Venus: un vasto desierto de polvo y arena levantada continuamente en remolinos por fuertes vientos, que han erosionado las rocas dándoles formas fantásticas. Es menos probable, aunque también posible, que haya suelo pantanoso. Mucho depende esto del verdadero período de rotación del planeta, aún desconocido.

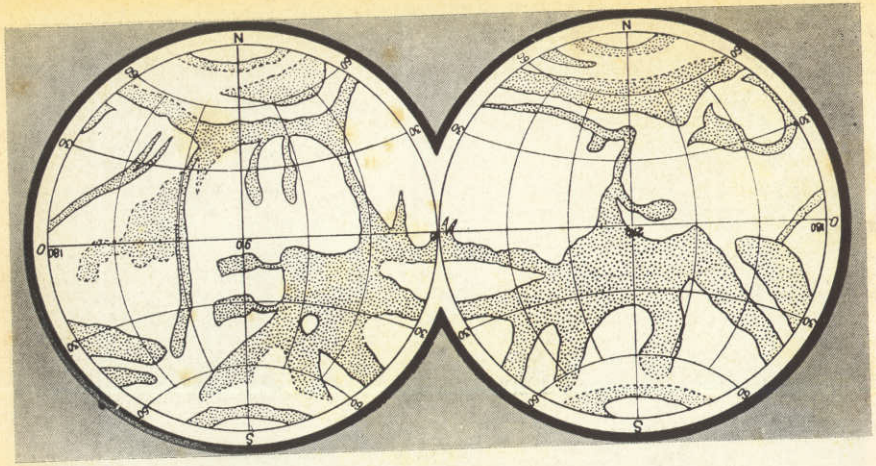


Cuando Venus se encuentra entre el Sol y la Tierra, su atmósfera, vista a contraluz, aparece como un anillo luminoso. Cuando el ángulo formado con el Sol es mayor, la aureola atmosférica se reduce a una creciente muy fina.

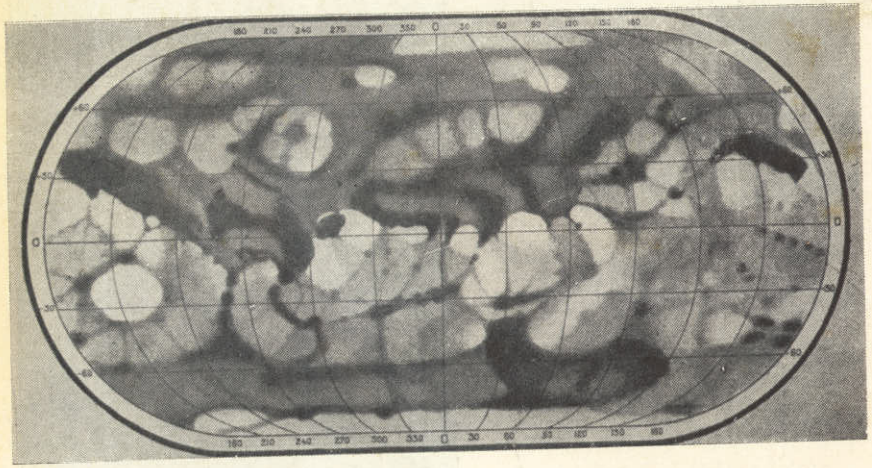


El tamaño de la Tierra comparado con los de Venus y Marte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Mapa general del planeta Marte, según Proctor (1867).



Mapa general del planeta Marte, según Antoniadi (1909).

a rabo

por JOHN WYNDHAN

ilustrado por POWERS

¡Es natural que el amputado quisiera huir definitivamente de su cuerpo... y también que el hombre del futuro no quisiera permanecer en él!

Clínica Mental Forcett
Long Island, Connecticut
28 de febrero

Sres. Thompson & Handett
Abogados
Gable Street 512
Filadelfia

Muy señores nuestros:

En respuesta a su petición, hemos examinado detenidamente al enfermo Stephen Dallboy, estableciendo, fuera de toda duda, su identidad legal. Adjuntos les enviamos unos documentos que probarán lo que decimos, demostrando que no tiene ningún derecho a la fortuna de Terence Molton.

Al mismo tiempo, tenemos que reconocer que nos sentimos perplejos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El estado del paciente ha cambiado de un modo radical desde nuestro último examen. Entonces era claramente un idiota. Y ahora, si no fuera por su obsesión de que es Terence Molton, obsesión que mantiene con absoluta persistencia, podríamos considerarlo normal. En vista de esa obsesión y de las notables declaraciones con que la apoya, pensamos que debe permanecer en observación hasta que hayamos logrado disipar su fantasía y aclarar al mismo tiempo ciertos puntos que nos intrigan.

Para que puedan darse mejor cuenta de la situación, incluímos una copia de la declaración escrita por el paciente, que sugerimos estudien antes de leer el final de nuestra carta.

DECLARACION DE TERENCE MOLTON

YA sé que esto es difícil de creer. En realidad, cuando ocurrió yo tampoco lo creí. Pensé que era tal vez una etapa en el proceso de mi deteriorización. Había tomado tantas drogas que debía de tener deshecho el sistema nervioso; pero lo que me extrañó fué lo real que todo aquello me parecía. Como dice Coleridge:

En una visión vi una vez
Una doncella con una guzla...

Visión es una palabra pobre: todo cualidad, pero sin cantidad. ¿Qué fuerza tuvo su visión? ¿Podía extender la mano y tocar a la chica? La oyó cantar, ¿pero le habló a él? ¿Y se encontró entonces con que era un hombre nuevo, libre de dolor? Creo que eso de la leche y la miel del Paraíso es algo relativo. Algunos se imaginarán que debe de ser una especie de Hollywood celestial, pero a mí me bastó con verme entero y libre de dolores.

Hacía más de cuatro años que me hirió la mina; cuatro años, nueve operaciones y esperando otras más. Sin duda, aquello era muy interesante para el médico, pero a mí me había convertido en un tronco sujeto a una silla de ruedas, con media pierna nada más y sin ningún pie debajo de la manta.

—No tome demasiados calmantes — me había aconsejado el cirujano.

—¿Y qué me pasará si los tomo?

—No querrá convertirse en toxicómano, ¿no es así?

Es curioso. Si me hubieran dado otra cosa para calmar el dolor, no habría querido correr el riesgo de convertirme en toxicómano. Pero no tenían más que morfina. Y si me la hubieran negado, me habría matado. Así que las enfermeras me la daban, aunque trataban de convencerme de que debía reducir la dosis.

Y luego estaba Sally. Solía venir al hospital los días de visita, trayéndome bombones, libros o cigarrillos, y se inclinaba sobre la cama para besarme, con una de esas sonrisitas que, con una palabra se convierten en llanto.

—Mira, Sally —le dije finalmente—, esto no es bueno para ti ni para mí. La muestra que te enseñé era un hombre sano y fuerte. La mercadería actual no se parece a la muestra. ¿Por qué no te buscas alguien más parecido a ella?

Pobrecilla; aquello le hizo una impresión terrible. Discutió conmigo, llevada de su errónea lealtad, pero yo no quería tenerla sobre mi conciencia. Me dicen que su esposo es un buen hombre y que tienen un bebé muy lindo. Las enfermeras creían que eso me hacía sufrir. Pero, en realidad, yo pensaba que debía ser así.

De todos modos, cuando todas las mujeres que uno ve, se muestran amables... como lo estarían con un perro enfermo...

Oh, pero me quedaba la morfina. Y entonces [illegible] me esperaba

nada, excepto más dolores y sufrimientos, tuve..., bueno, esa *visión*.

AQUEL día había sido malísimo para mí. Mi pierna derecha y mi pie izquierdo me dolían terriblemente. Pero lo cierto era que me habían cortado casi toda la pierna derecha y que el pie izquierdo había tenido que ser suprimido también, poco después; así que lo único que podía hacer era tomar morfina.

Quizá tomé un poco más que de costumbre, pero, para lo que les importaba a los otros, era lo mismo que la tomara o no.

Me tendí en la cama, sintiendo cómo el dolor se alejaba. Me pareció que flotaba suavemente hacia arriba, lejos de mi cuerpo, lleno de repentina liviandad. El dolor debía de haberme dejado muy cansado, porque me dormí antes de poder gozar de su ausencia...

Cuando abrí los ojos, tenía delante de mí a la doncella. No llevaba una guzla, pero cantaba en voz baja una canción extraña, de la que no pude entender ni una palabra.

Nos encontrábamos en una habitación... bueno, sí, era una habitación, aunque más bien parecía el interior de una burbuja. Era de un fresco tono verde, con suave opalescencia, y las paredes se curvaban hacia arriba, de modo que uno no podía decir dónde empezaba el techo. A los lados había dos aberturas en forma de arcos. A través de ellas vi las copas de unos árboles y un trozo de cielo azul. La muchacha, que se encontraba junto a una de las aberturas, manipulaba algo que yo no podía ver.

Me miró y vió que mis ojos estaban abiertos. Entonces se volvió y dijo algo que sonaba a pregunta, pero que no significaba absolutamente nada para mí.

Yo me limité a mirarla.

Era un lindo espectáculo. Alta, de figura bien proporcionada, con los cabellos castaños sujetos por una cinta. El material de su vestido era diáfano y estaba dispuesto en pliegues profundos y graciosos. Me hacía pensar en los cuadros prerrafaelistas. Debía de ser tan leve como una telaraña, porque cuando se movía ondeaba, produciendo ese efecto de viento tan popular en la escultura griega de la última época.

Al ver que no le contestaba, frunció ligeramente el ceño y repitió su pregunta. Yo no prestaba atención a sus palabras. En realidad, estaba pensando: "Bueno, se acabó; me he muerto". Y decidí que debía de hallarme en una especie de antesala del Cielo o..., bueno, de donde fuera, pero en una antesala. No me sentía asustado ni muy sorprendido. Recuerdo que me dije: "Se acabó una experiencia muy desagradable" y me pregunté por qué aquel preludio de la eternidad tenía que parecerse a ciertas escuelas de pintura victorianas.

Cuando vió que seguía sin contestarle, sus ojos oscuros se dilataron ligeramente. Había en ellos una mirada de asombro, quizá hasta un leve toque de alarma, mientras se aproximaba a mí. Lentamente me dijo:

—¿No... eres...Hymorell?

Su inglés tenía acento extraño y, de todos modos, yo no sabía lo que significaba Hymorell. Podía serlo o no. Ella prosiguió:

—¿No... eres... Hymorell? ¿Acaso... otra... persona?

Por lo visto, Hymorell debía de ser un nombre.

—Soy Terry —le dije—. Terry Molton.

Cerca de mí había un bloque de una materia verde. Parecía duro y frío, pero ella se sentó en él y me miró con expresión de incredulidad y sorpresa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por aquel entonces, yo empezaba a descubrirme. Estaba tendido en un lecho notablemente blando, cubierto por una especie de manta que se extendía por sí sola cuando me movía, en vez de quedarse amontonada debajo de mí. No sé cómo conseguían aquello. Me bajaba hasta el lugar donde debería haber estado mi pierna derecha, e incluso mi pie si lo hubiera tenido.

De repente me senté, sintiendo mis piernas; las dos. No tenía dolor alguno. ¡Y en cambio tenía dos piernas y dos pies!

Entonces hice algo que no había hecho durante muchos años...: rompí a llorar.

ELLA comenzó a hablarme con su acento torpe y extraño, y yo recuerdo que me pregunté si habría un problema de idiomas en las puertas del Paraíso. Pero mi interés se concentraba en mi persona.

Aparté la manta y me quedé mirándome las piernas.

—No son mías —dije aturdido, y luego miré la mano con que me las tocaba—. Y esta mano tampoco es mía.

—Claro... —me contestó ella, vacilante—. ¿Cómo... iban a serlo?

—Puedo mover los dedos de los pies y de las manos, así que, ¿qué me importa? Los sueños no tienen sentido.

No recuerdo lo que hablamos entonces. Me imagino que estaba demasiado aturdido y excitado para darme bien cuenta de todo. Sé que me dijo su nombre —Clytassamine— y que a mí me pareció muy extraño. Pero lo más importante de todo es que eché las piernas fuera de la cama y me puse en pie.

Por la primera vez desde que me hirió la mina, *¡me puse en pie!*

De nada sirve entrar en detalles. Lo que dijera resultaría tan informativo como la primera impresión de Nueva York, descrita por un salvaje del Africa.

—Necesita..., la palabra es... vestidos, ¿no? —me preguntó ella.

No cabía duda de que los necesitaba. Después de pasarse cuatro años en un hospital, uno acaba por pensar en todas las mujeres como si sólo fueran enfermeras; así que no me había dado cuenta de que estaba desnudo. Ella no parecía preocuparse, lo que me ayudó a no preocuparme tampoco. Me metió en una especie de cubículo que, de un modo desconocido para mí, debió tomarme las medidas, porque los vestidos salieron por una ranura que había en la pared. Había una gran cantidad, y ninguno de ellos tenía una sola costura. Eran transparentes y ridículos, pero a ella parecían satisfacerle, así que la dejé que me ayudara a ponérmelos. Cuando terminé de vestirme, ella abrió la puerta.

—¿Quiere decir que voy a salir con este camisón? —protesté.

—Todos nos vestimos... así —dijo—. Con otros trajes... la gente... notifica

Me extrañó la palabra.

—¿Lo nota? —le pregunté.

—Lo nota —se corrigió, sin la menor cortedad—. Vamos.

Salimos a un gran hall, hecho del mismo material verde. Me imaginé que si Manhattan se hundiera en el río Hudson, la estación del Grand Central, tendría un aspecto parecido.

Había allí cierto número de personas, que iban de un lado para otro, sin prisa alguna. Sus vestidos eran de un tejido vaporoso, pero el color y la forma dependían, por lo visto, del gusto de cada uno. La falta casi total de ruidos me oprimía, quizá porque había esperado cierta resonancia en un lugar tan vasto como aquél. Nuestros zapatos se deslizaban silenciosos sobre el piso y las voces no producían más que un suave murmullo.

Clytassamine me condujo a una fila de asientos dobles que había contra una de las paredes y me señaló uno de ellos. Me senté experimentalmente en él y vi que ella me imitaba con toda tranquilidad.

El asiento se elevó cuatro pulgadas sobre el suelo y comenzó a atravesar la sala.

—¿Está segura de que no va a ocurrirnos nada? — le pregunté inquieto y temeroso.

—Esto es... vehículo. ¿Ustedes viajaban... iban... sólo a pie y... montados en animales?

La miré asombrado.

—¿Habla en broma? Yo he ido en autos, aviones, tanques, barcos y trenes.

¿Se imaginaría que yo venía de una granja?

AL llegar al centro de la gran sala, torcimos y nos dirigimos silenciosamente hacia una gran arcada que había en uno de los extremos, y, por ella, salimos al aire libre. Ascendimos hasta alcanzar una elevación de un metro o cosa así sobre el nivel del suelo, mientras que de la plataforma horizontal donde estaba sujeto el asiento, subía una especie de parabrisas, que nos cubrió.

Aceleramos la velocidad hasta alcanzar unos cuarenta kilómetros por hora, más o menos, y atravesamos suavemente un campo con aspecto de parque, viajando a veces entre los árboles o los arbustos. Me imagino que ella dirigía el rumbo de alguna manera, aunque yo no veía cómo lo hacía. Aparte de la velocidad, era el mejor medio de transporte que he conocido: un transporte parecido a la alfombra mágica.

Fué un viaje extraño; me imagino que duraría más de una hora, y durante todo aquel tiempo no cruzamos y ni siquiera vimos una carretera, aunque vi algunos senderos que no parecían muy usados.

—¿No hay campos cultivados ni jardines? —le pregunté.

Ella me miró extrañada. Traté de explicárselo en términos de alimentos, pero no conseguí aclarar nada. La *idea* de los granos o los vegetales parecía algo completamente desconocido para ella, lo que aumentó mi sensación de que me hallaba en un mundo de los espíritus, donde todos se alimentaban de ambrosía. Por el campo había unos animales parecidos a gamos, que no nos hacían ningún caso. Yo no me atreví a preguntarle si los criaban para comer su carne.

Los únicos signos de habitación humana eran algunos grandes edificios que veíamos de cuando en cuando, pero no se interponían nunca en nuestro camino. Los árboles, sí. Cada vez que llegábamos a una región boscosa, trataba de tirar de una palanca inexistente, para pasar por encima; pero por lo visto, el mecanismo funcionaba de otro modo, porque siempre la rodeábamos en lugar de pasar por encima de ella.

—¿Me está enseñando el paisaje o vamos a algún lugar determinado? — le pregunté.

Los dos conceptos le resultaban difíciles de comprender.

—Todas las cosas son... paisaje — dijo, después de que yo me hube esforzado todo lo posible para explicárselos—. Si no tenemos que ir a alguna parte, quedamos... casa. ¿Y vosotros... no hacéis así?

Debería haber visto el tráfico de los fines de semana. No se lo describí porque, en aquel momento, empecé a distinguir un edificio situado en lo alto de una colina.

No soy arquitecto y no puedo decir que una parte tenía este estilo y la de más allá el otro. Aun así, la diferencia no habría sido muy grande, porque todos los edificios que yo había visto hasta entonces tenían una base geométrica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este parecía como si hubiera *crecido* allí. Los arbustos lo rodeaban y hasta había varios grupos que crecían en la parte alta. Lo único que me convenció de que era un edificio fué que no podía ser nada natural.

Conforme nos fuimos acercando a él, mi perplejidad aumentó. Ahora veía que lo que había tomado por arbustos eran árboles crecidos, inclusive los que había en la parte alta. El lugar era increíblemente inmenso.

Cuando llegamos a él vi que se alzaba ante nosotros como una montaña artificial de ingenioso diseño. Entramos por una entrada que tendría unos sesenta metros de ancho y una altura mucho mayor, y nos encontramos en el hall central, de tamaño extraordinario, con paredes traslúcidas como perlas.

CON mayor lentitud y como una pluma que flota en una corriente de aire, atravesamos el lugar. En él había unos cuantos hombres y mujeres que se paseaban tranquilamente y unas pocas sillas que se deslizaban como la nuestra.

—¿Es una especie de estación terminal de ferrocarril? —le pregunté.

Ella no comprendió la pregunta, ni tampoco las palabras aeropuerto, estación de autobuses, sala de espera, etc. Me callé y vi cómo atravesábamos el enorme hall y media docena o más de corredores desiertos y halls más chicos, preguntándome cómo ella no perdía el camino. Pero, realmente, no estaba muy sorprendido: siempre me ha extrañado cómo la gente va de un lado para otro en las ciudades que no conozco, especialmente cuando las calles tienen nombres en vez de números.

Llegamos por fin a un hall relativamente pequeño, donde se hallaban reunidos aproximadamente una docena de hombres y mujeres. La silla se detuvo allí. Descendió algunos centímetros, hasta tocar el suelo, y los dos salimos de ella. Inmediatamente y de un modo que parecía cosa de sueño, se alzó en el aire y fué hasta la pared, donde se quedó como si ella misma se estacionara.

Clytassamine habló a los reunidos, indicándome a mí. Todos me saludaron gravemente con la cabeza. Por lo visto, aquello era lo más cortés, y les devolví su saludo. Luego, comenzaron a interrogarme, empleándola a ella de interprete.

Creo que durante el interrogatorio fué cuando comencé a darme cuenta de que en mi sueño había algo que no estaba bien. Querían saber mi nombre, lo que les había ocurrido a mis piernas y por qué, lo que significaba guerra y hospital, y otras muchas cosas más, y las respuestas que yo les daba les hacían fruncir el ceño, perplejos, y hacer de cuando en cuando una pausa para conferenciar entre ellos.

Todo aquello era muy lógico y detallado, lo que no debía ser. Los sueños, al menos los míos, son más cinematográficos. No se desarrollan en suave secuencia, sino que saltan de una escena a otra, como si su director fuera un neurótico impaciente y errático. Pero aquello no era así. Yo me daba cuenta clara de lo que ocurriría, tanto física como mentalmente.

Al fin, Clytassamine dijo:

—Quieren... que aprenda... idioma. Más fácil... hablar.

—Eso va a llevarme mucho tiempo —le contesté, porque ninguna de las palabras que decían eran familiares para mí.

—No. Pocos tlanas.

—¿Cuánto?

—Un cuarto de día —me explicó.

—¿Un lingüista tan malo como yo? ¡Ni soñarlo!

Ella no me contestó. Me dió de comer; una caja de cosas que parecían bombones y sabían muy bien. No eran ni muy dulces ni muy grandes, pero con unas cuantas se me quitó el hambre.

—Ahora... duerme —dijo Clytassamine, señalándome un bloque de materia verde, poco agradable de aspecto.

Pero en cuanto me eché en él vi que no era ni frío ni duro. Me acosté preocupado, preguntándome si aquél sería el fin de mi sueño y, al despertarme, me encontraría de nuevo en mi cama, sintiendo un fuerte dolor en el lugar donde deberían haber estado mis piernas. Pero no me lo pregunté mucho tiempo. El alimento debía contener algún somnífero.

CUANDO me desperté, seguía aún allí. Sobre mí colgaba una especie de baldaquín de metal rosado, que antes no había visto. Era... Voy a desistir de describir esas cosas; la diferencia básica es demasiado grande. ¿Qué diría un egipcio antiguo al mirar un teléfono, sin saber lo qué era? ¿O un romano o un griego, de un avión a retropropulsión? ¡Y en cuanto a la TV...!

Hablando de cosas más sencillas, si viéramos por primera vez una pastilla de chocolate, pensaríamos que era para lustrar los zapatos, encender el fuego o construir casas. El último empleo que le adjudicaríamos sería como alimento..., y, si quisiéramos probar, tal vez empezaríamos probando un jabón, por ser de textura similar y de color más atractivo.

Eso fué lo que me ocurrió. Cuando uno mira una máquina no tiene que decirse: "Ah, funciona a vapor, con gasolina o por electricidad", porque lo sabemos y generalmente tenemos idea bastante clara de lo que hace una máquina, sin tener que pensar en ello.

Pero casi todo lo que yo veía era desconocido para mí. No tenía por dónde empezar. Como no sabía si una cosa podía cortarme o quemarme si la tocaba, tenía miedo de todo... como un niño o un salvaje. Naturalmente, hacía mis suposiciones, pero en su mayor parte no pude comprobar ninguna.

Entonces me imaginé que el baldaquín debía de ser una especie de máquina que enseñaba por medio del hipnotismo, parecida a las que se emplean en la Marina para enseñar el sistema Morse... Pero me lo imaginé porque ahora podía comprender, al menos en parte, lo que decían las gentes, aunque los conceptos expresados por sus palabras me siguieran resultando completamente extraños. Sólo sabía lo que podía traducir directamente.

Por ejemplo, sabía que la palabra "tlana", que Clytassamine había empleado, era una medida de tiempo: una hora y veinte minutos, de modo que el día estaba compuesto de veinte "tlanas". Yo había estado durmiendo unas cinco "tlanas", o sea casi seis horas. "Dool" significaba electricidad, pero "laytal" era algo que carecía de significado para mí. Sabía que era una forma de energía, pero eso era todo, aunque Clytassamine se esforzó en lo posible por explicármelo así:

—El *mizmo* se transforma en *frengra*, y eso produce *laytal*. Pero tiene que ser *senatizado*, claro está, antes de convertirse en *baxtoa*.

Yo no tenía la culpa. Traten de explicarle a un analfabeto cómo el carbón y el agua se convierten en electricidad, y verán lo qué pasa. Y el laytal, a mi entender, era algo mucho más complicado. Pero aquellas dificultades aumentaban mi sensación de que se trataba de un sueño. Mi total desconocimiento de ciertas palabras e ideas, que surgían sin cesar como teclas muertas de un viejo piano, me abrumaba.

—Basta, Clytassamine — dijo un hombre, apiadado de mi angustia —. Llévatelo y cuida de él.

Cuando me senté a su lado en uno de los asientos voladores, experimenté un alivio casi físico. Suspiré y me dispuse a descansar mientras el asiento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos llevaba de vuelta, por los caminos del aire.

AUNQUE hubiera logrado comprender todos los aspectos de aquel mundo extraño, el poder de adaptación mental de Clytassamine me habría producido miedo y respeto. Tiene que ser una experiencia espantosa el descubrir que una persona a quien se conoce desde largo tiempo se ha convertido en un total desconocido, lleno, quizá, de reacciones inesperadas. Y, sin embargo, ella no demostraba la menor inquietud, y sólo de cuando en cuando cometía el error de llamarme Hymorell.

Comprendí por qué las gentes, al recobrar el conocimiento, suelen preguntar antes que nada: "¿Dónde estoy?" Yo también quería saberlo; sin esa información me sería imposible darle una forma clara a mis pensamientos. No tenía ningún punto fijo desde dónde empezar.

Cuando nos encontramos de nuevo en la habitación verde, comencé a hacerle preguntas. Ella me miró vacilante.

—Debería descansar, tranquilizarse y dejarse de preocupaciones. Lo cuidaremos. Si trata de explicarle lo que le ha ocurrido se quedaría aún más perplejo.

—Es imposible —le dije—. Absolutamente imposible. No puedo seguir diciéndome que se trata de un sueño. Tengo que buscar alguna orientación si no quiero volverme loco.

Ella me miró atentamente y luego accedió.

—Muy bien. Pero, ¿por dónde quiere que empiece? ¿Qué pregunta es la más urgente?

—Quiero saber dónde estoy, quién soy y cómo ocurrió esto.

—Ya sabe quién es. Usted me dijo que es Terry Molton.

—Pero esto —exclamé dándome una palmada en el muslo izquierdo— no pertenece a Terry Molton.

—Temporalmente, sí —me contestó—. Era el cuerpo de Hymorell; pero, ahora, todas las cualidades que hacen al individuo (la mentalidad, la personalidad, el carácter) son suyas. Por lo tanto, es el cuerpo de Terry Molton.

—¿Y qué es lo que le ocurrió a Hymorell?

—Se ha transferido al que era antes su cuerpo.

—Entonces ha hecho un cambio malísimo —le dije. Y reflexioné un momento—. Eso carece de sentido. Yo no soy el mismo que era antes de que me hiriera la mina. Las diferencias físicas ocasionan diferencias mentales. Las heridas y la morfina cambiaron mi mentalidad hasta cierto punto..., y si me hubieran cambiado más, habría tenido una personalidad completamente distinta.

—¿Quién le dijo eso?

—El sentido común.

—¿Y sus científicos no tienen ningún postulado constante? Seguramente ha de haber un factor constante al que esos cambios no le afecten. Y si existe ese factor, ¿no es posible que sea una causa en vez de ser, como parece, un efecto?

—A mi entender es una simple cuestión de equilibrio..., del equilibrio entre las fuerzas físicas y las psicológicas.

—Entonces, *no* lo comprende —me dijo.

Yo decidí abandonar momentáneamente aquel punto.

—¿En qué lugar estoy? —dije.

—El edificio se llama Catalu.

—No; quiero decir, ¿qué es esto? ¿Estoy en la Tierra? Esto se parece a la Tierra, pero a ningún país de los que he oído hablar.

—Claro que es la Tierra. ¿Dónde iba a estar si no? Pero se encuentra en un salón diferente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE nuevo me hallaba frente a una de esas palabras que no comprendía. Salany era algo completamente desconocido para mí.

—¿Quiere decir que estoy en un... —comencé a decir, y luego me detuve perplejo. Por lo visto, en su idioma no existía la palabra "tiempo", por lo menos en ese sentido.

—Ya le dije que lo dejaría perplejo —me contestó—. Usted piensa de modo distinto. En los términos del antiguo pensamiento, al menos como yo lo comprendo, usted viene de uno de los extremos de la raza humana. Ahora se encuentra en el otro.

—No —protesté—. Delante de mí hay unos veinte millones de años de evolución humana.

—¡Oh, eso! —dijo, dispersando los veinte millones de años con un movimiento de la mano.

—Bueno —proseguí desesperado—, por lo menos podrá decirme cómo vine hasta aquí.

—Someramente, sí. Es un experimento de Hymorell. Hacía largo tiempo que lo estaba probando... —entonces vi que en aquel sentido *sí* existía la palabra tiempo—, pero ahora lo intentó de otro modo. Y por fin tuvo éxito. Antes, varias veces, estuvo a punto de conseguirlo, pero no logró la transferencia. Sus tentativas más afortunadas tuvieron lugar hace unas tres generaciones. El...

—¿Cómo dice? —le pregunté.

Ella alzó interrogativamente los ojos.

—¿Qué?

—Me pareció que decía que lo intentó hace tres generaciones.

—Sí.

Me levanté del bloque en que estaba sentado y miré por las ventanas arqueadas. Afuera hacía un día normal, soleado y tranquilo.

—Quizá tenga razón...; será mejor que descanse —le dije.

—Muy sensato —convino—. No se quiebre la cabeza pensando en los porqués y los cómos. Después de todo, no estará aquí mucho tiempo.

—¿Quiere decir que... volveré a ser como era?

Ella asintió.

Yo notaba mi cuerpo, bajo el extraño vestido. Era un cuerpo bueno, fuerte, bien cuidado, flexible, completo. y no sentía ningún dolor en ninguna de sus partes.

—No —le dije—. No sé dónde estoy o lo que soy ahora, pero sí sé una cosa...: que no pienso volver a aquel infierno.

Ella me miró y meneó compadecida la cabeza.

AL día siguiente, después de comer unos cuantos bombones que no eran bombones y beber un líquido de sabor incierto que parecía leche, ella me condujo al hall y me hizo subir a una de las sillas.

Yo me bajé.

—¿No podemos caminar? Hace mucho tiempo que no ando.

—Sí, claro —me contestó ella, y entonces nos encaminamos hacia la puerta. Varias personas le dirigieron la palabra, y una o dos de ellas me hablaron a mí. En sus ojos se pintaba la curiosidad, pero sus modales eran amables, como si quisieran tranquilizarme. Evidentemente sabían que no era Hymorell, pero eran demasiado corteses para mencionarlo.

Al salir afuera, atravesamos una especie de prado cubierto de hierba y llegamos a un camino que bordeaba un bosquecillo. El lugar era tranquilo, lleno de paz, de una belleza digna de la Arcadia. Para mí, que sentía la tierra bajo mis pies como algo precioso, todo aquello tenía la frescura de la primavera. La sangre circulaba por mis venas con un vigor que había ya olvidado.

—Sea el lugar que fuere, es hermosísimo —dije, mirando en torno mío.

Caminé durante un rato en silencio, hasta que mi curiosidad volvió a renacer.

—¿Qué quería decir con lo de "el otro extremo de la raza humana"? —le pregunté.

—Eso. Nosotros creemos que estamos llegando al fin, terminándonos. Estamos casi seguros de ello, aunque siempre hay una posibilidad.

—Nunca he visto a nadie con mayor aspecto de salud y hermosura —contesté, mirándola a los ojos.

Ella sonrió.

—Es un cuerpo lindo. El mejor de todos los míos, en mi opinión.

Por el momento, pasé por alto la extraña adición.

—¿Entonces qué ocurre? ¿Se debe acaso a la infertilidad?

—No. No hay muchos niños, pero eso es más bien un resultado que una causa. Lo que sucede es que sin que sepamos cómo, no logramos reproducir... la cosa que nos convierte en seres humanos y no en animales. Nosotros le llamamos malukos.

La palabra quería significar algo así como un espíritu o un alma, aunque no exactamente.

—¿Entonces, los niños...?

—Casi todos ellos carecen de ella. Son... débiles mentales. Si las cosas siguen así, un día todos serán iguales y, entonces, eso será el fin.

Reflexioné acerca de eso, pareciéndome que me hallaba de nuevo en un sueño.

—No sé —prosiguió ella—. Uno no puede pensar en el salany de un modo aritmético, aunque existe siempre el acceso perimétrico.

No lograba comprender sus palabras.

—¿No quedan libros ni crónicas?

—Oh, sí. De ese modo fué cómo aprendimos su idioma Hymorell y yo. Pero hay grandes vacíos. La raza humana estuvo casi a punto de destruirse a sí misma, por lo menos cinco veces. En las crónicas de los distintos períodos, faltan miles de años.

—¿Y cuánto tiempo falta para que todo termine? —le pregunté.

—Tampoco lo sabemos. Nuestra tarea consiste en prolongarlo, porque siempre hay una posibilidad. El factor inteligencia *puede* recobrar otra vez su fuerza.

—¿Qué quiere decir con "prolongarlo"? ¿Prolongar sus vidas?

—Nos transferimos. Cuando un cuerpo empieza a decaer, o cuando tiene unos cincuenta años y ha pasado ya por sus mejores épocas, elegimos uno de los débiles mentales y nos transferimos a él. Este —agregó, extendiendo su mano perfecta y estudiándola— es mi décimocuarto cuerpo. Y muy bonito.

Yo le di la razón.

—¿Pero quiere decir que pueden seguir constantemente haciendo transferencias?

—Mientras existan cuerpos a que transferirnos.

—Pero..., pero esa es la inmortalidad.

—No — dijo desdeñosamente —, ni mucho menos. No es más que una prolongación. Algún día, más tarde o más temprano, habrá un accidente. Eso es matemáticamente inevitable. Puede ocurrir dentro de cien años, o puede ser mañana...

—¿O al cabo de mil años? —le sugerí.

—Exactamente, pero ese día llegará.

No dudé ni un momento de que ella me decía la verdad, porque ahora estaba preparado para cualquier situación fantástica. Aun así, aquello me asqueó. Experimentaba una sensación instintiva de reprobación..., un prejuicio, claro está; el mismo prejuicio que me hacía reprobar los vestidos suaves y flotantes y la vida tranquila y ociosa que llevaban. No podía menos

de pensar que el proceso de que me hablaba estaba unido, de un modo simbólico, al canibalismo.

ELLA debió de leer mi expresión, porque me dijo, con tono explicativo, sin acusarme:

—Este cuerpo no servía de nada a la muchacha que lo tenía. Creo que ni siquiera se daba plena cuenta de él. Estaba mal empleado. Yo lo cuidaré. Tendré hijos. Algunos serán tal vez niños normales. Cuando se vayan haciendo viejos, podrán transferirse a otros cuerpos. Como verá, existe el instinto de sobrevivir. Puede ocurrir algo; tal vez alguien descubrirá una cosa que nos salve.

—¿Y la muchacha que tenía ese cuerpo? ¿Qué fué de ella?

—Aparte de unos pocos instintos, casi no tenía nada. Lo poco que había en ella se transfirió a mí.

—¿Entró en un cuerpo de cincuenta años, perdiendo treinta años de vida?

—¿Puede llamarle a eso una pérdida, cuando era incapaz de usarlo debidamente?

No contesté a su pregunta, porque acababa de ocurrírseme un pensamiento.

—¡Así que en eso es en lo que trabajaba Hymorell! ¡Estaba tratando de transferir personalidades normales del pasado a los cuerpos de los débiles mentales! ¡Es eso!, ¿no?

Ella me miró a la cara.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Y por fin ha tenido éxito. Esta vez se trata de una verdadera transferencia.

Por extraño que parezca, aquello no me sorprendió. Me imagino que me había ido haciendo a la idea antes de saberlo. Pero quería saber una gran cantidad de cosas que podían afectarme a mí. Le rogué que me diera más detalles.

—Hymorell quería llegar lo más lejos posible —me dijo—. Pero había un límite. Tenía que llegar a una época de la historia donde pudiera procurarse las piezas necesarias para la construcción del instrumento que le permitiría volver aquí. Si avanzaba demasiado, se encontraría en una época donde no se conocían ciertos metales esenciales, los instrumentos carecerían de precisión, no se dispondría de energía eléctrica. En ese caso, tardaría años enteros en construir el instrumento, suponiendo que lo consiguiera. Decidió que el límite máximo era el momento del descubrimiento de la fisión del átomo. Pensó que retroceder más podía ser peligroso. Entonces tuvo que encontrar un contacto. Tenía que ser un sujeto cuya integración no fuera buena, que tuviera una lesión que debilitara la unión de la personalidad con la forma física. Podemos realizar la operación de preparar al sujeto, porque eso es sencillo. Pero él tenía que buscar un sujeto que se encontrara ya en estado apropiado. Desgraciadamente, todos los que encontró estaban a punto de morirse, pero por fin lo encontró a usted y entonces estudió la fuerza del lazo que lo unía a la vida. Eso le intrigó mucho, porque fluctuaba de un modo muy grande.

—Por la morfina —le sugerí.

—Posiblemente. Sea como fuere, consiguió obtener una incidencia rítmica de la lesión y probó a ver qué pasaba. El resultado es éste.

—Ya... —dije—. ¿Cuánto tiempo cree que tardará en construir el instrumento que necesita para volver?

—No podría decirlo. Depende de la facilidad con que pueda reunir los materiales.

—Entonces va a tardar bastante tiempo. Desde ese punto de vista hizo mal al elegir un inválido sin piernas.

—Pero lo hará.

—No, si yo puedo evitarlo —le dije.

Ella meneó la cabeza.

—Una vez que se ha transferido, no se tiene ya la perfecta integración que se tenía con su propio cuerpo. Si no lo hace en otra ocasión, lo conseguirá cuando usted esté durmiendo.

—Ya lo veremos —le dije.

Después de aquello, fuí a ver el instrumento que Hymorell había empleado para la transferencia. No era grande. En su aspecto difería muy poco de una lente llena de líquido y montada en una caja del tamaño de una máquina de escribir portátil, de la que salían dos mangos de metal pulido. Pero dentro de la caja había una gran cantidad de alambres, tubos y extraños aparatos que me dieron gran satisfacción. Nadie, me dije, conseguirá construir una cosa así en unos cuantos días, ni siquiera en unas cuantas semanas.

LOS días fueron transcurriendo. La placidez que constituía su característica principal me resultó al principio agradable. Después vinieron períodos en los que me entraban ganas de cometer una locura o romper algo, simplemente por divertirme.

Clytassamine me llevaba a diversos lugares del enorme edificio verde. Había conciertos, de los que no entendía ni una jota, y que me aburrían. Veía que el público que me rodeaba se hallaba en pleno éxtasis intelectual, pero a mí me resultaba imposible encontrar ninguna belleza en aquellas extrañas escalas y aquellas armonías, aun más raras.

Había también una gran sala donde se veían pasar colores sobre una pantalla fluorescente. Los colores parecían proyectados por los mismos espectadores, de algún modo incomprensible. Todo el mundo gozaba con aquello, excepto yo. Y de cuando en cuando, por razones que yo no percibía, reían o suspiraban juntos. No obstante, aquellos efectos de colores me parecían muy bonitos y lo dije así. Por el modo como lo recibieron, comprendí que había dicho una tontería.

Cuando se daban representaciones en la pantalla tridimensional, yo lograba seguir en parte la acción..., y, siempre que lo conseguía, la impresión que me producía era terrible.

Mis comentarios impacientaban a Clytassamine.

—¿Qué espera usted sentir, cuando juzga la conducta civilizada por sus tabús primitivos? —me decía.

Me llevó a un museo. No era como yo me había imaginado, sino, en su mayor parte, una colección de instrumentos que proyectaban el sonido, las imágenes o ambas cosas, según se deseaba. Vi algunas cosas horribles. Volvimos a él una y otra vez. Yo quería oír o ver algo de mi tiempo.

—No hay más que sonidos —me dijo.

—Muy bien —le dije—. Pongamos una música.

Ella manipuló el tablero de una máquina. Una armonía familiar invadió suave y tristemente la sala. Mientras la escuchaba, me sentí lleno de desolación. Los recuerdos me inundaron y me pareció que me encontraba de nuevo en el antiguo mundo, no el que acababa de dejar, sino el de mi niñez. Una ola de sentimentalismo, de profunda lástima de mí mismo, de nostalgia de todas las esperanzas y alegrías de la niñez, desvanecidas completamente, me envolvió por completo, y las lágrimas rodaron por mis mejillas.

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Qué opina del ESPACIOTEST, de las ilustraciones y de la nota científica sobre "El sistema solar" que publicamos en la tapa? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No volví más al museo. ¿Cuál era la música que evocó para mí un mundo entero, haciéndolo surgir del polvo de los siglos? No era una sinfonía de Beethoven, ni un concierto de Mozart.

Fué un villancico de Navidad.

—¿NO trabajan nunca? ¿No trabaja aquí nadie? —le pregunté a Clytassamine.

—Oh, sí; cuando queremos.

—Pero, ¿y las cosas desagradables..., las cosas que hay que hacerse?

—¿Qué cosas? —me preguntó perpleja.

—Pues, cultivar los campos, proporcionar energía, hacer vestidos, construir casas, los transportes...

Ella me miró sorprendida.

—Naturalmente, pero las máquinas se encargan de todo eso. No esperará que los hombres hagan esas cosas...

—Pero, ¿quién cuida de las máquinas y las mantiene listas para funcionar?

—Ellas mismas, como es natural. Un mecanismo que no pudiera mantenerse por sí solo en buen estado no sería una máquina. No pasaría de ser una herramienta más o menos complicada.

—¡Oh! —dije.

Y comprendí que tenía razón, aunque el pensamiento fuera nuevo para mí.

—¿Quiere decir —proseguí— que en sus catorce generaciones (unos cuatrocientos años o cosa así) no ha hecho nada más que esto?

—Bueno, he tenido muchos hijos. Tres de ellos completamente normales. Y he trabajado en algunas investigaciones eugenésicas. Casi todos lo hacen cuando se les presenta la oportunidad.

—Pero, ¿cómo pueden soportar el vivir así, tiempo y tiempo?

—A veces no es fácil y algunos no resistimos más; pero eso es un crimen, porque siempre hay una oportunidad. Y no es tan monótono como cree. Cada transferencia es una variación. Uno se siente como si el mundo se hubiera convertido en un lugar distinto. Aun dentro de un mismo cuerpo, los gustos varían mucho durante una vida, e inevitablemente más cuando se trata de dos cuerpos. Uno es la misma persona, pero vuelve a ser joven de nuevo. Nos sentimos llenos de esperanza, el mundo nos parece un lugar mejor, pensamos que esta vez seremos más prudentes. Y luego volvemos a enamorarnos, del mismo modo dulce y absurdo que antes. Es algo maravilloso, como un renacimiento. Usted sabría lo maravilloso que es si hubiera tenido cincuenta años y de repente tuviera veinte.

—Me lo imagino —le dije—. Antes de que ocurriera esto, me encontraba mucho peor que si tuviera cincuenta años. Pero, ¿amar? Hace cuatro años que no me atrevo a pensar en el amor...

—Ahora puede atreverse —me dijo—. ¿No es así?

Yo podía. Y me enamoré.

¡HABIA tantas cosas que quería saber!

—¿Qué ocurrió a *mi* mundo? —le pregunté más tarde—. A mí me parecía que iba camino del desastre. Me imagino que acabaría en alguna guerra global y destructora, ¿no?

—Murió, lo mismo que las civilizaciones anteriores. No fué nada espectacular.

Pensé en mi mundo, con sus complejidades y sus complicaciones, con su dominio de la distancia y la velocidad, con el progreso de las ciencias.

—¿Murió simplemente? —repetí—. No puede ser. Algo tuvo que destrozarlo.

—¡Oh, no! La pasión por el orden es una manifestación del profundo deseo de seguridad que tienen los humanos. Ese deseo es natural, pero el conseguirlo es fatal. Había los medios para producir un mundo estático, pero cuando llegó el momento en que era necesario adaptarse, se vió que era incapaz de toda adaptación. Ese mundo murió inertemente de desánimo. Lo mismo ocurrió antes a muchos pueblos primitivos.

Ella no tenía motivos para mentirme, pero me resultaba difícil de creer.

—¡Teníamos tantas esperanzas!... —protesté—. Nuevas perspectivas se abrían ante nosotros. Estábamos aprendiendo. Ibamos a llegar a los demás planetas.

—Desde luego eran ingeniosos; pero cada descubrimiento nuevo era como un juguete. Nunca consideraron su verdadero valor. Y eran un pueblo codicioso y puerilmente agresivo. Adelantaron en las ciencias sin adelantar en la filosofía. La filosofía sin la ciencia es una especulación estéril y degenera fácilmente en superstición. Pero la ciencia sin la filosofía es igualmente estéril; la investigación lleva a la pedantería, al estatismo, al dogma.

—Eso es tratarnos con demasiada dureza. Teníamos grandes problemas.

—La mayoría de ellos relacionados con la conservación de las formas y las costumbres. Por lo visto, nunca se les ocurrió que en la Naturaleza todo es crecimiento y que la conservación es un accidente. Lo que se conserva en las rocas o entre el hielo no es más que una imagen de la vida; pero ustedes siempre pensaron que los tabús locales eran verdades eternas.

MI mente volvió al problema de mi situación actual.

—Pero supongamos que yo volviera y les dijera lo que va a ocurrir. Eso cambiaría las cosas. ¿No demuestra eso que no voy a volver?

Ella sonrió.

—¿Cree que le escucharían, cuando desdeñan la filosofía, Terry?

—De todos modos —insistí—, no pienso volver. No me gusta su mundo. Creo que es decadente e inmoral en muchos aspectos; pero, por lo menos, soy un ser humano completo mientras esté aquí.

Ella meneó la cabeza.

—¡Es usted tan joven, Terry! ¡Está tan seguro de lo que es el bien y el mal! Eso me gusta.

—No diga tonterías —le repliqué bruscamente—. Tiene que haber normas morales. Sin ellas, ¿dónde estaríamos?

—¿Dónde? ¿Dónde están un árbol, una flor o una mariposa?

—Somos algo más que una planta.

—¿Y qué hace usted cuando se encuentra con normas opuestas? ¿Ir gloriosamente a la guerra?

Dejé el tema.

—¿Llegamos a los otros planetas? —le pregunté.

—No, pero la próxima civilización si lo consiguió. Descubrieron que Marte era demasiado viejo; Venus, demasiado joven. Soñaban con que los hombres se extenderían por todo el Universo. Siento decirle que eso no ocurrió, aunque más tarde volvió a intentarse. Criaron hombres especialmente para eso, como los criaban para toda clase de actividades. En realidad, produjeron hombres y mujeres muy extraños, altamente especializados, más ansiosos de orden que los demás; unos seres que se negaban a admitir el azar, lo que es una gran estupidez. Cuando llegó su fin, fué desastroso. Los tipos especializados no pudieron sobrevivir. La población disminuyó a unos cuantos cientos de miles de personas, que podían adaptarse al nuevo ambiente, para empezar de nuevo.

—¿Conque ustedes desconfían del orden y de las normas morales?

—Hemos dejado de pensar en la sociedad como en un problema estructural de ingeniería, o en los individuos como en los componentes de las partes de un diseño arbitrario.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Y se limitan a descansar y aguardar el fin, con las manos cruzadas?

—¡Oh, no! Nos conservamos, porque somos el material en que puede obrar el azar. Al principio, la vida fué un accidente; la supervivencia ha sido también a menudo, un accidente. Tal vez pueden haber otros accidentes. O tal vez no los haya más.

—Eso me suena a derrotismo.

—Al final tienen que venir la derrota y el frío; primero al Sistema Solar, luego a la Galaxia, después al Universo, y el resto será silencio. No reconocerlo es una vanidad estúpida —hizo una pausa—. Y sin embargo, uno planta flores porque son hermosas y no porque desee que sean eternas.

NO me gustaba aquel mundo. Era tan extraño para mí como si se tratara de otro planeta. El esfuerzo que me producía el tratar de comprenderlo era constante y fatigoso; e inútil. Mi único consuelo y solaz era Clytassamine. Por ella iba dejando caer las barreras que tan amargamente había erigido en torno mío en los últimos años, y ésa fué la causa de que me enamorara tan perdidamente.

Por lo tanto tenía un motivo más para no permitir que las cosas ocurrieran según quería Hymorell. La misma Clytassamine no podía hacer de aquel lugar un paraíso; pero yo había salido del infierno y no pensaba volver a él.

Pasé innumerables horas estudiando la máquina de las transferencias, aprendiendo todo lo que podía acerca de ella. Mis progresos eran lentos, mas al fin colegí cómo funcionaba.

Pero no podía vivir en paz. Me era imposible olvidarme de que aquello era transitorio, y, conforme pasaban los días, mi inquietud e incertidumbre eran cada vez mayores. No tenía ningún medio de saber si Hymorell había conseguido o no obtener los materiales que necesitaba. Me lo imaginaba constantemente como una obsesión, sentado en mi silla de ruedas, trabajando en el aparato que me condenaría de nuevo al sufrimiento de un cuerpo destrozado.

Con el transcurso de las semanas comencé a sentir los efectos de la tensión nerviosa. Tenía miedo de dormirme, por si al despertar me encontraba de nuevo en la silla de ruedas.

Clytassamine estaba también preocupada. La genuina compasión que le producía mi espanto ante la idea de volver, no conseguía hacerle olvidar los sufrimientos que estaría pasando Hymorell. Además, la tensión mental no le hacía ningún bien a mi cuerpo temporal.

Y entonces, cuando habían transcurrido seis meses y yo empezaba a sentir esperanzas, ocurrió de pronto, sin aviso alguno. Me dormí en la habitación del gran edificio verde. Y me desperté en el hospital... con un dolor terrible en la pierna que me faltaba.

Todo seguía igual que antes. Tan igual, que inmediatamente eché mano al frasquito de la morfina.

Cuando me calmé un poco, descubrí algo que no estaba antes allí. Se hallaba en la mesa, a mi lado, y parecía como una radio construída por un aficionado. Desde luego, yo no había construído aquello. Pero, aparte de eso, todo podía muy bien haber sido un sueño.

Me apoyé en el respaldo de la silla, mirando cuidadosamente el aparato. Luego empecé a examinarlo de cerca sin tocar nada. Era, claro está, de construcción muy rudimentaria comparado con la máquina de transferencias que había estudiado en el lugar que Clytassamine llamaba Catalu, pero comencé a ver similitudes y a darme cuenta de las adaptaciones. Todavía seguía estudiándolo cuando me dormí.

Por el número de horas que estuve durmiendo, comprendí que Hymorell había hecho trabajar a mi cuerpo sin descanso.

CUANDO me desperté empecé a pensar furiosamente. Mi temporada de salud y fortaleza me había dejado con una firme decisión: no seguiría siendo un amputado.

Había dos salidas. La primera, el frasquito de morfina, que seguía, como siempre, a mi alcance. Pero ahora tenía también el aparato de las transferencias.

No lo entendía demasiado bien. Dudaba de poder hacerle funcionar exactamente como yo quería, si lo intentaba. Y no quería intentarlo. Porque, aunque el mundo que acababa de dejar no me gustaba, en él siempre tendría a Clytassamine para ayudarme. Y, además, lo que había aprendido me hacía pensar que fácilmente podía caer en otro lugar mucho menos agradable. Por eso lo dejé tal y como Hymorell lo dispuso.

La principal dificultad era que la máquina tenía que quedarse allí. El se había visto obligado a hacerlo, pero seguramente no se imaginaba que yo podría usarla. Y si la usaba tendría que dejarla para que él la usase de nuevo. Mi fin tenía que ser el impedir que lo hiciera.

Sería muy arriesgado preparar la máquina de modo que se destrozara en cuanto yo hubiera cambiado de lugar con él. El proceso era hipnótico hasta cierto punto, y no tenía nada de instantáneo. Podía ocurrir algo muy extraño si se destruía mientras se estaba realizando la transmisión.

Además, él podría construir otra. Mientras viviera, podría hacerlo.

De ese modo, la solución del problema era bien clara.

Cuando hube trazado ya mi plan, probé varias veces el instrumento, pero él estaba siempre alerta. Comprendí que tendría que pillarlo dormido, como él me había pillado a mí; por eso seguí probando con intervalos de cuatro horas.

Hacía un año que yo me había provisto de veneno y lo guardaba para el día en que yo no pudiera soportar más. Mi primera idea fué tomármelo en una cápsula que tardara algún tiempo en disolverse. Pero entonces me di cuenta de lo que ocurriría si algo salía mal y yo no podía realizar la tranferencia a tiempo. Aquello me asustó y me hizo desistir del plan. En vez de eso, eché el veneno en la botella. Los cristales eran blancos, como los de la morfina, sólo que un poco más grandes.

Una vez que conseguí que el instrumento me respondiera, todo fué más fácil de lo que había esperado. Empuñé los dos mangos y concentré toda mi atención en la lente. Me sentía como mareado. La habitación vaciló y se oscureció ante mis ojos.

Cuando se aclaró mi vista, me hallaba de nuevo en la habitación verde, y Clytassamine estaba a mi lado.

Tendí mi mano hacia ella y luego me contuve, porque vi que lloraba silenciosamente. Hasta entonces nunca la había visto llorar.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté.

Ella se quedó un instante absolutamente inmóvil. Luego me dijo, incrédula:

—¿Eres..., eres Terry?

—Sí, claro. Ya te dije que no me iba a quedar mucho tiempo allí.

Entonces ella se echó a llorar de nuevo, pero de modo distinto. Yo le pasé el brazo por la cintura.

Al cabo de un rato le pregunté:

—¿De qué se trata? ¿Qué sucede?

Ella sollozó.

—Es Hymorell. Tu mundo le ha hecho un daño espantoso. Cuando volvió era áspero y estaba amargado. No hacía más que hablar del dolor y de los su-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

frimientos. Tenía miedo; era... cruel e irascible.

Aquello no me sorprendió mucho, porque ellos desconocían la enfermedad y los dolores físicos. Cuando un cuerpo tenía el menor defecto, se transferían a otro. Nunca habían aprendido a soportar los sufrimientos.

—¿Por qué no te hizo el mismo efecto a ti? —me preguntó.

—Al principio también me lo hizo —reconocí—. Pero al cabo de cierto tiempo uno descubre que eso sólo sirve para empeorar las cosas.

—Tenía miedo; era cruel —repitió.

ME mantuve despierto cuarenta y ocho horas para asegurarme. Sabía que cuando me despertara una de las primeras cosas que necesitaría sería la morfina, pero tenía que concederle algún tiempo para tomarla. Luego me dormí.

Cuando abrí los ojos estaba de nuevo en el hospital. No me desperté poco a poco. Inmediatamente comprendí que había sospechado de algún modo la existencia del veneno y la había evitado. El instrumento estaba a mi lado y vi que de él se escapaba un delgado hilillo de humo, como el de un cigarrillo que se apaga. Fuí a investigarlo, pero me contuve. Tomé los mangos y los saqué. Entre los alambres de distribución vi una pequeña caja con una mecha encendida. Apresuradamente saqué la cajita y la tiré por la ventana. El también se había dado un margen prudencial; el explosivo tardó en estallar media hora.

Miré la morfina. Tenía gran necesidad de ella, pero no me atrevía a tomarla. Arrastré mi silla de ruedas hasta el botiquín donde se guardaba una provisión de repuesto. Cuando saqué el frasco, vacilé. Parecía morfina e intacta...; pero, naturalmente, era esencial que así fuera.

Deliberadamente la tiré en la chimenea, destrozando la botella, y fuí con mi silla de ruedas hasta el teléfono. El doctor se enojó conmigo pero vino, trayendo más morfina, gracias a Dios.

Pensé varios planes. Por ejemplo, una aguja envenenada, colocada estratégicamente en un brazo del sillón. Pero los inválidos tienen muy pocas oportunidades de verse solos. De todos modos, es muy difícil tener acceso a los venenos fuertes; y cuando hay que hacerlo a través de una tercera persona, es casi imposible. Y si alguien lo hacía por mí, más tarde se le tendría por cómplice de un suicidio. Lo mismo puede aplicarse al tratar de conseguir unos cuantos cartuchos de dinamita. Pero podía comprar con toda facilidad una palanca de tiempo..., y lo hice.

A mí me pareció el plan perfecto. Apunté mi antigua pistola del ejército en la posición exacta que ocuparía mi cabeza cuando se inclinara sobre el instrumento. Solamente buscándola se vería aparecer la punta del cañón entre unos libros de la biblioteca. La preparé para que se disparara cuando se asieran los dos mangos del aparato, pero solamente cuando la palanca de tiempo hubiera llegado a determinado lugar. De ese modo podría poner la palanca y manipular el instrumento. Dos horas más tarde, lo que daba un amplio margen de tiempo, la palanca llegaría al lugar previsto y el aparato se convertiría en algo letal. Si intentaba establecer contacto y no lo conseguía, no tenía más que volver a colocar la palanca en su posición inicial.

Aguardé tres días, porque sabía que Hymorell evitaría el sueño como yo, hasta convencerse de que su granada tuvo éxito. Luego probé y triunfé.

Pero tres días más tarde me encontraba de nuevo en la silla de ruedas.

EL maldito Hymorell era muy cauto; debió de descubrir mi estratagema de la palanca, y la cortó.

Pero descubrí también la sorpresa que me reservaba: si hubiera tocado el instrumento antes de desconectarlo, lo habría fundido y probablemente yo me habría fundido también con él. Esta vez la palanca era termostática y se habría hundido en el instrumento al enfriarse la habitación...

La pistola y mi palanca habían desaparecido, y yo las busqué por todas las partes que se hallaban al alcance de mi silla. No encontré la pistola, pero la palanca se hallaba en un pequeño hueco bajo la escalera. La había dejado dispuesta de tal modo que al pasar sobre ella dispararía un fulminante que incendiaría un polvo grisáceo, sacado sin duda de los cartuchos de la pistola. Cerca de allí había papel y unos trapos impregnados en petróleo.

Después de haberme cerciorado de que no me había puesto más trampas, me dediqué a prepararle una sorpresa de bienvenida. La mina que me hirió era de una clase que los alemanes empleaban y que no estallaba hasta que habían pasado sobre ella siete camiones. La idea tenía sus ventajas.

Me pasé un par de días preparando la trampa. Mientras tanto, la máquina de las transferencias se había convertido en un problema. Cambié de lugar con Hymorell, volví involuntariamente al hospital y lo dejé de nuevo.

El juego comenzaba a cansarme, pero por lo visto era un duelo que sólo podía terminar cuando uno de los dos resultara más listo que el otro. Era una batalla estúpida, con grandes riesgos para los dos. Y ninguno de nosotros se atrevía a dormir.

—Mira —le dije a Clytassamine—. Supongamos que me transfiriera al cuerpo de un débil mental, como hacéis vosotros. Entonces, cuando Hymorell vuelva a hacer funcionar el aparato, el que ocupe mi lugar en la silla será el idiota. Los dos estaremos aquí y el asunto habrá quedado resuelto.

Ella meneó la cabeza.

—Necesitas dormir, Terry. Tu inteligencia está nublada. La que quiere cambiar es tu *mente*. A él no le interesa el cuerpo que tú usas.

Tenía razón, claro... La falta de sueño me confundía. Al tercer día tuve que dormirme. Mi sueño duró unas catorce horas y me desperté en la sala verde.

Me parecía imposible que hubiera dejado pasar tanto tiempo sin intentar nada, si estaba en condiciones de hacerlo. Mi aparatito debía de haber dado cuenta de él.

Y empecé a sentirme más tranquilo.

CONFORME trnscurrían los días me iba sintiendo más seguro del éxito. Mi miedo a dormirme disminuyó. Por fin comencé a sentirme como un ciudadano de aquel mundo y a buscar mi puesto en él. Tenía delante de mí un tiempo ilimitado, pero no pensaba pasarlo sin hacer nada.

—Quizá ahora *exista* una posibilidad —le dije a Clytassamine—. Pero, ¿no sabéis que las posibilidades pueden *hacerse*?

Ella sonrió, con una sonrisa ligeramente cansada.

—Sí —reconoció—. Ya lo sé. Yo pensaba lo mismo durante mis dos primeras generaciones. ¡Eres tan joven, Terry! —y se quedó mirándome con una mezcla de simpatía y lástima.

No puedo decir por qué razón el cambio se operó en mí tan rápidamente. Quizá no fué tan rápido y llevaba algún tiempo produciéndose en mi interior. La miré y me di cuenta de que la veía de un modo completamente distinto. Me sentí lleno de frialdad. Vi lo que había detrás de aquella forma perfecta, de aquella hermosa joven.

Interiormente era vieja, vieja y cansada, mucho más vieja de lo que yo podía imaginar. Pensaba que yo era un niño y me trataba como si lo fue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ra. El vigor de mi verdadera juventud la divertía. Quizá despertó en parte la suya por un tiempo. Pero ahora estaba cansada de ella y de mí. La frescura que yo contemplaba no era más que una máscara.

Me quedé mirándola largo rato y luego dije:

—Ya no me quieres a mí. Quieres a Hymorell.

—Sí, Terry — reconoció serenamente.

Durante las dos semanas siguientes reflexioné acerca de lo que debía hacer. Aquel mundo nunca me había gustado. Era decadente y afeminado. Los placeres que encontraba en él se habían desvanecido. Me sentía como preso, asfixiado, y me aterraba la perspectiva de pasarme varias vidas allí.

Ahora, cuando era muy improbable que volviera a mi tormento anterior, la perspectiva de vivir en aquel otro mundo no me parecía mucho más apetecible. Comencé a preguntarme si la mortalidad no era acaso una de las condiciones que hacían deseable la vida. En muchos aspectos nos asusta; pero la perspectiva de una vida casi eterna era más aterradora. Es imposible creerlo antes de haberse enfrentado con ella.

Pero mi preocupación era innecesaria: no corro el menor riesgo de ser inmortal. Me dormí desesperado en el gran edificio verde, y cuando me desperté estaba en esta clínica mental, en vez de encontrarme en el futuro *o en el hospital*. No me encontraba en el cuerpo de Hymorell, ni en el mío... *¡Me hallaba en el de otra persona!*

CERCA de mí había un enfermero que limpiaba la sala. Comprendí que no debía preguntarle dónde me hallaba; primero tenía que orientarme, sin despertar comentarios ni meterme en líos de ninguna clase. Hymorell podía haberme jugado una mala pasada. Así, pues, permanecí como estaba, mirando al enfermero.

Pero él se volvió y vió que mis ojos estaban fijos en él. Aquello lo sobresaltó; fué a acercarse a la cama; pero, de repente, salió. Poco después volvió con un médico, que me levantó los párpados y me miró las pupilas, probó mis reflejos y, finalmente, se irguió y se cruzó severamente de brazos.

—¿Cómo se llama? — me preguntó.

Yo no le contesté.

—¿Sabe dónde está?

—En un hospital — le dije.

—¿Recuerda cómo vino aquí?

En realidad yo no lo sabía. Hasta que lo supiera no pensaba hablar. Eso no impidió que me hicieran pasar una larga serie de pruebas. Cuando terminaron, comprendí que no había conseguido nada callándome.

Hymorell me había transferido al cuerpo de un idiota de nacimiento llamado Stephen Dallboy. Cuando el enfermero se volvió y vió la luz de la inteligencia en los ojos de Dallboy, quedó grandemente extrañado. Las pruebas habían asombrado más aún a los médicos, porque, como no sabía cuál era mi situación, había dado respuestas normales. Todo, excepto mi nombre.

No sé muy bien cómo Hymorell logró hacer aquella transferencia. Debía de estar tan cansado como yo del juego peligroso que jugábamos. A mi entender, construyó probablemente otro instrumento de transmisión y lo empleó para localizar algún cuerpo accesible en el presente. Eso no era muy difícil... ¡Tenía para elegir tantos enfermos de las clínicas mentales! Eligió a Stephen Dallboy, un imbécil congénito, y lo más probable es que él se transfiriera a su cuerpo del futuro.

Entonces, ¿qué le había ocurrido a mi cuerpo? Stephen Dallboy debía de estar en él, naturalmente. Como era un idiota, no intentaría manipular en el aparato, y yo estaba en una clínica mental y no tenía acceso a él.

Era una solución inteligente y que me apartaba por completo del aparato de transferencia, pero me enfureció. Podía haberme transferido a un cuerpo que no estuviera encerrado, ¿no es cierto? Pero lo más importante era que Dallboy se encontraba en una institución caritativa, mientras que yo había heredado algún dinero, no mucho, pero sí el suficiente para que me interesara, y que necesitaría ese dinero si conseguía salir alguna vez de la clínica.

Escribí una carta, firmándola Stephen Dallboy, en la que preguntaba por Terry Molton, a quien decía conocer. El enfermero la echó al correo; contaba con él como posible aliado y me gané sus simpatías jugando con él al ajedrez.

El hospital me contestó diciendo que Terry Molton había muerto. Al parecer se había electrocutado a sí mismo mientras trabajaba en un aparato de radio experimental. El cortocircuito había provocado un incendio en la habitación, y aunque se lo había descubierto y apagado a tiempo, no se pudo salvar a Molton.

Bueno, ¿qué significaba aquello? El fuego había sido descubierto unas tres horas después de mi despertar en la clínica mental. ¿Significaba eso que Hymorell había plantado deliberadamente aquella trampa para destruir el instrumento a la vez que a Dallboy, para que ni yo ni nadie pudiera traerlo de nuevo al presente?, ¿o era Hymorell el que había muerto, mientras que Dallboy, imbécil aún, se hallaba dentro del futuro cuerpo de Hymorell?

Decidí que, en ambos casos, era igual. Vengarse de alguien que tardará tal vez miles de años en nacer es algo sin sentido, especialmente si nos vengamos en nombre de un pobre infeliz para quien la muerte y la vida eran casi igual. Y mi situación inmediata es algo mucho más urgente.

Si pretendo que soy Stephen Dallboy, me encuentro convertido en un imbécil encerrado en una clínica mental..., y no puedo recuperar mi dinero. Si insisto en que soy Terry Molton, me declararán loco..., y seguiré sin poder cobrar mi dinero. No sé qué hacer, como no sea convencer a los médicos de que soy un hombre normal y pueden darme de alta.

Pensándolo bien, eso no sería tan malo, con dinero o sin él. Por lo menos, ahora tengo un cuerpo pasable y entero. Y podría emplearlo provechosamente en el mundo que yo entiendo. Así que, realmente he ganado mucho más de lo que he perdido.

Mas, a pesar de todo eso, *soy* Terry Molton.

Como verán, Dallboy padece una alucinación perfectamente integrada; pero, si su enfermedad se reduce a eso, con el tiempo tendremos que dar de alta al paciente.

No obstante, creemos nuestro deber ponerles al corriente de uno o dos puntos discrepantes. Uno de ellos es que, aunque los dos hombres no se conocían aparentemente, Stephen Dallboy está completamente al tanto de los asuntos de Terence Molton. Y otro, que cuando se le confrontó, durante una de las pruebas, con dos de los amigos de Molton, inmediatamente se dirigió a ellos llamándolos por sus nombres y parecía conocerlos con intimidad, lo cual produjo gran asombro en los dos, porque, según decían, no lo habían visto hasta entonces. Además declaran que no se parece a Terence Molton.

De todos modos, hallarán adjuntas las pruebas legales de que nuestro paciente es Stephen Dallboy. Si ocurrieran nuevos acontecimientos, les tendremos al corriente de ellos.

Suyo afectísimo,

Jesse K. Kohnston,

Director Médico. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted ha leído los números anteriores de MAS ALLA, le será fácil contestar a estas 8 preguntas. Indique en los cuadritos que siguen las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 161 de este volumen. Si usted no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 5 y 7, sus conocimientos son superiores al promedio; si ha contestado correctamente 3 ó 4 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio de las personas cultas. Si ha acertado dos o menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio. Y los únicos exámenes que hay que rendir son los Espaciotests...

Pregunta Nº 1: ☐ Pregunta Nº 5: ☐

Pregunta Nº 2: ☐ Pregunta Nº 6: ☐

Pregunta Nº 3: ☐ Pregunta Nº 7: ☐

Pregunta Nº 4: ☐ Pregunta Nº 8: ☐

Nº 1. ¿Cómo va variando el campo gravitatorio (o sea la fuerza de gravedad) de un planeta con la altura?

A) Aumenta proporcionalmente a ella.
B) Aumenta como el cuadrado de ella.
C) Disminuye inversamente a ella.
D) Disminuye como la inversa del cuadrado de ella.
E) Se mantiene constante y de pronto se anula.

Nº 2. ¿En qué constelación se encuentra la estrella Betelgeuse?

A) En Hércules.
B) En Lira.
C) En Orión.
D) En Sagitario.
E) En Auriga.

Nº 3. ¿Qué son las Nubes Magallánicas?

A) Nubes que se observan sobre el Estrecho de Magallanes.
B) Una constelación de la Vía Láctea.
C) Un grupo de planetas de Antares.
D) Una galaxia cercana a la Vía Láctea.
E) La más lejana galaxia.

Nº 4. ¿Qué es el Germanio y cuál es una moderna aplicación?

A) Es un gas que se usa para inflar globos.
B) Es un líquido que se usa para beber.
C) Es un plástico que se usa para fabricar astronaves.
D) Es un líquido que sólo se encuentra en Alemania y que sirve para fabricar la bomba atómica.
E) Es un semiconductor que se usa para fabricar transistores.

Nº 5. ¿Qué es el ultrasonido?

A) Un sonido que se propaga con mayor velocidad que el sonido.
B) Un sonido de muy pequeña frecuencia.
C) Un sonido de gran frecuencia.
D) El sonido de un avión supersónico.

Nº 6. ¿Por qué la Luna muestra siempre la misma cara a la Tierra?

A) Porque su período de rotación es igual al de revolución alrededor de la Tierra.
B) Porque no tiene movimiento de rotación.
C) Porque no tiene movimiento de rotación ni de revolución alrededor de la Tierra.
D) Porque sólo tiene una cara.

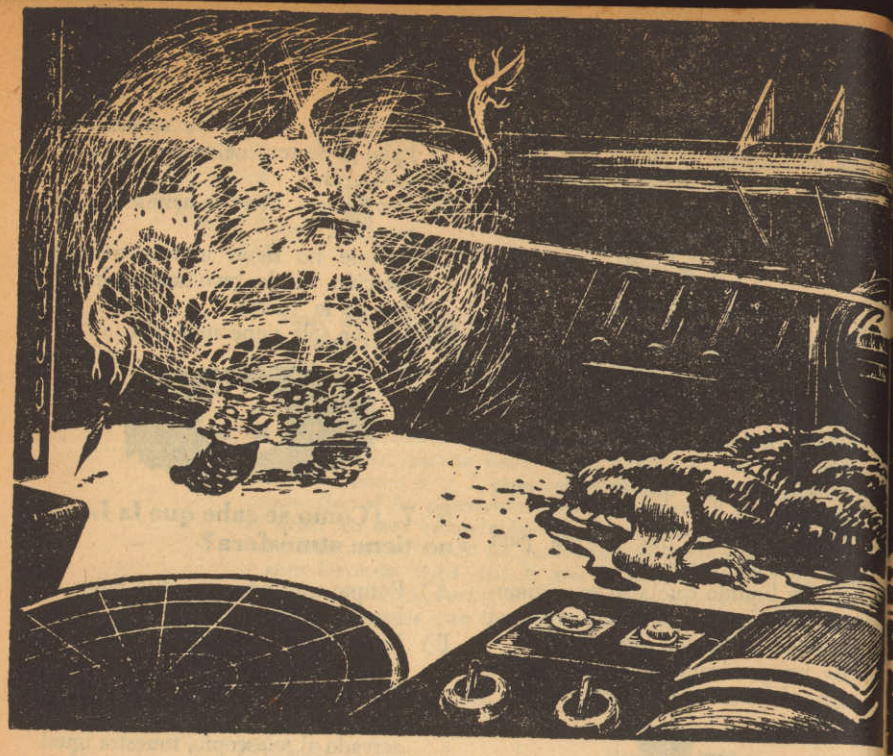
Nº 7. ¿Cómo se sabe que la Luna no tiene atmósfera?

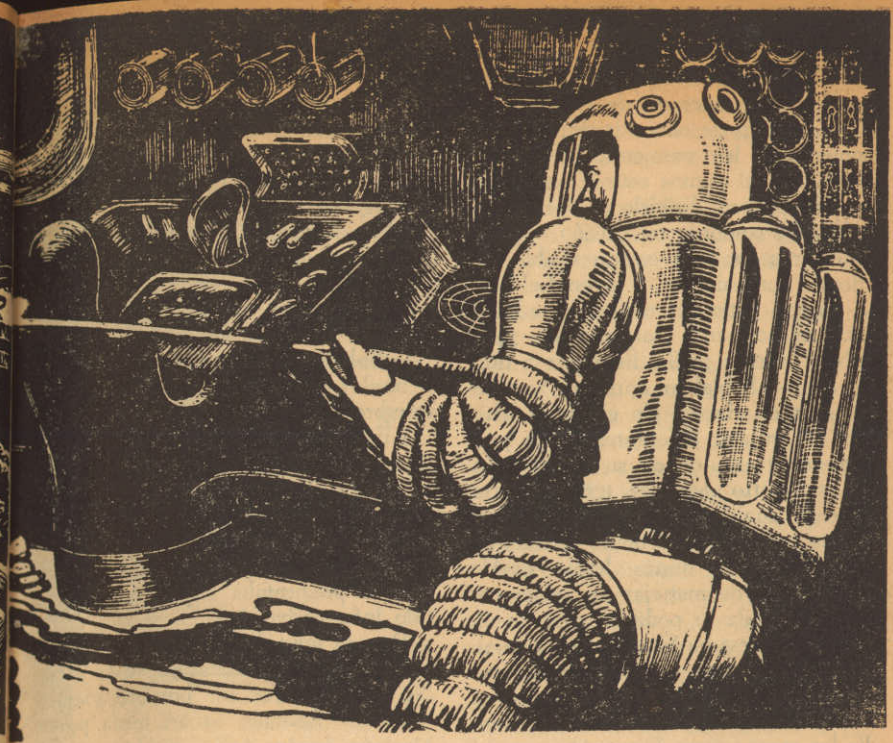
A) Porque una nave que fué hasta la Luna lo comprobó.
B) Porque ya los chinos y los babilonios lo habían descubierto mirando al telescopio.
C) Porque el borde de la Luna, observado al telescopio, muestra igual nitidez que las regiones centrales.
D) Porque el ocultamiento de Marte, por ejemplo, es repentino.
E) Porque la velocidad de escape es muy pequeña para que haya podido retener su atmósfera durante tanto tiempo.

Nº 8. ¿Qué es el cosmotrón?

A) Una astronave para ir a las estrellas.
B) Un acelerador de partículas atómicas.
C) Una constelación de la Vía Láctea.
D) La reacción nuclear en las estrellas.
E) La bomba de hidrógeno.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Ilustrado por DAVID STONE

héroe imprevisto

por ISAAC ASIMOV

Era necesario recapturar la espacionave, que había caído en poder de una raza enemiga. Para eso se necesitaba un héroe. ¿Quién habría de serlo... y por qué?

DESDE la cabina donde estaban amontonados los pasajeros, el coronel Anthony Windham podía observar el curso general de la batalla. Durante unos momentos reinó silencio absoluto y no hubo sacudidas, lo cual indicaba que las espacionaves estaban librando, a una distancia astronómica, un duelo de explosiones de energía acompañado de poderosas defensas de campos de fuerza.

Sabía el coronel que eso sólo podría tener un desenlace. La espacionave de la Tierra era un simple buque mercante armado; en cambio, el enemigo Kloro disponía de un crucero liviano, según había podido vislumbrar desde la cubierta, antes de que la tripulación la despejara para iniciar las maniobras de combate. Y, al cabo de una media hora, se produjeron esas breves sacudidas que estaba esperando. Los pasajeros se zarandearon de un lado a otro, mientras la espacionave cabeceaba y viraba, como un trasatlántico sorprendido en medio de una tormenta. Pero el espacio estaba quieto y silencioso como siempre. De modo que aquello se debía a que el piloto lanzaba violentos chorros de vapor a través de los tubos y, por reacción, la nave efectuaba tumbos y balanceos. Esto sólo podía significar que lo inevitable había ocurrido. Exhaustas sus defensas, la nave de la Tierra ya no se atrevía a resistir un golpe directo.

El coronel Windham trató de afirmarse en su bastón de aluminio. Pensaba que ya era un hombre viejo; había pasado la mayor parte de su vida en la milicia sin haber visto nunca una batalla; ahora, cuando se le presentaba la oportunidad tan ansiada, estaba cargado de años y gordura, renco y sin hombres bajo su mando.

Esos monstruos kloranos no tardarían en subir a bordo: tal era su método de combatir. Sin duda, sus movi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mientos se verían dificultados por los trajes espaciales y sus pérdidas serían muy elevadas; no obstante, estaban empeñados en apoderarse de la nave terrestre. Luego de observar durante un momento a los pasajeros, Windham pensó: "Si al menos estuvieran armados y yo pudiera dirigirlos..." Pero no tardó en abandonar tal ilusión.

Porter se hallaba en un visible estado de confusión y el joven Leblanc no parecía estar en mejores condiciones. Los hermanos Polyorketes —¡qué diablos!, nunca podía distinguir a uno del otro— hablaban entre sí, acurrucados en un rincón. En cuanto a Mullen, era un caso diferente. Estaba perfectamente erguido en su asiento, sin que su rostro denotara terror u otra emoción cualquiera; pero su estatura apenas pasaba de un metro cincuenta, y seguramente nunca había tenido oportunidad de manejar un arma; por lo tanto, nada se podía esperar de él.

También estaba Stuart, con su semisonrisa desdeñosa y ese sarcasmo que saturaba cada una de sus palabras. Windham lo veía, en su asiento, hundir las manos marmóreas entre sus rubios cabellos. Con esas manos artificiales no sería capaz de nada.

DE pronto, el coronel sintió la estremecedora vibración producida por el contacto entre las dos espacionaves; y a los cinco minutos, los ruidos de la lucha llegaron a través de los pasillos. Uno de los hermanos Polyorketes lanzó un grito y se abalanzó hacia la puerta. El otro clamó:

—¡Arístides! ¡Espera! —y se precipitó tras él.

Todo sucedió rápidamente. Arístides abrió la puerta y salió al pasillo, presa del pánico. En ese instante, un carbonizador resplandeció brevemente; no se oyó ni un grito de dolor. Desde el vano de la puerta, Windham contempló horrorizado el montoncito de restos ennegrecidos. ¡Extraño! Toda una vida en uniforme y jamás había visto un caso de muerte fulminante.

Se necesitó el esfuerzo de todos los presentes para reducir al otro hermano y depositarlo en su sitio. Al cabo de unos instantes, los ruidos de la batalla se apagaron. Stuar dijo:

—Ha llegado el momento. Ahora destacarán dos kloranos a bordo de nuestra nave, para conducirnos a uno de sus planetas. Somos prisioneros de guerra.

—¿Solamente dos kloranos vendrán a bordo? —preguntó Windham con asombro.

—Es su costumbre —repuso Stuart—. ¿Por qué lo pregunta, coronel? ¿Piensa acaso dirigir un valeroso ataque para retomar el mando de nuestra espacionave?

Windham se sintió abochornado.

—Lo preguntaba simplemente a título informativo.

Pero el tono digno y autoritario que trató de asumir le fracasó, y lo sabía. No era más que un hombre viejo y mutilado. Además, Stuart tenía probablemente razón: había vivido entre los kloranos y conocía sus costumbres.

JOHN Stuart había afirmado desde el primer momento que los kloranos eran muy caballerescos. Veinticuatro horas de captura habían transcurrido y todavía seguía repitiendo su opinión, mientras flexionaba sus dedos para observar los pliegues que se formaban en el suave artiplasma de sus manos. Gozaba ante la reacción de desagrado que esto causaba en los demás. La gente estaba hecha para ser molestada. Vejigas infladas de aire, todos ellos; y tenían manos de la misma sustancia que sus cuerpos.

Sobre todo, Anthony Windham; el coronel Windham, como se hacía llamar, y Stuart estaba dispuesto a creerlo. Un coronel retirado que probablemente habría entrenado a una milicia de la guardia interna, cuarenta años atrás, en algún pueblo perdido, con tan escasa distinción que nunca más fué llamado a servicio en calidad alguna, ni aun durante la emergencia de la primera guerra interestelar, donde intervino la Tierra.

—Lo que usted dice con respecto al enemigo es muy chocante, Stuart. Confieso que no me gusta su actitud.

Windham parecía empujar las palabras a través de su bigote trasquilado. También su cabeza estaba afeitada, según el estilo militar corriente; pero comenzaba a brotarle un mechón grisáceo en medio de la superficie rasa. Sus mejillas le colgaban fláccidamente, lo cual, sumado a las líneas rojas de su gruesa nariz, le daba un aspecto de desaliño, como si se hubiera despertado repentinamente a una hora demasiado temprana.

—Tonterías —replicó Stuart—. Invierta usted la situación. Suponga que una nave de guerra de la Tierra hubiera capturado a un transatlántico kloranо. ¿Qué piensa usted que les ocurriría a los civiles kloranos a bordo?

—Estoy seguro de que la flota terrestre respetaría todas las reglas interestelares de la guerra —respondió firmemente el coronel.

—Lástima que no las haya. Si destacáramos algunos de nuestros tripulantes a bordo de su espacionave, ¿cree usted que se tomarían la molestia de mantener en ella una atmósfera de cloro para proteger a los sobrevivientes? ¿Cree que les dejarían conservar todos sus bienes no procedentes del contrabando, y que les permitirían el uso del camarote más confortable, etcétera, etcétera, etcétera?

Entonces terció Ben Porter.

—¡Oh, cállese, por favor! Si vuelvo a oír una vez más sus etcéteras, me volveré loco.

—Lo lamento —dijo Stuart; pero no decía verdad.

Porter no era totalmente dueño de sus reacciones. Su rostro delgado y su nariz aguileña brillaban de transpiración. En esos momentos no hacía más que morderse el interior de la mejilla; de pronto dió un respingo, empujó su lengua al lugar dolorido y su aspecto se tornó así más grotesco todavía.

Stuart se había cansado de atormentar a sus compañeros de penurias. Windham era un blanco demasiado fofo, y en cuanto a Porter, no podía hacer otra cosa que contorsiones de dolor. Los demás permanecían silenciosos. Por el momento, Demetrio Polyorketes se hallaba sumido en un mundo de pena interior. Seguramente no había dormido la víspera; por lo menos, cada vez que Stuart se había despertado para cambiar de posición —también él había pasado la noche inquieto—, había sentido murmullos provenientes de la litera contigua; y, en medio de palabras incoherentes, una frase se repetía

---

Casas prefabricadas

EL problema de construir casas prefabricadas aceptables, no sólo es difícil cuando los clientes son hombres. Más de una vez se ha ensayado fabricar panales en serie con materiales que no sean la cera; así resultarían más baratos y no se correría el riesgo de que los destruyan polillas y otras pestes de los colmenares. Pero las abejas se rehusaron siempre a aceptarlos. Por eso será bienvenida la noticia de que un panal de plástico sometido a un procedimiento especial, del que no se dan detalles, ha tenido pleno éxito, pues lo llenaron de miel los puntillosos insectos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sin cesar: "Mi pobre hermano, ¡ay, mi pobre hermano!" Ahora, el pobre muchacho estaba sentado en su cama, sin hablar; en su ancha cara morena se destacaban sus ojos enrojecidos, que observaban, sin ver, a sus compañeros. En seguida Suart lo vió hundir el rostro en sus manos callosas y revolverse luego la greña oscura y encrespada. Se mecía suavemente, pero ahora que todos estaban despiertos ya no emitía sonido alguno.

Claude Leblanc trataba en vano de leer una carta. Era el más joven de los seis, pues apenas había salido del colegio; sin embargo, regresaba a la Tierra para casarse. Esa mañana, Stuart lo vió sollozando quedamente, su delicado rostro cubierto de manchas rojas, como un escolar abochornado. Era muy bello; su pálida tez, sus grandes ojos azules y sus labios carnosos, dábanle un aspecto casi femenino. Stuart se preguntaba qué clase de mujer sería la que estaba dispuesta a convertirse en su esposa. Había visto su fotografía: ¿quién de los pasajeros no la había visto? Tenía esa belleza impersonal que caracteriza a todos los retratos de prometidas. De todas maneras, pensaba Stuart, de haber nacido él mujer, sin duda se habría enamorado de alguien que fuera más decididamente masculino.

Y por último estaba Randolf Mullen. Francamente, Stuart no sabía qué pensar de él. De los seis, era el que más había permanecido en los mundos Arcturianos. El propio Stuart sólo había estado el tiempo suficiente para dictar una serie de conferencias sobre ingeniería aeronáutica en el Instituto Provincial de Ingeniería. El coronel Windham había llegado allá en una jira de la empresa de turismo Cook; Porter había ido a comprar vegetales concentrados para sus fábricas de conservas en la Tierra; y en cuanto a los hermanos Polyorketes, fueron con la intención de establecerse en Arctu como agricultores mecanizados, y d pués de vender con cierta ganancia d cosechas decidieron regresar a la Tier

Randolph Mullen, en cambio, hab estado durante diecisiete años en el s tema Arcturiano. De este hombrec poco más se sabía. Apenas había abi to la boca desde su llegada a la espaci nave. Sus maneras eran sumamen corteses y siempre se apartaba para d jar pasar a otro, pero todo su vocab lario se reducía a estas dos palabra "Gracias" y "Perdóneme". No obsta te, se corría el rumor de que efectua su primer viaje a la Tierra en diecis te años.

Era un hombrecito pequeño y d una pulcritud rayana en lo intolerab Al despertarse esa mañana había arr glado prolijamente su cama, se hab afeitado, bañado y vestido. Sus costum bres no parecían haber sufrido la m nor alteración por el hecho de haber convertido en prisionero de guerra. Co ello no molestaba a nadie, hay qu admitirlo; y, por otra parte, no parec censurar el desaliño de los demás. Sim plemente, permanecía muy quieto, c si como disculpándose, parapetado tr sus ropas ultraconservadoras y con l manos blandamente entrelazadas en s regazo. La delgada línea del bigote, l jos de agregar carácter a su fisonomí contribuía a agravar su atildamient En líneas generales, se parecía a es imagen caricaturesca que uno se forj de un tenedor de libros. Pero lo má curioso de todo, pensó Stuart, era qu de eso precisamente se trataba. Lo ha bía visto anotado en el registro de p sajeros: Randolph Mullen; ocupación tenedor de libros; empleador, Compa ñía de Papel Selecto, Avenida Tobí 27, Nueva Varsovia, Arcturus II.

-¿SEÑOR Stuart?

Stuart alzó la cabeza. Era e joven Leblanc, cuya labio inferior tr

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blaba ligeramente. Stuart trató de recordar cómo se hacía para ser amable.

—¿Qué se le ofrece, Leblanc?

—Dígame, ¿cuándo nos dejarán en libertad?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Todos dicen que usted ha vivido en un planeta Klorano, y hace unos momentos nos aseguró que ellos son muy caballerescos.

—Sí, es cierto. Pero hasta los caballeros hacen las guerras para ganarlas. Seguramente nos tendrán internados todo el tiempo que dure la lucha.

—¡Pero pueden pasar *años*! Margarita me está esperando... ¡Creerá que he muerto!

—Supongo que cuando hayamos llegado a uno de sus planetas, nos permitirán enviar mensajes.

Los interrumpió la voz ronca de Porter, incapaz de dominar su agitación.

—Ya que tanto sabe sobre esos demonios, Stuart, díganos: ¿qué nos harán cuando estemos internados? ¿Qué alimento nos darán? ¿De dónde sacarán oxígeno para nosotros? Nos matarán, se lo aseguro. ¡Y pensar que mi esposa me está esperando!...

Stuart lo había oído hablar de su mujer en los días anteriores al ataque; el tema ya no lo conmovía. Con esas manos suyas de uñas mordisqueadas, tironeaba nerviosamente de la manga a Stuart. Este se apartó, movido por una invencible sensación de asco; no podía soportar esas feas manos. Le enfurecía el hecho de que semejantes monstruosidades fuesen naturales, mientras que sus propias manos, blanquísimas y perfectamente modeladas, sólo eran irónicon remedos fabricados en "látex" extranjero.

—No nos matarán —dijo con firmeza—. Si ésta fuera su intención, ya la habrían cumplido a estas horas. Como usted sabe, nosotros también capturamos kloranos, y es una cuestión de sentido común el que un bando trate decentemente a sus prisioneros de guerra si quiere reciprocidad en el trato. La alimentación podrá no ser muy buena, pero tenemos la ventaja de que ellos son mejores químicos que nosotros: ésta es su especialidad. Saben exactamente cuáles son los factores nutritivos y cuál el número de calorías que necesitamos. Viviremos: ellos se preocuparán de esto.

En ese punto del discurso, Windham intervino con voz tonante:

—Stuart, ¡cada vez se muestra usted más partidario de esos malditos verdes! Me revuelve el estómago oír a un terrestre elogiando a esos individuos enemigos. ¡Caramba! ¿Dónde está su lealtad, entonces?

—Mi lealtad está donde debe estar: con la honestidad y la decencia, cualquiera sea la forma bajo la cual se presenten. —Y exhibiendo sus manos, añadió—: ¿Ven ustedes esto? Fueron los kloranos quienes me las hicieron. Mis manos verdaderas se destrozaron en una máquina. Una vez, creyendo que la provisión de oxígeno que me daban era insuficiente (dicho sea de paso, estaba equivocado), quise solucionar el problema por mi cuenta. Grave error: no se debe confiar en las propias fuerzas cuando se trata de manipular máquinas pertenecientes a otra cultura. Bueno; cuando uno de los kloranos se puso el traje atmosférico para venir en mi auxilio, ya era demasiado tarde: mis manos estaban totalmente destrozadas. Tuvieron que fabricarme éstas de artiplasma y hacerme una operación de injerto. ¿Saben ustedes lo que esto significó para ellos? Crear equipos especiales y soluciones nutricias que obraran en una atmósfera de oxígeno. Significó que sus cirujanos debieron realizar una delicada operación protegidos en trajes atmosféricos. Y como resultado de esto, ahora tengo un par de manos nuevas. —Y riendo con amargura cerró débilmente los puños—.

WINDHAM inquirió, luego de un momento:

—¿Es usted capaz de vender su lealtad a la Tierra a cambio de eso?

—¿Vender mi lealtad? Usted está loco. Durante años odié a los kloranos por este motivo. Antes de que eso ocurriera, yo era piloto jefe en las Espaciolíneas Transgalácticas. ¿Y ahora? Trabajos de oficina y, de vez en cuando, alguna conferencia. Necesité mucho tiempo para acostumbrarme a la falta de mis manos y para comprender que, en realidad, los kloranos se habían portado correctamente conmigo. Tienen su código moral, tan bueno como el nuestro. Si no fuera por la estupidez de algunos de ellos y, desgraciadamente, de algunos de los nuestros, no habría guerra. Y cuando termine...

De un salto Polyorketes se puso en pie. Tenía los puños crispados y sus oscuros ojos lanzaban chipas.

—No me gusta lo que está diciendo, señor.

—¿Por qué no?

—Porque habla demasiado bien de esos malditos bastardos verdes. Los kloranos lo han tratado bien a usted, ¿eh? Pues a mi hermano no le ocurrió lo mismo. Lo han matado. ¡Y me parece que yo lo voy a matar a usted, condenado espía de los verdes!

Y diciendo esto se abalanzó sobre su interlocutor. Stuart apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para contener el ataque.

—Pero..., ¿qué diablos significa esto? —tartamudeó al tiempo que aprisionaba la muñeca de su contendor y con su hombro bloqueaba el avance de éste hacia su garganta.

De pronto su mano de artiplasma cedió y Polyorketes no necesitó hacer gran esfuerzo para soltarse. Entretanto, Windham profería rugidos incoherentes y Leblanc chillaba con aguda voz:

—¡Basta! ¡Basta, por favor!

Pero fué el pequeño Mullen quien, desde atrás, rodeó con sus brazos el cuello del atacante, apretándolo con todas sus fuerzas. Entonces Polyorketes le dió un tirón y consiguió cargarlo sobre sus espaldas; las piernas de Mullen quedaron colgando y el pobre hombre comenzó a patalear desesperadamente. Sin embargo, no soltaba a su presa, paralizándola el tiempo necesario para permitir a Stuart ir en busca del bastón de Windham.

—No vuelva a empezar, ¿eh? —advirtió Stuart.

Sentía terror ante la idea de una nueva acometida. El cilindro hueco de aluminio, aunque no tan débil como sus manos, era un arma insuficiente para defenderse.

Pesca sin hilos

UNO de los oficios que menos han cambiado en los últimos milenios es el de pescador. Es cierto que los barcos se mueven a motor ahora, pero la faena de echar las redes al mar y esperar que los peces se dignen convertirse en pescados es siempre la misma. Pero quién sabe si lo seguirá siendo, pues se está ensayando con todo éxito un nuevo método de pesca, que usa como instrumentos un motor de cinco HP, una bomba impelente de diez centímetros de paso y un foco de muchas bujías. El foco se enciende bajo el agua, y a medida que llegan los peces, atraídos por la luz, la bomba los succiona y los manda directamente a cubierta. Tal vez los pescadores de mañana en vez de remendar redes tengan que rebobinar motores...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mullen había soltado su presa y, con la chaqueta en desorden, trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Durante un momento Polyorketes permaneció inmóvil, gacha la hirsuta cabeza. Luego dijo:

—Es inútil. Debo matar kloranos... Pero cuide mucho su lengua, Stuart. Si la deja seguir charlando tonterías, su vida corre peligro; serio peligro, créamelo.

Stuart se pasó el antebrazo por la frente y luego arrojó el bastón a su dueño, quien lo recogió con la mano izquierda, mientras se frotaba vigorosamente la rapada cabeza con un pañuelo que sostenía en la derecha. Terminada esta operación, dijo:

—Caballeros, es preciso evitar estas cosas. Rebajan nuestro prestigio. Ante todo, debemos recordar que tenemos un enemigo común. Somos hombres de la Tierra y debemos actuar según lo que somos: la raza dominante de la Galaxia. No nos degrademos ante las razas inferiores.

—Sí, coronel —replicó Stuart en tono aburrido—; el resto del discurso déjelo para mañana. —Y volviéndose hacia Mullen agregó—: Quiero agradecerle lo que ha hecho.

Le resultaba molesto decirlo, pero era necesario. El pequeño tenedor de libros le había dado una verdadera sorpresa.

Con una seca vocecita, que apenas pasaba de murmullo, Mullen respondió:

—No me agradezca, señor. Era lo único lógico que se podía hacer. Si vamos a ser internados, quizá lo necesitemos como intérprete, ya que usted comprende bien a los kloranos.

Stuart se puso rígido. Pensó que era un razonamiento demasiado frío, demasiado lógico, demasiado seco; en fin, un razonamiento típico de un tenedor de libros. El Debe y El Haber perfectamente equilibrados. Le hubiera gustado que el hombrecito hubiese salido en su defensa por razones de..., bueno, ¿por qué razones? ¿Por simple honestidad y altruismo? Esta idea le hizo sonreír para sus adentros. Por lo visto, estaba empezando a esperar altruismo de los seres humanos, en vez de sólidas motivaciones prácticas.

POLYORKETES se sentía paralizado; la rabia y el dolor lo corroían como terribles ácidos, sin que pudiera encontrar palabras para exteriorizarse. Si fuese como Stuart, ese hombre de la boca grande y las manos pálidas, podría hablar, hablar, desahogarse hablando. En vez de esto, debía estar allí sentado, semimuerto, sin su hermano, sin su Arístides... ¡Y pensar que todo había ocurrido tan rápidamente!... Si aquél pudiera regresar aunque fuese por un instante, entonces sí que podría hacerle una segunda advertencia, aferrarle del brazo...

Dos meses antes apenas había oído mencionar a los kloranos; sin embargo, ahora los odiaba tan intensamente que se hubiera sentido contento de morir si en esta forma hubiera podido eliminar a algunos de ellos.

Sin levantar la cabeza, preguntó:

—¿Por qué motivo empezó esta guerra?

Temía escuchar la respuesta de Stuart, cuya voz odiaba. Pero fué Windham quien le contestó.

La causa inmediata, señor, fué una disputa sobre concesiones mineras en el sistema Wandote. Los kloranos invadieron propiedades que la Tierra posee allá.

—Allá hay lugar para todos, coronel —observó Stuart.

Polyorketes profirió un gruñido. Era imposible, por lo visto, que ese petulante defensor de los kloranos se quedara callado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siguió Stuart—, que eso pueda ser un motivo de guerra? Los mundos ajenos nada valen para nosotros. Sus planetas de cloro no nos sirven, ni los nuestros de oxígeno a ellos. El cloro es mortal para nosotros y el oxígeno lo es para ellos. Por lo tanto, es absurdo mantener una hostilidad permanente. Las razas no coinciden. ¿Hay, pues, lógica en luchar porque ambas razas quieren extraer hierro de los mismos planetoides sin aire, cuando existen millones iguales en la Galaxia?

Windham replicó:

—Está, además, la cuestión del honor planetario...

—¿Acaso puede justificar un conflicto tan ridículo como el presente? Esta guerra sólo puede librarse en puestos de avanzada. Tiene que reducirse fatalmente a una serie de acciones de ocupación y, eventualmente, ser decidida mediante negociaciones que lo mismo hubieran podido realizarse desde un comienzo. Nadie, ni los kloranos ni nosotros, resultará beneficiado.

Aunque a regañadientes, Polyorketes reconoció que estaba de acuerdo con Stuart. ¿Qué les importaba a Arístides y a él de dónde extraían el hierro los kloranos o los terrestres? ¿Era acaso una razón para justificar la muerte de su hermano?

En medio de esto sonó el zumbido de alarma. Polyorketes se irguió con un sobresalto: una sola cosa podía estar del otro lado de la puerta. Esperó unos instantes, con los músculos tensos y los puños crispados. Stuart se dirigía hacia él y esto le hizo reír para sus adentros. Que entre no más el klorano, pensó, y entonces sí que ni Stuart ni nadie podrían detenerlo. "Espera, Arístides; espera un momento y verás el comienzo de la venganza."

LA puerta se abrió y apareció una figura informe, envuelta en un [illegible] extraña y sobrenatural, pero no del todo desagradable, dijo:

—Hombres de la Tierra: mis compañeros y yo lamentamos...

Pero se interrumpió bruscamente cuando Polyorketes, profiriendo un rugido, se abalanzó sobre él. Fué una embestida ciega: un impulso bruto, como el de los toros; la oscura cabeza gacha, los brazos y los dedos nudosos dispuestos a estrangular, el paso torpe y pesado. En ese instante Stuart quiso intervenir, pero fué cogido en un remolino que lo lanzó a un lado y luego lo envió a tumbos sobre una litera.

Sin hacer un esfuerzo excesivo, el klorano hubiera podido paralizar a Polyorketes con un golpe directo o simplemente hacerse a un lado para dejar pasar el remolino. Pero nada de esto hizo. Mediante un rápido movimiento enarboló un arma de mano que, con sólo emitir un rayo de luz rosada, hirió al ser terrestre que iba a lanzar su embestida. Instantáneamente, Polyorketes se tambaleó y cayó a tierra. Su cuerpo mantuvo la posición última, quedando curvado, con un pie en alto, como si hubiera sido atacado por una parálisis fulminante. Así quedó, con los ojos muy abiertos y llameantes de furor.

Entonces dijo el klorano:

—Su estado no es nada más que transitorio.

No parecía ofendido por la violencia con que se le había recibido. Luego, reanudando el discurso que poco antes quedara interrumpido, anunció:

—Hombres de la Tierra: mis compañeros y yo lamentamos haber tenido noticia de una cierta conmoción en esta cabina. ¿Tenéis alguna necesidad que nosotros podamos satisfacer a vuestro agrado?

—No, gracias —respondió Stuart, que estaba examinando, bastante irritado, una rodilla que se había raspado al chocar contra la litera.

—¡Caramba! —exclamó Windham—.

Este es un ultraje inadmisible. ¡Exigimos que se disponga nuestra inmediata libertad!

La cabeza del klorano, diminuta como la de un insecto, viró hacia el lugar de donde provenía esa voz. Su aspecto no era agradable para quien no estuviera acostumbrado. El extraño visitante tenía aproximadamente la estatura de un ser terrestre, pero su parte superior la constituía una especie de cuello delgado coronado por una minúscula cabeza. Esta cabecita constaba de una proboscide triangular, al frente, con un ojo saliente a cada costado. Esto era todo. No tenía cráneo. Lo que correspondía al cerebro, en esos seres, estaba alojado donde se halla el abdomen de un ser humano; la cabeza no era más que un simple órgano sensorial. Su traje espacial seguía con bastante fidelidad el contorno de la cabeza, quedando ambos ojos expuestos mediante dos semicírculos de vidrio, de un color verde pálido a causa de la atmósfera interior de cloro. En ese momento, uno de los ojos contemplaba fijamente a Windham, quien se sentía algo intimidado por esa mirada. Sin embargo, el anciano prosiguió su discurso:

—No le asiste a usted, señor, ningún derecho a tenernos prisioneros, ya que nosotros no somos combatientes.

La voz del klorano, de sonido curiosamente artificial, provenía de un pequeño accesorio de malla de cromo instalado en lo que podría denominarse su pecho. La caja vocal funcionaba por aire comprimido, manipulada por uno o dos de los delicados zarcillos que brotaban de dos círculos ubicados en la parte superior del cuerpo, y que, por fortuna, estaban ocultos bajo la vestimenta.

La voz dijo:

—¿Habla usted en serio, hombre de la Tierra? Seguramente habrá oído usted hablar de la guerra, de las reglas de la guerra y de los prisioneros de guerra.

Miró en torno, alternando sus ojos con rápidas sacudidas de cabeza. Antes

ba un objeto cualquiera primero con un ojo, luego con el otro. En opinión de Stuart, esto se debía a que cada ojo transmitía un mensaje distinto al cerebro abdominal, el cual debía coordinar ambos mensajes para obtener una información completa.

Windham nada pudo responder; tampoco los demás. El klorano, con sus cuatro miembros principales —un par de brazos y otro de piernas—, tenía una apariencia vagamente humana bajo su disfraz, si no se miraba más arriba del pecho; pero no había forma de saber lo que pensaba.

Lo vieron darse media vuelta y desaparecer.

PORTER tosió y dijo con voz sofocada:

—¡Por Dios! ¡Cómo huele a cloro! Si no se hace algo, moriremos con los pulmones podridos.

—Cállese —ordenó Stuart—. No hay bastante cloro en el aire como para hacer estornudar a un mosquito, y este poco que resta se desvanecerá en un minuto. Además, un poco de cloro no le vendrá mal a usted: puede matar el virus de su resfrío.

Windham tosió antes de hablar.

—Stuart, creo que debería haberle insinuado a su amigo klorano que nos pusiera en libertad. No ha estado usted tan audaz en su presencia como después de haberse marchado.

—Usted oyó lo que dijo esa criatura, coronel. Somos prisioneros de guerra; y los intercambios de prisioneros son objeto de negociaciones diplomáticas. De manera que hay que esperar.

Leblanc, que estaba pálido como la muerte desde la aparición del klorano, se levantó para dirigirse al excusado, desde donde no tardó en llegar el eco de sus arcadas. Se produjo un incómodo silencio, mientras Stuart trataba de pensar en algo que decir para cubrir esos ruidos desagradables. Una vez más fué Mullen quien solucionó la situación. Luego de hurgar en una cajita que había ido a buscar debajo de su almohada, dijo:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Tal vez le convenga al señor Leblanc tomar un sedante antes de irse a dormir. He traído algunos y los pongo a su disposición. —Y de inmediato explicó el motivo de su generosidad —. Pues, de lo contrario, podría tenernos despiertos toda la noche, ¿no les parece?

—Muy lógico —replicó Stuart secamente —. Pero es mejor que guarde alguno para nuestro Don Quijote. —Y dirigiéndose a Polyorketes, todavía tendido en el piso, se arrodilló a su lado y preguntó —: ¿Te sientes cómodo, nene?

—No es de buen gusto hablarle en ese tono, Stuart —observó Windham.

—Bueno, ya que tanto le preocupa su estado, ¿por qué entre usted y Porter no lo levantan y lo depositan en su lecho?

Así se hizo, con la ayuda de Stuart. Ahora los brazos de Polyorketes temblaban espasmódicamente. Por lo que aquél conocía con respecto a los efectos de las armas "nerviosas" de los kloranos, el muchacho debía de estar soportando en esos momentos terribles dolores y pinchazos.

—No tengan demasiadas contemplaciones con él —dijo Stuart a modo de advertencia —. El tonto pudo habernos hecho matar a todos sin motivo justificado.

Empujó a un lado el rígido cuerpo de Polyorketes y se sentó al borde de su litera.

—¿Me oyes, Polyorketes?

Los ojos del muchacho parecieron iluminarse; hizo un esfuerzo y consiguió levantar apenas el brazo, que en seguida volvió a caer inerte.

—Bien —prosiguió Stuart—; no vuelvas a hacer otra tentativa como la de hoy. La próxima vez podría costarnos la vida a todos. Piensa un poco: si tú fueses un klorano y él un ser terrestre, a estas horas estaríamos todos muertos. De modo que métete bien esta idea en la cabeza. Lamentamos profundamente lo de tu hermano y es una vergüenza que haya ocurrido, pero fué culpa suya y nada más.

Polyorketes trató de incorporarse, pero su interlocutor volvió a colocarlo en su sitio.

—No, quédate ahí y escucha. Tal vez ésta sea la única vez que yo pueda obligarte a escucharme. Tu hermano no tenía derecho a abandonar la cabina de pasajeros. Se metió donde no debía; y ni siquiera sabemos con certeza si fueron los kloranos quienes lo mataron, ya que pudo haber sido también una de nuestras descargas.

—¡Caramba, Stuart!... —protestó Windham.

Volviéndose bruscamente hacia el coronel, Stuart lo interpeló:

—¿Acaso tiene usted pruebas? ¿Vió la descarga? Por los restos de la víctima, ¿podría usted decir si fué energía klorana o terrestre?

Al fin Polyorketes encontró su voz y dijo en confuso gruñido:

—¡Tenga cuidado, maldito bastardo verde!

—¿Quién? ¿Yo? Ya sé lo que se propone, Polyorketes. Cuando se le acabe la parálisis piensa desahogar su rabia hacia mí empleando sus puños. Bien, si lo hace, el resultado puede sernos fatal.

SE levantó, y colocándose de espaldas a la pared, se dirigió en tono enérgico a la concurrencia:

—Ninguno de ustedes conoce a los kloranos como yo. Las diferencias físicas que podáis notar carecen de importancia; lo que cuenta son las diferencias de temperamento. Ellos no comprenden nuestros puntos de vista sobre el sexo, por ejemplo. Para ellos, se trata tan sólo de un reflejo biológico, como la respiración, y, por lo tanto, no le atribuyen ninguna importancia. En cambio, dan gran importancia a los agrupamientos sociales. Recuerden: sus ancestros evolutivos tenían mucho en común con nuestros insectos. Se imaginan que un grupo cualquiera de habitantes de la Tierra constituye una unidad social. Esta circunstancia es la que determina su conducta. No comprendo exactamente *qué* significa eso para ellos; y ningún hombre terrestre lo comprenderá jamás. Pero el resultado es que jamás dividen un grupo, del mismo modo que nosotros no separamos a una madre de su hijo, si podemos evitarlo. Una de las razones por las que ahora nos tratan con guante blanco es que nuestra unidad se ha quebrantado porque ellos mataron a uno de nosotros, de lo cual se sienten culpables.

"Deben ustedes tener bien presente lo que les digo —prosiguió —. Nos van a internar a todos juntos, y juntos nos dejarán hasta que termine la guerra. No me gusta esta idea, lo confieso. Yo no hubiera escogido a ninguno de ustedes como compañero de internación, y estoy seguro de que nadie de ustedes me habría escogido a mí. Pero no hay más remedio. Los kloranos nunca podrían comprender que el hecho de estar juntos en esta espacionave es tan sólo accidental.

"Eso significa, por lo tanto, que tenemos que llegar a un "modus vivendi". ¿Qué piensan ustedes que habría ocurrido si los kloranos hubieran llegado hace un momento y hubieran sorprendido a Polyorketes y a mí tratando de liquidarnos mutuamente? ¿No lo saben? Pues bien; traten de imaginar lo que pensarían *ustedes* al ver a una madre intentando matar a su hijo.

"Lo que habrían hecho, simplemente, es aniquilar a cada uno de nosotros, por considerarnos un montón de monstruos perversos del tipo klorano. ¿Han comprendido ahora? ¿Y qué me dice usted, Polyorketes? ¿Ha comprendido también? Podemos insultarnos, si es necesario, pero nunca llegar a los golpes. Y ahora, si me permiten, voy a darme unos masajes en las manos para devolverles su forma. Tengo que cuidar estas manos sintéticas, que recibí de los kloranos y que uno de mi propia raza trató de destruir.

PARA Claude Leblanc lo peor ya había pasado. Se había sentido terriblemente mal, por diversos motivos; sobre todo, por habérsele ocurrido alguna vez la idea de abandonar la Tierra. Sin embargo, había sido para él una gran aventura la de ir a estudiar en un colegio distante de la Tierra, lejos de la vigilancia materna. Después de un mes de difícil adaptación, su primera escapada le había proporcionado una secreta felicidad. Y más tarde, en las vacaciones de verano, ya no era Claude, el tímido escolar, sino Leblanc, el viajero del espacio. Poder hablar de las estrellas, de los Saltos, de las costumbres y ambientes de otros mundos, lo hacía sentirse todo un hombre; y esto le había dado coraje con respecto a Margarita, a quien ahora amaba más aún por los peligros que había sido capaz de vencer por ella.

No obstante, éste era su primer peligro real; y, sin duda, no lo afrontaba con demasiada entereza. Bien lo sabía él y por eso se sentía avergonzado. Deseaba ser un hombre como Stuart, por ejemplo.

Con el pretexto de que era la hora de la comida, se acercó a él.

—Señor Stuart... —dijo tímidamente.

Este alzó la vista.

—¿Cómo se siente? —preguntó, lacónico.

El joven se ruborizó; esto le ocurría con demasiada facilidad, y el esfuerzo por evitarlo daba peores resultados.

—Mucho mejor, gracias. Ya es hora de comer; le he traído su ración.

Stuart tomó la lata que se le ofrecía. Era una ración espacial del tipo corriente: completamente sintética, concentrada y no muy apetitosa. Se calen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

taba automáticamente en cuanto se abría la lata, pero en caso necesario se podía ingerir fría. Aunque incluía un utensilio, combinación de tenedor y cuchara, la consistencia del alimento era tal que hacía más práctico y sencillo el uso de los dedos.

—Oyó usted mi pequeño discurso? —le preguntó Stuart.

—Sí, señor. Y quiero hacerle saber que puede contar conmigo.

—Muy bien; me alegro. Ahora vaya a comer.

—¿Puedo comer aquí?

—Como guste.

Durante un momento comieron en silencio; pero de pronto Leblanc prorrumpió en tono admirativo:

—¡Tiene usted tanta seguridad en sí mismo, señor Stuart! ¡Debe de ser muy hermoso sentirse así!

—¿Yo, seguro de mí mismo? Gracias, joven. Pero es allá donde tiene usted a su hombre.

Siguiendo la mirada de su interlocutor, Leblanc exclamó con entonación de sorpresa.

—¿El señor Mullen? ¿Ese hombrecito? ¡Oh, no!

—¿Así que no cree usted que ese hombre tiene gran seguridad en sí mismo?

Leblanc negó con un movimiento de cabeza, y luego observó atentamente a Stuart, para ver si descubría en su rostro algún indicio de ironía.

—No; ése es, simplemente, un individuo frío. No experimenta ninguna clase de emociones. Parece una pequeña máquina; por eso lo encuentro repulsivo. Usted es diferente, señor Stuart. Su interior es rico en sentimientos, pero usted los domina. ¡Cómo me gustaría ser así!

Como atraído por el magnetismo de la mención de su nombre, aunque no lo hubiera escuchado, Mullen se les aproximó. Apenas había tocado su ración, que todavía humeaba ligeramente, cuando vino a acurrucarse frente a ellos.

La voz del hombrecito tenía su peculiar tono de semisusurro al preguntar:

—Señor Stuart, ¿cuánto tiempo cree que demorará este viaje?

—No puedo saberlo, Mullen. Indudablemente, ellos evitarán las rutas usuales y efectuarán a través del hiperespacio más Saltos de lo habitual, para rehuir toda posible persecución. No me sorprendería si demorásemos una semana. Pero, ¿por qué lo pregunta? Supongo que lo guiará alguna razón muy práctica y lógica, ¿no es verdad?

—Sí, señor, en efecto —al parecer estaba bien acorazado contra los sarcasmos—. Pensé que quizá fuese prudente racionar las raciones, por así decir...

—Tenemos alimento y agua suficientes como para un mes. Fué una de las primeras cosas que me preocupé de averiguar.

—Comprendo. En ese caso, terminaré mi ración.

Así lo hizo, usando con toda delicadeza el utensilio adecuado y, de tanto en tanto, rozando con un pañuelo sus labios inmaculados.

DOS horas después, Polyorketes logró ponerse en pie con gran esfuerzo, bamboleándose como un borracho. No trató de acercarse a Stuart, sino que le habló desde donde estaba:

—¡Eh! ¡Usted, asqueroso espía verde, tenga cuidado!

—¿No oyó lo que dije hace un rato, Polyorketes?

—Sí, pero también oí lo que dijo de mi hermano Arístides. No me voy a molestar con usted, que, al fin y al cabo, no es más que una bolsa llena de aire ruidoso. Pero espere. Algún día soplará usted demasiado aire en la cara de alguien y entonces le extraerán todo el que le quede adentro.

—Esperaré —replicó Stuart sin inmutarse.

Windham se aproximó cojeando, apoyado pesadamente en su bastón de aluminio.

—¡Vamos, vamos! —dijo con forzada jovialidad, que disimulaba a penas su inquietud—. Aquí todos somos ciudadanos de la Tierra. Hay que recordar esto ante todo y tener siempre encendida esta idea como una luz inspiradora. No hay que ceder jamás ante los condenados kloranos. Debemos olvidar nuestras querellas personales y recordar en todo momento que somos hombres terrestres unidos contra una canalla extranjera.

El comentario que hizo Stuart no se puede reproducir.

Justamente detrás de Windham estaba Porter, que había mantenido una conferencia de casi una hora con el coronel. Dirigiéndose a Stuart, dijo con indignación:

—Es mejor que escuche usted al coronel. El y yo hemos estado estudiando seriamente la situación.

Se había enjugado la grasienta transpiración del rostro y remojado sus cabellos. Pero no había desaparecido el pequeño tic de su mejilla derecha, justo en la comisura de los labios, y sus manos llenas de padrastros seguían tan poco atractivas como antes.

—Bien, coronel —dijo Stuart—. ¿Cuáles son sus planes?

—Antes de empezar preferiría que estuviera reunida toda la gente —replicó Windham.

—Bien, llámenlos.

Leblanc salió precipitadamente en busca de los demás, en tanto que Mullen se acercó con su acostumbrado aire circunspecto.

—¿Quiere a ese hombre? —preguntó Stuart al coronel, indicándole a Polyorketes con un leve movimiento de cabeza.

—Déjenme en paz —gritó el muchacho.

—¡Espléndido! —exclamó Stuart—. Hay que dejarlo en paz. ¡Mejor! ¿Para qué lo queremos?

—No, no —protestó Windham—. Esta es una cuestión que interesa a todos los terrestres. Señor Polyorketes, debemos contar con usted.

El aludido dióse media vuelta en su litera y se sentó en el borde.

—Estoy bastante cerca; lo escucho.

—Dígame, Stuart —preguntó Windham—, ¿cree usted que ellos..., quiero decir, los kloranos, establecerían una conexión alámbrica para saber todo lo que pasa aquí?

—No. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—¿Está seguro?

—Por supuesto. No supieron lo que pasó cuando Polyorketes se abalanzó sobre mí; solamente oyeron el golpe cuando la espacionave comenzó a ratear.

Ya lo sabíamos...

La enfermedad del corazón llamada angina pectoris *actúa estrechando una de las arterias que irrigan el corazón. Naturalmente, entonces, hay que buscar algo que dilate las arterias, para aliviar sus síntomas. Una sustancia apropiada que se conoce desde hace tiempo es la nitroglicerina, pero, ¿quién se somete con tranquilidad a un tratamiento semejante? Por suerte hay otro, que gozará seguramente de sus simpatías: el whisky alivia los síntomas de la angina, aunque no dilata los vasos, afirman definitivamente los doctores Russek, Doerner y Zohman, de Nueva York. Ya lo sabíamos: el whisky alivia muchos síntomas, y en cuanto a los vasos, más bien parece que los achicara...*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Tal vez quisieron darnos la impresión de que la cabina no estaba controlada...

—Escuche, coronel: nunca he sabido que un klorano incurra en un engaño deliberado...

Polyorketes lo interrumpió con cierta calma:

—Esta bolsa de aire ruidoso, simplemente *adora* a los kloranos.

—Bueno, no volvamos a empezar —terció Windham—. Vea, Stuart: Porter y yo hemos conversado largamente y hemos llegado a la conclusión de que usted conoce al enemigo lo bastante bien como para imaginar el modo de hacernos regresar a la Tierra sanos y salvos.

—Sin embargo, sucede que están equivocados. No se me ocurre nada.

—Quizás haya una forma de recuperar la nave de manos de esos monstruos verdes —sugirió Windham—. Sin duda deben tener algún punto débil. Vamos, usted sabe lo que quiero significar.

—Dígame la verdad, coronel: ¿qué es lo que más le preocupa? ¿Su propio pellejo o el bien de la Tierra?

—Me ofende esa pregunta. Debe sabe usted que, aun cuidando mi vida como cualquiera tiene derecho a hacerlo, pienso, antes que nada, en la Tierra. Y creo que lo mismo les ocurre a todos los presentes.

Así es, exactamente —se apresuró a confirmar Porter.

Leblanc parecía inquieto y Polyorketes resentido; el semblante de Mullen permanecía inexpresivo como siempre.

—BIEN —dijo Stuart—. No creo que podamos recuperar el mando de la espacionave. Ellos están armados y nosotros no. Pero hay un factor que es preciso tener en cuenta. Ustedes saben por qué los kloranos tomaron esta nave intacta: porque necesitan nuestro conocimiento científico para perfeccionar los espaciales. Podrán ellos ser mejores químicos que nosotros, pero los terrestres tenemos mejores ingenieros astronáuticos. Poseemos naves más grandes, más sólidas y más numerosas. En realidad, si desde un comienzo nuestra tripulación se hubiese atenido estrictamente a los axiomas militares, habría hecho volar la espacionave para evitar que los kloranos subieran a bordo.

Leblanc lo miró horrorizado.

—¿Y causar así una muerte horrible a todos los pasajeros?

—¿Por qué no? Usted ha oído lo que dijo nuestro buen coronel. Cada uno de nosotros debe posponer su pequeña y miserable vida a los intereses de la Tierra. Vivos como estamos, ¿acaso le servimos de algo a la Tierra? Absolutamente de nada. ¿Cuánto daño hará esta espacionave en manos de los kloranos? Probablemente mucho y muy serio.

—Entonces — preguntó Mullen —, ¿por qué rehusaron nuestros tripulantes volar la nave? Deben de haber tenido alguna razón.

—En efecto. Una vieja tradición de los militares de la Tierra sostiene que se debe impedir a toda costa una relación desfavorable de bajas. Si nos hubiéramos volado a nosotros mismos, se habrían perdido veinte combatientes y siete civiles de la Tierra, contra una pérdida enemiga equivalente a cero. Entonces ¿qué hacer? Los dejamos subir a bordo, matamos a veintiocho — estoy seguro de que podríamos matar por lo menos a ese número—, y les permitimos ocupar la espacionave.

—Charla, charla, charla —se burló Polyorketes.

—De esto se desprende una consecuencia —continuó Stuart—. No podemos rescatar la nave de manos de los kloranos. En cambio, *podríamos* acometerlos y tenerlos ocupados el tiempo suficiente como para permitir a uno de los nuestros cortar los motores.

—¿Qué? —rugió Porter. Windham lo hizo callar bruscamente con un gesto autoritario.

—Cortar los motores —repitió Stuart—. Naturalmente, esto destruiría la espacionave, que es lo que queremos lograr, ¿no es verdad?

Los labios de Leblanc se volvieron pálidos.

—No creo que eso daría resultado —dijo.

—Solamente se podrá saber intentándolo. ¿Qué podemos perder con una tentativa?

—Nuestras vidas, ¡qué diablos! —gritó Porter—. Usted es un maníaco insano, un loco!

—Si soy un maníaco —respondió el otro— y además un insano, entonces, naturalmente, estoy loco. Pero recuerden que si perdemos nuestras vidas, lo cual es muy probable, no se perderá nada de valor para la Tierra; mientras que si destruímos la nave — lo que podríamos lograr con cierta dificultad—, haremos a la Tierra un gran bien. ¿Qué patriota vacilaría? ¿Quién de nosotros pondría su causa personal por encima de la de su mundo? —calló un instante y miró atentamente a cada uno de los presentes—. Seguramente no usted, coronel.

Windham tosió y dijo en tono solemne:

—Mi querido señor, no es ésa la cuestión. Debe haber una manera de salvar la espacionave para la Tierra, *sin* perder nuestras vidas, ¿no lo creen?

—Muy bien. Diga usted cómo podremos hacerlo.

—Pensémoslo todos. Ahora sólo tenemos acá a dos de los kloranos. Si alguno de nosotros pudiera deslizarse hasta donde están y...

—¿Pero cómo? El resto de la nave está llena de cloro. Habría que usar un traje espacial. En la parte donde se encuentran ellos, la gravedad está ascendida al nivel de los kloranos. De modo que cualquiera que se atreviera a ir, tendría que andar dificultosamente, metal sobre metal, con paso lento y pesado. Sería imposible que no se dieran cuenta...

—Entonces, no hablemos más de eso —dijo Porter; y, con voz temblorosa, agregó—: Vea, Windham, nada de destruir la nave. Mi vida significa mucho para mí, y si alguno de ustedes intenta algo semejante, llamaré a los kloranos. Y lo digo en serio.

—Muy bien —dijo Stuart—; aquí tenemos el héroe número uno.

—Yo quiero volver a la Tierra — intervino Leblanc—, pero...

Mullen lo interrumpió:

—No creo que nuestras posibilidades de destruir la nave sean buenas a menos que...

—Héroes números dos y tres. ¿Y qué dice usted, Polyorketes? Tendría la oportunidad de matar a dos kloranos.

—Quiero matarlos con mis manos desnudas —gruñó el campesino, apretando fuertemente los puños—. Cuando estemos en su planeta, mataré a docenas.

—Es sólo una bella promesa, por ahora. ¿Y usted, coronel? ¿No quiere marchar conmigo a una muerte gloriosa?

—Su actitud es muy cínica e impropia, Stuart. Es evidente que si los demás no están de acuerdo, su plan fracasará.

—A menos que lo ponga en práctica yo solo, ¿eh?

—No lo hará, ¿me oye? —advirtió Porter en tono amenazador.

—Es claro que no lo haré, qué diablos. No pretendo ser un héroe. Soy un patriota corriente, perfectamente dispuesto a ir a cualquier planeta adonde me lleven y sentarme a esperar el fin de la guerra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MULLEN dijo entonces, pensativamente:

—Por supuesto, *hay* una forma en que podríamos sorprender a los kloranos.

Esta afirmación hubiera caído en el vacío, a no ser por el joven Polyorketes, que, señalando con su nudoso índice al que había hablado, lanzó una áspera carcajada.

—¡El señor Tenedor de Libros! El señor Tenedor de Libros es un charlatan mucho mejor que ese condenado espía verde llamado Stuart. Muy bien, señor Tenedor de Libros, siga no más. Usted también hace grandes discursos. Dejemos que sus palabras rueden como un tonel vacío.

Y, volviéndose hacia Stuart, exclamó en tono venenoso:

—¡Tonel vacío! ¡Brazos sin manos! ¡No sirve más que para hablar!

La suave voz de Mullen no pudo volver a hacerse oír hasta que el otro terminó su andanada. Y entonces habló directamente a Stuart:

—Podríamos llegar hasta ellos desde afuera. Este camarote tiene un tubo C, sin duda alguna.

—¿Qué es un tubo C? —preguntó Leblanc, intrigado.

—Bueno... —comenzó a decir Mullen, sintiéndose incapaz de explicarlo.

Stuart lo hizo con su ironía habitual.

—Es un eufemismo, muchacho. Su nombre completo es "tubo lanzacadáveres".

Por lo general no se lo menciona, pero los camarotes principales de cualquier espacionave los tienen. Son una especie de pequeñas cabinas de aire desde las cuales se lanzan los cadáveres al vacío. Entierro en el espacio. Siempre lo mismo: mucho sentimiento, cabezas inclinadas y el capitán espetando un solemne discurso de esos que no le gustan a nuestro Polyorketes.

El semblante de Lablanc se demudó.

—¿Usar *eso* para abandonar la espacionave?

—¿Por qué no? ¿Supersticioso? Vamos, Mullen, prosiga.

El hombrecito había esperado pacientemente; entonces continuó:

—Una vez afuera, se podría entrar nuevamente a la nave por los caños de vapor. Puede hacerse... con un poco de suerte. Y en seguida, uno se convierte en una visita inesperada en la cabina de control.

Stuart se quedó mirándolo con curiosidad.

—¿Cómo se le ha ocurrido eso? ¿Qué sabe *usted* de caños de vapor?

Mullen tosió ligeramente.

—¿Lo dice usted porque estoy en el negocio de cajas de cartón? Pues... —se sonrojó levemente, esperó un instante y luego prosiguió, con su voz típicamente incolora—. Mi empresa, que fabrica cajas de papel fantasía y envases novedosos, creó hace unos años un renglón de cajas de dulces en forma de espacionave, para el mundo juvenil. Estaban hechas de tal modo que si se tiraba de una cuerdita, se agujereaban unos pequeños envases de presión y salían chorros de aire comprimido a través de los simulados tubos de vapor, lanzando la caja a navegar sobre la habitación y desparramando caramelos a su paso. La teoría de venta se basaba en que los niños encontrarían gran placer en jugar con la navecilla y mucha diversión en la rebatiña de las golosinas.

"En realidad —continuó el hombrecito— el asunto resultó un fracaso. La pequeña nave rompía platos y a veces golpeaba los ojos de algún niño. Y, lo que es peor, los chicos no sólo se arremolinaban para recoger los dulces, sino que se los disputaban en forma terriblemente violenta. Fué nuestro peor fracaso y perdimos mucho dinero en la empresa.

"Pero mientras diseñábamos las cajas todo el personal estaba sumamente interesado. Era una especie de juego, muy malo para la eficiencia y la moral de la oficina. Durante un tiempo, todos fuimos expertos en los tubos de vapor. Leí bastantes libros sobre construcción de naves; pero, claro está, en mis horas de ocio, no en las de oficina.

Stuart estaba evidentemente intrigado.

—¿Sabe usted? Es una idea fantástica, y únicamente podría resultar si dispusiéramos de un héroe. ¿Hay alguno acá, señores?

—Y ¿qué me dice de usted? —preguntó Porter, indignado—. Lo único que sabe es burlarse de los demás, con sus insolencias de mal gusto. No es capaz de prestarse voluntariamente para nada.

—Porque no soy un héroe, Porter, lo admito. Mi propósito es seguir viviendo, y eso de meterme en un tubo de vapor, una vez la mejor forma de conseguirlo. Pero todos los demás son nobles patriotas, al menos así lo asegura el coronel. ¿Qué dice, coronel? Usted es aquí el decano de los héroes.

—Si yo fuera más jóven —replicó Windham—, y si usted tuviera sus propias manos, sería para mí un placer aplicarle la zurra que se merece.

—No lo dudo, pero esa no es una respuesta.

—Usted bien sabe que a mi edad y con mi pierna... —e indicó su rodilla rígida— no estoy en condiciones de hacer nada de eso, por más que lo desee.

—¡Ah, es claro! Y yo, con mis brazos sin manos, como dice el joven Polyorketes... Eso nos exime. ¿Qué infortunadas calamidades afligen al resto de los presentes?

—¡Escuche! —gritó Porter—. Quero saber qué diablos es todo esto. ¿Cómo puede alguien introducirse en los tubos de vapor? ¿Y si a los kloranos se les ocurre usarlos estando adentro uno de nosotros?

—Vamos, Porter, eso es parte de la diversión. Entonces es cuando empieza lo más emocionante.

—El pobre individuo empezaría a hervir bajo el caparazón, como una vulgar langosta.

—Imagen bonita, pero inexacta. El vapor no permanecería más que un corto tiempo, tal vez uno o dos segundos, y la aislación del traje espacial resistiría ese lapso. Además, el chorro pasa a una velocidad de varios cientos de millas por minuto, de modo que usted sería expulsado desde la espacionave antes de que el vapor tuviera tiempo siquiera de entibiarlo. En realidad, sería arrojado a unas pocas millas dentro del espacio, después de lo cual estaría completamente a salvo de los kloranos. Por supuesto, no podría usted volver a la espacionave.

Porter transpiraba abundantemente.

—No piense que me asusta, Stuart.

Dos pájaros de un tiro

La vacuna contra la fiebre tifoidea está resultando el remedio más efectivo contra otras enfermedades más graves y completamente distintas: las encefalitis, especialmente la letárgica, en que el enfermo duerme durante semanas o meses. Muchos desórdenes mentales causados por encefalitis, y que se creían incurables por suponerse dañados los tejidos cerebrales, fueron tratados con pleno éxito por la vacuna, según anunciaron en el último congreso médico norteamericano los médicos de Cantonia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Ah, no? ¿Quiere decir que se ofrece para ir? ¿Está seguro de haber calculado bien lo que significa estar varado en medio del espacio? Va a estar solo, realmente solo. Probablemente, el chorro de vapor le hará hacer volteretas y brincos vertiginosos. Pero usted no lo notará; le parecerá estar inmóvil. Sin embargo, las estrellas girarán y girarán en torno, sin detenerse. Después, su calorífero se enfriará o su provisión de oxígeno se agotará: entonces comenzará una lenta agonía. Tendrá usted mucho tiempo para pensar. Pero, si está apurado, puede abrir su traje. Tampoco esto sería agradable. He visto las caras de hombres que accidentalmente habían desgarrado su traje y es por cierto un espectáculo bastante chocante. Pero, claro está, sería más rápido. Entonces...

Porter se alejó con paso inseguro.

—Otro fracaso —comentó Stuart—. Parece que no hay postulantes para este acto de heroísmo.

La áspera voz del agricultor se dejó oír.

—Siga hablando, señor Boca Grande. Siga aporreando el tonel vacío. Muy pronto le haremos entrar sus dientes a patadas. Creo que hay alguien listo para hacerlo ahora mismo, ¿eh, señor Porter?

La mirada que éste lanzó a Stuart confirmó las suposiciones de Polyorketes, sin embargo, permaneció callado.

—Entonces ¿qué decide, Polyorketes? Usted es el hombre del puño listo y del gran coraje. ¿Quiere que lo ayude a ponerse el equipo?

—Cuando necesite ayuda, le avisaré.

—¿Y qué dice usted, Leblanc?

El joven se fué alejando a paso lento, como escabulléndose.

—¿Ni siquiera por volver junto a su Margarita?

Pero Leblanc no podía hacer otra cosa que sacudir la cabeza.

—¿Y usted, Mullen?

—Muy bien; lo intentaré.

—¿Qué?...

—He dicho que estoy de acuerdo, que lo intentaré. Después de todo, la idea es mía.

Stuart permaneció atontado.

—¿Habla en serio? ¿Y por qué lo hace?

La remilgada boca de Mullen se frunció.

—Porque nadie quiere hacerlo.

—Pero ésa no es una razón; sobre todo tratándose de usted.

Mullen se encogió de hombros.

Se oyó el golpe seco de un bastón detrás de Stuart. Era Windham que pasó razándolo.

—¿Realmente piensa ir, Mullen? —preguntó el coronel.

—Sí, coronel.

—En ese caso, déjeme estrecharle la mano. Usted me gusta. Es usted un... todo un ciudadano de la Tierra, ¡caramba! Gane o pierda en la partida, yo daré fe de su heroísmo.

Mullen, torpemente, liberó su mano del vibrante apretón de la otra. En cuanto a Stuart, se sentía en una situación poco común, en realidad, la más extraordinaria que hubiera podido imaginar: por primera vez, no tenía nada que decir.

HABIA cambiado la calidad de la tensión reinante. El abatimiento y la frustración habían sido reemplazados casi enteramente por el entusiasmo de la conspiración. Hasta Polyorketes se dedicaba a palpar y examinar los trajes espaciales, por dar su opinión sobre cuál era el más adecuado para el caso.

Mullen se encontraba ahora con una dificultad. El traje le quedaba demasiado holgado, si bien las junturas movibles habían sido ajustadas al máximo. Sólo quedaba el casco por atornillar, y el hombre meneaba el cuello. Stuart sostenía el casco con esfuerzo;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era pesado y sus manos artiplásmicas no podían aferrarlo bien.

—Es mejor que aproveche ahora para rascarse la nariz si le pica —aconsejó a Mullen—. No podrá hacerlo durante un tiempo —y agregó mentalmente—: Quizás nunca más...

—Tal vez me convenga llevar un cilindro con oxígeno de repuesto.

—Me parece muy acertado.

—Y provisto de una válvula reductora

—Ya veo cuál es su idea. Si usted es expulsado desde la espacionave, podría intentar el regreso utilizando el cilindro como un motor de acción-reacción.

Le atornillaron la parte de la cabeza y le fijaron a la cintura un tubo de oxígeno de repuesto. Entre Polyorketes y Leblanc lo levantaron hasta la boca del tubo C, que estaba siniestramente oscuro, pues el revestimiento metálico interno había sido pintado de negro. Stuart creyó percibir un repugnante olor de humedad, pero sabía que era pura imaginación suya.

Cuando el hombrecito hubo llegado a la mitad del caño, Stuart detuvo la maniobra y le aplicó unos golpecitos en la placa frontal del traje espacial.

—¿Puede oírme?

El otro hizo un gesto afirmativo.

—¿Circula bien el aire? ¿No hay inconvenientes de último momento?

Mullen alzó su brazo acorazado en señal de que todo andaba bien.

—Entonces, recuerde: no use allá afuera la radio de su traje. Los kloranos podrían captar las señales.

Las manos membrudas de Polyorke-

tes hicieron descender a Mullen, hasta que se oyó el choque del calzado de acero contra la válvula exterior. Entonces, la válvula interior se cerró en forma terriblemente definitiva.

Stuart quedó frente al tablero de palancas que controlaban la válvula exterior. Movió la palanca correspondiente; y, entonces, el indicador que marcaba la presión de aire dentro del tubo bajó a cero. Un puntito de luz roja advirtió que la válvula exterior estaba abierta. Luego la lucecita desapareció, la válvula se cerró y el indicador ascendió lentamente hasta llegar nuevamente a quince libras.

Abrieron otra vez la válvula interior y notaron que Mullen ya no estaba. Polyorketes fué el primero que habló.

—¡Pequeño granuja! ¡Así que se fué no más! —paseó una mirada sorprendida entre los presentes—. ¡Un tipo tan chiquito y con tanto coraje!

—Vea —observó Stuart—, es mejor que vayamos preparándonos. Hay una probabilidad de que los kloranos hayan detectado las válvulas de cierre y apertura. Si así fuera, pronto los tendríamos aquí para investigar; en consecuencia, debemos preparar la coartada.

—¿De qué manera? — preguntó Windham.

—No verán a Mullen entre nosotros. Les diremos que está en la proa. Los kloranos saben que los terrestres tienen la peculiaridad de ofenderse por la intrusión en la intimidad de los cuartos de baño; de modo que no harán ningún intento de verificación. Si podemos impedírselo...

—Pero, ¿si deciden esperar, o si cuentan las trajes espaciales —interrumpió Porter.

Stuart se encogió de hombros.

—Esperemos que no lo hagan. Y en cuanto a usted, Polyorketes, se le ruega no hacer lío cuando entren.

—¿Con ese hombrecito ahí afuera? —gruñó el aludido—. ¿Por quién me toma usted? —miró a Stuart con animosidad y luego se rascó vigorosamente la pelambre encrespada—. ¡Y yo que me reía de él! ¡Me parecía una vieja! Ahora, estoy avergonzado...

Stuart se aclaró la garganta y dijo:

—Yo también he estado diciendo algunas cosas que, pensándolo bien, no eran demasiado graciosas. En fin, quiero disculparme por esto.

Se dió vuelta y fué, malhumorado, hacia su litera. Oyó unos pasos tras él y sintió de pronto que alguien le tiraba de la manga. Se volvió: era Leblanc.

El joven dijo con voz suave:

Televisión secreta

MUCHA gente desearía ver en sus aparatos de televisión los estrenos de las películas, aunque tuviera que pagar la entrada como si fuera al cine. Claro que si la película se transmite, la podrá ver cualquiera que tenga receptor y nadie pagará entrada. Pero ese problema ha sido solucionado por un aparato que transmite televisión en código, y sólo los que se hayan abonado el espectáculo recibirán para añadir a sus receptores el aparato complementario que descifra el código del otro. Los que no teniendo descifrador sintonicen la estación transmisora, sólo verán en la pantalla rayas y puntos sin sentido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Yo sigo pensando que el señor Mullen es un hombre viejo.

—Bueno, no es un muchacho. Tiene unos cuarenta y cinco a cincuenta años, creo.

—Señor Stuart — prosiguió Leblanc—, ¿no le parece que tendría que haber ido yo en vez de él? Soy el más joven de todos. No me gusta la idea de haber dejado que un hombre de edad fuera en mi lugar. Me hace sentirme culpable.

—Lo sé. Si muere, será espantoso.

—Pero él se ofreció voluntariamente. No lo hemos obligado, ¿verdad?

—No trate de rehuir responsabilidades, Leblanc. Eso no le hará sentirse mejor. Ninguno de nosotros tenía motivos más fuertes que él para eludir ese riesgo.

Y después de estas palabras, Stuart permaneció silencioso y pensativo.

MULLEN sintió que la obstrucción debajo de sus pies cedía y que las paredes que lo rodeaban se deslizaban velozmente, demasiado velozmente. Sabía que era la ráfaga de aire que escapaba, arrastrándolo consigo, y entonces hizo frenéticos esfuerzos para clavar brazos y piernas contra las paredes, a fin de frenarse. Se creía que los cadáveres eran expulsados muy lejos del tubo C; pero él no era un cadáver..., por lo menos en aquel momento.

De pronto, sus pies se sintieron libres y patalearon. Oyó el golpe de una bota magnética contra el casco de la nave, después que su cuerpo salió despedido como un corcho bajo presión de aire. Se columpió peligrosamente al borde del orificio de entrada de la nave —había cambiado repentinamente de orientación, quedando colocado sobre ella—; luego, cuando la tapa del tubo bajó por sí sola, dió un paso atrás y se afirmó ligeramente sobre el casco.

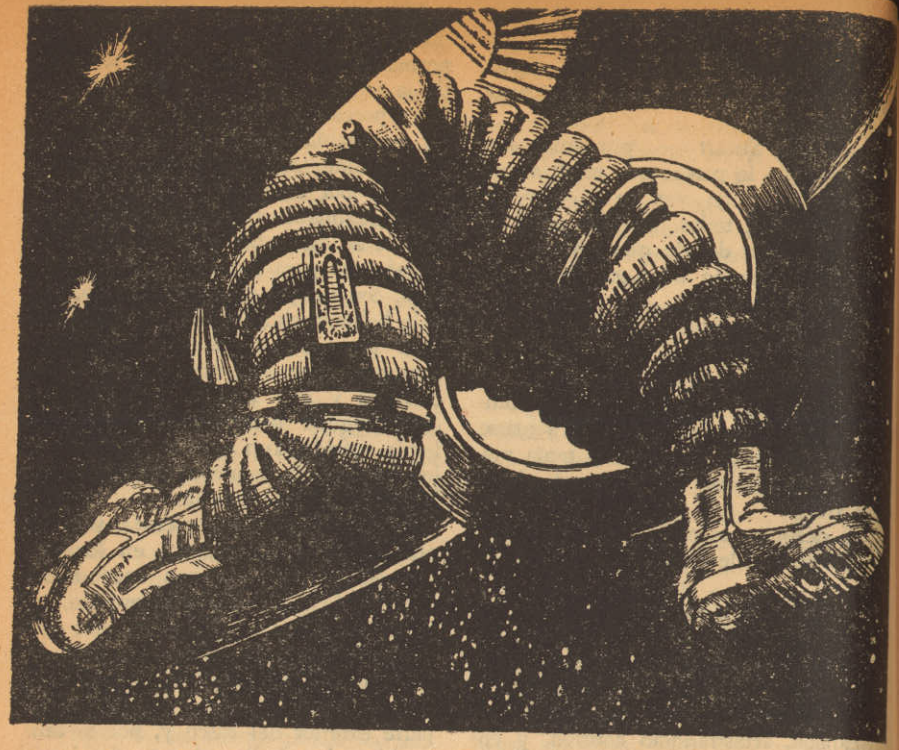
Una sensación de irrealidad lo dominaba. Sin duda, no era él quien permanecía en la superficie exterior de la nave: no era Randolph Mullen. Muy pocos seres humanos podían decir que habían vivido esa experiencia, ni aun aquéllos que viajaban constantemente por el espacio.

Gradualmente fué adquiriendo conciencia de que estaba dolorido. Es que el esfuerzo para asomarse por ese orificio, con un pie aferrado al casco, casi lo había hecho doblarse en dos. Con gran precaución trató de moverse y comprobó que sus movimientos eran erráticos y casi incontrolables. Pensó que ninguna parte de su organismo había sufrido, aun cuando los músculos del costado izquierdo habíanse dislocado considerablemente.

Entonces cobró conciencia y notó que las luces que llevaba en los puños de su traje estaban encendidas. Esto era lo que le había permitido ver en medio de la negrura interior del tubo. Se agitó nerviosamente ante la sola idea de que los kloranos pudieran distinguir las lucecitas móviles en la parte exterior del casco y, por lo tanto, hizo girar la llavecita que había en la sección media del traje espacial.

Mullen nunca se hubiera imaginado que, estando de pie sobre una nave espacial, fuera incapaz de distinguir su casco. Pero estaba oscuro, tan oscuro abajo como arriba. Sólo se veían las estrellas como duros y brillantes puntitos no dimensionales. Nada más. Y nada más en ninguna otra parte. Debajo, ni siquiera las estrellas... *ni siquiera sus propios pies.*

Se volvió para mirar las estrellas. Su cabeza parecía flotar. Los astros se movían lentamente; mejor dicho, estaban fijos y era la nave la que rotaba, pero sus ojos no querían creerlo. Su vista abarcó otra direcciones: más estrellas, pero lejanas. La nave parecía existir sólo como una región sin estrellas.



¿Que no había estrellas? Pero si allí estaba una, muy cerca de sus pies. Casi podía tocarla. Pronto comprendió que sólo era un reflejo en el metal espejeante.

Se movían a miles de millas por hora. Los astros estaban; la nave estaba; él también. Pero esto nada significaba. Para sus sentidos, sólo existía el silencio, la oscuridad y ese lento girar de las estrellas. Sus ojos seguían ese movimiento giratorio. Y en su cabeza, dentro del yelmo, percibía una especie de tintineo al golpear él contra el casco de la nave.

Presa del pánico, tanteaba a su alrededor con sus gruesos e insensibles guantes de silicato. Sus pies seguían firmemente imantados al casco. Eso era verdad; pero el resto de su cuerpo se doblaba hacia atrás, casi en ángulo recto con las rodillas. No había gravedad fuera de la nave.

HIZO una desesperada presión sobre el casco para enderezarse. Entonces su torso saltó bruscamente hacia afuera y, rehusando detenerse cuando estaba erguido, cayó hacia adelante. Volvió a intentar, esta vez más lentamente, equilibrándose con ambas manos sobre el casco, hasta quedar en cuclillas. Luego, hacia arriba; muy lentamente, siempre hacia arriba, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Ya estaba erguido, consciente de sus músculos y de su entrenamiento. Miró en torno. ¡Dios Santo! ¿Dónde estaban los tubos de vapor? No podía distinguirlos. Todo era negro sobre negro, nada sobre nada. Rápidamente encendió las luces de sus muñecas. En el espacio no se veían rayos, sino tan sólo unas manchas elípticas de color azul acerado, muy definidas, que le hacían guiños. Allí donde las luces enfocaban un remache de la nave, se proyectaba una sombra, aguda como un cuchillo y tan negra como el espacio, en tanto que la región alumbrada brillaba nítidamente.

Movió los brazos y su cuerpo se ladeó suavemente en la dirección opuesta; acción y reacción. De pronto surgió ante su vista la visión de un tubo de vapor con sus lisos costados cilíndricos. Trató de moverse en esta dirección. Sus pies se aferraban vigorosamente al casco; haciendo un esfuerzo se arrastró lentamente hacia arriba. Cuando la suela estuvo a dos pulgadas de distancia del tubo, se zafó con un chasquido, perdiendo el control y golpeando el casco con ruido metálico. Su traje captó las vibraciones amplificándolas en sus oídos.

Mullen quedó paralizado por el terror. Los deshidratadores que secaban la atmósfera interior de su traje no podían evaporar los chorros de transpiración que brotaron de su frente y axilas.

Esperó un momento, luego trató nuevamente de levantar un pie, apenas una pulgada, sosteniéndolo por la fuerza y moviéndolo horizontalmente. El movimiento horizontal no implicaba esfuerzo alguno; era perpendicular a las líneas de fuerza magnética. Pero debía evitar que su pie se zafara como antes, y luego bajarlo lentamente.

El esfuerzo le hizo resoplar. Cada paso era una agonía. Los tendones de las rodillas le crujían, y sentía como si un cuchillo lo hiriese en el costado.

Mullen se detuvo para dejar que se le secara la transpiración. No convenía empañar con vaho el interior de su placa frontal. Encendió las lucecitas y pudo ver que el tubo de vapor estaba adelante.

La nave tenía cuatro de ellos ubicados a intervalos de noventa grados y proyectándose en ángulo desde la zona intermedia. Servían para el "ajuste fino" del curso de la nave; el "ajuste tosco" era proporcionado por los poderosos impulsores de adelante y atrás, que fijaban la velocidad final mediante su fuerza acelerativa y decelerativa, así como por los hiperatómicos que atendían a los Saltos devoradores de espacio.

Pero, en algunas ocasiones, era preciso ajustar ligeramente la dirección del vuelo y sólo entonces funcionaban los cilindros de vapor. Separadamente podían conducir la nave arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda; de a dos y con una proporción de impulso adecuada, la nave podía ser orientada en cualquier dirección que se deseara.

Aprovechemos la televisión

¿POR qué tenemos que conformarnos con oír hablar de la belleza de los anillos de Saturno sin contemplarlos jamás? ¿Por qué limitarnos a leer descripciones de la vida microscópica sin observarla con nuestros propios ojos? Es claro que un telescopio o un microscopio buenos son objetos caros, y además no se aprende en un rato a aprovechar todas sus posibilidades. Pero la televisión puede transmitir a miles de personas lo que hasta ahora sólo podía observar el técnico que pacientemente preparó el aparato para su trabajo de investigación. ¿Hay interés?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El sistema no había sido mejorado a través de los siglos, pues era demasiado sencillo. La pila atómica calentaba el agua contenida en un envase cerrado, hasta convertirla en vapor; en menos de un segundo le hacía alcanzar temperaturas a las que podía descomponerse en una mezcla de hidrógeno y oxígeno, y luego en una mezcla de electrones e iones. Tal vez dicha descomposición se producía realmente; nadie se preocupó jamás de comprobarlo, pues no se presentó la necesidad.

Al llegar al punto crítico, una válvula ahusada cedía y el vapor salía en explosión breve pero increíblemente violenta. Y entonces, inevitablemente, la nave avanzaba, majestuosa, en la dirección opuesta, virando en torno a su propio centro de gravedad. Cuando los grados de giro eran suficientes, se producía una explosión igual pero del lado opuesto. La nave entonces se movía a su velocidad original, pero en dirección distinta.

MULLEN se había arrastrado hasta el borde del cilindro de vapor. Se imaginaba a sí mismo como a una manchita columpiándose al borde de la estructura que se proyectaba desde un ovoide que rasgaba el espacio a razón de diez mil millas por hora.

Pero no había corriente de aire que lo lanzara fuera del casco, al cual sus suelas magnéticas se adherían más firmemente de lo que hubiera querido.

Con las luces encendidas, se inclinó para acechar el interior del tubo; entonces la nave efectuó un descenso vertical y su orientación cambió. Extendió los brazos para mantenerse en equilibrio, aunque no estaba cayendo. En el espacio no había arriba ni abajo, excepto lo que su mente aturdida consideraba como tal.

El cilindro era lo bastante amplio como para contener a un hombre, de modo que se podría entrar en él con fines de reparación. Con su luz, Mullen distinguió los peldaños de la escala del tubo, casi frente al lugar donde él se encontraba. Reuniendo todo el aliento que le quedaba, lanzó un suspiro de alivio, pues recordó que algunas naves no tenían esa escala.

Se encaminó hacia ella. Mientras se movía, la nave parecía deslizarse y retorcerse bajo sus pies. Levantó un brazo sobre la boca del tubo, tanteando la escala; soltó un pie, después otro, y se lanzó adentro.

El nudo que desde el primer momento se había formado en su estómago se convirtió ahora en una convulsa agonía. Si se les ocurriese cambiar el rumbo de la nave lanzando vapor por ese caño...

De todas maneras, no lo oiría ni lo sabría. En un instante estaría asido a un peldaño e iría tanteando lentamente el próximo con su brazo. Al momento siguiente estaría solo en el espacio, y el buque sería una sombra perdida para siempre en medio de las estrellas. Tal vez habría un breve remolino de helados cristales que brillarían bajo la luz de sus muñecas, girando en torno a él, atraídos por su masa como planetas infinitesimales a un sol absurdamente pequeño.

Volvían a correrle ríos de sudor, y ahora estaba consciente de su sed. Sin embargo, desterró esta idea de su mente. No habría una gota de bebida mientras no saliera de su traje espacial..., si alguna vez salía.

Un peldaño arriba, otro más, y otro... ¿Cuántos eran? Observó con incredulidad el brillo que aparecía bajo las lucecitas de su puño. ¿Hielo? ¿Por qué no? El vapor, increíblemente caliente como estaba, chocaría contra el metal a una temperatura próxima al cero absoluto. En los escasos fragmentos de segundo de la acometida no habría tiempo para que el metal se calentara más allá del punto de congelación del agua.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se condensaría una capa de hielo, que se sublimaría lentamente en el vacío. Era la velocidad de todos los sucesos lo que impedía la fusión de los tubos y del recipiente de agua original.

Su mano palpó el borde. Nuevamente, la luz de su muñeca. Mullen miró con creciente horror la boquilla del tubo, de media pulgada de diámetro. Parecía inofensiva; pero había que estar alerta hasta el último instante.

A su alrededor estaba la válvula de acceso. Giraba sobre un eje central que estaba asegurado con resortes en la parte que daba al espacio, y atornillado en el lado que miraba al interior de la nave. Los resortes le permitían ceder a la primera fuerte presión de vapor ants que la poderosa inercia de la nave pudiera ser vencida. El vapor era lanzado a la cámara interior, frenando su impulso y dejando intacta la energía total, pero retardándola a fin de que el casco no corriese tanto peligro de desfondarse.

Mullen se abrazó fuertemente a un peldaño y presionó sobre la válvula exterior hasta que cedió un poquito, lo bastante como para poder asir la tuerca. La hizo girar, sintiendo que su cuerpo se retorcía en la dirección opuesta; luego, con gran esfuerzo, ajustó cuidadosamente la llavecita que permitía controlar los resortes.

Ahora estaba en el espacio comprendido entre las válvulas, que era lo bastante grande como para alojar cómodamente a un hombre. Ya no podía ser arrojado de la nave. Si la expulsión de vapor se produjera en ese momento, simplemente lo lanzaría contra la válvula interna con fuerza suficiente como para convertirlo en pulpa. Muerte rápida que, al menos, no sentiría en lo más mínimo.

LENTAMENTE desenganchó de su cintura el tubo de oxígeno de repuesto. Ahora sólo quedaba una válvula interna entre él y la cabina de control. Esta válvula se abría, afuera hacia el espacio; de modo que la expulsión de vapor sólo podría cerrarla más fuertemente en vez de abrirla del todo. Estaba ajustada en forma perfecta y no era posible, por lo tanto, abrirla desde afuera.

Apuntó el tubo de oxígeno contra la válvula interna, a fin de hacerla vibrar fuertemente. Repitió esta operación varias veces. Este ruido tenía necesariamente que atraer la atención de los kloranos, obligándolos a investigar las causas. Mullen no podía saber cuándo lo harían. Si actuaban normalmente, empezarían por inyectar aire a la cámara intervalvular para forzar a la externa a cerrarse. Pero ahora la válvula externa estaba en la mitad de su rosca, lejos de su término. El aire inyectado sería ineficaz porque se perdería en el espacio.

Mullen siguió golpeando con su tubo de oxígeno. ¿Mirarían los kloranos el medidor de aire y notarían que la marca apenas pasaba de cero?

—HACE una hora y media que ese hombre se ha marchado —dijo Porter.

—Lo sé —replicó Stuart.

Todos estaban inquietos, pero la tensión entre ellos había desaparecido. Era como si todos los hilos de su sensibilidad se hubieran conectado en el casco de la nave.

Porter estaba conturbado. Hasta entonces su filosofía de la vida había sido muy simple: Preocúpate de ti mismo, porque nadie se preocupará de ti. Pero ahora que esta máxima se veía trastornada, él no podía menos que sentirse incómodo.

—¿Supone usted que lo han capturado? —preguntó dirigiéndose a Stuart.

—Si así fuera, lo sabremos —replicó el otro brevemente.

Porter, percibió con [illegible]

demás no tenían interés en hablar con él. Era comprensible, pensaba, pues nada había hecho para ganarse su respeto. Un torrente de autodisculpas afluía a su mente. Después de todo, se decía, un hombre tiene derecho a sentir miedo. Por lo menos, él no se había trastornado como el desdichado Arístides Polyorketes, ni había llorado como Leblanc...

Pero allá afuera estaba Mullen, sobre el casco de la nave.

—¡Díganme! —gritó de pronto—. ¿Por qué lo ha hecho?

Todos se volvieron a mirarlo, sin comprender; pero a Porter esto no le hizo mella, y añadió:

—Quiero saber por qué está ahí Mullen arriesgando su vida.

—Ese hombre —dijo Windham— es un patriota.

—¡No, nada de eso! —protestó Porter, casi histérico—. Ese individuo es incapaz de todo sentimiento. No tiene más que razones, y yo quisiera saber cuáles son, porque...

No terminó la frase, pues si esas razones se aplicaban a un pobre tenedor de libros de edad madura, ¿con cuánta más razón no habrían de aplicarse al propio Porter?

—Ese tipo es un verdadero héroe —sentenció Polyorketes.

—Escuchen —dijo Porter, poniéndose de pie—; tal vez se haya quedado colgado ahí afuera... Quizá no pueda terminar él solo su tarea... Yo... me ofrezco para ir en su ayuda, si a ustedes les parece bien.

Se quedó un rato esperando, con temor, el latigazo sarcástico de la lengua de Stuart. Este lo observaba, tal vez con sorpresa, pero Porter no se atrevía a mirarlo.

—Dejémosle una media hora más —dijo al fin Stuart.

Porter lo miró con asombro. No había desprecio en el semblante de Stuart; [illegible] comprendió, hasta parecía [illegible] toso. Y lo mismo ocurría con el resto de los presentes.

—Entonces...

—Entonces —reanudó Stuart— echaremos la suerte para saber quién irá. ¿Quienes se ofrecen, además de Porter?

Todos levantaron la mano; Stuart también. Pero Porter estaba feliz: era el primer voluntario, y esperaba con ansia que terminara esa media hora.

EL hecho tomó a Mullen por sorpresa. La válvula interior se abrió repentinamente, dejando paso, por succión, a la minúscula cabeza de un klorano, montada en un largo y delgado cuello, semejante a la de una culebra; no había podido vencer la presión del aire que escapaba.

El tubo de oxígeno de Mullen voló violentamente. Durante un instante Mullen quedó aterrorizado, pero pronto logró reaccionar y comenzó a sujetar el tubo contra la corriente de aire, esperando que se apaciguara el impulso inicial a medida que el aire de la cabina de control se enrarecía. Entonces lo lanzó hacia abajo con fuerza. Fué a golpear perpendicularmente en el cuello musculoso de la extraña bestia, triturándolo. Mullen, agarrado a la válvula y casi enteramente protegido de la corriente de aire, volvió a enarbolar el tubo, y esta vez lo hundió en la cabeza, aplastando los ojos hasta convertirlos en una repugnante masa líquida. Un torrente de sangre verde manaba de lo que quedaba del cuello de aquella bestia.

Conteniendo a duras penas sus deseos de vomitar, se volvió hacia atrás, asió la válvula exterior con una mano y le impartió un movimiento giratorio. Durante varios segundos mantuvo esa rotación, hasta que, al llegar al fin de la rosca, los resortes actuaron automáticamente, cerrando la válvula de un golpe. Lo que quedaba de atmósfera contribuyó a ajustarla y las bombas pu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dieron comenzar a llenar nuevamente la cabina de control.

Pasando sobre el klorano destrozado, Mullen entró en la cabina. Se hallaba vacía. Apenas tuvo tiempo de notarlo, cuando notó que estaba arrodillado. Se levantó con dificultad. La transición de la no gravedad a la gravedad habíalo tomado por sorpresa. Además, era gravedad kloraniana, lo que significaba que, con su espaciotraje, llevaba un cincuenta por ciento de sobrecarga para su enjuto esqueleto. Pero al menos sus pesados chanclos de metal ya no se aferraban en forma tan exasperante al suelo metálico; pues dentro de la nave los pisos eran de aleación de aluminio revestida de corcho.

Avanzó con movimiento circular. El klorano, sin cuello, yacía en el suelo y sólo alguna leve contracción denotaba que había sido alguna vez un organismo viviente. Pisando sobre él con repugnancia fué a cerrar la válvula del tubo de vapor.

LA cabina presentaba un deprimente tinte bilioso y las luces despedían destellos amarilloverdosos. Por supuesto, era una atmósfera kloraniana. No obstante, se sintió sorprendido hasta la admiración: evidentemente, los kloranos tenían una forma peculiar de tratar los materiales para hacerlos inmunes a los efectos oxidantes del cloro. Hasta el mapa de la Tierra impreso en brillante papel de base plástica, que pendía de la pared, parecía no haber sufrido daño alguno. Se aproximó, atraído por el contorno familiar de los continentes. De repente, el rabillo de sus ojos captó un leve movimiento. Se volvió tan rápidamente como se lo permitía su pesado traje y... lanzó un grito. El klorano a quien había creído muerto se estaba incorporando.

El cuello del monstruo colgábale pesadamente, como un amasijo de tejidos, pero sus brazos se extendían a tientas y los tentáculos que rodeaban su pecho vibraban como innumerables lenguas de víboras.

Naturalmente, estaba ciego. La destrucción de su cuello habíalo privado de todo su equipo sensorial y la asfixia parcial lo había desorganizado. Pero el cerebro permanecía intacto en el abdomen: por eso vivía aún.

Mullen retrocedió, caminando siempre en línea circular. Trató infructuosamente de andar en puntas de pie, aun sabiendo que el klorano había quedado sordo. El pobre hombre buscaba desesperadamente un arma, sin encontrar nada. Estaba allí el disparador del klorano, pero él no se atrevía a quitárselo. ¿Por qué no lo habría hecho desde el primer momento? ¡Qué tonto!

Súbitamente abrióse la puerta que daba a la cabina de control. No se oyó ruido alguno. Mullen, temblando, se volvió a mirar.

Allí estaba el otro klorano: indemne, entero. Permaneció unos instantes en el vano de la puerta, con sus especies de manecillas rígidas e inmóviles, el cuello estirado hacia adelante, y los horribles ojos alternándose para mirar a Mullen y a su camarada caído y semimuerto.

Luego, la mano del monstruo se movió rápidamente hacia uno de sus costados. Mullen, inconscientemente, actuó por reflejo, con idéntica rapidez. Desplegó la manguera del tubo de oxígeno de repuesto y, sin preocuparse de reducir la presión, dejó salir todo el chorro de oxígeno, a punto tal que el impulso lo hizo tambalearse.

Podía ver perfectamente el chorro de oxígeno: era una bocanada pálida, que se hinchaba como una ola en medio de la verde atmósfera de cloro. Esto sorprendió al klorano cuando había llevado una mano a su disparador. El monstruo alzó las manos; entonces el pequeño pico de su nódulo de cabeza se abrió en forma alarmante, pero sin emitir sonidos. Se tambaleó y cayó, retorciéndose durante un instante para luego quedar rígido. Mullen se le acercó y lo roció con el chorro de oxígeno, como si estuviera apagando un incendio. Acto seguido levantó su pesado pie y lo dejó caer sobre el centro del cuello, aplastándolo contra el piso.

Luego se volvió hacia el primero de los kloranos; estaba tendido en el suelo, inmóvil. La cabina se había puesto pálida por el oxígeno, cuya cantidad era suficiente para matar a legiones enteras de kloranos. Había vaciado todo el contenido de su tubo de repuesto.

Mullen pasó por encima del cadáver para salir de la cabina de control; tomando por el pasillo principal, se encaminó hacia el cuarto de los prisioneros.

La reacción había comenzado. Ahora el héroe sollozaba, presa de un temor ciego e incoherente.

STUART estaba fatigado. Con sus falsas manos volvía una vez más a manejar los controles de una espacionave. Dos cruceros livianos de la Tierra estaban en camino. Durante más de veinticuatro horas había manipulado los controles virtualmente solo; había inutilizado el equipo clorurante empleado por los kloranos; había localizado la posición de la nave en el espacio, intentado trazar un curso, y enviado señales encubiertas, que habían sido captadas.

Así que cuando la puerta de la cabina de control se abrió, sintióse irritado: estaba demasiado cansado como para iniciar una conversación. Al darse vuelta vió a Mullen entrar en la cabina.

—¡Vamos, Mullen, vuélvase a la cama!

—Estoy cansado de dormir; aunque, a decir verdad, hace un momento no me imaginaba que esto pudiera ocurrirme...

—¿Cómo se siente?

—Tengo todo el cuerpo rígido. Especialmente el costado.

Hizo una mueca de dolor e, involuntariamente, paseó su vista en torno.

—No busque a los kloranos —sonrió Stuart—. Ya los hemos "descargado" a esos pobres diablos —y meneando la cabeza añadió—: Le aseguro que me daban lástima, después de todo. Están convencidos de que los seres humanos son ellos, mientras que nosotros constituímos una raza extraña e inferior.

—Comprendo.

Stuart miró de reojo al hombrecito, quien desde su asiento observaba atentamente el mapa de la Tierra.

—Le debo una satisfacción personal y privada, Mullen. Habrá notado que yo lo despreciaba.

—Estaba en su derecho —respondió el otro con su tono seco e inexpresivo.

—Nada de eso. Nadie tiene el derecho de despreciar al prójimo. Ese derecho me lo había adjudicado yo como resultado de una larga y terrible experiencia...

—¿Ha estado usted pensando en esto?

—Sí, todo el día. Tal vez no pueda explicárselo. Se relaciona con estas manos mías —y extendió los brazos para mostrarlas; luego prosiguió—: Me resultaba muy duro saber que otros seres poseían sus propias manos. Por eso, poco a poco llegué a odiar a mis congéneres. Estaba siempre buscándoles defectos y burlándome de sus fallas y estupideces. Es que sentía la necesidad de buscar razones para convencerme de que las demás personas no eran dignas de mi envidia.

—Esa explicación es innecesaria —replicó Mullen, visiblemente incómodo.

—Sin embargo lo es para mí. Durante años descarté toda esperanza de encontrar decencia en los seres humanos. ¡Hasta que apareció usted y me demostró lo contrario!

—Sería mejor que comprendiera —ex-

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

plicó Mullen— que mi conducta se debió a motivos de orden práctico y egoísta, nada más. No me va a convencer usted de que soy un héroe.

—No pretendo. Sé que usted no hace nada sin una razón. Me refería, más bien, al efecto que su conducta ha tenido en los demás. Una colección de tontos y mentirosos se ha convertido en un grupo de gente decente. Y no por obra de magia, ciertamente. Antes de esto eran gente digna; pero necesitaban una oportunidad para demostrarlo, y usted se la brindó. Yo también he cambiado, y probablemente por el resto de mi vida.

MULLEN se volvió de espaldas, incómodo. Sus manos alisaron las mangas de su chaqueta, aunque no tenía arrugas. Su índice derecho se apoyó en un punto del mapa.

—Aquí nací yo: Richmond, Virginia —dijo de pronto—. Iré directamente a ese lugar. ¿Y usted de dónde es?

—De Toronto.

—¡Ah!, acá está —y señaló otro punto en el mapa—. Al parecer, no muy lejos de mi ciudad natal.

—Oiga, Mullen, ¿quiere responderme a una pregunta?

—Si no es muy difícil...

—¿*Por qué* lo hizo?

Los labios del hombrecito se contrajeron antes de responder:

—Creo que mis prosaicas razones echarían a perder todo el efecto inspirador.

—Llámelo curiosidad intelectual, de mi parte. Todos teníamos razones: Porter, un terror mortal a ser internado; Leblanc quería regresar sano y salvo junto a su prometida; Polyorketes deseaba matar kloranos, y Windham, según él, se comportaba como un patriota. En cuanto a mí, me consideraba un noble idealista. Sin embargo, en ninguno de nosotros la motivación era lo bastante poderosa como para llevarnos a esa peligrosa aventura. ¿Cuál fué la razón que lo decidió a *usted* entre todos nosotros?

—¿Por qué la frase "entre todos nosotros"?

—No se ofenda, Mullen, por lo que le voy a decir: parece usted incapaz de toda emoción.

—¿De veras?

Su tono no se inmutó; permaneció suave y preciso, aunque se notaba en él cierta tirantez.

—Es cuestión de entrenamiento —agregó— y de autodisciplina, no de naturaleza. Un hombre pequeño no puede tener emociones visibles. ¿Hay algo más ridículo que alguien como yo entregado a un acceso de cólera? Mido un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura y peso cincuenta y ocho kilos y medio, por si le interesa saber las cifras exactas. Insisto en los cinco centímetros y en el medio kilo.

"¿Puedo acaso —prosiguió— tener un porte digno y orgulloso? ¿Puedo pretender llamar la atención sin inducir a risa? ¿Dónde encontraría una mujer que no me despidiera instantáneamente con una carcajada? Naturalmente, he tenido que aprender a privarme de toda exteriorización de emociones.

"¡Y usted habla de deformidades! Nadie notaría lo de sus manos, si no estuviera usted tan ansioso por contar la historia a la primera persona con quien se topa. ¿Piensa acaso que mi estatura puede ocultarse? ¿No es lo primero y, en la mayoría de los casos, lo único que la gente nota en mí?"

Stuart se sintió avergonzado. Había invadido una intimidad que debía serle sagrada.

—Perdóneme —dijo abochornado.

—¿Por qué?

—No hubiera debido obligarlo a hablar de esto. Yo mismo hubiera debido comprender que... que usted...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

metido en un cuerpo de enano, tengo el corazón de un gigante?

—Yo no lo diría en ese tono sarcástico.

—¿Por qué no? Es una idea tonta y no tiene nada que ver con las razones que me movieron a hacer lo que hice. ¿Qué habría ganado con ello? ¿Que me lleven ahora a la Tierra y me pongan ante las cámaras de televisión, bajándolas, por supuesto, hasta el nivel de mi cara, o bien haciéndome subir a una silla para pincharme un montón de medallas?

—Es muy probable que hagan precisamente eso.

—¿Y qué ventaja tendría para mí? Dirían: "Caramba, quién se lo hubiera imaginado, un chiquitín como ése". ¿Y después, qué? ¿Le contaría a todo aquel con quien me encontrara: "Yo soy el hombre a quien el mes pasado condecoraron por su valor extraordinario"? ¿Cuántas medallas, señor Stuart, supone usted que se necesitarían para cubrir mi estatura?

—Si lo plantea en esa forma, no sé qué decir, Mullen.

Este empezó a hablar más rápidamente y con cierto calor, pero sin perder su acostumbrado control.

—Sin duda, hubo días en que pensé que ya les mostraría a ellos, a los misteriosos "ellos" que constituyen el mundo, quién era yo. Pensaba abandonar la Tierra a fin de ir a forjar mundos para mí. Sería un nuevo y aun más pequeño Napoleón. Dejé la Tierra y me trasladé a Arcturus. Pero, ¿qué podía hacer en Arcturus que no pudiera haber hecho en la Tierra? Nada. Soy tenedor de libros. De modo que, señor Stuart, he dejado atrás la vanidad de querer pararme en puntas de pie, por así decir.

—Entonces, ¿por qué hizo lo que acaba de hacer?

—Dejé la Tierra cuando tenía veintiocho años y me fuí al Sistema Arcturiano, donde permanecí hasta ahora. Este viaje iba a ser mi primera vacación, mi primera visita a la Tierra después de tanto tiempo. Pensaba quedarme seis meses y luego regresar a Arcturus. Pero los kloranos nos capturaron y nos iban a internar por tiempo indefinido. Yo no podía, *no podía* permitir que impidieran mi viaje a la Tierra. Por grave que fuese el riesgo, tenía que correrlo si quería eliminar esa interferencia. El móvil no era amor hacia una mujer, miedo, odio ni idealismo de ninguna especie. Era más fuerte que todo eso.

Se detuvo un instante y, estirando una mano como para acariciar el mapa adherido a la pared, dijo con calma y serenidad:

—Señor Stuart, ¿nunca ha sentido usted nostalgia? ✦

La permanente y el sonido

LAS mujeres saben muy bien que una permanente mal hecha puede afectar las cualidades del cabello. Pero, ¿cómo averiguar si un nuevo método de hacer la permanente da al cabello la elasticidad óptima o lo perjudica? La física ha acudido al rescate, demostrando que la elasticidad del cabello puede medirse perfectamente y en pocos instantes midiendo la velocidad con que el sonido se propaga a lo largo de él. Para ello ni hace falta cortarlo: se cuelgan distintos pesos de los cabellos, para observar la velocidad del sonido en distintos estados de tensión, y así se averigua cuál es la tensión con que se obtendrá la mejor ondulación.

LA GRAVEDAD ES UTIL

SIN duda, todos vamos a ceder a la tentación de volver por un rato a la infancia, las primeras veces que vayamos a la Luna. La sensación de pesar seis veces menos, conservando la misma fuerza muscular, nos va a dar unas ganas irresistibles de empezar a los saltos y cabriolas. ¡Lo que va a ser un campeón de saltos ornamentales en la Luna! Y eso que la Luna es un astro de los grandes en nuestro sistema solar. Deimos, una de las dos lunas de Marte, es apenas un cascote, y si allí se nos ocurre dar un salto en alto y se nos va la mano, o mejor dicho, el pie, corremos el riesgo de seguir para arriba hasta ver si es cierto que el universo es finito. Lo que ocurre dentro de una astronave en movimiento libre, es decir, cuando deja de acelerar con sus motores, ya lo ha descrito en parte Willy Ley en el primer capítulo de "La Conquista del Espacio": la formidable sensación de flotar en el aire, con menos esfuerzo aún que el petrel cuando planea. En realidad con esfuerzo cero, salvo por el cuidado de no adquirir el menor impulso para no "navegar" hasta chocar con las paredes.

Esa es la parte divertida. Pero los que planean en serio viajes interplanetarios, tratan de calcular por anticipado todos los efectos de la falta de peso de las cosas, y en especial los efectos peligrosos.

Dentro de una nave libre en el espacio hay que tener miedo a las cosas más inofensivas y reírse de las que aquí nos asustan. Un vaso de agua puede matarnos y un cartucho de dinamita hacernos sólo cosquillas al explotar.

Claro es que el agua moja. Esto no parece una gran novedad, ¿no es cierto?, pero aquí lo decimos en un sentido más técnico: cuando se pone agua en un recipiente, la superficie no es totalmente horizontal: junto a las paredes sube un poco, se forma un "menisco", hay una fuerza que tira del agua hacia arriba y se llama capilaridad. En otros líquidos, los que "no mojan", el menisco es hacia abajo, como en el mercurio.

La capilaridad es una fuerza nada despreciable. Si el agua no sube más es porque su peso es otra fuerza grande y que tira en sentido contrario. Pero en la astronave libre no hay peso...; ergo, si destapamos una botella de agua, el líquido saldrá de ella por sus propios medios y se extenderá por el lado exterior de la botella, sobre la mesa donde esté asentada, la mano que la sostiene y el cuerpo entero del dueño de la mano, hasta que todo se haya esparcido en una capa delgada. Si el agua nos moja la cara, se meterá dentro de las narices, bronquios y pulmones y nos ahogará. ¡No será broma lo de ahogarse en un vaso de agua! Conclusión: no se puede destapar líquidos que mojen. ¡Pero algo hay que beber! La solución más aceptada parece ser el biberón: los líquidos se tomarán chupando de una mamadera. En mi opinión no se arregla nada con eso, salvo que en vez de chupar vierta el líquido

da que llegue hasta el estómago, pues el agua puede pasar desde la boca a los bronquios y nariz con toda facilidad. Mucho más razonable parece el método de tragar líquidos envueltos en una capa sólida de rápida digestión estomacal, es decir, píldoras. Una vez en el estómago los líquidos, no hay peligro de que escapen, pues hay válvulas que no los dejarán salir más que cuando deban.

Por suerte no hay problemas para que los alimentos bajen de la boca al estómago y sigan desde allí su camino. Eso no lo hacen por su peso sino empujados por las contracciones del tubo digestivo. La prueba es que se puede vivir acostado, e incluso resistir cabeza abajo un buen tiempo.

¿Por qué, en cambio, la dinamita no es peligrosa? No sólo la explosión de la dinamita; cualquier combustión es difícil de conseguir en la nave libre si no se toman precauciones. Un fósforo arde porque va consumiendo el oxígeno del aire que lo rodea, en ciertas reacciones químicas. Por supuesto, la pequeñísima cantidad de oxígeno que hay en su cercanía inmediata no le alcanza para nada. Pero en cuanto se inicia la reacción se produce calor, el aire cuyo oxígeno se ha consumido se calienta y sube, y es reemplazado por aire fresco, con más oxígeno. Y así sucesivamente.

Pero ¿por qué sube el aire calentado? Porque es menos denso, es decir, a igualdad de volumen *pesa* menos que el aire frío. ¡Y en la astronave no hay peso! Por lo tanto, el aire caliente no sube, no es reemplazado por aire frío, no se reemplaza el oxígeno consumido, y la combustión termina apenas iniciada. La explosión de la dinamita es una combustión muy rápida, y sin oxígeno no se puede efectuar.

Sin embargo, yo no jugaría con dinamita ni en una astronave. Y es que en el razonamiento anterior, que es el aceptado usualmente, se olvidan algunas cosas que pueden ser importantes. Por ejemplo, es cierto que el aire caliente no sube, pero igual se aleja del lugar de la combustión. ¿Por qué? Porque a mayor temperatura corresponde mayor velocidad media de las moléculas del gas, de modo que los productos de la combustión y el aire *usado* escaparán de ese sitio dejando lugar al oxígeno de las capas siguientes de aire, que se acercará por difusión. Tal vez la combustión no sea así tan eficiente como en la Tierra, pero si se inicia una mínima explosión suficiente para romper el cartucho de dinamita en pedacitos, cada uno de éstos tendrá nueva cantidad de oxígeno a su disposición, y el resultado total puede ser un desastre.

Detalles como éste pueden ser toda la diferencia entre una expedición exitosa y una catástrofe. Por eso cualquier idea al respecto debe ser estudiada cuidadosamente. Esperamos las sugestiones de nuestros lectores...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el extraño caso de la NUEVA BABEL

ilustrado por JUNIN

Cuando se tienen ciento sesenta y cinco años, dos corazones y seis dedos en cada mano, se puede llegar a ser el hombre más importante del mundo.

por MURRAY LEINSTER

TODO empezó cuando al doctor Braden se le ocurrió examinar la historia clínica de John Kingman. El Hospital de Enfermedades Mentales de Meadeville tiene un complejo sistema de ficheros, pues siendo el manicomio más antiguo del país está en excelentes condiciones para hacer estadísticas. Desde su fundación, cuando se lo llamaba Nueva Babel, hace de esto casi dos siglos, se lleva un registro de todos los casos, que con el tiempo se ha perfeccionado hasta el máximo para una mejor información.

Sin embargo el doctor Braden encontró que en la ficha de John Kingman faltaban algunos de los datos más comunes... y también de los más importantes.

"Kingman, John", decía la ficha, "Varón, 1.75 m., cabellos castaños. Tiene seis dedos en cada mano, todos en perfecto funcionamiento. Edad...", esto estaba en blanco. "Raza..." "Lugar de nacimiento...", también en blanco. "Diagnóstico: paranoia atípica avanzada, con delirio de grandezas, pero sin manía de persecuciones". Aquí seguía un comentario: "El enfermo apenas entiende inglés. No habla". Luego otros tres datos que también estaban sin llenar: "Pariente más cercano... Historia clínica... Fecha de admisión al Hospital..."

Podía ser que no se conociera la edad de un paciente si se lo había recogido de la calle en un ataque de locura, y lo mismo con otros datos. Pero entonces eso tendría que figurar en su historia clínica, y además, ¿cómo era posible que no se supiera la fecha de admisión al hospital?

EL joven doctor Braden se disgustó. En esa época se acababa de introducir el tratamiento Jantzen del shock eufórico, y Braden estaba ansioso por probar sus efectos en algún enfermo de Nueva Babel que ya no hubiera esperanzas de curar por otros métodos. Entregó la ficha a un empleado, pidiéndole que buscara más datos en los viejos ficheros.

Dos horas después Braden estaba sentado en el jardín del hospital, fumando su sucia pipa y leyendo un artículo titulado "Reacción de diez paranoicos al shock eufórico". John Kingman estaba sentado con altiva dignidad en los escalones del porche. Usaba el uniforme suministrado por el hospital a los enfermos sin parientes. Miraba a lo lejos con el aire de alguien infinitamente superior a los imbéciles seres humanos. Parecía tener entre cuarenta y sesenta años. Sus manos de seis dedos reposaban delicadamente sobre sus rodillas.

Braden dejó de leer y volvió a examinar de reojo a John Kingman. Con los locos, los niños y los animales se puede andar muy bien si se tiene cuidado de no asustarlos. Por último dijo con voz suave:

—John, creo que podemos hacer algo por ti.

La altiva figura volvió sus ojos hacia el doctor. Parecían divertidos ante la impertinencia de aquel ser humano que se atrevía a molestar a John Kingman, que era tan, pero tan superior, que esa impertinencia ni le molestaba. Luego, John Kingman retornó a su ocupación de observar el infinito.

—Me imagino —siguió diciendo Braden— que estás aburrido. Veremos si se puede cambiar eso...

ALGUIEN se acercó; era el empleado de la sección ficheros, y parecía sentirse muy desdichado, por la cara que traía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Este..., doctor —dijo humildemente—. ¡Hay algo mal! ¡Muy mal!

A la llegada del segundo ser humano, John Kingman pareció retirarse más aún a su divina indiferencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Braden.

—¡No está registrada su admisión! —dijo el empleado—. Cada año se hace una lista de todos los pacientes. Yo busqué en las listas anteriores la primera en que aparecía el nombre de John Kingman, para saber en qué año entró al hospital. ¡Pero revisé los veinte años anteriores y está mencionado en todas las listas!

—Revise diez años más —sugirió Braden.

—¡Lo... lo hice, doctor! ¡También estaba aquí hace treinta años!

—¿Y cuarenta? —preguntó Braden.

—¡Doctor! —dijo desesperadamente el empleado—. ¡Fuí al archivo de registros viejos, donde hay hasta de 1850..., y también figuraba allí!

Braden se incorporó de un salto.

—¿Está loco? —dijo—. ¿Hace cien años? Espere. Voy con usted a ver eso. Llame a mi asistente para que se haga cargo del enfermo.

Mientras el empleado corría en busca de su asistente, Braden miró a John Kingman. John Kingman también lo miraba..., con una sonrisa divertida, tolerante, burlona...

—Es absurdo —dijo Braden dirigiéndose al paciente como si fuera una persona normal (cosa que todos los buenos médicos hacen). ¡Usted no está aquí desde hace cien años!

Una de las manos de seis dedos se movió, haciendo señas de escribir. Braden le alcanzó un lápiz y un papel.

John Kingman siguió mirando a lo lejos, sin fijarse en lo que hacían sus manos. Pero en pocos segundos apareció un complicado dibujo en el papel, que devolvió a Braden con expresión de absoluta indiferencia.

Braden contempló el dibujo. Era realmente complicado, pero no parecía absurdo; más aún; recordaba vagamente que al estudiar física había visto esquemas semejantes, aunque más sencillos. ¡Quizás estos dibujos servirían para algo!

Llegó el asistente para llevarse a John Kingman. Braden se metió el papel en el bolsillo y dijo:

—Esto no es de mi especialidad, John. Pero veré qué se puede hacer. ¡No sé por dónde empezar!

John Kingman se incorporó con dignidad y marchó delante del asistente antes que éste lo tocara, como si tocarlo fuera un sacrilegio que el hombre era demasiado estúpido para comprender.

Braden entró en la oficina de archivos y allí recorrió los registros viejos sacados por el empleado. Los manuscritos sucedieron a los impresos a máquina, el papel se volvió amarillo y la tinta marrón..., pero hasta el primer registro de pacientes allí archivado, que databa de 1850, contenía el nombre de John Kingman.

Dos veces Braden encontró notas junto al nombre de Kingman. Algún médico escribió en 1880: "Fiebre alta", nada más. En 1853 había algo más interesante: "Este hombre tiene seis dedos en cada mano".

Braden y el empleado se miraron; este último con aire de decir: "La culpa no es mía, doctor".

—Busque en los registros de defunción —dijo secamente Braden—. Tiene que haber un John Kingman muerto. Es posible que al aparecer otro enfermo sin nombre y también con seis dedos en las manos, a alguien se le haya ocurrido ponerle el mismo nombre que al primero. ¡Eso es!

El empleado sonrió, feliz al escuchar una explicación posible. Pero Braden no creía en ella. Dos locos con seis dedos y sin más datos era demasiada casualidad.

BRADEN se dirigió al museo del hospital. Allí se guardaban las reliquias históricas de los primeros años del manicomio, entre ellas los registros de enfermos. El doctor los revisó. Encontró un John Kingman en 1820, en 1801, en 1795. En 1785 el nombre no figuraba. ¡Por fin! Braden encontró su ficha de admisión fechada el 21 de mayo de 1786..., 165 años atrás. Decía:

"Un pobre loco admitido hoy llevará el nombre de John Kingman, a falta de otro conocido. No parece hablar inglés ni ningún otro idioma conocido, y tiene seis dedos en cada mano. El doctor Sanford lo examinó, encontrándole fiebre alta y un curioso dibujo en el hombro izquierdo, que no parece tatuado. Su locura consiste en creerse tan importante y superior a los demás mortales, que ni se digna mirarlos, y si no se le alcanza la comida no come. Pero en tres ocasiones pidió por señas útiles de escribir e hizo algunos dibujos, que según los médicos no tienen ningún sentido".

Braden leyó la nota dos y tres veces, secándose a cada momento el sudor de la frente. Cuando llegó el empleado con la noticia de que ningún John Kingman había muerto en el hospital, no fué ninguna sorpresa.

—Muy bien —dijo Braden al casi histérico empleado—, no murió. Que lleven a John Kingman al pabellón médico; quiero revisarlo. Parece que lo han desatendido un poco...; ¡una sola revisión médica en 165 años!

Braden salió, dejando al empleado con la convicción de que estaba loco. Pero cuando él también leyó la nota de admisión fechada en 1786, decidió que pronto la locura atacaría a todo el personal.

JOHN Kingman pareció interesarse al entrar en el laboratorio del hospital. Durante unos diez segundos observó los distintos aparatos, y era imposible dudar que con sólo esa ojeada ya había comprendido el uso y funcionamiento de cada uno, pero apenas le divertían. En particular contempló el enorme aparato de rayos X, con tal desprecio que el técnico estuvo a punto de ofenderse.

—No tiene miedo —comentó Braden—. Todos los paranoicos sospechan que los van a torturar o matar cuando los llevan a sitios como éste.

John Kingman levantó una mano e hizo señas de escribir. Braden se apresuró a alcanzarle papel y lápiz. Con negligencia, el paciente hizo un par de dibujos, se los alcanzó a Braden y volvió a encerrarse en su olímpico desprecio a la humanidad.

Braden observó los dibujos. El técnico miraba por encima de su hombro.

—Esto parece... —dijo Braden sintiendo la boca seca— el esquema de un tubo de rayos X...

Ascensor hidráulico para Méjico

TODA la ciudad de Méjico está descendiendo de nivel a una velocidad que en los últimos tiempos alcanza a treinta centímetros por año. La causa es que el subsuelo está formado por arcillas muy húmedas y compresibles, y va cediendo a medida que esa humedad disminuye. ¿Adónde va a parar esa humedad? A napas subterráneas que a su vez se desagotan, pues suministran el agua potable a la ciudad. Como remedio se ha propuesto el proceso inverso: bombear agua al subsuelo para que vuelva a levantarse. El experimento acaba de iniciarse, y le deseamos el mejor de los éxitos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El técnico parpadeó.

—No usa los símbolos comunes —dijo—, pero... en efecto. Este es el cátodo y éste el anticátodo...; pero esto no está bien...

Estudió un momento el dibujo y luego exclamó, sin contener su excitación:

—¡Mire! ¡Puso un campo como el de un microscopio electrónico! ¡Qué idea! Así se puede enfocar perfectamente el haz de rayos catódicos...

—¿Y esto otro? — lo interrumpió Braden alcanzándole el segundo dibujo.

El técnico lo estudió con detenimiento. Al cabo de un rato dijo, en tono de duda:

—Parece otro tubo de rayos X, pero hay algo más... Sí, parece un aparato para acelerar electrones... —se rascó la cabeza—. Si esto funcionara, podrían obtenerse rayos X del voltaje que uno quisiera... y toda la alta tensión estaría dentro del tubo; no habría peligro en manejarlo. ¡Eh! ¡Y sólo necesita unas pilas secas comunes para funcionar! ¡Se puede llevar todo en una maleta! ¡Equipos de rayos X portátiles!

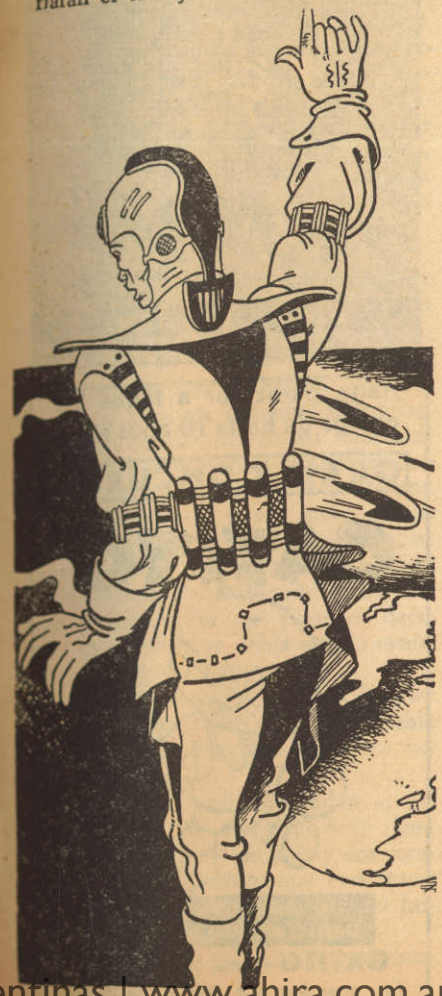
El técnico estaba cada vez más excitado.

—¡Esto es una locura! Pero... doctor..., déjeme esto para estudiarlo... Todavía no lo entiendo bien, pero... ¡Uy! ¡Es fabuloso!

Braden se metió los dibujos en el bolsillo.

—John Kingman —comentó— ha estado en este hospital 165 años. Creo que nos dará más sorpresas. ¡Vamos a revisarlo!

JOHN Kingman se estaba divirtiendo, y su aire condescendiente, como el de un dios frente a un hato de imbéciles, habría enfurecido a otro que no fuera un médico psiquíatra. Permitió que lo radiografiaran, como uno permite a sus hijos que lo hagan intervenir en sus juegos. Dejó que le tomaran la temperatura, mirando con desprecio el termómetro. El electrocardiógrafo le interesó durante algunos segundos como un nuevo juguete. Con indiferencia permitió que le fotografiaran el tatuaje del hombro izquierdo



— seguía estando allí —, y en general se portó de la manera más irritante.

Pero Braden palideció al ir obteniendo los resultados. ¡La temperatura de John Kingman era de 43°! Esa era la "fiebre alta" observada al entrar en el hospital en 1880. El electrocardiograma dió una curva completamente incomprensible, hasta que Braden dió en la tecla:

—¡Si tuviera dos corazones daría eso!

Y cuando tuvieron las placas de rayos X las cosas fueron peor. Cuando John Kingman fué admitido en Nueva Babel no existían los aparatos de rayos X, y era natural que nunca lo hubiesen radiografiado después. ¡Qué se habían perdido! Tenía dos corazones; tres costillas más a cada lado, y cuatro vértebras de yapa. Su capacidad craneana era diez por ciento mayor que la de los hombres normales, y sus dientes presentaban anomalías indiscutibles.

Jhon Kingman contempló a Braden con aire de triunfo al terminar la revisión. Con majestuosa dignidad permitió que lo vistieran, y luego hizo nuevamente señas de escribir.

Esta vez John Kingman se dignó mirar lo que estaba dibujando. Cuando terminó, había una docena de esquemas pequeños en el papel, cada uno semejante al anterior, salvo alguna pequeña diferencia que iba aumentando paso a paso hasta que los esquemas se desdoblaban; y mientras una rama daba algo idéntico al punto de partida, la otra se convertía en un dibujo igual al que Braden había visto en el jardín en su primer encuentro con el "loco".

Pero ahora se hizo la luz en su cerebro. ¡Esta serie de diagramas eran exactamente análogos a los que aparecían en los libros de Física para explicar las transformaciones atómicas! Suponiendo ya que John Kingman no era un lunático cualquiera, aquellos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esquemas indicaban una reacción en cadena entre átomos que producía un elemento inestable. En pocas palabras: un proceso para producir energía atómica.

Braden clavó sus ojos en los de John Kingman, altivos y divertidos.

—Usted gana —dijo con un temblor en la voz—. Todavía creo que está loco, pero nosotros lo estamos más aún que él quizás...

LOS papeles de captura y entrega al manicomio de John Kingman fueron encontrados sin dificultad. En esos manuscritos amarillentos pudo leerse que el paciente fué visto por primera vez el 10 de abril de 1786 por un hombre llamado Thomas Hawkes, al llegar al pueblo de Aurora, Pensylvania, con un carro cargado de trigo. John Kingman llevaba curiosos vestidos, nunca vistos hasta entonces. El material parecía seda, pero metálica. Hawkes se sorprendió, pero pensó que era algún borracho que venía de una fiesta de disfraces. Detuvo su carro y quedó contemplando un poco más intrigado los extraños movimientos de sus ágiles manos. Recién entonces, el campesino reparó en que tenía la peculiaridad de poseer seis dedos. Como la aldea se encontraba lejos, le preguntó si quería que lo acercara. Invitándolo, pues, aproximó el carro y permitió que el extraño subiera, llevándolo a la ciudad. Hawkes le preguntó quién era, y recibió el silencio por respuesta. Le preguntó si había visto las gigantescas estrellas fugaces de la noche anterior, que eran el tema de conversación de todo el pueblo, pero el extraño no le contestó. Al llegar al pueblo el extraño se paró en la plaza en actitud tan majestuosa, que pronto se reunió una multitud de curiosos a contemplarlo, sin que lo conmoviera en su actitud absolutamente despreciativa y lejana. Parecía que [illegible] los ra-

mores que se alzaron primero, en que la multitud conjeturaba sobre ese extraño individuo, ni más tarde, los gritos con que reclamaban que dijera su procedencia y las causas por las cuales se había erigido como soberano omnipotente, le hicieron perder su soberbia. Irritaba a la multitud con su silencio. Un chico arrojó sobre él una piedra, que le dió en el pecho. Con gesto tranquilo sacudió las partículas de tierra, sin que él les prestara la más mínima atención. Cuando apareció el anciano Wicher, sin embargo, lo detuvo con un gesto, e inclinándose, dibujó algo en el suelo con un dedo. Pero al ver que Wicher no comprendía su dibujo, tuvo un acceso de rabia, escupió a la multitud y sólo la llegada de dos guardias lo salvó de ser molido a palos.

BRADEN esperó pacientemente a que el director del hospital y el enviado especial del gobierno que había llegado esa mañana leyeran los amarillos papeles. Luego explicó:

—Está loco, por supuesto; paranoico. Está tan convencido de su superioridad como Napoleón o Edison si hubieran caído de golpe en medio de una tribu australiana, y con justa razón. Pero si estuviera sano, demostraría su superioridad. En cambio se ha retirado a una remota contemplación de su propia grandeza. Por eso podemos decir que está loco, y ya debía estarlo cuando apareció por primera vez.

—¡Doctor Braden! —dijo el director en tono sorprendido— ¡Usted habla como si John Kingman no fuera un ser humano!

—No lo es —afirmó Braden—. Su temperatura normal es de 43°; tiene costillas y vértebras de más y dos corazones. Hace 165 años que está internado aquí. Realmente, para un ser humano es bastante raro...

El enviado del gobierno lo interrum-

—¿De dónde cree que ha venido, doctor?

Braden lo miró sonriendo y continuó explicando:

—Yo envié fotocopias de los dibujos que hizo a la Academia de Ciencias preguntando si indicaban un conocimiento real de Física o eran cosas sin sentido. Como respuesta apareció usted dos días más tarde. Deduzco que John Kingman sabe Física.

—¡Ya lo creo! —dijo el agente del gobierno—. Esos esquemas de tubos de rayos X eran interesantes, pero los otros... ¡Casi nada! Parece que nos ha enseñado un método para obtener energía atómica controlable a partir del silicio, que es uno de los elementos más comunes. ¿De dónde vino este... hombre o lo que sea?

Braden meneó la cabeza con aire de duda. Luego habló:

—¿Notó esa referencia a las estrellas fugaces gigantescas en los papeles? Me tomé el trabajo de revisar los diarios de esa época. Dicen que una enorme estrella fugaz atravesó la atmósfera, y luego, según varios testigos de confianza, volvió a subir, desapareciendo en el espacio. Minutos después otros meteoros semejantes cruzaron el cielo de horizonte a horizonte sin descender en ningún momento.

El enviado meditó un instante.

—Usted está sugiriendo —dijo luego— que una nave de otro mundo aterrizó por un instante para que John Kingman desembarcara y luego volvió a partir en apariencia perseguida por otras naves semejantes.

El director rió ante lo que suponía una broma.

—Si John Kingman no es un ser humano —prosiguió el enviado del gobierno— y si proviene de algún mundo donde hace dos siglos conocían ya tan bien la energía atómica, y si ya entonces estaba loco...

—Es posible que haya sufrido de ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nía de persecuciones —completó Braden— y robara una nave cósmica para escapar de su planeta. Lo persiguieron y para escapar a la persecución desembarcó... aquí.

—¿Pero y su nave? —preguntó el director, no sabiendo todavía si la cosa iba en serio o en broma—. ¡Nuestros antepasados la habrían encontrado!

—Supongamos —dijo el enviado— que sus perseguidores tenían radar o algo parecido. Un loco astuto habría conectado el piloto automático de su nave y la habría enviado sola lo más lejos posible para engañar a sus enemigos. Así explicaríamos lo de las estrellas fugaces. ¿Qué opina, Braden?

—No hay pruebas, y ahora está loco —contestó Braden—. Si pudiéramos curarlo...

—¿Y cómo? —preguntó el enviado del gobierno—. Yo creía que la paranoia era prácticamente incurable.

—Ya se ha usado el shock para combatir otras clases de locura —explicó Braden—. El año pasado Jantzen inventó el shock eufórico para los paranoicos. Mediante una droga se produce en los enfermos una sensación de euforia, o sea, bienestar; luego otra droga les produce alucinaciones, durante las cuales ellos satisfacen imaginariamente todas sus manías e ilusiones. Parece que al cabo de una serie de shocks quedan casi curados.

—¿Resistirá a las drogas John Kingman?

—No lo sé —admitió Braden—. Sus procesos químicos son semejantes a los nuestros, hasta ahora. Come lo mismo que nosotros, pero podría tener alergia a ciertas drogas. Si sus dibujos son tan importantes, valdría la pena conseguir que haga los más posibles antes de aplicarle el tratamiento.

PARA John Kingman los días siguientes fueron de alegría triunfal. El hospital parecía un campamento armado con centinelas por todas partes, especialmente alrededor del edificio donde él reinaba. Hordas de hombres de ciencia venían a verlo, y él engordaba de satisfacción.

Era el hombre más importante, más grande de este planeta, cuyos estúpidos habitantes habían por fin comprendido su grandeza. Ahora lo rodeaban, le hacían preguntas en su infantil idioma, que él ni se había dignado aprender. ¡Pero no se humillaban ante él! John Kingman estaba decidido a no prestarles atención hasta que lo trataran con la reverencia y adoración que él merecía.

No contestaba a sus preguntas. Le hicieron toda clase de ensayos; los ignoró por completo. Trataron con infantil astucia de robarle algunos más de sus secretos científicos, y decidió vengarse. Hizo el esquema de cierta reacción atómica que si era puesta en práctica convertiría en gas varios kilómetros cuadrados de tierra. ¡Ah!, entonces los sobrevivientes comprenderían que era inútil tratar de engañarlo, y que sólo humillándose ante él, adorándolo como único dios y fuente de toda sabiduría, conseguirían conocer sus secretos.

Braden impidió que ocurriera la catástrofe. Cuando John Kingman entregó el esquema de la reacción atómica, el doctor expresó con insistencia sus temores.

—No olviden que está loco —repitió hasta el cansancio—. Es capaz de destruir el mundo en cualquier momento para demostrar su grandeza. No se puede confiar en él. ¡Tengan cuidado!

La nueva reacción fué ensayada con cantidades microscópicas de material, y sólo destruyó todo lo que se hallaba a cincuenta metros. Eso decidió las cosas. John Kingman estaba loco de remate. Sabía más de física que todos los físicos de la Tierra juntos, pero no era posible utilizar su sabiduría sin curarlo antes.

Pero Braden seguía manifestándose en desacuerdo.

—Si fuera un hombre sin importancia, valdría la pena correr el riesgo. Pero tratándose de un ser tan valioso, y que no es humano, no me atrevo.

Su negativa demoró las cosas una semana. Luego el Congreso decidió que valía la pena arriesgarse y que el tratamiento sería aplicado por Braden.

HAY algo llamado alergia y algo llamado sinergia, y nadie sabe nada acerca de eso. Algunas personas sufren un ataque por tomar una aspirina, otras no soportan la penicilina. Algunas drogas no producen ningún efecto tomadas por separado y son mortales, o curativas, tomadas juntas.

En el caso de John Kingman la mezcla del shock eufórico fué casi mortal. Durante varios días tuvo convulsiones, y hasta la cuarta semana no recuperó el conocimiento. Tres veces lo dieron por muerto. Y las tres veces volvió a abrir los ojos.

Tenía una expresión de desconcierto total. Ya no era orgulloso. Comenzó a aprender inglés, y todas las pruebas coincidieron en que ya no estaba loco.

Pero no recordaba quién era. No recordaba una palabra de su vida anterior en el hospital ni en su planeta natal. Nada.

Y no hubo manera de hacerle recobrar la memoria. Se llegó incluso a la conclusión de que era peligroso seguir insistiendo, pues se corría el riesgo de que cayera en una especie peor de locura que antes.

Pero por ahora le va bastante bien. Su inteligencia es normal, comparada con la de los terrestres, aunque seguramente un habitante de su planeta lo consideraría un débil mental. Trabaja en la sección ficheros del hospital, donde sus seis dedos en cada mano le sirven para manejar las fichas con gran agilidad.

Pero se lo vigila cuidadosamente. En cualquier momento podría venirle a la memoria alguno de esos tremendos secretos científicos que ahora tendremos que descubrir por nuestros propios medios. Y hay uno que *develará* aunque no quiera, y es la duración de su vida. Hasta ahora ha vivido más de 165 años. ¿Cuántos más vivirá sin perder ese aspecto indefinido de un hombre de cuarenta a sesenta años? ✦

Inmortalidad

SE ha dado un paso más hacia la conservación de la vida por medio del frío, que es lo más parecido a la inmortalidad que se ha podido descubrir hasta ahora. Esta vez no se trata de conservar animales congelados durante algunas horas y revivirlos después, sino de algo de gran importancia práctica inmediata y que dará nuevo ímpetu a estas investigaciones. Se ha logrado obtener terneros por inseminación artificial de vacas con esperma conservado en congelación durante cuatro meses. Gracias a estas experiencias, iniciadas en Inglaterra, los animales podrán tener hijos mucho después de muertos. Esto, además del atractivo sentimental para los burreros, que podrán ver correr a hijos de Yaseto en el año 2000, significa que las funciones más complicadas de la vida no sufren por la congelación prolongada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La esponja insaciable

por WIN MARKS

ilustrado por BALBALIS

Claro que no puede ser.
Pero es.
Y siendo así...,
¿qué pasará con los ríos,
con los océanos
y con el hombre,
que es 65 por ciento agua?

ACABO de perderme un fin de semana. ¡Ojalá hubiera ido a pescar con McCarthy y los muchachos, como tenía proyectado!

Trabajo de repartidor de cerveza, pero es casi el mediodía del lunes y todavía no me he movido. Y nadie piense que esta vez tiene la culpa mi mercadería usada en provecho propio. No..., no fué lo que ustedes suponen la causa de que fallase mi fin de semana.

En vez de irme a pescar, o de hacer una mesita de póker, o de llevar a mis chicos al parque de diversiones, me he estado ocupando en un experimento.

En mi club los muchachos dicen que tengo buena cabeza para la investigación científica, tal vez porque me ven en la sala de lectura ocupado con revistas de mecánica y de radio, en vez de leer los diarios o las revistas de carreras.

Bueno, pues he sido mi invento científica la que me ha privado de mi esposa, de la piel de mi mano derecha y de pasar un fin de semana divertido, trayéndome en cambio una buena carga de preocupaciones. Y ésta es la razón por la cual estoy ahora escribiendo. Leí no sé dónde que las preocupaciones se alivian cuando uno las pone frente a sí por escrito.

El primer anuncio de lo que me esperaba lo tuve cuando llegué a mi casa y enfilé el camión para entrarlo en el garage. Lottie — mi esposa — me gritó aterrorizada desde el *porch*: "¡Fuego! ¡Apúrate! ¡Se está extendiendo!"

LOTTIE es la mujercita más encantadora que ustedes pueden imaginar y un modelo de esposa, pero no es exactamente lo que podríamos llamar una mente mecánica. El día que murió mi tío Alfonso dejándonos 2.500 dólares, que yo invertí en una cocina eléctrica con todos los implementos posibles, fué un día aciago para mi tran-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quilidad y la de los míos. A partir de ese momento, Lottie vive abrumada por toda suerte de temores, inquietudes y sobresaltos. Muchas veces he pensado que la solución era deshacernos de todo y volver a los utensilios tradicionales, incómodos, pero de un comportamiento más adecuado a la mentalidad de mi esposa. Y lo gracioso es que no ha querido saber nada de deshacerse de ellos. Está demasiado orgullosa de su cocina, de su máquina de lavar ropa y vajilla, de su plancha eléctrica, de su quemador de basuras. De este modo vive en perpetuo sobresalto, escuchando toda suerte de rumores alarmantes en el interior de sus aparatos y descontando, cada vez que da vuelta a una llave, que las consecuencias pueden ser tan funestas como las de una explosión atómica en Las Vegas.

A nadie extrañará, pues, que el viernes. cuando se incendió el quemador debido al fuerte viento, su racción inmediata haya sido despachar los niños en un taxi a casa de la abuela y sentarse durante dos horas pensando en a quién debería llamar: al plomero o a los bomberos.

Entretanto, el gas oil seguía cayendo en el horno y lanzando unas llamas y un humo espantosos. Mi primera medida fué cerrar el paso de gas oil y esperar que las llamas se apagasen.

Luego entré en el garage y salí con un montón de trapos viejos, una cuerda y un palo mediano. Todo esto lo tenía ya preparado de antemano, porque sabía que un día u otro sería necesario. Entré en la casa, besé a Lottie y se tranquilizó tan rápidamente como se había alarmado.

—Tráeme una cacerola o algo por el estilo —le dije, y me dispuse a desarmar el quemador.

No sé si ustedes conocen estos quemadores. En la parte inferior tienen una espita para eliminar el exceso de gas oil, y esa espita tiene un tapón de bronce. El proveedor de gas oil me ha confesado que no hay memoria de que ni un solo dueño de una de esas máquinas infernales haya podido sacar este tapón, de apariencia tan inocente. No soy precisamente un hombre raquítico: peso noventa y cinco kilos desnudo y estoy acostumbrado a los esfuerzos..., pero tampoco pude sacar el tapón. La única solución posible es ir empapando trapos en el aceite sobrante y retorciéndolos luego.

—¡Lottie!... Me has traído la asadera! ¿Cómo te vas a arreglar para quitarle el olor a aceite?

Ya era demasiado tarde. Era la tercera vez que retorcía el trapo y la asadera estaba completamente impregnada. Por lo tanto decidí proseguir filosóficamente en mi tarea, tratando de no pensar en el gusto que tendrían los asados del mediodía durante los próximos cinco meses.

DESPUES de un buen rato de trabajo, el quemador quedó libre de aceite, sin otro daño que algunas quemaduras en el enlozado de la tapa. Lottie estaba pelando papas para la cena y me pidió perdón por todos los inconvenientes que me había causado. Por supuesto le respondí que no había sido nada y le rogué encarecidamente que la próxima vez tratase de cerrar la entrada del combustible no bien las llamas se levantasen demasiado. Luego intenté limpiarme las manos y los brazos, que estaban imposibles de aceite bastante arriba del codo.

Lo difícil era limpiar la asadera. Precisamente ese día había traído una tira de asado para el sábado y me interesaba dejar la asadera en condiciones.

—Tráeme todos los jabones y detergentes que tengas —le dije a Lottie—, y vamos a ver si se puede hacer algo.

Una de las características de mi esposa es su extrema susceptibilidad a la [illegible] por eso tiene perpetuamente

te comprando cuanto nuevo jabón de cocina o detergente mágico aparece en el comercio, y para estas fechas tiene almacenados varios quintales de los productos más diversos.

Yo siempre fuí muy aficionado a la Química. En el colegio era el primero de la clase, y mis compañeros me llamaban "Curie". Como ya lo he dicho, esta afición me ha durado, y leo habitualmente varias revistas de mecánica y de química, de modo que para estas fechas sé prácticamente todo lo que se puede saber acerca de jabones, detergentes, modo de emplearlos y fórmulas adecuadas.

—Este —expliqué a Lottie— tiene un porcentaje elevado de soda cáustica.

Lottie asintió y dijo que lo recordaba muy bien, porque era el que había arruinado su cafetera de aluminio.

Eché agua bien caliente en la asadera y le añadí una buena dosis del jabón, explicando al mismo tiempo:

—Esto es para saponificar el aceite.

—¿Qué es saponificar?

—"Saponificar" quiere decir formar jabón. Todo jabón es una mezcla de algún producto alcalino o cáustico con grasa o aceite.

—Pero si ya tenemos jabón... ¿Por qué no lo usas en vez de preparar otro?

Tuve que explicarle desde el comienzo en qué consistía la acción de los detergentes. Mientras tanto, fuí revisando la fórmula de los diversos paquetes, y añadí un poco de cada uno, según me pareció conveniente. Finalmente añadí también un poco de varios "líquidos detergentes mágicos" que no tenían indicada la fórmula.

Entretanto Lottie me sugirió que saliese de la cocina lo antes posible, porque la estaba molestando, de modo que desistí de perfeccionar la combinación, eché una o dos cucharadas más de polvo y dejé la asadera junto a la pileta para que la solución actuase.

DESPUES de cenar, mientras yo estaba en el living leyendo el diario, oí a Lottie murmurar en el fregadero. Lottie no suele murmurar, por lo cual comprendí que algo le pasaba.

—¡Lindo pastel! —dijo al verme entrar, señalando la asadera. El líquido se había enfriado y solidificado en forma de espesa gelatina.

—No te preocupes. Se ha formado una solución supersaturada, y al enfriarse se precipitó.

Lottie me miró expresivamente: le molesta mucho que use palabras rimbombantes, cosa que me sucede solamente cuando hablo de química o algo semejante.

—Bueno, *desprecipítala* y sácala de mi asadera.

Mi mente científica había empezado a funcionar. Tomé la asadera llena de gelatina y la coloqué en el centro de la mesa, bajo la luz. Cada uno de los jabones que la formaban pretendía ser el mejor del mundo. ¿Qué sucedería ahora que sus efectos estaban combinados?

Tomé una sartén usada en la que habían quedado restos de zanahorias chamuscadas. Lottie había comenzado a frotarla y quedaba un dedo de agua en el fondo.

Al ver que me disponía a limpiarla con la mezcla de detergentes, me dijo:

—Mira, si vas a comenzar otro experimento, tira primero esa gelatina y déjame libre la asadera.

Saqué una cantidad como para llenar una taza y Lottie volvió a la pileta, donde arrojó el resto de la gelatina.

—Te arrepentirás si esta mezcla resulta ser el mejor detergente del mundo y nos quedamos sólo con una taza.

No me oyó y me alegré de que así fuera; eché una cucharadita de la mezcla en la sartén y revolví un poco. En vez de disolverse en el agua que quedaba, sucedió todo lo contrario: el agua

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fué absorbida por la mezcla, que conservó su anterior densidad.

—Dame un molde —dije a Lottie.

Lottie suspiró, pero sacó uno de regular tamaño. Vertí la gelatina de la sartén e hice mi primer descubrimiento.

La mezcla no era apta para limpiar zanahorias chamuscadas.

LA sartén quedó completamente seca, sin el menor rastro de humedad. Lo mismo les sucedió a las zanahorias. Su aspecto era de verdura desecada artificialmente, como las que se venden en el comercio para cocer en agua. Y estaban más firmemente adheridas al fondo que antes. Las apreté con el codo, y a la presión se pulverizó la costra superior. Advertí que en la sartén no había quedado el menor vestigio de gelatina. Cuando la vertí, había salido por completo, como si fuera mercurio.

Raspé un poco más las zanahorias y comprobé que aun las más cercanas al fondo estaban completamente pulverizadas.

El molde que me había alcanzado Lottie no estaba lleno hasta los bordes. La gelatina adherida a las paredes se deslizaba hacia el fondo hasta que sólo quedó una superficie uniforme, sin ningún saliente. El descenso de la gelatina adherida a las paredes no fué tan impresionante como la súbita calma que se produjo al igualarse la superficie.

Parecía que estuviera esperando algo.

Sentí una irresistible tentación de hundir el dedo, sólo comparable a la que se suele experimentar ante una pared con la inscripción: "¡Cuidado! Pintura fresca". No pude contenerme y apoyé mi dedo en el centro de la masa.

Se produjo una ondulación que iba desde el centro a las paredes, igual a la que forma un guijarro lanzado en un estanque apacible. La ondulación llegó hasta las paredes y volvió nuevamente hacia mi dedo. Cuando llegó, la superficie de la masa ascendió unos dos o tres centímetros en torno a mi dedo. Nueva ondulación centrífuga, nuevo movimiento de retorno hasta el centro y nuevo ascenso de la masa. Sentí una agradable sensación, como si algo me estuviera chupando suavemente el dedo, y otra impresión, mucho más difícil de definir: me pareció que el dedo perdía humedad, como en una corriente de aire caliente.

Me apresuré a retirar el dedo y lo sacudí sobre el molde para escurrir la gelatina. No era necesario: ni un fragmento se había quedado adherido.

Me pareció entonces que alguien estaba mirando sobre mi hombro. Me volví y me encontré con el rostro aterrorizado de mi esposa.

—¡Tírala, Carlos! —gritó—. Por favor, tírala!

—Vamos, querida. ¡Ni que estuviera viva!

—Sí que lo está —insistió.

Lottie habla mucho de muchas cosas durante todo el día, pero no suele ser terca en sus opiniones. Cuando esto sucede, he comprobado que se trata de alguna súbita revelación de su intuición femenina, y en estos casos siempre termina por tener razón.

—¿Cómo va a estar viva? —argumenté.

Cuando no estoy muy convencido de algo, mi primera reacción suele ser argumentar a favor de lo que he dicho, pero esta vez lo hice para tranquilizar a Lottie, muy exaltada.

—¿Por qué no te vas un momento al living y tratas de tranquilizarte?

Y entonces, mi pequeña Lottie, la más apacible y dulce de las mujeres, tuvo una reacción increíble: miró nuevamente la gelatina, lanzó un alarido, se abalanzó a la puerta, subió al auto y salió a treinta kilómetros marcha atrás. En un minuto desapareció.

Todo esto lo he pensado después, porque en ese momento mis ojos, que habían seguido la mirada de Lottie, quedaron clavados en la gelatina. La pasta había rebasado el molde y se extendía sobre la mesa en dirección a donde yo estaba.

Un profesor de psicología me enseñó un procedimiento para conservar el autodominio en los momentos de gran excitación. Creo que lo llamaba la pausa córticotalámica, y consiste en algo equivalente a contar hasta diez antes de tomar ninguna decisión. Eso es lo que hice al ver huir despavorida a mi esposa. Tranquilo ya, me levanté de un salto para alcanzarla, pero con tan mala suerte que di de cabeza contra la pileta.

Cuando volví en mí del desmayo, era más de medianoche. Aturdido todavía, traté de pensar. La luz de la cocina seguía encendida. Por lo tanto, Lottie no había regresado. Además, si hubiese vuelto, me habría arrastrado hasta el sillón del living, como ha tenido que hacer en más de una oportunidad, cuando mi compenetración con el reparto de cerveza ha sido algo más personal e íntima de lo ordinario. Debo decir que mi mujer no es ningún alfeñique y que se las arregla bastante bien aun con mis cien kilos.

Me acordé entonces de que no había trasegado cerveza, sino gelatina.

Allí estaba el molde. Una buena porción había corrido por la mesa de la cocina y caía hasta el suelo en estalactitas semitransparentes.

El chichón me ardía mucho. En un primer momento pensé que estaba prendida la calefacción, pero luego sentí una gran sequedad en la garganta, como al aspirar el aire seco que viene de un estero. Recordé que ésa misma había sido la impresión que tuve un verano en Arizona.

Cuando me levanté, limpié la mesa de la cocina, casi me desvanezco nuevamente, pero esta vez funcionó la famosa pausa.

Dotada de vida o no, la gelatina era un desecador de increíble poder. Había absorbido el agua de la sartén, chupado la humedad superficial de mi dedo y durante las horas siguientes había extraído toda la humedad del aire contenido en la cocina.

La sed de la gelatina era insaciable. Como el alcohol tiene afinidad por el agua, lo mismo ella, pero en un grado infinitamente superior. Se expandía incesantemente en dirección a cuanto contuviera agua, como era mi cuerpo en este caso.

Este era el motivo por el cual había rebasado el molde del modo que lo hizo.

"BUENO, ¿y qué tiene esto de extraño? —me dije a mí mismo—. ¿No hacen lo mismo las plantas?"

"Sí, pero las plantas son *seres dotados de vida*".

Las mismas absurdas palabras que pronunció Lottie antes de huir eran el término de mi deducción.

"Así que estás sedienta, ¿eh? ¡Pues te voy a dar agua hasta que te canses!"

Traje un tanque del garage y con ayuda de una espátula de cocina eché dentro la gelatina derramada. La masa se había cuadruplicado y ocupaba una tercera parte del bidón.

Lo llevé a la pileta y abrí con fuerza la canilla. No bien empezó a salir el agua, sentí que el corazón se me detenía y cerré la canilla lo más rápidamente que pude. La insaciable gelatina no solamente había absorbido el chorro, sino que se había levantado formando una columna hueca de la misma forma y grosor que aquél, y por el centro el agua se deslizaba hacia el interior de la masa.

Cuando se cortó el chorro, la columna de gelatina volvió a resumirse, como defraudada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por vía de experimento, eché un cubito de hielo. Ni siquiera chapoteó. La masa cedió dejándolo hundirse, y volvió a ascender absorbiéndolo al mismo tiempo.

No podía aguantar más la sequedad del aire; abrí la ventana y dejé que entrase el frío aire de la noche. La gelatina había absorbido ya el cubito sin dejar siquiera una protuberancia. Observé que apenas entró el aire trayendo consigo nueva humedad, la superficie del mucílago comenzó a vibrar ávidamente.

Sonó el teléfono. Era la madre de Lottie para preguntar qué había sucedido y qué había estado haciendo yo fuera de casa desde las siete de la tarde. No recuerdo exactamente lo que dije, pero Lottie no ha vuelto desde entonces, ni su madre ha llamado.

Volví a mi gelatina: había bajado el nivel, pero no pude descubrir la causa. Perfeccionando mi método de observación, fuí a buscar el termómetro. Lo introduje en la masa y leí la temperatura. Era de 20 grados. El termómetro de la pared señalaba la misma temperatura ambiente. ¿Qué clase de vida podía ser la del mucílago, si su temperatura era la misma del ambiente?

Pero, ¿qué clase de metabolismo puede esperarse de un organismo que se alimenta de agua corriente? La ausencia de temperatura no dscartaba la posibilidad de un tipo de vida distinto del orgánico.

TRAJE un anotador y un lápiz y comencé a escribir mis observaciones. En primer término reflexioné sobre la densidad de la masa. El cubo de hielo no se había hundido, y al alzar el bidón observé que la masa era pesada. Rompí el bulbo del termómetro y eché el mercurio sobre la gelatina: se hundió lentamente sin que se produjera ningún intercambio perceptible entre las dos sustancias.

La gelatina era, por consiguiente, más pesada que el agua, pero menos que el mercurio.

Saqué una botella de cerveza de la heladera y me la bebí. Eché las últimas gotas sobre la masa. Al tocar la superficie las gotas chirriaban suavemente y desaparecían. Observando de cerca vi que sobre la superficie quedaba un polvillo impalpable. Una suavísima ondulación de la masa iba llevando estos residuos hasta los bordes, como para limpiar y dejar en descubierto la zona de absorción. Descubrí entonces que no se formaba ningún menisco, ni cóncavo ni convexo.

Me acordé entonces de que la ausencia del menisco indicaba falta de tensión superficial.

Todas estas comprobaciones no habían tenido otro efecto que agudizar más aún el problema inicial: ¿había creado yo una nueva forma de vida a partir de sustancias inertes? Dos argumentos en favor de una respuesta afirmativa: la sustancia crecía sin perder sus caracteres físicos — peso, densidad, color, etc. — y se orientaba hacia el agua con una especie de tropismo, como al extenderse por la mesa en dirección a mi cuerpo.

Vinieron a mi memoria teorías sobre el origen de la vida que descartaban por completo la hipótesis de la creación por un ser sobrenatural, y sostenían que la vida había aparecido en la Tierra como resultado de la combinación fortuita de innumerables sustancias durante el larguísimo período de condensación de la corteza terrestre. Estas formas de vida, muy primarias en un principio, habían ido engendrando, por intercambio con el medio, formas cada vez más complejas, hasta llegar a los mamíferos y al hombre.

Sólo entonces comprendí la tremenda importancia del problema que estaba analizando: no soy un santurrón

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pero me he educado cristianamente y acompaño a mi mujer todos los domingos a la iglesia. Si de la gelatina había resultado un ser vivo..., ¿qué quedaba de todas las enseñanzas que había recibido desde mi niñez?

¿Y qué otra explicación dar de las extrañas propiedades de mi gelatina? Traje mis textos de química, olvidados desde hacía mucho tiempo, y me senté con ellos en la mesa de la cocina.

CUANDO me di cuenta, eran las ocho del sábado. Sonó el teléfono: eran Fred y Claude que me llamaban para ver si los acompañaba a pescar, como habíamos convenido. Por nada del mundo hubiera suspendido mi investigación.

No me levanté de la mesa hasta la noche del sábado. Comí lo primero que encontré y volví a sentarme con los libros. Pasó también la noche y todo el domingo, pero no pude encontrar ninguna respuestas satisfactoria a mis enigmas.

Sólo quedaban dos hipótesis admisibles: o de la combinación de los detergentes había resultado alguna forma inusitada de vida, o en el gas oil que impregnó la asadera estaba latente algún organismo misterioso que había salido de su letargo y comenzado a reproducirse y actuar.

Se me ocurrió entonces que tal vez mi hallazgo podía tener aplicaciones industriales o comerciales revolucionarias. Este pensamiento me excitó aun más. No sentía el menor cansancio y mis únicas pausas fueron para ingerir algún trozo de pan o de fiambre y beber algunas botellas más de cerveza. La única seña de agotamiento era un terrible dolor en mis ojos.

Mi chico compró hace algunos meses uno de esos laboratorios químicos en miniatura, que no sirven para nada y que son arrinconados a los dos días. [illegible] saqué los pocos reactivos que contenía y que yo sabía emplear.

El papel de tornasol no dió reacción alguna. Esto me sorprendió aun más, porque el ingrediente fundamental usado en los detergentes es fuertemente alcalino. ¿Cómo era posible que diez o doce sustancias alcalinas se neutralizasen entre sí por completo?

Multipliqué las experiencias y tomé notas voluminosas. Los resultados no fueron demasiado reveladores. A la medianoche del domingo me pareció bien establecido el hecho central: la gelatina absorbía exclusivamente agua. Los sólidos en suspensión o disueltos quedaban en la superficie en forma de polvillo.

A todo esto, el volumen de la gelatina había aumentado considerablemente: no cabía ya en el bidón y casi dos terceras partes habían pasado a la pileta del fregadero.

La canilla de esta pileta no cierra bien, y la gelatina estaba en continua actividad absorbiendo las gotas que caían. Reconozco que el espectáculo no era tranquilizador; cada vez que caía una gota, se levantaba de la masa una pequeña ventosa, que volvía a hundirse decepcionada al ver que no bajaba una nueva gota.

ERAN ya las dos de la madrugada del lunes. Sólo entonces comencé a pensar seriamente en la peligrosidad del insaciable mucílago. No podía determinar exactamente en qué consistía el peligro, pero perdí la serenidad y me dejé invadir por una cólera irracional.

"¡Mátala! ¡Tírala, Carlos!", resonó en mi cerebro la voz de Lottie.

"¿Quieres beber? ¿Tienes sed, grandísima...?", grité fuera de mí, tomando una pava de agua hirviendo. "¡Pues, bebe!", y le arrojé un grueso chorro.

Lo que sucedió quisiera olvidarlo; diez veces más rápido que por el cho-

rro de agua fría, la gelatina trepó por el chorro hirviendo, llenó la pava, hizo saltar la tapa y se desparramó sobre mi piel. Arrojé la pava en la pileta, bramando de dolor.

La gelatina se adhirió a mi piel el tiempo suficiente para abrasarme la mano casi hasta el hueso, y luego se desprendió totalmente por sí sola, cayendo en la pileta y fundiéndose de inmediato con el resto de la masa. Yo quedé mudo de dolor y sofocado de rabia.

Sólo un pensamiento ocupaba mi mente: vengarme del sucio animalejo. Traje la lámpara de soldar, la encendí, le di toda la presión que pude y dirigí la llama contra la gelatina.

No pasó nada. Al contacto del calor la gelatina se retiró, hundiéndose, pero sin ascender por los bordes de la pileta. Acerqué más la llama. No ardió; ni siquiera cambió de color: se limitó a reducirse más y más rápidamente. A los pocos minutos sólo quedaban unas gotas, que corrían por la pileta tratando de escapar al calor. Fuí implacable y no cejé hasta que desapareció por completo.

Entonces me desmayé. Supongo que fué en parte por cansancio, en parte por excitación y sobre todo por el insoportable ardor de mi mano escaldada, con la que sostuve la lámpara de soldar todo el tiempo que duró la operación.

Mi desvanecimiento fué breve. Tomé unas aspirinas, bañé la mano en alcohol primero y en vaselina después y me senté para escribir esto. Imposible dormir hasta terminarlo. Creo que yo mismo no lo creeré cuando haya vuelto por completo a la normalidad.

Acabo de apagar la lámpara de soldar y he observado lo que quedó en la pileta: apenas doscientos gramos de jabón en polvo.

BUENO, ya he escrito todo lo que deseaba. Ahora estoy sentado, pensando en lo sucedido. No me preocupa explicárselo a Lottie: es muy comprensiva y tiene la mejor voluntad que pueda imaginarse.

Mi mano está mucho mejor. La he vendado y podría manejar el camión si lo quisiera.

Tampoco me preocupa el haber faltado esta mañana al trabajo. Mis patronos me conocen bien y me estiman.

No. Lo que me preocupa y me ha impedido salir con el camión es algo más grave.

El viernes por la noche, cuando Lottie tiró casi toda la gelatina y me dejó solamente una taza para mis experimentos, lo hizo por la cloaca.

Las cloacas de mi ciudad dan a un lago, y la cervecería donde trabajo está precisamente en la orilla.

Lo que me sucede es que tengo miedo de ir allá y ver qué ha sucedido. ✦

Astronaves gigantes

La distancia total cubierta en el primer vuelo en avión, hecho por los hermanos Wright en 1903, fué apenas la mitad de la envergadura de un bombardero actual. ¡El primer avión podía haber decolado en la punta de un ala y aterrizado antes de llegar a la otra! Pero eso no es nada: según muchos autores, las primeras astronaves que vayan a las estrellas tendrán que ser tan grandes que habrá que armarlas en el espacio, y un avión actual gastaría todo su combustible en reconocerlas de una punta a otra. ¿Y qué vendrá después?

CONTESTANDO A LOS LECTORES

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

PREGUNTA:

¿A qué se debe que haya gravedad en un planeta?

Leoncio Sanhueza López, Bahía Blanca.

Respuesta: Entre dos cuerpos cualesquiera, y por el simple hecho de ser cuerpos, existe una fuerza de atracción que tiende a acercarlos aceleradamente. Si son de masa muy diferente, el mayor se mueve mucho menos. Cuando uno de los dos cuerpos es un planeta y el otro un objeto común, ocurre lo mismo, pero el movimiento del planeta es despreciable y sólo se observa la "caída" (es decir, acercamiento al planeta) acelerada del otro objeto. Esa caída se llama "aceleración de la gravedad". Claro que ahora se puede preguntar por qué existe dicha fuerza de atracción entre los cuerpos. Para eso no hay explicaciones intuitivas, y la única teoría más o menos satisfactoria al respecto es la relatividad general de Einstein.

PREGUNTA:

¿Chocará la Luna algún día con la Tierra?

Alberto O. Kotlik, Mendoza.

Respuesta: Según algunos astrónomos, la Luna se está acercando a la Tierra, aunque con extrema lentitud. Sin embargo no hay riesgo de que choquen porque, al llegar a una distancia entre dos y tres veces el radio de nuestro planeta, el satélite se partirá en pedazos, que formarán en torno a nosotros un anillo como los de Saturno. Esa distancia, llamada "límite de Roche", indica hasta dónde puede subsistir entero un astro grande, como la Luna, sometido a la atracción de otro mayor, como la Tierra.

Por supuesto, si alguna fuerza extraña hace cambiar bruscamente de trayectoria a la Luna y la impulsa derechamente sobre la Tierra, chocarán. Pero la probabilidad de que eso ocurra es cero.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PREGUNTA:

He descubierto un grave error en el artículo de Willy Ley. ¿Por qué se habla allí de cuatro días de viaje a la Luna, si ésta, cuando se halla en cuarto creciente, llega por sí misma en menos de cuatro horas al sitio que ocupaba la Tierra en el momento de partir la nave?

Emilio Petersen, San Manuel, FCNGR.

Respuesta: El señor Petersen acompaña esquemas aclaratorios de su idea, que trataremos de resumir: la Tierra se mueve en su órbita alrededor del Sol a más de cien km. por hora, y la Luna la acompaña, dando al mismo tiempo vueltas a su alrededor. Si uno quiere ir a la Luna, parece, pues, "natural" esperar a que ella esté justo detrás de la Tierra en su órbita (lo cual ocurre en el cuarto creciente); apartarse un poquito de la Tierra, y simplemente esperar en medio del espacio hasta que la Luna venga solita al sitio en que uno está, lo cual en efecto realiza ésta en menos de cuatro horas. Para volver se haría lo mismo, "desprendiéndose" de la Luna en cuarto menguante (en que está delante de la Tierra en su órbita) y esperando a que el planeta venga a nuestro encuentro.

Por desgracia este método no resultaría nada económico: para "bajarnos" de la Tierra a esperar a la Luna, tenemos que frenar, igual que para bajar de un tren en movimiento, sólo que en esta frenada hay que pasar de cien mil km. por hora a cero. Y eso, en el espacio, consume el mismo combustible que para acelerar de cero a cien mil km/h. Supongámonos conseguido eso. Ahora la Luna se nos viene encima a cien mil km/h.; no nos conviene que nos choque a esa velocidad si no queremos ser causa de un nuevo cráter lunar. Debemos entonces acelerar la nave hasta marchar casi a la misma velocidad que la Luna, para descender sin daños. O sea, otro feroz gasto de combustible, igual al anterior. Podría proponerse entonces no frenar del todo, ya que después hay que volver a acelerar. Pero cuanto menos "frene" la nave (siempre con respecto a la Tierra en su órbita), tanto más tardará la Luna en alcanzarla, y cuando se hace el cálculo del máximo combustible que se puede llevar y la mínima frenada indispensable para escapar a la atracción terrestre, resulta que hoy en día el viaje dura lo que decía Willy Ley.

La confusión del señor Petersen se debe a que introduce sin necesidad el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Para este problema sólo hace falta considerar los movimientos relativos de la Tierra, la Luna y la astronave, y no interesa que al mismo tiempo las tres se estén moviendo a gran velocidad con respecto al Sol, así como tampoco interesa que el Sol y todos los planetas se están moviendo a gran velocidad con respecto a otras estrellas. Se puede razonar como si la Tierra estuviera en reposo, fija en el espacio. No es obligatorio; la prueba está en que hemos discutido el problema en los términos del señor Petersen, pero así es más fácil confundirse.

Para traducir la discusión a la manera usual de razonar es suficiente reemplazar la idea de "frenar con respecto a la Tierra en su órbita" por la de "acelerar para alejarse de la Tierra".

PREGUNTA:

¿Qué se sabe acerca de la existencia de vida animal o vegetal en los planetas de nuestro sistema solar?

Luis Rougeron, Capital.

Respuesta: Vea la respuesta a Ana M. Erra, publicada en el Nº 4.

PREGUNTA:

¿Es verdad que próximamente pasará entre la Luna y la Tierra un pequeño planetoide llamado Adonis?

Narciso Balbuena. Concordia, E. Ríos.

Respuesta: En febrero de 1936 el planetoide Adonis pasó a una distancia da la Tierra apenas doble que la Luna, y ciertamente llegará a pasar entre ambas en otra oportunidad, pero no sabemos si se ha calculado en qué año ocurrirá eso.

PREGUNTA:

En la película "Viaje a la Luna" un hombre regresa a la nave, en medio del espacio, impulsado por un chorro de oxígeno que echa hacia atrás. ¿Sobre qué reacciona el gas si están en el vacío?

Hugo J. Alavedra, Eva Perón.

Respuesta: El gas no necesita "apoyarse" en nada para que haya reacción; basta con que se mueva. *Su duda, muy general por cierto, proviene de haber aprendido el principio de acción y reacción en la forma engañosamente fácil en que se enuncia habitualmente, hablando de fuerzas iguales y opuestas. Para no confundirse, conviene recordar que lo que significa el principio de acción y reacción es esto: si tenemos un conjunto aislado de cuerpos y uno de éstos se mueve, los demás deben moverse también de tal modo que el centro de gravedad del conjunto se mantenga constantemente en el mismo sitio que si ninguno se hubiera movido. Por eso, cuando un chorro de gas sale hacia un lado, el hombre, el avión a retropropulsión o la astronave que lo ha lanzado se mueve hacia el otro, y eso ocurre tanto en el aire como en el vacío o bajo el agua.*

PREGUNTA:

a) ¿Qué es la línea de los nodos? b) ¿Cómo se llama la línea en que se cortan el plano de la órbita terrestre y el Ecuador celeste? c) ¿Qué se entiende por "retrogradación de la línea de los nodos"?

Alberto Corbella, Capital.

Respuesta: a) Para cada planeta hay una línea de los nodos, definida como la intersección del plano de su órbita con el plano de la Eclíptica. La Tierra es una excepción, pues para ella esos dos planos coinciden.

b) Se llama "línea de los equinoccios", y sus extremos "punto vernal", o "Aries", y "punto Libra", por las constelaciones hacia donde señalaban cuando se los bautizó.

c) Como la posición de los nodos sobre la Eclíptica se mide a partir del punto vernal, y éste varía con los siglos (debido a la precesión del eje de la Tierra), también varía la posición de los nodos, y a eso se lo llama su "retrogradación", porque es en sentido retrógrado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espionaje

por ERIC FRANK RUSSELL

LA nave de la estrella Rigel llegó subrepticiamente, en medio de la noche. Eligiendo una zona boscosa, quemó un círculo de árboles, se asentó sobre las cenizas y lanzó un poderoso chorro de líquido para impedir que el fuego se propagara más allá.

Delgadas espirales de humo surgieron de las llamas extinguidas. Oculta a la vista desde todas direcciones, salvo desde el aire, la nave quedó inmóvil entre los altos pinos.

En su interior se inició una reunión de extraños seres. Tenían dos ojos; ése era su único rasgo definido: dos ojos. Fuera de eso tenían absoluta carencia de forma; la casi fluidez de lo completamente plástico.

Cuando los tres que estaban en el cuarto de navegación consultaban los mapas planetarios, hacían gestos con cualquier cosa movible; un tentáculo, un seudópodo, un brazo si tenían una mano sin brazo, lo primero que su imaginación les sugería.

En este momento los tres eran redondos, parados sobre dos grandes pies y recubiertos por una piel semejante al terciopelo. Esta semejanza se debía al respeto más que a otra cosa, pues en Rigel, cuando uno conversa con un superior asume su misma forma, y si él la cambia, cambia con él.

De modo que dos de ellos eran redondos y aterciopelados sólo porque al capitán Id Wan se le había ocurrido serlo. A veces Id Wan era imposible; se le daba por asumir la forma de un bicho raro, como el molobatro reticulado, y sus subordinados debían esforzar todos sus músculos para imitarlo.

Id Wan estaba hablando:

—Hemos observado este planeta desde gran altura y ni una nave espacial salió a nuestro paso. ¡No tienen naves espaciales! — resopló con desprecio, y prosiguió —: Ya tenemos bastantes datos geográficos para empezar. Hay muchas ciudades, lo que indica una raza inteligente. Pero sabemos que no han llegado ni hasta su propio satélite; por lo tanto no son *muy* inteligentes — hizo un par de manos para podérselas frotar —. En otras palabras, justo la clase de individuos que necesitamos: maduros para la conquista.

—Todavía no los hemos visto — dijo Bi Nak, cuyo punto fuerte no era el tacto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ilustrado por CSECS

Para señalar se necesita una mano; para ver, un ojo; para caminar, piernas; para ser un hombre, un cuerpo. ¡Qué cómodo es no tener nada y fabricárselo todo según las necesidades!

—meditó Id Wan en voz alta —. Nada nos da trabajo. Ya hemos dominado unas cincuenta razas inteligentes, distintas de la nuestra, y sin dificultades. A veces pienso que somos únicos en la creación. En todos los mundos que visitamos, los seres vivos tienen forma fija, inmutable. ¡Sólo nosotros no somos esclavos de la rigidez!

—La forma fija tiene sus ventajas — replicó Bi Nak, siempre en la oposición —. Así decía mamá desde que una vez confundió a mi hermanito con una cacerola...

—Ahora estamos aquí, lejos de toda zona poblada, pero a distancia de vuelo individual de cuatro ciudades pequeñas.

—¿Qué procederemos a inspeccionar? — sugirió Po Duk, para demostrar que estaba prestando atención.

—Por supuesto, la táctica usual: dos espías en cada ciudad; un día de convivencia con los nativos, y averiguarán todo lo que nos haga falta, sin que nadie sospeche que estamos espiando. Después...

—¿Una demostración de fuerza? — preguntó Po Duk.

—¡Ya lo creo! Llamen al jefe de exploradores — dijo Id Wan mirando fijo a Bi Nak —. Quiero acción, ¿oyen?

EL gordo Osvaldo se dirigió en la oscuridad hacia la cabaña desde donde se oía el estrépito de voces y guitarras.

Había varias otras cabañas alrededor, la mayor parte a oscuras. La Luna dejaba ver la alta empalizada que rodeaba el campamento.

Osvaldo abrió la puerta y pegó un par de gritos. La guitarra dejó de sonar y cesaron las charlas. Al rato se apagó la luz, y el gordo salió acompañado por un grupo de hombres que en seguida se dispersó.

Dos se quedaron con él mientras caminaba hacia el edificio más cercano a la puerta de la empalizada. Uno de ellos protestaba sin mayor entusiasmo.

—Sí, ya sé que esos tipos quieren dormir. Pero, ¿cómo íbamos a saber que era tan tarde? ¿Por qué no pones un reloj en el comedor?

—Puse uno y me lo robaron. ¡Cincuenta dólares!

—¡Ja! — dijo el protestador —. ¿Entonces por qué...? ¡Eh! ¿Qué fué eso?

—¿Qué cosa? — preguntó Osvaldo secándose la frente sudada.

—¡Como un anillo de luz roja que flotaba en medio del bosque!

—Un meteoro — dijo Osvaldo sin interés.

—Imaginación — dijo el tercer hombre.

—Vi algo raro, te digo. No sé qué puede ser, pero vi algo — se encogió de hombros —. ¡Al diablo! Vamos a dormir.

EL capitán Id Wan dió sus órdenes al jefe de los exploradores.

—Tráigame algunos ejemplares locales de seres vivos.

—Sí, capitán.

—Cerca de aquí hay un campamen-

to que parece contener seres superiores.

—Ya veo, capitán.

—Usted no ve —replicó Id Wan—, o ya habría imitado los dedos flexibles que acabo de crear en mis pies.

—Mil perdones, capitán —dijo el jefe, salvando su distracción.

—Envíeme al especialista en radio.

Al radiotécnico, que imitó sus dedos de inmediato, le preguntó:

—¿Qué tiene que informar?

—Conocen la transmisión de señales electromagnéticas —dijo el técnico—. Hemos captado varias estaciones. Parece haber por lo menos diez idiomas diferentes.

—No tienen un lenguaje común —dijo Bi Nak—. Eso complica las cosas...

—Eso simplifica las cosas —lo contradijo Id Wan rascándose una oreja que un segundo antes no tenía—. Nuestros exploradores podrán pasar por extranjeros y evitar dificultades al hablar. Tienen varios idiomas; por lo tanto, no son telepáticos. ¡Cruzaría el Cosmos por una presa así!

Despidiendo al técnico, Id Wan salió al observatorio, a ver qué hacían en ese momento sus exploradores.

Su extraño sentido de la vida le permitió descubrir un animal casi en seguida, pues la vida aparece como una pequeña llama en la oscuridad a los de Rigel. Una llamita de ésas apareció en las ramas de un árbol cercano. Id Wan la vió caer cuando la flecha paralizadora de un explorador dió en el blanco. La llama no se apagó al chocar contra el suelo. El cazador levantó al animalito de agudas orejas y peluda cola y lo llevó a la nave.

Pronto empezaron a volver los demás exploradores trayendo bestias de todos los tamaños y formas, todas paralizadas por las flechas. Fueron llevadas a la sala de Biología.

Una hora después uno de los biólogos comunicó sus resultados a Id Wan.

—No plásticos. Todos ellos.

—¡Magnífico! —exclamó Id Wan—. Magnífico. Entonces las formas superiores tampoco lo serán. Nos conseguiremos un ejemplar.

—Necesitamos dos por lo menos, para ver qué diferencias hay entre los individuos. Si dejamos que los exploradores se guíen por su imaginación al crear diferencias, son capaces de exagerar demasiado y traicionarse.

—Muy bien, cazaremos dos —dijo Id Wan—. Llame al jefe de exploradores.

CUANDO entró el jefe de exploradores, Id Wan le mostró algunas fotos.

—Aquí hay un campamento, un poco hacia el sur. Como se ve, está unido por un sendero estrecho y largo a un camino secundario que recién en el horizonte desemboca en una carretera importante. El sitio es aislado; por eso lo elegí.

—¿Lo eligió? —repitió el jefe.

—Sí, señor; hemos aterrizado aquí a propósito —explicó Id Wan—. Cuanto más aislada es la fuente de ejemplares, tanto más difícil es que nos descubran demasiado pronto y siembren la alarma.

—Claro —dijo el jefe—. ¿Tenemos que capturar algunos ejemplares?

—Dos de ellos —confirmó Id Wan—. Y dos que puedan ser cazados sin despertar oposición prematura.

—¿Salgo ahora —preguntó el jefe—, o más tarde?

—Ahora mismo, mientras es de noche. Hemos observado que el movimiento de las ciudades disminuye de noche. Evidentemente, no son noctámbulos. Son más activos durante el día. Obtenga esos ejemplares y regrese antes del amanecer.

—Muy bien, capitán —dijo el jefe, y se retiró.

Bi Nak bostezó y comentó:

—Yo tampoco soy noctámbulo.

—Usted está de guardia —le recordó severamente Id Wan—, hasta que yo le diga que no está. ¡Y no tengo ganas de decírselo por ahora!

—Todo sea por el deber —suspiró Bi Nak, rascándose una nariz falsa con dedos que no eran tales.

OSVALDO se acercó con paso de elefante a los tres hombres que estaban tirados en el césped. Aunque no hacía calor tan temprano, se limpió la frente por costumbre.

—Siempre corriendo, Osvaldito —lo recibió uno de los hombres abriendo apenas un ojo—. ¿Por qué no tomas un poco de sol, a ver si se te derrite la grasa?

—¡Nunca tengo tiempo! Estoy buscando a Johnson y Greer. Todas las mañanas llegan tarde al desayuno.

—¿No están en su cabaña? —dijo otro de los hombres?

—No; es el primer sitio que revisé. Se han ido temprano, porque nadie los vió salir. ¿Por qué no me dirán cuando van a volver tarde? Y no salieron por el portón.

—Habrán saltado la empalizada —sugirió uno—. Los dos son locos. Siempre saltan la empalizada cuando van a pescar de noche. Un tipo que se pasea así por el bosque a media noche merece que le peguen un palo. ¿Estaban las cañas de pescar en sus cabinas?

—No me fijé —admitió Osvaldo.

—Ni te fijes. Si se quieren hacer los locos, allá ellos. Estamos en un país libre.

APARECIO un biólogo, manchado y maloliente.

—Son como los otros; fijos.

—¿Inalterables? —insistió Id Wan.

—Sí, capitán —explicó el bilólogo—. El primero se defendió con sus miembros e hizo mucho ruido, pero no demostró mayor capacidad. Su compañero, en el otro cuarto, no mostró mayor agitación mientras tanto. Es evidente que no sabía lo que le estaba ocurriendo al otro. Resultados: no son telepáticos ni plásticos. Apenas son capaces de defenderse, aun en peligro de muerte

—¡Magnífico! —exclamó Id Wan, satisfechísimo—. Buen trabajo, amigo.

—Eso no es todo, capitán. Hemos registrado minuciosamente sus cuerpos y no encontramos órganos de percepción de vida. Es evidente que sólo perciben a los seres vivos cuando los ven o los oyen.

—¡Mucho mejor! —Id Wan estaba estusiasmado—. Si no tienen sentido vital no pueden seguir los rastros de los individuos. Entonces los del campamento no saben adónde han ido esos dos.

—Ya no podrían, de todos modos, pues están muertos —dijo el biólogo, y arrojó unos objetos sobre la mesa—. Tenían esto encima. Quizá le interese.

Id Wan levantó los objetos al salir el biólogo. Eran dos pequeñas bolsas de cuero lustroso, sujetas a correas ajustables.

Volcó el contenido en la mesa y lo examinó: dos cajas de metal, chatas, conteniendo varios tubitos blancos llenos de una hierba aromática. Dos aparatitos metálicos que producían una llamita al ser manipulados de cierta manera. Dos instrumentos de escritura, uno negro y otro plateado. Un tosco medidor de tiempo con tres agujas y sonoro titac. Varias imitaciones de insectos, atravesados por pequeños anzuelos.

—Ummmm —Id Wan reunió los objetos y arrojó las bolsas a Po Duk—. Llévelos al taller, y que hagan seis copias razonablemente buenas antes de mañana a la noche.

—¿Seis? —preguntó Po Duk—. ¿No salen ocho espías?

—¡Imbécil! Los otros dos llevarán éstos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

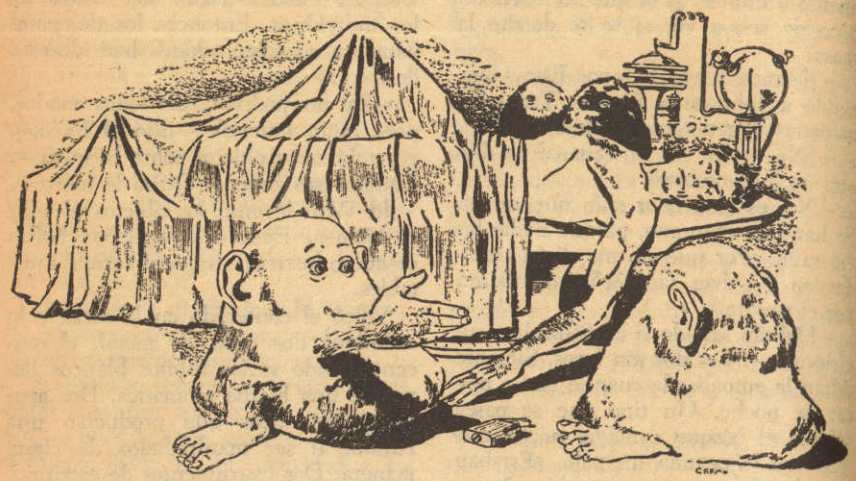
—Así es —dijo Po Duk, observando fascinado las dos bolsas.

—Hay cosas y cosas —comentó Bi Nak al salir Po Duk.

—Quiero ver esos tipos —dijo Id Wan sin prestarle atención, y se dirigió al laboratorio biológico seguido por el navegador.

Las dos criaturas raptadas estaban sobre la mesa de operaciones. Tenían cuerpos largos y bronceados, dos brazos y dos piernas. Sus ojos eran parecidos a los de Rigel.

—Tipos primitivos —dijo Id Wan tocando uno de los cuerpos con un dedo



creado a propósito—. Es una maravilla que hayan adelantado tanto.

—Sus dedos son muy hábiles —explicó un biólogo—. Y tienen cerebros muy desarrollados.

—Mejor —contestó el capitán—. No queremos esclavos idiotas. ¡Somos demasiado inteligentes!

—Así es —corroboró Bi Nak.

—Aunque a veces lo dudo... —agregó Id Wan mirando a su subordinado. Luego ordenó—: Entréguenlos a los exploradores y que empiecen a practicar. Esta noche elegiré a los ocho mejores imitadores. ¡Y que sean buenos si saben lo que les conviene!

EL sol se ponía ya entre las distantes colinas cuando el jefe de los exploradores se presentó ante Id Wan. Hacía calor. En aquella región las noches apenas eran algo menos calurosas que los días.

—¿Tuvo alguna dificultad en conseguir esos ejemplares anoche?

—No, capitán. Lo más difícil fué llegar antes del amanecer, pues el campamento estaba lejos. Pero tuvimos suerte.

—¿Por qué?

—Esos dos acababan de salir del campamento. Llevaban aparatos para pescar. No tuvimos más que clavarles un par de flechas y listo. No pudieron ni lanzar un grito.

—¿Encontraron medios de comunicación en el campamento?

—El técnico no encontró nada —dijo el jefe—. Ni antenas, ni cables.

—Es extraño —comentó Bi Nak—. ¿Por qué son tan atrasados si su raza es bastante adelantada?

—Serán individuos sin importancia

en este planeta —dijo Id Wan—. Seguramente cuidan el bosque, o algo así. No tiene importancia.

—Puede ser —murmuró Bi Nak—, pero me sentiré más tranquilo cuando hayamos hecho volar unas cuantas ciudades y podamos volver a casa con las noticias. Tengo muchas ganas de volver a casa, aunque después me hagan venir con la flota de invasión.

—¿Están listos para inspección los exploradores? —preguntó Id Wan.

—Listos, capitán.

Instantes después Id Wan pasaba revista a los veinte rigelianos alineados junto a los dos cadáveres, para hacer más fácil la comparación. Después de un largo y cuidadoso escrutinio, eligió ocho, y los doce restantes volvieron a adoptar su forma esférica habitual. Los ocho eran buenos. Cuatro Johnsons y cuatro Greers, tal cual.

—Es una forma fácil de duplicar —comentó el jefe—. Yo la podría mantener días y días.

—Yo también —dijo Id Wan. Luego se dirigió al grupo de bípedos que podían parecerse al cualquier cosa—. Recuerden el precepto fundamental: ¡bajo ninguna circunstancia cambiarán la forma antes de concluir la tarea! Hasta entonces mantendrán su aspecto presente, aun ante amenaza de destrucción.

Los ocho asintieron silenciosamente. Id Wan continuó:

—Las cuatro ciudades tienen grandes parques, en los cuales caerán ustedes poco antes del amanecer. Al llegar el día se mezclarán con las criaturas de este planeta, y entonces, como ya han hecho tantas veces antes, conseguirán todos los informes posibles sin despertar sospechas, especialmente sobre armas y fuentes de energía. No hablen ni respondan preguntas. En último caso, contesten con imitaciones de algún idioma extraño. No se olviden de esto y no se expongan demasiado. ¡Nadie debe sospechar la presencia de una nave nuestra en este planeta! Mañana a la noche serán recogidos en los mismos sitios. ¡Y no cambien de forma hasta entonces!

No había peligro de eso. Ni un pelo se les alteró mientras desfilaban hacia las pequeñas naves voladoras, caminando exactamente como Johnson y Greer habían caminado, moviendo los brazos del mismo modo, mostrando la misma expresión facial.

Minutos después, cuatro naves poderosas surcaban el espacio hacia cuatro ciudades.

—Ni una nave enemiga en el espacio —dijo Id Wan—. Y, además, sólo tienen esas máquinas lentas y pesadas que hemos visto entre las nubes. ¡Es demasiado fácil! A veces me gustaría tener un poco de oposición.

Id Wan fué al cuarto de los controles vitales y observó los ocho globos, cada uno sintonizado a uno de los exploradores. En cada globo se veía una mancha luminosa producida por la llama vital que se alejaba. Observó cómo las manchas disminuían de tamaño hasta que quedaron estacionarias. Un rato después regresaron las naves informando que los espías habían llegado sin novedad. Las manchitas continuaron brillando, inmóviles. Ninguno se movería hasta la salida del sol.

PONIENDO otro vaso en la bandeja, Osvaldo protestó:

—¡No han vuelto en todo el día! Ni desayuno, ni almuerzo, ni cena; nada. No se puede vivir del aire; esto no me gusta nada.

—¡Si fuera cualquier otro, iría a buscarlo —contestó otro—; pero Johnson y Greer... No es la primera vez que se quedan en el bosque. Me parece que vieron demasiadas películas de Tarzán. Son dos chicos con mucho músculo y poco seso.

—Johnson no es ningún chico —ne-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gó el primero —. ¡Era boxeador peso pesado hasta hace poco!

—Bah, se habrán perdido. Es lo más fácil del mundo, si uno se aleja un poco. Yo ya tuve que acampar en el bosque cuatro veces y...

—No me gusta nada — interrumpió Osvaldo con firmeza.

—Bueno, no te gusta, ya sabemos. ¿Y qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía?

—¡Si no hay teléfono! — dijo Osvaldo —. ¿Quién iba a traer una línea hasta aquí? — lo pensó un rato frunciendo una triple papada y se secó lo frente —. Les daré hasta la mañana. Si no han vuelto, mandaré a Sid con la moto a avisar a los guardias forestales. ¡Nadie va a decir que me crucé de brazos!

—¡Así me gusta, Osvaldito! — aprobó alguien —. Si sigues comiéndote dos platos más en cada comida vas a reventar.

ERA apenas mediodía cuando uno de los operadores de los controles vitales entró con tal apuro a la cabina principal, que ni tuvo tiempo de imitar la forma cúbica que ostentaba Id Wan en ese momento. Redondo, tentacular y púrpura, el operador gesticuló violentamente al hablar.

—¡Dos han desaparecido, capitán!

—¿Dos qué? — rugió Id Wan.

—Dos llamas vitales.

—¿Está seguro?

Sin esperar respuesta, Id Wan corrió al cuarto de los controles.

Era cierto. Seis globos mostraban todavía sus manchas brillantes. Dos estaban oscuros. Mientras miraba, otra mancha se extinguió, y en un breve intervalo se fueron extinguiendo otras tres manchas.

Entró el jefe de exploradores, diciendo:

—¿Qué pasa? ¿Hay algo mal?

Lenta, pausadamente, Id Wan contestó:

—Seis exploradores han entregado sus vidas en estos minutos.

El pobre Id Wan parecía poco de seoso de aceptar la evidencia de los globos.

—Estos instrumentos dicen que están muertos, y si es así, no pueden retener su forma. Sus cuerpos adoptarán automáticamente el aspecto normal de nuestra raza. Y eso significa...

—Que nos van a descubrir — dijo el jefe de espías, observando ceñudamente los globos.

Las dos luces restantes se extinguieron.

—¡Zafarrancho de combate! — gritó Id Wan, electrizado por el suceso —. ¡Cerrar todas las puertas! ¡Preparar los tubos! ¡Listos para el vuelo!

Se encaró furioso con Po Duk:

—¡Vaya a los controles, idiota! ¡No tenemos un segundo que perder!

Algo susurró en el aire. Apenas alcanzó a distinguirlo por la ventanilla de observación más próxima. Era algo largo y brillante, pero demasiado rápido para examinarlo. Desapareció casi antes de ser visto. Segundos después llegó un aullido atronador.

El radiotécnico apareció en la puerta:

—Potentes señales muy cerca. La fuente parece ser...

Los tubos de la nave tosieron, escupieron fuego, volvieron a toser. Un árbol comenzó a arder. Id Wan bailaba de impaciencia. Corrió al cuarto de control.

—¡Fuerza, Po Duk, potencia!

—Todavía no hay bastante para despegar, capitán.

—¡Miren! — gritó Bi Nak, señalando por última vez.

Por la ventanilla pudieron observar lo que venía: siete puntos ultrarrápidos formados en V. Los puntos se agrandaron, se les vieron alas, pasaron silenciosos por sobre los rigelianos. Negros objetos salieron de sus vientres, cayeron hacia el suelo, chocaron sobre la nave y a su alrededor.

El ruido de los aviones no llegó hasta allí. Las ondas sonoras fueron repelidas por la formidable explosión de las bombas.

Como forma final, los rigelianos adoptaron la de moléculas dispersas.

REPANTIGANDOSE en su silla, el repórter de televisión protestó:

—Apenas aparezco en la oficina, el jefe me manda aquí para transmitir al mundo expectante un panorama de la vida marciana en fuga. Pero la fuerza aérea se me adelanta, ¿y qué encuentro al llegar? Algunos árboles humeantes en torno a un cráter sin fondo. Nada más. ¡Ni un poroto!

Secándose la frente con un inmenso pañuelo, Osvaldo contestó:

—Aquí no tenemos contacto con la civilización; ni radio ni televisión. De modo que no entiendo de qué me está hablando.

—Es fácil — explicó el repórter —; dejaron caer a sus espías en los parques durante la noche. Claro que apenas amaneció los metieron presos.

—Transmitimos sus fotos por televisión a la hora del desayuno. Diez tipos hablaron en seguida justificándolos como Johnson y Greer, Supusimos que Johnson y Greer estaban completamente chiflados.

—Muchas veces pensé lo mismo — acotó Osvaldo.

—Pero a la media hora la estación de otra ciudad también muestra las fotos de Johnson y Greer. Y otra y otra. Cuatro pares, ¡y todos en las mismas circunstancias! Parecía que todo el mundo quería ser Johnson o Greer.

—Yo no — negó Osvaldo —. Ninguno de ellos.

—Claro, en seguida intervino el gobierno. Reunieron a los ocho y los interrogaron. Nadie entendía lo que decían. Pero uno quiso escapar y le pegaron un tiro. Todavía era Greer cuando cayó, pero un minuto después su cuerpo se transformó en una pesadilla de borracho.

Las autoridades decidieron que eran criaturas de otro mundo y siguieron interrogando a los otros siete. Pero inútil... Cuando comprendieron que les habíamos calado el juego, se mataron todos. Nos quedamos con ocho pelotas de terciopelo y sin informes.

—¡Ufff! — dijo Osvaldo.

—La única pista eran Johnson y Greer. Si estas criaturas los habían copiado, lo más sensato era buscarlos a ellos. Cincuenta amigos nos dijeron que estaban aquí. Al mismo tiempo los guardias forestales informaron que habían desaparecido.

—Yo denuncié su desaparición —admitió Osvaldo.

—Bueno, encargaron el trabajo a la Fuerza Aérea. Les dijeron que revisaran el bosque. Si encontraban alguna nave misteriosa no debían permitirle despegar. Pero a los muchachos se les fué la mano. Tiraron tantas bombas que no quedaron dos moléculas juntas.

—Mejor — dijo Osvaldo —. Yo prefiero no saber cómo eran esos bichos.

—¡Pero si eran formidables! Capaces de duplicar a la reina de la belleza. Pero no puedo convencerme de que todos los sitios que hay en el planeta para elegir modelos para los espías hayan tenido la mala suerte de caer justo en un campamento de nudistas. ¡Como para pasar inadvertidos!

—Campamento de nudistas, no... Centro de Salud Solar — corrigió castamente Osvaldo. ✦

"La ciencia es un cementerio de ideas muertas".
MIGUEL DE UNAMUNO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HUESPEDES

Recibir a un extranjero plantea problemas a una dueña de casa, especialmente cuando aquel se dedica a estudiar parásitos mentales . . .

ROSA Smollett se sentía feliz; casi victoriosa. Se sacó los guantes, guardó su sombrero y, volviendo los ojos brillantes hacia su marido, dijo:

—Drake, lo vamos a tener aquí.

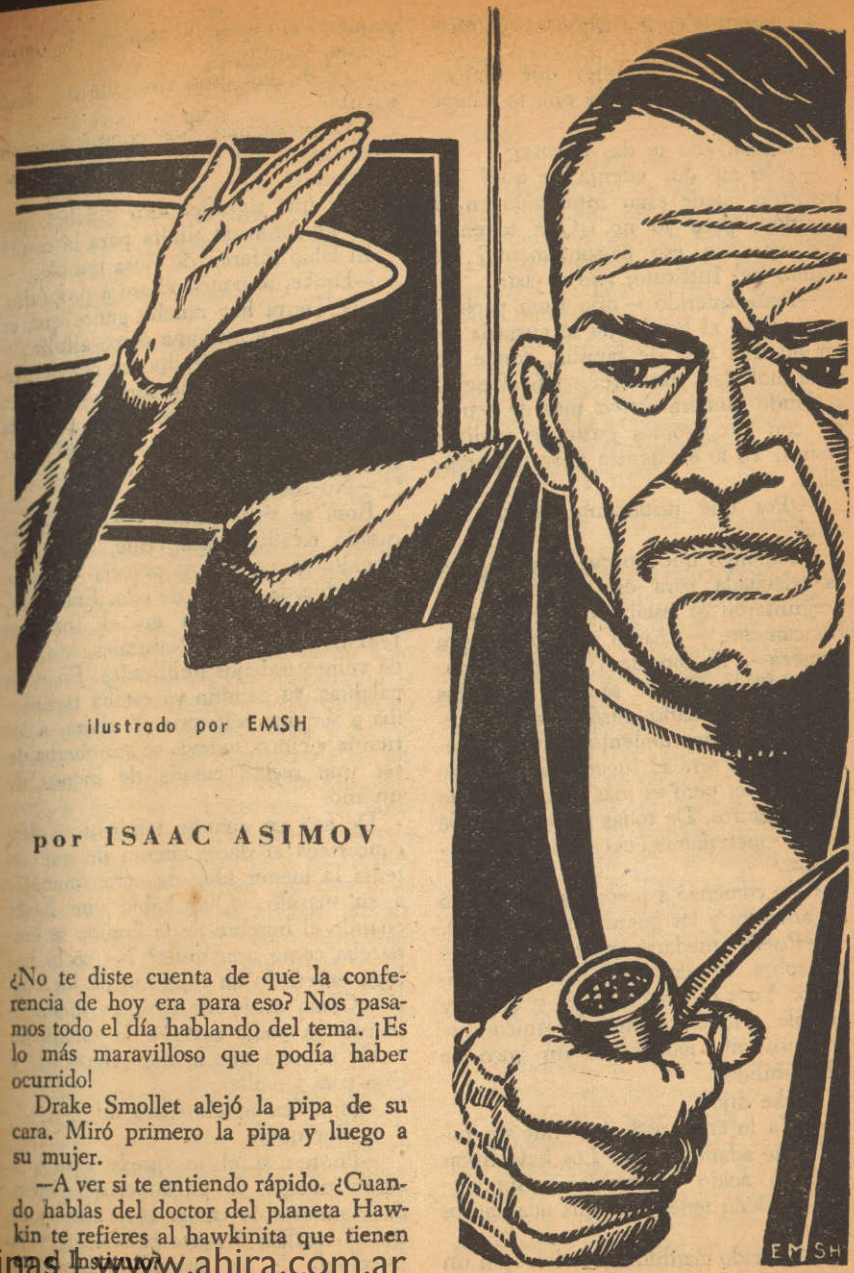
Drake la miró disgustado.

—Te has perdido la cena. Creí que estarías de vuelta a las siete.

—No importa. Comí algo en el camino. ¡Drake, lo vamos a tener aquí!

—¿A quién? ¿De qué estás hablando?

—El doctor del planeta Hawkin.



ilustrado por EMSH

por ISAAC ASIMOV

¿No te diste cuenta de que la conferencia de hoy era para eso? Nos pasamos todo el día hablando del tema. ¡Es lo más maravilloso que podía haber ocurrido!

Drake Smollet alejó la pipa de su cara. Miró primero la pipa y luego a su mujer.

—A ver si te entiendo rápido. ¿Cuando hablas del doctor del planeta Hawkin te refieres al hawkinita que tienen en el Instituto?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Claro que sí, por supuesto. ¿Quién otro podría ser?

—¿Y puedo preguntar qué diablos quieres decir con eso de que lo vamos a tener aquí?

—Drake, ¿no te das cuenta?

—¿No me doy cuenta de qué? Tu Instituto puede estar interesado en la cuestión, pero yo no. ¿Qué tenemos que ver con eso personalmente? Es asunto del Instituto, ¿no es así?

—Pero, querido —dijo Rosa pacientemente—, al hawkinita le gustaría vivir en una casa de familia, donde no se le molestara con ceremonias oficiales y donde pudiera actuar más de acuerdo con sus propios gustos e inclinaciones. Yo lo encuentro muy comprensible.

—¿Por qué justamente en nuestra casa?

—Supongo que porque nuestra casa es adecuada para ese propósito. Me preguntaron si estaba de acuerdo; y, francamente —añadió ella con cierta firmeza—, lo considero un privilegio.

—¡Mira! —Drake se pasó los dedos por el pelo castaño, alisándoselo—. Tenemos un departamentito muy conveniente. No será el lugar más elegante del mundo, pero es más que suficiente para nosotros. De todas maneras, no sé dónde meteríamos esa visita extraterrestre.

Rosa comenzó a preocuparse. Se sacó los anteojos y los guardó en el estuche.

—Puede quedarse en el cuarto que nos sobra. Se ocupará él mismo de cuidarlo. Yo ya hablé con él y es muy amable. Honestamente, lo único que tenemos que mostrar es un poco de adaptabilidad.

Drake dijo:

—¡Ya lo creo, nada más que un poquito de adaptabilidad! Los hawkinitas respiran ácido cianhídrico. ¡Supongo que también tendremos que adaptarnos a eso!

—El ácido cianhídrico lo [illegible]

pequeño cilindro. Ni siquiera te darás cuenta.

—¿Y de qué otras cosas no me daré cuenta?

—De *nada* más. Son completamente inofensivos. Por Dios, si hasta son vegetarianos.

—¿Y qué significa eso? ¿Habrá que darle un fardo de alfalfa para la cena?

El labio inferior de Rosa tembló.

—Drake, te pones odioso a propósito. En la Tierra hay mucha gente que es vegetariana, y ninguna come alfalfa.

—¿Y nosotros? ¿Podremos comer carne, o le parecerá que somos caníbales si lo hacemos? No me voy a pasar la vida comiendo ensalada para no herir su susceptibilidad, te lo advierto.

—No seas ridículo.

Rosa se sintió impotente. Se había casado relativamente tarde. Ya había elegido su carrera y parecía bastante bien ubicada dentro de ella. Era investigadora de biología en el Instituto Jenkins de Ciencias Naturales, con más de veinte trabajos publicados. En otras palabras, su camino ya estaba trazado: iba a ser una solterona. Y ahora, a los treinta y cinco, todavía se asombraba de ser una recién casada de menos de un año.

De vez en cuando también se desconcertaba al darse cuenta de que no tenía la menor idea de cómo manejar a su marido. ¿Qué había que hacer cuando el hombre de la familia se empacaba como una mula? No se lo habían enseñado en ninguno de los cursos. Como mujer de carácter independiente no podía caer en la zalamería.

De manera que lo miró fijamente y dijo con sencillez:

—Significa mucho para mí.

—¿Por qué?

—Porque si él se queda aquí por algún tiempo, lo puedo estudiar verdaderamente de cerca. Hay muy poco trabajo realizado sobre la biología y la [illegible]

tas o de cualquier otra inteligencia extraterrestre. Sabemos algo de su sociología e historia, naturalmente, pero eso es todo. Te tienes que dar cuenta de que es una oportunidad. El se queda; lo observamos, le hablamos, estudiamos sus hábitos...

—No hay interés.

—Drake, no te entiendo.

—Vas a decir que en general no soy así, supongo.

—Es que no lo eres.

DRAKE se quedó un rato callado, con sus grandes pómulos y mandíbula prominente inclinados en actitud pensativa. Finalmente dijo:

—Mira, en mi trabajo he oído algo acerca de los hawkinitas. Dices que han habido investigaciones de su sociología pero no de su biología. Lo creo. Pero es porque a las hawkinitas les disgusta ser estudiados como bichos raros tanto como a nosotros. He tenido contacto con gente encargada de los grupos de seguridad que controlaban a las misiones hawkinitas que llegaban a la Tierra. Las misiones permanecieron en los cuartos que les asignaron y no salieron de ellos más que cuando las necesidades oficiales lo requerían. No tienen nada que hacer con los hombres. Es evidente que les resultamos tan repugnantes como ellos a nosotros. En realidad, no veo por qué este hawkinita del Instituto tiene que ser distinto. Aparentemente está contra todas las reglas el hecho de que haya venido aquí por su propia cuenta; y que ahora pretenda quedarse a vivir en casa de un terráqueo, ya colma la medida.

Rosa dijo cansadamente:

—Es distinto. Me sorprende que no puedas entenderlo, Drake. Es un doctor. Ha venido aquí con el objeto de realizar ciertas investigaciones médicas, y te puedo asegurar que probablemente no goza en absoluto viviendo entre seres humanos y nos encuentra completamente horribles. ¡Pero de cualquier manera tiene que quedarse! ¿Tú crees que a los médicos les gusta ir a los trópicos, o que tienen un interés particular en dejarse infectar por los mosquitos?

Drake contestó con aspereza:

—¿Qué es eso de los mosquitos?... ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Nada —respondió Rosa, sorprendida—. Se me ocurrió, nada más. Estaba pensando en Reed y sus experimentos sobre fiebre amarilla.

Drake se encogió de hombros.

—Bueno; haz lo que te parezca.

Rosa dudó por algunos instantes.

—No estás enojado por esto, ¿no? —dijo, y le sonó desagradablemente infantil su propia voz.

—No.

Eso quería decir que lo estaba.

ROSA se observó en el espejo. Nunca había sido hermosa y casi se había reconciliado con el hecho; tanto que ya no le importaba. Claro que menos le iba a importar a un ser del planeta Hawkin. Lo que sí le molestaba era la cuestión de tener un huésped en tan extrañas circunstancias, que la obligaban a emplear su tacto al mismo tiempo con un personaje extraterrestre y con su marido. Se preguntó con cuál de los dos sería más difícil.

Drake iba a llegar tarde ese día. Todavía tardaría media hora. Rosa sospechó que él había arreglado así las cosas, con el sombrío propósito de dejarla sola frente a su problema. Y experimentó cierto resentimiento.

El la había llamado un poco antes del mediodía al Instituto y le había preguntado con brusquedad:

—¿Cuándo lo traes a casa?

—Dentro de tres horas —contestó ella secamente.

—Muy bien. ¿Cómo se llama?

—¿Para qué quieres saberlo? — no pudo evitar la frialdad en sus palabras.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Supongamos que es una pequeña investigación mía. Después de todo, la cosa esa va a venir a mi hogar.

—¡Por Dios, Drake, no vengas con tus problemas a casa!

La voz de Drake sonó metálica y desagradable:

—¿Por qué no, Rosa? ¿Acaso no es lo mismo que tú estás haciendo?

Claro que lo era, naturalmente; de manera que Rosa le dió la información pedida.

Era la primera vez, en su vida de casados, que tenían algo así como una pelea, y mientras seguía sentada mirándose al espejo, comenzó a preguntarse si en realidad no valdría la pena tratar de comprender el punto de vista de su marido. En realidad, ella estaba casada con un policía. Naturalmente que era algo más que un simple policía; era miembro del Consejo Mundial de Seguridad.

El casamiento había sido una gran sorpresa para los amigos de ella. Ya que había decidido casarse, comentaban, ¿por qué no con otro biólogo? O, si es que ella quería distraerse de su especialidad, un antropólogo, quizá; hasta un químico; pero, ¿por qué, habiendo tanta gente, justo un policía? Nadie había dicho exactamente esas cosas, desde luego, pero ésa había sido la atmósfera en la época de su casamiento.

La situación fué molesta, y aun hoy lo seguía siendo. Un hombre podía casarse con la mujer que le diera la gana, pero si a un Doctor en Filosofía, variedad hembra, se le ocurría casarse con un hombre que nunca había pasado de bachiller, era todo un acontecimiento. ¿Por qué? ¿Qué diablos les importaba? El era atrayente, en cierto sentido, y además inteligente, y ella estaba muy satisfecha de haberlo elegido por esposo.

Sin embargo, ¿cuánto snobismo había traído ella consigo? ¿No se comportaba siempre como si solamente su trabajo, sus investigaciones biológicas, fueran importantes, mientras que el trabajo de él era simplemente algo que debía mantenerse dentro de las cuatro paredes de la pequeña oficina en el viejo edificio de las N. U. en East River?

Se levantó agitadamente del asiento y, con una inspiración profunda, decidió dejar esas ideas de lado. No quería pelear con él de ninguna manera. Iba a tratar de no estorbarlo en nada. Se había comprometido a aceptar al hawkinita como invitado; pero, fuera de eso, Drake podía comportarse como mejor quisiera. El estaba haciendo ya demasiadas concesiones.

HARG Tholan estaba parado en silencio, en medio de la sala, cuando ella bajó las escaleras. No podía sentarse, porque no estaba construído anatómicamente para ello. Se apoyaba en dos pares de miembros muy próximos entre sí, mientras un tercer par, completamente diferente en construcción, colgaba de una región que hubiera sido la parte alta del pecho de un ser humano. La piel de su cuerpo era dura, brillante y con arrugas, mientras su cara tenía algo de bovino. Con todo, no era completamente repulsivo, y usaba una especie de ropa sobre la parte más baja del cuerpo, con el objeto de no ofender la sensibilidad de sus huéspedes humanos.

—Señora de Smollet —dijo—, agradezco la hospitalidad que me brinda, más allá de mi capacidad para expresarlo en su lengua —y se inclinó de manera que sus miembros anteriores tocaran el suelo.

Rosa sabía que ese gesto quería significar gratitud entre los seres del planeta Hawkin. Agradecía que él hablara inglés tan a la perfección. La forma de su boca, combinada con la ausencia de incisivos, daba un sonido aflautado a las letras sibilantes. Aparte de eso, podría haber nacido en la Tierra si se lo juzgara por el acento.

Ella dijo:

—Mi esposo estará de vuelta en seguida, y entonces comeremos.

—¿Su esposo?

Durante algunos instantes Tholan permaneció callado, y luego añadió con indiferencia:

—Sí, naturalmente.

Si había alguna fuente de confusión infinita entre las cinco razas inteligentes de la Galaxia conocida, ésta yacía en las diferencias entre ellas con respecto a su vida sexual y las instituciones sociales montadas sobre esa base. El concepto de marido y mujer, por ejemplo, sólo existía en la Tierra. Las otras razas sólo podían alcanzar una especie de comprensión intelectual del hecho, pero nunca compenetrase emocionalmente con él.

—Consulté con el Instituto —dijo ella— para prepararle el menú. Confío en que no encontrará nada que trastorne sus hábitos.

El hawkinita guiñó los ojos rápidamente. Rosa recordó que ése era un signo de complacencia.

—Proteínas son proteínas, mi querida señora de Smollet. Para aquellos elementos vestigiales que necesito y que su comida no me suministra, he traído algunos concentrados adecuados.

Y las proteínas *eran* proteínas. Rosa sabía que eso era cierto. Se había preocupado de la dieta de la criatura casi exclusivamente por cortesía. Al descubrir vida en los planetas de las estrellas superiores, una de las generalizaciones más interesantes que se habían establecido era que, aunque la vida podía desarrollarse sobre la base de substancias que no fueran proteicas, incluso sin carbono, seguía siendo cierto que todas las inteligencias conocidas eran de naturaleza proteica. Lo cual quería decir que cada una de las cinco formas inteligentes de vida podía mantenerse durante períodos muy prolongados con la alimentación de las otras cuatro.

Rosa oyó la llave de Drake en la puerta y se sintió preocupada.

TUVO que admitir que él se comportó correctamente. Entró y, sin dudar un instante, extendió la mano al hawkinita, diciendo con firmeza:

—Buenas tardes, doctor Tholan.

El hawkinita adelantó su largo y más bien incómodo miembro anterior, y los dos, por decirlo así, se estrecharon las manos. Rosa ya había sufrido la misma experiencia y conocía la extraña sensación que suponía tener la

---

Goma sintética

SE ha dado un nuevo paso hacia la solución del problema del caucho por métodos químicos. La Good Year acaba de presentar un nuevo caucho sintético de "poliéster" que es mejor prácticamente desde todos los puntos de vista para fabricación de cubiertas y neumáticos. Su nombre de fábrica es Chemigum SL, y se fabrica esterificando ácido adípico (que es un producto de la fabricación del nylon) con glicoles etilénicos y propilénicos, y polimerizando luego, es decir, haciendo que muchas moléculas se unan formando moléculas gigantes. Luego viene la parte secreta del tratamiento, en que se usan isocianatos, y la goma queda lista para darle forma. Como en tantos otros casos, no sabemos si gozaremos de las ventajas de esta goma o si no se fabricará en gran escala por inconvenientes comerciales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mano del hawkinita entre las de uno. Era áspera, caliente y seca al tacto. Se imaginó que, para el hawkinita, la de ellos resultaría fría y viscosa.

Mientras se hacían los cumplimientos de fórmula, ella aprovechó la oportunidad para observar la mano forastera. Era un caso perfecto de movilidad convergente. Su desarrollo morfológico era completamente distinto al de la mano humana, y sin embargo había llegado a una similitud bastante aproximada con ésta. Constaba de cuatro dedos, sin pulgar. Cada dedo tenía cinco articulaciones esféricos independientes. Así, la flexibilidad disminuída por la ausencia del pulgar se compensaba con las propiedades casi tentaculares de los dedos. Lo que todavía era más interesante a sus ojos de biólogo, era el hecho de que cada dedo hawkinita terminaba en los vestigios de una pezuña, muy pequeña y, para quien no fuera especialista, inidentificable como tal, que en alguna época habría estado adaptada para la carrera, así como los dedos del hombre lo habían estado para trepar.

Drake dijo amistosamente:

—¿Se siente usted cómodo, señor?

El hawkinita contestó:

—Perfectamente. Su esposa ha pensado en todo lo necesario.

—¿No quiere tomar algo?

El hawkinita no contestó, pero miró a Rosa, haciendo una mueca que indicaba algún tipo de emoción que, desafortunadamente, Rosa no pudo interpretar. Ella dijo, nerviosamente:

—En la Tierra existe la costumbre de tomar líquidos que han sido tonificados con alcohol etílico. Nos resulta estimulante.

—Ah, sí. Lo lamento, pero en ese caso no puedo aceptárselo. El alcohol etílico repercutiría desagradablemente en mi metabolismo.

—Bueno, a los terráqueos les repercute de la misma manera; pero comprendo, doctor Tholan —contestó Drake—. ¿Le molestaría que yo tomase?

—Claro que no.

Drake pasó cerca de Rosa en su camino al bar, y ella pudo escuchar la sola palabra "¡Dios!", que él pronunció en voz baja y contenida, pero encerrada en diecisiete signos de admiración.

EL hawkinita se había *parado* a la mesa. Sus dedos eran modelos de destreza, entretejiéndose en torno a los cubiertos Rosa trataba de no mirarlo comer. Su ancha boca sin labios partía en forma alarmante la cara cuando ingería la comida, y al mascar, sus grandes mandíbulas se movían desconcertantemente de lado a lado. Otra evidencia de su ascendencia ungulada. Rosa se preguntó si luego, en la quietud de su habitación, iría a rumiar nuevamente lo que había comido, y sintió pánico de que a Drake se le ocurriera la misma idea y dejara la mesa disgustado. Pero Drake tomaba las cosas con calma, y dijo:

—Supongo, doctor Tholan, que el cilindro que lleva al costado tiene ácido cianhídrico.

Rosa se asombró. En realidad ella no se había dado cuenta. Era un objeto curvo, de metal, algo así como una cantimplora chata, adosada contra la piel de la criatura y medio escondida entre la ropa. Pero por algo Drake tenía ojos policiales.

El hawkinita no se desconcertó en absoluto.

—Así es —dijo, y con sus dedos ungulados asió una manguera delgada y flexible, de un color que se confundía con el de su piel amarilla, y, levantándola a lo largo del cuerpo, la introdujo en una de las comisuras de su ancha boca. Rosa se sintió un poco turbada, como si le estuvieran mostrando prendas íntimas de vestir. Drake preguntó:

—¿Y contiene ácido cianhídrico puro?

El hawkinita guiñó los ojos con humor.

—Supongo —dijo— que no estará pensando en el peligro que puede representar para los terráqueos. Ya sé que el gas es terriblemente ponzoñoso para ustedes; pero yo no necesito gran cosa. El gas contenido en el cilindro tiene un cinco por ciento de ácido cianhídrico; el resto es oxígeno. El gas no sale a menos que yo chupe del tubo, y no necesito hacerlo muy a menudo.

—Ya veo. ¿Y usted necesita verdaderamente del gas para vivir?

Rosa estaba algo asustada. Uno no hace esas preguntas sin las debidas precauciones. Era imposible prever dónde estaban los puntos sensibles de la psicología ajena. Y Drake *parecía* estar haciendo las preguntas deliberadamente, pues no ignoraba que su propia mujer podía darle las mismas respuestas. ¿O era que prefería no preguntarle a ella?

El hawkinita permaneció aparentemente imperturbable.

—¿Usted no es biólogo, míster Smollet?

—No, doctor Tholan.

—Pero usted tiene una asociación estrecha con la señora de Smollet.

Drake sonrió apenas.

—Sí, estoy casado con una señora que es doctora en Biología, pero a pesar de eso no soy biólogo; sólo un funcionario oficial subalterno. Los amigos de mi esposa me llaman simplemente policía.

Rosa se mordió los labios. Esta vez era el hawkinita quien había dado en un punto sensible de la psicología ajena. En el planeta Hawkin había un sistema de castas muy estricto, y las asociaciones entre castas diferentes eran muy limitadas. Pero Drake no podía darse cuenta de eso.

El hawkinita se volvió hacia ella.

—¿Me permite explicarle algo de mi fisiología a su marido, señora Smollet? Será muy aburrido para usted, dado que está muy al tanto de ella.

Ella dijo:

—Por favor, hágalo.

—VEA usted, míster Smollet, el sistema respiratorio de su cuerpo y el de todas las criaturas que respiran aire en la Tierra está controlado por ciertas enzimas que contienen metales. El metal es en general hierro, aunque a veces puede ser cobre. En cualquiera de los dos casos, pequeñas trazas de ácido cianhídrico se combinarían con estos metales e inmovilizarían el sistema respiratorio de la célula viva terrestre, la cual no podría seguir utilizando oxígeno y moriría en contados minutos. En mi planeta, la vida no está constituída de la misma manera. Los compuestos respiratorios fundamentales no contienen ni hierro ni cobre ni ningún tipo de metal. Por tal motivo mi sangre es incolora. Nuestros compuestos contienen ciertos grupos orgánicos que son esenciales para la vida, y estos grupos sólo pueden mantenerse intactos en presencia de pequeñas concentraciones de ácido cianhídrico. Indudablemente, este tipo de proteína se ha desarrollado a través de millones de años de evolución, en un mundo que tiene una pequeña proporción de ácido cianhídrico natural en la atmósfera. Su presencia se mantiene por medio de un ciclo biológico. Varios de nuestros microorganismos liberan el gas puro.

—Usted lo explica muy claramente, doctor Tholan, y de manera muy interesante. Pero, ¿qué pasa si ustedes no lo respiran? ¿Se van, así —dijo Drake, haciendo restallar los dedos.

—No exactamente. Para nosotros la ausencia de ácido cianhídrico no es como su presencia para ustedes. En mi caso, la ausencia equivaldría a una estrangulación lenta. Sucede a veces que, en las piezas mal ventiladas de mi planeta, el ácido cianhídrico se consume

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gradualmente y cae por debajo del mínimo de concentración necesaria. Los resultados son muy dolorosos y difíciles de tratar.

Rosa no pudo menos que creer en la sinceridad de Drake; parecía realmente interesado. Y, gracias a Dios, el forastero no se sentía molesto.

El resto de la cena siguió sin incidentes. Fué casi agradable.

Durante toda la velada Drake permaneció en la misma actitud: interesado. Todavía más que eso: absorto. El la dejó de lado, y ella se lo agradeció. *El* era en realidad quien tenía color, y era solamente el trabajo de ella, su entrenamiento especializado, lo que le restaba brillo. Lo miró lúgubremente y pensó: *¿Por qué se casó conmigo?*

DRAKE estaba sentado, las piernas cruzadas, las manos entrelazadas golpeándose suavemente el mentón, y miraba deliberadamente al hawkinita. El hawkinita estaba frente a él, parado en su acostumbrada forma cuadrúpeda. Drake dijo:

—Me resulta difícil seguir pensando que usted es doctor.

El hawkinita guiñó los ojos, divertido.

—Me doy cuenta de lo que quiere decir —dijo—. A mí también me resulta difícil pensar que usted sea policía. Allá en mi planeta los policías son gente muy especializada y distinta de los demás.

—¿Ah, sí? —dijo Drake algo secamente, y cambió de tema—. Se me ocurre que usted no ha venido aquí en viaje de placer.

—No; vengo especialmente por asuntos relacionados con mi trabajo. Tengo intenciones de estudiar este extraño planeta que ustedes llaman Tierra, como nunca ha sido estudiado hasta ahora.

—¿Extraño? —preguntó Drake—. ¿En qué sentido?

El hawkinita levantó la vista hacia Rosa, y, volviéndose de nuevo hacia Drake, dijo:

—¿Sabe usted algo acerca de la muerte por inhibición?

Rosa se sintió algo embarazada.

—Su trabajo es muy importante —intervino—. Tiene muy poco tiempo, lamentablemente, como para poder enterarse de los detalles del mío.

Se dió cuenta de que ésa no era la respuesta adecuada y percibió otro de los indescifrables estados emocionales del hawkinita.

La criatura extraterrestre siguió dirigiéndose a Drake:

—Siempre me resulta asombroso el hecho de que ustedes conozcan tan poco de sus características tan inusuales. Miren: en la Galaxia hay cinco razas inteligentes; todas se han desarrollado independientemente, y sin embargo han convergido de manera notable. Pareciera como si, a la larga, la inteligencia requiriera determinado contorno físico para florecer. Dejo esa cuestión para que la resuelvan los filósofos. No necesito extenderme más sobre ella, ya que les debe de ser familiar. Ahora bien, cuanto más se estudian las diferencias entre las inteligencias, más y más resutla que ustedes los terráqueos son los excepcionales. Por ejemplo, solamente en la Tierra la vida depende de enzimas metálicas para la respiración. Ustedes son los únicos para los cuales el ácido cianhídrico es venenoso. Su forma de vida es la única carnívora. La de ustedes es la única forma inteligente de vida que no se ha desarrollado a partir de animales rumiantes. Y, lo que es aún más interesante, la de ustedes es la única forma de vida que deja de crecer al llegar a la madurez.

Drake sonrió sin abrir la boca. Rosa sintió que su corazón latía apresuradamente. Esa sonrisa era uno de los gestos más hermosos que tenía, y la estaba usando con toda intención [illegible]

forzada o falsa. Trataba de ser amable y lo estaba haciendo por ella. Le gustó la idea y se la repitió para sus adentros: lo estaba haciendo por ella; se mostraba solícito con el hawkinita en consideración a ella. Drake prosiguió el diálogo:

—No me parece que usted sea muy alto, doctor Tholan. Yo diría que mide alrededor de dos centímetros más que yo, lo cual le daría una estatura de un metro ochenta y dos centímetros. ¿Quiere decir eso que usted es joven, o es que el resto de la gente de su planeta es más pequeña?

—Ninguna de las dos cosas —dijo el hawkinita—. Crecemos con velocidad decreciente con los años, de manera que a mi edad me llevaría quince años crecer dos centímetros más; pero, y éste es el punto importante, nunca nos detenemos *del todo*. Y, naturalmen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te, como consecuencia, nunca nos morimos del todo.

Drake abrió la boca asombrado, y Rosa se irguió. Esto era algo que no conocía; algo que, hasta donde ella sabía, nunca habían averiguado las pocas expediciones que se habían realizado al planeta Hawkin. Estaba excitadísima; pero, conteniendo a duras penas una exclamación, dejó que condujera la conversación su marido.

DRAKE preguntó:

—¿No se mueren del todo? ¿No querrá decir usted que los habitantes del planeta Hawkin son inmortales?

—Ningún tipo de individuo es verdaderamente inmortal. Si no hay otra manera de morir, están los accidentes, y si todavía eso falla, queda el aburrimiento. Muy pocos de nosotros viven más de algunas centurias de nuestro tiempo. De todas maneras es desagradable pensar que la muerte puede llegar involuntariamnte. Para nosotros es extremadamente horrible. El solo pensar que, *contra mi deseo* y *a pesar de todo mi cuidado*, la muerte podría alcanzarme, me resulta inaguantable.

—Nosotros —dijo Drake, frunciendo el ceño— estamos bastante acostumbrados.

—Ustedes viven con ese pensamiento; nosotros no. Y ésa es la causa de que estemos tan preocupados por el aumento de las muertes por inhibición en los últimos años.

—Todavía no nos explicó —dijo Drake— qué quiere decir exactamente muerte por inhibición; pero déjeme adivinar. ¿La muerte por inhibición es una cesación patológica del crecimiento?

—Exactamente.

—¿Y cuánto tiempo después de detenerse el crecimiento sobreviene la muerte?

—Dentro del año. Es una muerte desoladora, trágica y absolutamente incurable.

—¿Cuál es la causa?

El hawkinita guardó largo silencio antes de contestar, y aun entonces había algo contenido y tenso en su manera de hablar.

—Mr. Smollet, no sabemos absolutamente nada acerca de cuál puede ser la causa.

Drake asintió pensativamente. Rosa seguía la conversación como si fuera la espectadora de un partido de tenis.

—¿Y por qué viene usted a la Tierra a estudiar esa enfermedad? —preguntó Drake.

—Porque también en esto los terráqueos son únicos. Son los únicos seres inteligentes inmunes a la enfermedad. La muerte por inhibición afecta a *todas* las otras razas. ¿Sabían eso sus colegas, señora de Smollet?

Se había dirigido hacia ella repentinamente, haciéndole dar un respingo.

—No, no lo sabía —contestó Rosa.

—No me sorprende. El dato es consecuencia de investigaciones muy recientes. Es muy fácil diagnosticar incorrectamente la muerte por inhibición, y además la frecuencia de los casos es mucho más baja en los otros planetas que en el mío. Precisamente lo más extraño, digno incluso de hacer filosofías al respecto, es que donde la enfermedad cause más estragos sea en mi planeta, que es el más cercano a la Tierra, y que su acción vaya disminuyendo con la distancia a la misma, de manera que donde menos se la observa es en el planeta de la estrella Témpora, que es la que está situada más lejos de la Tierra, mientras que la Tierra misma es inmune a esa enfermedad. En algún punto de la bioquímica de los terráqueos yace el secreto de esa inmunidad. Sería muy interesante encontrarlo.

—Pero usted —arguyó Drake— no puede decir que la Tierra sea inmune. Desde mi punto de vista, la frecuencia de los casos es ciento por ciento. Todos los terráqueos dejan de crecer y todos los terráqueos mueren. Todos padecemos de la muerte por inhibición.

—Nada de eso. Los terráqueos viven hasta setenta años después de haber dejado de crecer. Esa no es la muerte que nosotros conocemos. *Su* enfermedad equivalente es más bien una de crecimiento no restringido. Ustedes la llaman cáncer... Pero me parece que los estoy aburriendo.

Rosa protestó inmediatamente; Drake hizo lo mismo, todavía con más vehemencia; pero el hawkinita cambió de tema con decisión. Entonces Rosa tuvo la primera sospecha de por qué Drake rodeaba cuidadosamente a Harg Tholan con sus palabras, acosándolo, pinchándolo, tratando siempre de llevar la conversación de vuelta al punto donde el hawkinita la había dejado. Con mucho tacto, con habilidad, pero Rosa lo conocía, y podía decir detrás de qué andaba su marido. ¿Y detrás de qué otra cosa podía andar que no fuera algo relacionado con su profesión? Y, como si respondiera a sus pensamientos, el hawkinita repitió la frase que, como un disco rayado, no hacía más que andar dando vueltas por su cerebro. Preguntó:

—¿Usted había dicho que era de la policía?

—Sí —dijo Drake secamente.

—Entonces quisiera pedirle un favor. Desde que supe su profesión quería pedírselo, pero dudaba en hacerlo. Me resultaría muy desagradable molestar en algo a mis huéspedes.

—Cuente con él, si está en nuestras manos.

—Tengo una profunda curiosidad por el modo de vida terrestre; una curiosidad que quizá no es compartida por el resto de mis compatriotas. ¿Podría usted mostrarme uno de los Departamentos de Policía de su planeta?

—Yo no pertenezco a ningún Departamento de Policía de la manera que usted se imagina —dijo Drake con cautela—. Con todo, tengo amigos en el Departamento de Policía de Nueva York. No me costaría nada hacerle el favor. ¿Mañana?

—Sería lo más conveniente para mí. ¿Podría visitar la Oficina de Personas Desaparecidas?

—¿La oficina de qué?

El hawkinita acercó las cuatro piernas sobre las que se apoyaba, como si estuviera muy excitado.

—Es una manía mía; un pequeño detalle que me interesó siempre. Tengo entendido que ustedes tienen un grupo de gente de la policía cuya sola misión es buscar a los hombres que se han perdido.

—Y a las mujeres y los niños —añadió Drake—. Pero, ¿por qué le interesa eso particularmente?

—Porque también en esto son ustedes originales. En nuestro planeta no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Trolebuses

UNA estadística hecha en países donde los trolebuses se usan desde hace mucho tiempo, ha revelado que resultan más económicos que los ómnibus comunes. Es una buena noticia, pues desde el punto de vista sanitario y de seguridad para el pasajero ya estábamos convencidos de su superioridad. Pero parece raro, puesto que el combustible para los motores a explosión es más barato que la electricid d, y no requieren la instalación de cables, que es muy costosa. ¿Dónde reside la ventaja? En algo que tal vez en Buenos Aires no se haya apreciado bien todavía: el trolebús puede dejarse al aire libre cuando no funciona; no necesita garaje como el ómnibus común. Y además su vida media es de quince años, comparado con los diez de duración de éstos.

hay nada que se parezca a una persona desaparecida. Naturalmente, no puedo explicarle el mecanismo, pero entre la gente de los otros planetas, existe siempre la sensación de la presencia del otro, especialmente si hay una ligadura emocional. Estamos siempre enterados del lugar que ocupa el otro, no importa en qué sitio del planeta se halle.

Rosa sintió nuevamente crecer su excitación. Las expediciones científicas al planeta Hawkin habían encontrado las mayores dificultades en penetrar los mecanismos emocionales de los nativos, ¡y aquí aparecía uno que hablaba con toda libertad, uno que tenía la buena voluntad de explicar! Se olvidó de preocuparse por Drake y se metió en la conversación.

—¿Es usted capaz de sentir esa presencia ahora?, ¿desde la Tierra?

El hawkinita dijo:

—¿Usted quiere decir a través del espacio? No; me temo que no. Pero usted se da cuenta de la importancia del tema. Todos los fenómenos característicos de la Tierra deben de estar ligados entre sí. Si la falta de uno de los sentidos puede ser explicada, quizá se explicaría también la inmunidad a la muerte por inhibición. Además, me resulta extremadamente curioso el hecho de que se pueda construir alguna forma de vida inteligente en comunidad, entre gente que carezca del sentido de presencia. ¿Cómo puede saber un terráqueo, por ejemplo, cuándo ha formado un subgrupo armónico: una familia? ¿Cómo pueden saber ustedes dos, por ejemplo, si tienen verdadera afinidad entre sí?

Rosa estaba asintiendo. ¡Cómo percibía la falta de ese sentido!

Pero Drake se limitó a sonreír y dijo:

—Tenemos nuestros medios. Es tan difícil explicarle a usted qué es lo que nosotros llamamos "amor" como que usted nos explique su sentido de presencia.

—Supongo que sí. Dígame la verdad, Mr. Smollet; si la señora de Smollet dejara esta habitación y entrara en otra sin que usted la viera hacerlo, ¿es cierto que usted no sabría dónde estaba?

—Le aseguro que no.

—Asombroso... Pero, por favor, no se ofendan de que el hecho me resulte chocante.

DESPUES de que hubieron apagado la luz, Rosa se acercó tres veces a la puerta, finalmente la abrió de golpe y atisbó por el corredor. Sentía que Drake la observaba. La voz de éste sonó algo divertida cuando por fin preguntó:

—¿Qué pasa?

Ella dijo:

—Quiero hablar contigo.

—¿Temes que tu amigo pueda oír?

Rosa hablaba cuchicheando. Se metió en la cama y apoyó la cabeza sobre la almohada para poder cuchichear más quedamente. Y así dijo:

—¿Por qué le hablaste de la muerte por inhibición al doctor Tholan?

—Me intereso por tu trabajo, Rosa. Tú siempre lo quisiste.

—Más querría que te guardaras el sarcasmo para otra vez —dijo casi violenta; tanto como se lo permitía el cuchicheo—. Ya sé que hay algo de tu propio interés en esto... Algo de interés policial, probablemente. ¿De qué se trata?

—Mañana hablaremos —dijo él.

—No; ahora.

El le puso la mano debajo de la cabeza, levantándosela. Durante un momento salvaje ella pensó que la iba a besar, besarla sólo por un impulso, tal como a veces lo hacían los maridos, o más bien como ella se imaginaba que los maridos lo hacían a veces. Drake [illegible] hacía, y tampoco lo hizo entonces.

Se limitó a mantenerla cerca de sí y a murmurar:

—¿Por qué estás tan interesada?

Su mano se apoyaba casi brutalmente sobre la nuca de Rosa; tanto que ella se puso rígida, tratando de separarse. Su voz fué ya más que un murmullo.

—Basta, Drake.

El marido le dijo:

—No quiero ninguna pregunta por parte tuya y menos, todavía, interferencias. Tú haz tu trabajo que yo haré el mío.

—La naturaleza de mi trabajo es abierta y conocida.

—La naturaleza de mi trabajo —retrucó él— no lo es, por definición. Pero te voy a decir lo siguiente: nuestro hexápodo amigo está en nuestra casa por alguna razón definida; no te eligió al azar entre todos los biólogos. ¿Sabes que hace dos días estuvo averiguando acerca de mí en la Comisión.

—Estás bromeando

—Ni se te ocurra pensarlo Hay en este asunto ciertas profundidades que ni siquiera te imaginas. Pero ése es mi trabajo, y no voy a seguir discutiéndolo contigo. ¿Entiendes?

—No, pero no te haré más preguntas si no quieres.

—Entonces, a dormir.

Rosa se quedó boca arriba, y los minutos pasaron, y luego los cuartos de hora. Estaba tratando de coordinar las partes entre sí. Aun con lo que Drake le había dicho, el dibujo no combinaba con los colores. ¡Se preguntó qué diría Drake si se enterase de que había registrado toda la conversación de la velada!

Una imagen persistía nítidamente en su cerebro; revoloteaba sobre ella burlonamente. Al final de la larga sobremesa, el hawkinita se había vuelto gravemente hacia ella diciendo; "Buenas noches, señora de Smollett. Usted es una huéspeda encantadora".

Ella había temido desesperadamente

de sonreír en ese momento. ¿Cómo podía llamarla una huéspeda encantadora? Para él, ella sólo podía ser un horror, una monstruosidad con un mísero par de piernas y una cara demasiado estrecha.

Y además, cuando el kawkinita expresó aquella frase de urbanidad completamente absurda, ¡Drake se había puesto blanco! Durante unos instantes le brillaron los ojos, como invadidos por el terror.

Hasta entonces nunca había visto que Drake mostrara tener miedo a nada, y la imagen de ese instante de pánico puro se le quedó grabada hasta que sus pensamientos se hundieron por fin en el olvido del sueño.

CUANDO llegó a su escritorio ya eran más de las doce. Había esperado deliberadamente a que Drake y el hawkinita se fueran; pues sólo entonces pudo sacar el pequeño grabador que la noche anterior había estado escondido debajo del sillón de Drake. Rosa no abrigó intenciones de ocultárselo a su marido. Pero éste había llegado a casa muy tarde y acompañado del hawkinita, delante del cual ella no tuvo ocasión para decírselo. Más tarde, naturalmente, las cosas habían cambiado...

La colocación del grabador fué sólo una cuestión de rutina. Las afirmaciones del hawkinita y sus entonaciones necesitaban ser registradas para los estudios que luego realizarían varios especialistas del Instituto. Lo había escondido para evitar las distorsiones autoconscientes que la visibilidad del dispositivo podría provocar, y ahora no había caso de mostrárselo a los miembros del Instituto. Tendría que servir para otra misión diferente; misión más bien desagradable. Iba a servir para espiar a Drake.

Tocó la pequeña caja con los dedos y se preguntó, cosa que no tenía nada que ver con su propósito, cómo se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las arreglaría Drake ese día. El intercambio social no era, aun entonces, tan común como para que la presencia de un hawkinita por las calles dejara de congregar multitudes. Pero estaba segura de que Drake hallaría la solución. Drake siempre hallaba las soluciones.

Escuchó nuevamente los sonidos de la víspera, repitiendo los momentos interesantes. No estaba satisfecha con lo que Drake le había dicho. ¿Por qué se interesaba el hawkinita particularmente en ellos dos? Sin embargo, Drake no le mentiría a ella. Le hubiera gustado comprobarlo en el Comité de Seguridad, pero sabía que no podía hacerlo. Además, la idea la hizo sentir desleal; Drake no podía mentir de ninguna manera.

Y, después de todo, ¿por qué no iba a investigar Harg Tholan a casa de quién iba? Muy probablemente había hecho averiguaciones semejantes sobre las familias de los otros biólogos del Instituto. Era natural que tratara de elegir el lugar que fuera más agradable para sus gustos, fueran estos cuales fueren.

Y si sólo hubiera investigado a los Smolletts, ¿por qué tenía que producir eso, en Drake, el gran cambio de intensa hostilidad a profundo interés? Drake sabía cosas que evidentemente no quería decir. Sólo Dios sabía cuántas.

Sus pensamientos se revolvieron en torno a las posibilidades de intriga interestelar. Hasta ese momento, y de eso estaba segura, no había habido ningún signo de hostilidad entre las cinco razas inteligentes que por el momento se sabía habitaban la Galaxia. Todavía estaban demasiado lejos una de otra como para que pudiera haber enemistad. Aun el mero y simple contacto era casi imposible. Los intereses económicos y políticos no tenían ocasión de entrar en conflicto.

Pero esas eran solamente ideas suyas, y ella no pertenecía a la Comisión de Seguridad. Si *hubiera* conflicto, si *hubiera* peligro, si *hubiera* alguna razón para sospechar que la misión del hawkinita estaba lejos de ser una misión de paz, Drake estaría enterado.

Pero, ¿ocupaba Drake una posición tan alta en los consejos de la Comisión de Seguridad como para saber extraoficialmente los peligros involucrados en la visita del médico hawkinita? Ella siempre había creído que el puesto de él era el de un funcionario subalterno, y él tampoco había hecho ningún esfuerzo para hacerle cambiar de opinión. Sin embargo... ¿sería un cargo más importante?

Tuvo escalofríos de sólo pensarlo. Recordó las novelas de espías del siglo veinte: de la época en que todavía existían cosas tales como los secretos atómicos.

Este recuerdo la decidió. A diferencia de Drake, ella no era un policía de verdad y no tenía la menor idea de cómo trataría el tema un policía. Pero sabía cómo se hacían esas cosas en las novelas.

ACERCO un pedazo de papel y, con un movimiento rápido, dibujó una línea vertical que dividía la hoja por el medio. En una columna escribió, como encabezamiento, "Harg Tholan"; en la otra, "Drake". Bajo "Harg Tholan" escribió "de buena fe" y encerró esta frase en tres signos de interrogación. Después de todo, ¿era Tholan un doctor o más bien lo que podía denominarse un agente interestelar? ¿Qué prueba de su profesión tenía el Instituto, salvo sus propias declaraciones? ¿Era ésa la causa por la cual Drake lo había interrogado tan implacablemente acerca de la muerte por inhibición? ¿Tenía información previa y estaba tratando de pescar al hawkinita en un error?

Durante algunos instantes se quedó sin saber qué hacer; luego, poniéndose en pie, dobló el papel, se lo guardó en un bolsillo de su saco y salió de la oficina. Abandonó el edificio sin cambiar palabra alguna con los conocidos que encontró a su paso. No dejó aviso alguno en la mesa de recepción diciendo adónde iba o cuándo estaría de vuelta.

Una vez afuera, se metió apresuradamente en un tubo de tercer nivel y esperó a que pasara un compartimiento vacío. Los dos minutos que esperó le parecieron interminablemente largos. Tomó el teléfono situado junto al asiento y dijo **únicamente:**

—Academia de Medicina de Nueva York.

La puerta del pequeño compartimiento se cerró, y el sonido del viento se fué haciendo más agudo a medida que el vehículo aumentaba su velocidad.

EN las últimas dos décadas, la Academia de Medicina había sido agrandada, tanto vertical como hirizontalmente. La biblioteca, por sí sola, ocupaba toda un ala del tercer piso. Indudablemente, si todos los libros, panfletos y revistas que contenía hubieran estado impresos en su forma corriente original en vez de en microfilm, todo el edificio, con lo grande que era, no hubiera bastado para contenerlos. Aun así, Rosa sabía que ya se hablaba de limitar a los últimos cinco años las obras impresas en forma corriente, en lugar de los últimos diez, como se venía haciendo ahora.

Rosa, como miembro de la Academia, tenía entrada libre a la biblioteca. Se introdujo apresuradamente en el departamento dedicado a medicina extraterrestre y se alegró de encontrarlo vacío.

Quizás hubiera sido más atinado requerir la ayuda de algún bibliotecario, pero Rosa prefirió no hacerlo. Cuanto más tenue y delgada fuera la huella que dejase, menos probable sería que Drake la pudiera seguir.

Y así, sin ayuda, se sintió satisfecha de caminar entre los estantes mientras seguía los títulos ansiosamente con el dedo. Casi todos los libros estaban en inglés, aunque algunos también en alemán y ruso. Paradójicamente, ninguno estaba escrito en el simbolismo extraterrestre. Había un lugar especial para tales originales, pero éstos sólo estaban a disposición de los traductores oficiales.

Su dedo se detuvo. Había encontrado lo que buscaba.

Sacó del estante media docena de volúmenes y los desparramó encima de la pequeña mesa oscura. Tanteó en busca de la llave de luz y abrió el primero de los volúmenes. Se titulaba *Estudios sobre Inhibición*. Lo hojeó y luego buscó el nombre del autor. Se llamaba Harg Tholan.

Una por una, anotó las referencias mencionadas y volvió a los estantes para sacar tantas traducciones de trabajos originales como pudiera.

Pasó más de dos horas en la Academia. Cuando terminó, sabía lo siguiente: había un doctor hawkinita, llamado Harg Tholan, experto en muerte por inhibición. Tenía relaciones con la organización hawkinita de investigaciones, que mantenía correspondencia con el Instituto. Claro es que el Harg Tholan que ella conocía podía simplemente estar haciendo el papel del doctor para que la cosa sonara más real; pero, ¿qué necesidad había de ello?

Sacó el papel del bolsillo y, donde había escrito "de buena fe" entre tres signos interrogativos, agregó ahora SI, en mayúsculas. Volvió al Instituto y, a las cuatro de la tarde, estaba otra vez en su escritorio. Llamó a la control para decir que no contestaría ningún llamado telefónico y cerró con llave la puerta.

Debajo de la columna de "Harg

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tholan" escribió dos preguntas: ¿Por qué vino solo Harg Tholan a la Tierra? Dejó mucho espacio en blanco. Luego: ¿A qué se debe su interés en la Oficina de Personas Desaparecidas?

Ciertamente, el hawkinita había indicado como causa de todas sus acciones la muerte por inhibición. De lo que Rosa leyó en la Academia resultaba evidente que Tholan ocupaba el lugar principal en los esfuerzos de la Medicina del planeta Hawkin. La muerte por inhibición era allí más temida que el cáncer lo era en la Tierra. Si hubieran pensando que la respuesta podía llegar desde la Tierra habrían mandado una expedición en gran escala. ¿Era desconfianza y temor lo que les hacía mandar un solo investigador?

¿Qué había dicho Harg Tholan la noche anterior? La muerte por inhibición incidía con más fuerza en su propio planeta, que era el más cercano a la Tierra, y con menos fuerza en el más alejado de la Tierra. Añadamos a eso el hecho, implicado por el hawkinita y verificado por sus propias lecturas en la Academia, de que la frecuencia de casos había aumentado enormemente desde que se había realizado el contacto interestelar con la Tierra...

Lentamente y con renuencia, Rosa llegó a una concluión. Los habitantes del planeta Hawkin podrían haber llegado al convencimiento de que de alguna manera la Tierra había descubierto la causa de la muerte por inhibición, y la estaba desparramando deliberadamente entre los otros pueblos de la Galaxia, quizá con la intención de convertirse en el árbitro supremo del Universo. Casi con pánico rechazó esta conclusión. No podía ser; era imposible. En primer lugar, la Tierra *no haría* una cosa tan horrible. En segundo lugar, no *podría*.

En lo que a adelanto científico se refiere, los seres del planeta Hawkin eran sin lugar a dudas los iguales de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los hombres. La muerte persistía desde hacía miles de años, y sus esfuezos por combatirla habían terminado en completo fracaso. La Tierra no podía tener éxito con sus investigaciones a larga distancia de la bioquímica ajena. De hecho, hasta donde Rosa sabía, no había habido investigaciones de la patología hawkinita por parte de los biólogos y médicos terrestres.

Y, sin embargo, toda la evidencia indicaba que Harg Tholan había llegado con sospechas y había sido recibido con sospechas. Cuidadosamente, escribió bajo la pregunta "¿Por qué vino solo Harg Tholan a la Tierra?", la respuesta: "El planeta Hawkin *cree* que la Tierra provoca la muerte por inhibición".

Y entonces, ¿qué tenía todo eso que ver con la Oficina de Personas Desaparecidas? Como mujer de ciencia, las teorías que desarrollaba tenían que ser rigurosas. *Todos* los hechos debían calzar en ellas; no solamente algunos.

¡La Oficina de Personas Desaparecidas! Si era una pista falsa, introducida deliberadamente para despistar a Drake, era muy grosera, ya que Tholan la mencionó al cabo de casi una hora de discusión sobre la muerte por inhibición.

¿Quería utilizarla como oportunidad para estudiar a Drake? Si era así, ¿para [illegible]

cipal? El hawkinita había hecho averiguaciones acerca de Drake antes de venir. ¿Había venido porque Drake era un policía que tenía acceso a la Oficina de Personas Desaparecidas?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Se dió por vencida y pasó a la columna que había encabezado con la palabra "Drake".

Y allí la pregunta se escribió por sí misma, no en tinta sobre el papel, sino en caracteres mucho más visibles, dentro de su cabeza. *¿Por qué se casó conmigo?*, pensó Rosa, y se cubrió los ojos con las manos.

Se conocieron casi por accidente, cuando él se mudó, hacía como un año, a la misma casa de departamentos donde vivía ella. Los saludos amables se convirtieron poco a poco en conversaciones amistosas, y éstas, a su vez, desembocaron en cenas ocasionales en un restaurant de la vecindad. Todo había sido muy amistoso y una nueva experiencia muy excitante, y ella se había enamorado.

Cuando Drake le pidió que se casara con él, se sintió satisfecha y abrumada. En esa época tuvo muchas maneras de explicarlo. El apreciaba su inteligencia y su amistad. Era una buena chica. Haría una buena esposa, una compañía espléndida.

Había ensayado todas esas explicaciones, creyendo a medias en cada una

de ellas. Pero creer a medias no es suficiente.

No era que encontrase una falta definida en Drake como marido. Era siempre atento, bueno y gentil. Su vida de casados no tenía demasiada pasión, pero, sin embargo, satisfacía las suaves oleadas emocionales de sus treinta años largos. No tenía diecinueve. ¿Qué esperaba?

Eso era exactamente. No tenía diecinueve. No era ni hermosa, ni encantadora, ni atrayente. ¿Qué había esperado? ¿Podría haber esperado a Drake, buen mozo y vigoroso, cuyo interés en problemas intelectuales era secundario, que nunca le preguntó nada acerca de su trabajo en todos esos meses de matrimonio, ni tampoco ofreció discutir el suyo con ella? ¿Por qué, entonces, se había casado con ella?

Pero no había respuesta a tal pregunta, y ésta no tenía nada que ver con lo que Rosa trataba de resolver en ese momento. Era, se dijo con firmeza, una distracción infantil respecto de la tarea que se había propuesto a sí misma. Estaba actuando como una chica de diecinueve, después de todo, sin ninguna excusa cronológica para ello.

Se dió cuenta de que había roto la punta del lápiz, y tomó otro. En la columna de "Drake" escribió: "¿Por qué tiene sospechas de Harg Tholan?", y debajo puso una flecha que apuntaba a la otra columna. Lo que tenía escrito en ésta era una explicación suficiente. Si la Tierra estaba desparramando la muerte por inhibición, o si la Tierra sabía que se sospechaba que lo hiciera, evidentemente se estaría preparando para enfrentar eventuales represalias por parte de los extranjeros. De hecho serían las maniobras preliminares para la primera guerra interestelar de la historia. Era una explicación adecuada pero horrible.

Ahora quedaba la segunda pregunta, que ella no podía contestar. La escribió con lentitud: "¿Por qué reaccionó así Drake ante las palabras de Tholan: 'Usted es una huéspeda encantadora'?"

Trató de recordar con toda exactitud la situación. El hawkinita había hablado con tono normal; más aún, hasta amablemente; y Drake se había quedado helado al oírlo. Una y otra vez ella había puesto la grabación en ese pasaje particular. Un terráqueo lo habría dicho en el mismo tono al dejar una fiesta. La grabación no había registrado la cara de Drake; para eso ella sólo tenía la memoria. Los ojos de Drake se habían llenado de miedo y odio, y Drake era uno de esos hombres que no le tenían miedo a nada. ¿Qué es lo que había que temer en la frase "Usted es una huéspeda encantadora"? ¿Qué podía haberlo molestado? ¿Celos? Absurdo. ¿La sensación de que Harg Tholan lo había dicho sarcásticamente? Quizás, aunque no era muy propable. Ella estaba segura de que Tholan fué sincero. Se dió por vencida y puso un enorme signo de interrogación bajo la segunda pregunta. Ahora había dos, uno debajo de "Harg Tholan" y otro debajo de "Drake". ¿Podía haber conexión alguna entre el interés de Tholan por las personas desaparecidas y la reacción de Drake a una frase amable? No podía imaginarse ninguna.

Bajó la cabeza apoyándola sobre los brazos. Estaba oscureciendo, y se sentía muy cansada. Durante un tiempo, debió de estar dando vueltas por esa extraña tierra de nadie, situada entre la vigilia y el sueño, donde los pensamientos y las frases pierden el control de la conciencia y se mueven erráticamente a través de la cabeza. Pero, no importa dónde se pusieran a bailar y brincar, siempre volvían a la misma única frase: "Usted es una huéspeda encantadora". Algunas veces la oía en la voz refinada y sin vida de Harg Tholan, y a veces en el tono vibrante de Drake. En todas

ke la decía, estaba llena de amor, llena de un amor que nunca había expresado. A ella le gustaba oírlo.

SE sacudió para despertarse. El escritorio ya estaba oscuro del todo, y encendió la luz. Guiñó los ojos y luego frunció el ceño. Un nuevo pensamiento le surgió en ese entresueño vacilante. Otra frase había incomodado a Drake. ¿Cuál era? La frente de Rosa se llenó de arrugas ante el esfuerzo mental. No había sido en la velada anterior. No era nada de la conversación registrada, de manera que tenía que haber sido anterior a eso. No aclaró nada y se puso cada vez más inquieta y preocupada.

Al mirar el reloj lanzó una exclamación de asombro. Ya eran casi las ocho. Hacía rato que estarían en casa esperándola.

Pero ella no quería volver a casa. No quería enfrentarlos. Lentamente, tomó el papel sobre el cual había garrapateado sus pensamientos de la tarde, lo rasgó en pedacitos y los introdujo en el cenicero atómico que tenía sobre el escritorio. Hubo un leve resplandor y desaparecieron sin dejar trazas.

Si por lo menos quedara algo de los pensamientos que representaban.

Era inútil. Tenía que volver a casa.

NO estaban esperándola, después de todo. Al salir de los tubos al nivel de la calle, dió justo con ellos que bajaban de un giromóvil. El chófer del giromóvil miró a sus pasajeros con los ojos abiertos de asombro, y luego, sin decir nada, revoloteó hacia arriba y desapareció. Por comprensión mutua, los tres esperaron a estar dentro del departamento antes de hablar.

Rosa dijo sin interés:

—Espero que haya tenido un día agradable, doctor Tholan.

—Bastante. Fascinante y útil al mismo tiempo, creo.

—¿Tuvieron ustedes algún tiempo para comer?

Aunque Rosa no había comido, lo que menos tenía era hambre.

—Sí, por cierto.

Drake interrumpió con aire de cansado:

—Hicimos que nos enviaran el almuerzo. Sándwiches.

—Hola, Drake —dijo Rosa, dirigiéndose por primera vez a él.

Drake, casi sin mirarla, contestó:

—Hola.

El hawkinita dijo:

—Sus tomates son vegetales extraordinarios. No tenemos nada que pueda compararse con ellos en gusto. Creo que me comí dos docenas y me bebí

Cura sin dolor

Los indios sudamericanos se atrevían a realizar operaciones bastante delicadas, incluso en el cerebro. Eso les era posible porque sabían disminuir los dolores del paciente para que resistiera las largas horas que duran esas intervenciones. Todo el mundo conoce, por ejemplo, los poderes anestésicos de la coca, pero acaba de descubrirse que los jivaros, los cazadores de cabezas de las fuentes del Amazonas, conocían un anestésico aun más poderoso. Lo sacaban, y lo sacan todavía, de las hojas y semillas de una planta del género "Datura" que cultivan junto a sus casas. Un blanco, a quien los jivaros le extrajeron una bala de la pierna durmiéndolo con ese anestésico, dice que no sufrió el menor dolor, pero se quedó cuatro o cinco días ciego después de la operación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas - www.ahira.com.ar

una botella entera de un derivado del tomate.

—Ketchup —explicó Drake brevemente.

Rosa dijo:

—¿Y su visita a la Oficina de Personas Desaparecidas, doctor Tholan? ¿Le resultó útil?

—Yo diría que sí.

Rosa le daba la espalda. Siguió arreglando los almohadones de un sofá, mientras le preguntaba:

—¿En qué sentido?

—Encuentro interesante el hecho de que la gran mayoría de las personas desaparecidas sean varones. Las esposas informan generalmente de maridos desaparecidos, mientras que el caso contrario no ocurre prácticamente nunca.

—Ese no es ningún misterio, doctor Tholan —dijo Rosa—. Usted simplemente no se da cuenta de la organización económica de la Tierra. En este planeta es generalmente el varón quien mantiene a toda la familia. Es aquel a quien pagan por su trabajo, en unidades monetarias. La función de la mujer por lo común es cuidar de la casa y los niños.

—¡Supongo que ese hecho no será universal!

Drake contestó:

—Más o menos. Si usted está pensando en mi señora, ella es un ejemplo de esa minoría de mujeres que son capaces de abrirse su propio camino en el mundo.

Rosa lo miró rápidamente. ¿Estaba tratando de ser sarcástico?

—¿Lo que usted quiere implicar, señora de Smollet —preguntó el hawkinita—, es que a las mujeres, dependiendo económicamente de sus compañeros varones, les es mucho má difícil desaparecer?

—Es una manera gentil de decirlo —dijo Rosa—, pero es más o menos así.

—¿Y usted diría que la Oficina de Personas Desaparecidas de Nueva York es una muestra significativa de lo que ocurre en todo el planeta?

—Creo que sí.

El hawkinita dijo abruptamente:

—¿Y hay, entonces, alguna explicación económica para el hecho de que, desde que se ha desarrollado el transporte interestelar, el porcentaje de varones jóvenes entre los desaparecidos ha aumentado como nuca?

Esta vez fué Drake quien contestó:

—Ese es un misterio menor todavía que el otro. En nuestros días, el que escapa tiene todo el universo para esconderse. Cualquiera que quiera salirse de algún lío no tiene más que saltar dentro de la astronave más cercana. Siempre andan escasas de tripulación, no hacen preguntas, y después es imposible localizar al desaparecido, si es que realmente quiere mantenerse fuera de circulación. Y casi siempre son hombres que están en su primer año de casados.

Rosa sonrió repentinamente y dijo:

—Pero es que justamente en esa época es cuando las dificultades del hombre parecen mayores. Si sobrevive el primer año, en general no tiene necesidad de desaparecer.

Evidentemente, Drake no se divertía en absoluto. Rosa pensó de nuevo que parecía cansado y triste. *¿Por qué* insistía en llevar la carga él solo? Luego se le ocurrió que quizá tuviera que hacerlo.

El hawkinita dijo de pronto:

—¿Sería ofensivo para ustedes si desconecto durante un rato?

—De ninguna manera —contestó Rosa—. Espero que no haya tenido un día demasiado cansador. Dado que usted viene de un planeta cuya gravedad es mayor que la nuestra, temo que supongamos demasiado apresuradamente que usted debe mostrar más resistencia que nosotros.

—No estoy cansado en sentido físico —se miró durante algunos instantes las

piernas y guiñó rápidamente los ojos como signo de que le resultaba divertido—. Siempre estoy esperando que los terráqueos se caigan hacia adelante o hacia atrás en vista de su escasa cantidad de piernas. Perdónenme si me tomo demasiadas familiaridades; pero cuando usted mencionó el hecho de la menor gravedad terrestre, me pasó por la cabeza la idea de que en mi planeta dos piernas no bastarían. Pero, en realidad, esto no tiene nada que ver con lo que quería decirles. Resulta que he estado absorbiendo tantos nuevos conceptos, que siento el deseo de desconectar un poco.

Rosa sintió escalofríos. Bueno, eso era lo más que una raza podía acercarse a otra. Hasta donde habían podido averiguarlo las expediciones al planeta Hawkin, los hawkinitas poseían la facultad de desconectar de todas sus funciones corporales su mente consciente, permitiéndoles hundirse en un proceso meditativo sin perturbaciones exteriores durante períodos de tiempo que llegaban a durar hasta algunos días terrestres. Los hawkinitas encontraban agradable este proceso, hasta necesario a veces, aunque ningún terráqueo podía decir con certeza qué función cumplía.

Inversamente, nunca había sido posible para los terráqueos explicar el concepto de "sueño" a un hawkinita o a cualquier otro extreterrestre. Lo que un terráqueo llamaría dormir o soñar, el hawkinita lo vería como un signo alarmante de desintegración mental. Rosa pensó intranquila: *Esta es otra cosa en la que los terráqueos son distintos.*

El hawkinita se despidió dejando caer sus miembros anteriores de manera que tocaran el suelo en amable gesto. Drake inclinó apenas la cabeza cuando aquél desaparecía en el corredor. Oyeron que la puerta se abría y cerraba y todo quedó en silencio.

DESPUES de algunos minutos de silencio abrumador, la silla de Drake crujió al moverse él desasosegadamente. Horrorizada, Rosa le vió los labios manchados de sangre. Pensó para sus adentros: *Está metido en algún lío. Tengo que hablar con él. No puedo dejarlo ir así.*

—¡Drake! —dijo.

Drake pareció mirarla desde una distancia muy, muy lejana. Lentamente, sus ojos se enfocaron sobre ella y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Tú también das por terminado el día?

—No. Ahora estoy lista para empezar. Es el mañana de que hablaste. ¿No me vas a explicar qué pasa?

—¿De qué estás hablando?

—Anoche me dijiste que hoy me ibas a explicar. Estoy lista.

Drake frunció el ceño; sus ojos casi desaparecieron debajo de las cejas, y Rosa empezó a perder su presencia de ánimo. El dijo:

—Pensé que estábamos de acuerdo en que no me harías más preguntas sobre esta cuestión.

—Ya es demasiado tarde. A esta altura ya conozco demasiadas cosas de tu trabajo.

—¿Qué quieres decir? —gritó él, saltando sobre los pies. Luego, recobrándose, se acercó y puso sus manos sobre los hombros de ella—. ¿Qué quieres decir? —repitió en voz más baja.

Rosa mantuvo los ojos fijos en sus propias manos, que descansaban blandamente sobre la falda. Aguantó con paciencia el apretón doloroso de los dedos de Drake, y dijo lentamente:

—El doctor Tholan cree que la Tierra está desparramando a propósito la muerte por inhibición. Eso, ¿es o no es así?

Esperó. Lentamente las manos de Drake se aflojaron y él se quedó parado, las manos a los costados, la cara desconcertada y triste.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿De dónde sacaste esa idea? —preguntó.

—Es cierta, ¿no es así?

El dijo sin aliento:

—Quiero saber exactamente por qué lo dices. No juegues conmigo tontamente, Rosa; esto va en serio.

—Si te lo figo, ¿me contestarás a una pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Está desparramando la Tierra deliberadamente la enfermedad, Drake?

Drake levantó sus brazos desesperadamente.

—¡Por Dios! —se arrodilló frente a ella; tomó sus manos entre las de él, y ella pudo sentir que temblaban. Estaba forzando su voz en palabras suaves, amorosas—. Rosa querida, tienes algo que quema en tu pensamiento, y crees que puedes utilizarlo para embrollarme en una pequeña conversación conyugal. No, no te pido mucho. Dime solamente qué es lo que te hace decir eso que..., eso que acabas de decir.

—Estuve en la Academia de Medicina esta tarde. Leí algunas cosas allí.

—¿Por qué? ¿Por qué motivo?

—En primer lugar, porque parecías tan interesado en la muerte por inhibición. Y, además, porque el doctor Tholan hizo esas declaraciones de que la frecuencia de casos crecía con la cercanía de los planetas a la Tierra y con la cantidad de viajes interestelares.

—¿Y tus lecturas? —apuntó él—. ¿Qué hay de tus lecturas?

—Están de acuerdo con ello. Todo lo que pude hacer fué captar rápidamente una idea general de la dirección de sus investigaciones en las dácadas recientes. Me parece evidente, con todo, que por lo menos algunos de los hawkinitas consideran la posibilidad de que la muerte por inhibición se origina en la Tierra.

—¿Lo dicen abiertamente?

—No, o por lo menos no lo vi —lo miró sorprendida. En un asunto como éste, el gobierno tenía que estar enterado de las investigaciones hawkinitas—. ¿No conocen ustedes —preguntó suavemente— las investigaciones de los hawkinitas sobre el tema? El gobierno...

—No te preocupes por eso.

Drake se había alejado de ella y ahora volvía. Sus ojos brillaban. Dijo, como si hiciera un descubrimiento extraordinario:

—¡Pero si tú eres una experta en esto!

¿Lo era? ¿Y ahora que la necesitaba se daba cuenta de ello? Rosa respiró hondamente y dijo:

—Soy bióloga.

—Sí, ya lo sé; pero quiero decir que tu especialidad particular es el crecimiento. ¿No dijiste una vez que habías publicado trabajos sobre crecimiento?

—Podrías considerarlo así. Publiqué más de veinte trabajos sobre la relación de la "fina estructura" del ácido nucleico con el desarrollo embrionario.

—Es cierto. Tendría que haber pensado en eso —dijo él, ahogado por una nueva excitación—. Lamento haberme puesto nervioso. Dime, Rosa; tú serías tan competente como cualquier otro para darte cuenta de la dirección de sus investigaciones si lees acerca de ellas, ¿no es así?

—Bastante competente, sí.

—Entonces explícame cómo consideran ellos que se desparrama la enfermedad. Me refiero a los detalles.

—Oh, mira; eso ya es pedir demasiado. Sólo pasé algunas horas en la Academia, eso es todo. Necesito mucho más tiempo para poder responder a tus preguntas.

—Aunque sólo sea lo que tú supones, no te puedes imaginar lo importante que es.

Ella dijo, dudando:

—Naturalmente que "Revista sobre Inhibición" es un tratado fundamental en la materia. Resume todas las investigaciones realizadas dentro de la especialidad.

—¿Sí? ¿Y qué antigüedad tiene?

—Es una publicación periódica. El último volumen es de hace un año.

—¿Hay alguna mención de *su* trabajo sobre el tema? —el dedo de Drake apuntó en dirección al dormitorio de Harg Tholan.

—Más que de ningún otro. Es un trabajador muy destacado en esa especialidad. Me fijé especialmente en sus publicaciones.

—¿Y cuáles son sus teorías acerca del origen de la enfermedad? Trata de recordar, Rosa.

Ella sacudió la cabeza.

—Podría jurar que él le hecha la culpa a la Tierra, pero admite que no saben nada acerca de cómo se desparrama la enfermedad. Podría jurar eso también.

Drake quedó tieso delante de ella. Sus fuertes manos se crispaban a sus costados y sus palabras eran apenas un murmullo.

—Podría ser una cuestión de simple sobreestimación. Quién sabe... —caminó hacia la puerta—. Lo voy a averiguar ahora mismo, Rosa. Gracias por tu ayuda.

Ella corrió tras él.

—¿Qué vas a hacer?

—Preguntarle algunas cosas —dijo revolviendo los cajones de su escritorio. Su mano derecha desapareció. Volvió a aparecer apretando un revólver lanzaagujas.

—¡No, Drake! —gritó ella.

El la apartó con rudeza y se volvió hacia el corredor rumbo a la habitación del hawkinita.

ABRIO de un manotazo la puerta y entró. Rosa estaba pegada a sus talones, tratando todavía de sujetarle el brazo; pero ahora se detuvo y miró a Harg Tholan.

El hawkinita estaba parado sin moverse, los ojos desenfocados, con sus cuatro piernas principales extendidas y abiertas en la máxima amplitud posible. Rosa se sintió avergonzada de la intrusión, como si estuvieran violando un rito íntimo. Pero Drake, sin ninguna preocupación aparente, caminó hasta pocos pasos de la criatura y allí se detuvo. Estaban frente a frente, manteniendo Drake el revólver de agujas a la altura del torso del hawkinita.

—Ahora, quieta —ordenó—. El se dará cuenta poco a poco de mi presencia.

—¿Cómo lo sabes?

La respuesta fué corta:

—Lo *sé*. Sal de aquí.

Pero ella no se movió, y Drake estaba demasiado absorto para prestarle atención.

El centro de la Tierra

CADA vez que nuestro planeta da una vuelta completa alrededor de su eje, transcurre un día. Pero se sabe desde hace tiempo que los días no son todos de idéntica duración. Hay pequeñas irregularidades que se han medido a plena satisfacción y acuerdo de todos los geólogos, pero cuya explicación no se conoce. La última teoría, emitida por el geofísico inglés Runcorn, supone que en el centro de la Tierra hay tremendas corrientes y remolinos causados por diferencias de las altísimas presiones y temperaturas que allí reinan. Esas corrientes en torbellino serían capaces no sólo de hacer variar la velocidad de rotación de la Tierra, sino su campo magnético, que, como es sabido, también cambia constantemente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Algunas partes de la piel del hawkinita comenzaron a temblar levemente. Era más bien repulsivo y era preferible no mirar. Drake dijo repentinamente:

—Está bien así, doctor Tholan. No trate de conectar ninguna de las piernas. Sus órganos sensoriales y caja vocal serán suficientes.

La voz del hawkinita sonó muy tenue:

—¿Por qué invaden mi pieza de desconexión? ¿Y por qué está armado?

Su cabeza se balanceaba ligeramente sobre un torso todavía rígido. Había aceptado aparentemente la sugestión de Drake de no conectar los miembros. Rosa se preguntó cómo sabía Drake que esa conexión era posible. Ella personalmente no lo sabía.

El hawkinita habló nuevamente:

—¿Qué quiere?

—Que me conteste a ciertas preguntas —dijo Drake en el acto.

—¿Con un revólver en la mano? No voy a fomentar su descortesía hasta tal punto.

—No sólo fomentaría mi descortesía. También estaría usted salvando su propia vida.

—En estas circunstancias, la cuestión no me preocuparía mucho. Lamento, Mr. Smollet, que se comprendan tan mal en la Tierra los deberes para con los invitados.

—Usted no es invitado mío, doctor Tholan —dijo Drake—. Usted entró en mi casa bajo falsos pretextos. Tenía alguna razón para ello; algo que había planeado utilizándome a mí como herramienta. No tengo ningún empacho en invertir el proceso.

—Mejor es que dispare de una vez. Nos ahorrará tiempo.

—¿Esta usted convencido de que no contestará a ninguna pregunta? Eso, de por sí, es sospechoso. Parece que considera que ciertas cuestiones son más importantes que su vida.

—Considero que los principios de cortesía son muy importantes. Usted, como terráqueo, puede no entender.

—Quizá no. Pero yo, como terráqueo, entiendo una cosa.

Drake saltó hacia adelante antes de que Rosa pudiera gritar, antes de que el hawkinita pudiera conectar sus miembros. Cuando brincó hacia atrás, aferraba la manguera flexible del cilindro de ácido cianhídrico de Harg Tholan. En el extremo de la ancha boca del hawkinita, donde había estado fijada la manguera, unas gotas de líquido incoloro manaban babosamente de una rajadura en la áspera piel, y se solidificaban lentamente al irse oxidando en unos glóbulos marrones con aspecto de jalea.

Drake tiró de la manguera y el cilindro se desprendió del costado del hawkinita. Dió vuelta a la manivela que controlaba la válvula en el extremo del cilindro, y el pequeño silbido cesó.

—Dudo —dijo Drake— que haya escapado la cantidad suficiente como para ponernos en peligro. Espero, sin embargo, que se dé cuenta de lo que le va a suceder *ahora*, si no contesta las preguntas que le voy a hacer... y las contesta de tal manera que yo comprenda que está diciendo la verdad.

—Devuélvame mi cilindro —dijo con lentitud el hawkinita—. Si no, tendré que atacarlo, y usted se verá obligado a matarme.

Drake retrocedió un paso.

—De ninguna manera. Atáqueme y yo le disparo a las piernas. Las va a perder; las cuatro si es necesario; pero va a seguir viviendo de una manera horrible. Va a vivir para morir por falta de ácido cianhídrico. Va a ser una muerte poco agradable. Yo soy terráqueo y no soy capaz de apreciar sus verdaderos horrores, pero usted puede, ¿no es cierto?

La boca del hawkinita estaba abier-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

temblaba en su interior. Rosa quería terminar; quería gritar: *¡Drake, devuélvele el cilindro!*; pero no dijo nada. Ni siquiera podía volver la cabeza.

—Creo —dijo Drake— que tiene usted alrededor de una hora para responderme, antes de que los efectos sean irreversibles. Hable rápido, doctor Tholan, y le devolveré el cilindro.

—Y después de eso... —dijo el hawkinita.

—Después de eso, ¿qué le importa a usted? Aun cuando yo lo mate, será una muerte limpia; no por falta de ácido cianhídrico.

Algo pareció sucederle al hawkinita. Su voz volvió a ser gutural y sus palabras se confundieron como si ya no tuviera la energía de mantener su inglés perfecto.

—¿Cuáles son las preguntas? —dijo, y al hablar sus ojos siguieron el cilindro que Drake tenía en la mano.

Drake lo hacía oscilar deliberadamente, y los ojos de la criatura lo seguían..., lo seguían..., fascinados.

DRAKE dijo:

—¿Cuáles son las teorías respecto de la muerte por inhibición? ¿Por qué vino usted realmente a la Tierra? ¿A qué se debe su interés en la Oficina de Personas Desaparecidas?

Rosa esperaba con dolorosa ansiedad. Esas eran las preguntas que a ella le hubiera gustado hacer. No de esa manera, quizá; pero en el trabajo de Drake, la delicadeza y humanitarismo cedían su lugar a la necesidad. Se lo repitió a sí misma varias veces, en un esfuerzo para contrarrestar la repugnancia que le causaba lo que Drake hacía con el doctor Tholan.

El hawkinita dijo:

—La respuesta apropiada llevaría más tiempo que la hora que me queda. Usted me ha afrentado amargamente obligándome a hablar bajo tortura. En mi planeta usted no podría haberlo hecho bajo ninguna circunstancia. Es solamente aquí, en este repugnante planeta, donde son capaces de dejarme sin ácido cianhídrico.

—Está malgastando su hora, doctor Tholan.

—Al final de todo, yo iba a decírselo a usted, Mr. Smellett. Necesitaba su ayuda. Por eso vine aquí.

—Todavía sigue sin contestar mis preguntas.

—Las voy a contestar inmediatamente. Durante años, además de mi trabajo científico regular, he estudiado por mi cuenta las células de los enfermos que sufrían la muerte por inhibición. He tenido que trabajar en el mayor secreto y sin la menor ayuda, dado que los métodos que utilizaba para investigar a mis pacientes eran muy mal considerados por mi gente. Su sociedad tendría los mismos sentimientos frente a la vivisección humana, por ejemplo. Por esta razón, no podía presentar los resultados que pudiera obtener a mis colegas médicos hasta que hubiera verificado todas mis teoría aquí en la Tierra.

—¿Cuáles eran sus teorías? —inquirió Drake. Sus ojos se habían puesto nuevamente febriles.

—A medida que progresaba en mis experimentos se me fué haciendo cada vez más evidente que toda la dirección de la investigación estaba completamente equivocada. Físicamente no había solución alguna al misterio. La

---

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Pregunta Nº 1: C. — ***Pregunta Nº 2:*** C. — ***Pregunta Nº 3:*** D. — ***Pregunta Nº 4:*** E. — ***Pregunta Nº 5:*** C. — ***Pregunta Nº 6:*** A. — ***Pregunta Nº 7:*** E. — ***Pregunta Nº 8:*** B.

muerte por inhibición era una enfermedad puramente mental.

Rosa interrumpió:

—¿No querrá usted decir psicosomática, doctor Tholan?

Una película delgada y de color gris transparente había cubierto los ojos del hawkinita. Ya no los seguía mirando.

—No, señora de Smollett —dijo—; no es psicosomática. Es una verdadera enfermedad mental; una infección mental. Mis pacientes tenían dos personalidades. Por debajo de aquella que les pertenecía naturalmente, había evidencia de *otra*..., de una *extranjera*. Trabajé con pacientes de otras razas diferentes a la mía, y sucedía lo mismo. En resumen, no hay cinco razas inteligentes en la Galaxia, sino seis. Y la sexta es parásita.

—¡Eso es imposible! —dijo Rosa—. Usted tiene que estar equivocado, doctor Tholan.

—No estoy equivocado. Hasta que llegué a la Tierra, pensé que pudiera estarlo; pero mi estada en el Instituto y mis investigaciones en la Oficina de Personas Desaparecidas me convencieron de lo contrario. ¿Qué tiene de imposible el concepto de inteligencia parásita? Inteligencias como ésas no dejan residuos fósiles, siendo su sola función la de nutrirse de alguna manera de las actividades mentales de las otras criaturas. Uno puede imaginarse un parásito como ése, a través del curso de millones de años, quizá, perdiendo todas las porciones de su ser físico salvo las necesarias para seguir subsistiendo; así como la lombriz solitaria (para citar un ejemplo de sus parásitos físicos terrestres) perdió todas las funciones individuales salvo la de reproducción. En el caso de la inteligencia parásita, todos los atributos físicos se habrían perdido finalmente. Habría terminado por ser nada más que mente pura, viviendo de alguna manera mental que no podemos concebir, sobre las mentes de otros; particularmente sobre las mentes de los hombres.

—¿Por qué los hombres especialmente? —preguntó Rosa.

DRAKE se mantenía apartado, sin hacer más preguntas. Aparentemente se contentaba con dejar hablar al hawkinita.

—¿No sospechaban que la sexta inteligencia era nativa de la Tierra? La humanidad ha vivido desde sus comienzos con ella, se ha adaptado a ella, no tiene conciencia de ella. Esa es la causa por la cual las especies superiores de animales terrestres, incluyendo al hombre, no crecen después de llegar a la madurez y mueren finalmente de lo que se llama muerte natural. Es el resultado de esta infección universal de parásitos. Esa es la causa de que ustedes duerman y sueñen, dado que es entonces cuando la mente parásita se alimenta; y ustedes tienen alguna conciencia de ello, quizá. Por eso, entre las inteligencias, solamente la terrestre es inestable. ¿En qué otro lado de la Galaxia se encuentran desdoblamientos de personalidades u otras manifestaciones parecidas? Después de tanto tiempo, todavía hoy se presentan algunas mentes humanas visiblemente dañadas por el parásito. De alguna manera, estas mentes parásitas pudieron atravesar el espacio. No tenían limitaciones físicas. Podían moverse entre las estrellas en lo que correspondería a un estado de vida latente. Por qué lo hicieron por primera vez, no lo sé; probablemente nadie lo sepa nunca. Pero una vez que ésas descubrieron la presencia de otras inteligencias en otros planetas de la Galaxia, hubo una pequeña corriente estable de inteligencias parásitas que se abrían paso a través del espacio. Nosotros debemos haber sido un bocado exquisito para ellas, porque, de lo contrario, no hubieran luchado tanto para alcanzarnos. Supongo que muchas habrán fracasado en su intento, pero para las que llegaron valió la pena. Pero nosotros no hemos vivido con esos parásitos durante los millones de años que los hombres y sus antecesores lo han hecho. No nos hemos adaptado a ellos. Los individuos débiles no han sido eliminados gradualmente a través de cientos de generaciones hasta que sólo aquellos capaces de resistir han quedado. Así, donde los terráqueos podían sobrevivir a la infección por muchas décadas, con poco daño, nosotros moríamos rápidamente en menos de un año.

—¿Y es ésa la causa por la cual la frecuencia ha aumentado desde que comenzó el tránsito interestelar entre la Tierra y los otros planetas?

—Sí.

Durante algunos instantes hubo silencio, y luego el hawkinita dijo con súbito acceso de energía:

—Devuélvame mi cilindro. Ya tuvo su respuesta.

Drake dijo fríamente:

—¿Qué hay de la Oficina de Personas Desaparecidas? —estaba haciendo oscilar nuevamente el cilindro de ácido cianhídrico; pero ahora el hawkinita no siguió sus movimientos. La película gris transparente que cubría sus ojos se había hecho más gruesa, y Rosa se preguntó si era solamente una expresión de tristeza, o consecuencia de la falta del ácido cianhídrico. El hawakinita dijo:

—Así como nosotros no estamos bien adaptados a la inteligencia que infecta a los hombres, tampoco ella está adaptada a nosotros. Puede vivir entre nosotros, incluso parece preferirlo, pero no puede reproducirse tomándonos a nosotros solamente como fuente de vida. La muerte por inhibición no es directamente contagiosa entre nuestra gente.

Rosa lo miró con creciente horror.

—¿Qué quiere usted implicar, doctor Tholan?

—El terráqueo sigue siendo el huésped principal para el parásito. Un terráqueo, si habita nuestro planeta, puede infectar a uno de nosotros. Pero el parásito, una vez que se ha localizado en una inteligencia de los planetas exteriores, debe volver de alguna manera a algún terráqueo, si es que quiere reproducirse. Antes de los viajes interestelares, eso era posible solamente volviendo a atravesar el espacio, y por tanto la frecuencia de casos era muy pequeña. Ahora nos infectamos y volvemos a infectar mientras los parásitos vuelven a la Tierra y regresan a nosotros por vía de los hombres que viajan a través del espacio.

Rosa dijo desmayadamente:

—Y las personas desaparecidas...

—Son los huéspedes intermediarios. No conozco exactamente el proceso mediante el cual se realiza todo el ciclo. Las mentes terrestres masculinas parecen más adecuadas para sus propósitos. Usted recordará que en el Instituto se me informó que el promedio de vida del macho humano es tres años menor que el de la hembra. Una vez que se ha realizado la reproducción, el macho infectado parte en una nave espacial hacia otros mundos. Desaparece.

—Pero eso es imposible —insistió Rosa—. ¡Lo que usted dice significa que la mente parásita puede controlar las acciones de su huésped! Eso no puede ser, porque de lo contrario nosotros habríamos notado su presencia.

—El control, señora de Smollett, puede ser muy sutil y hasta puede ejercerse solamente durante el período de reproducción activa. Simplemente pienso en la Oficina de Personas Desaparecidas. ¿Por qué desaparecen los hombres jóvenes? Ustedes tienen explicaciones económicas y psicológicas, pero no son suficientes... Pero ya me siento demasiado mal y no puedo hablar mucho tiempo más. Sólo me resta una cosa que decir. En el parásito mental

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mi pueblo y el de ustedes tienen un enemigo común. Los hombres tampoco necesitarían morir involuntariamente, si no fuera por él. Pensé que si no podía volver a mi planeta con el descubrimiento que había hecho, debido a los métodos no ortodoxos que había utilizado, podía entregarlo a las autoridades terrestres y pedirles su ayuda para eliminar la amenaza. Imagínense mi placer cuando me enteré de que el esposo de una de las biólogas del Instituto era miembro de uno de los cuerpos de investigación más altos de la Tierra. Naturalmente, hice todo lo posible para ser invitado a su casa, de manera que pudiera quizá tratar con él la cuestión privadamente, convencerlo de la terrible verdad y utilizar su posición para ayudar en la lucha contra los parásitos. Esto, naturalmente, es ahora imposible. No puedo culparlos demasiado. Como terráqueos, no se puede esperar que entiendan la psicología de mi pueblo. Con todo, quizá entiendan esto: no puedo tener más trato con ustedes. No podría soportar incluso seguir viviendo en la Tierra.

—Por consiguiente —dijo Drake—, usted es el único entre toda su gente que conoce su teoría.

—Yo soy el único.

Drake alargó el cilindro.

—Su ácido cianhídrico, doctor.

EL hawkinita lo agarró desesperadamente. Sus ágiles dedos manipularon la manguera y la válvula con la mayor delicadeza. En el espacio de diez segundos la había puesto en su lugar y estaba inhalando el gas a grandes bocanadas. Sus ojos recobraban la claridad y transparencia.

Drake esperó hasta que la respiración del hawkinita se normalizó, y luego, sin cambiar de expresión, levantó su revólver lanzaagujas y disparó. Rosa gritó. El hawkinita permaneció de pie. Sus cuatro miembros posteriores eran incapaces de doblarse, pero su cabeza quedó colgando y de su boca repentinamente fláccida se desprendió la manguera. Otra vez Drake cerró la válvula, puso el cilindro al costado y se quedó parado sombríamente, mientras miraba a la criatura muerta. No había ningún signo exterior de que había sido matado. La bala del revólver lanzaagujas más fina aún que las agujas de que deriva el nombre del arma, penetraba fácilmente y sin ruido en el cuerpo, explotando con efecto devastador en el interior de la cavidad abdominal.

Rosa salió corriendo y gritando de la habitación. Drake la persiguió y la agarró del brazo. Ella oyó el sonido duro y seco de la palma de la mano de él contra su cara, sin sentirla, y comenzó a sollozar quedamente.

—Ya te avisé que te mantuvieras fuera de esto —le dijo Drake—. ¿Ahora qué piensas hacer?

—Déjame ir. Quiero irme. Quiero irme de aquí.

—¿Por haber hecho yo lo que era mi deber? Oíste lo que la criatura estaba diciendo. ¿Supones que yo podía dejarlo volver a su planeta para desparramar esas mentiras? Le iban a creer. ¿Y qué crees que sucedería entonces? ¿Te puedes imaginar lo que sería una guerra interestelar? El objetivo de ellos sería eliminarnos a todos para terminar con la enfermedad.

Con energía salida quién sabe de dónde, Rosa se recobró, miró firmemente a los ojos de Drake y dijo:

—Lo que el doctor Tholan decía no eran mentiras ni errores, Drake.

—Vamos, vamos; estás histérica. Necesitas dormir.

—Sé que lo que dijo es cierto, porque la Comisión de Seguridad conoce la misma teoría y sabe que es verdad.

—¿Por qué dices una cosa tan ridícula?

—Porque a ti mismo se te escapó

—Siéntate —dijo él. Ella se sentó, y él se quedó de pie, mirándola con curiosidad —. Conque me delaté dos veces, ¿eh? Has tenido un día muy ocupado en investigaciones, querida. Tienes aspectos que yo no había percibido.

Drake se sentó cruzando las piernas. Rosa pensó que sí, que había tenido un día muy ocupado. Desde donde estaba sentada podía ver el reloj eléctrico sobre la pared de la cocina; eran más de las dos de la mañana. Harg Tholan había llegado a la casa hacía treinta y cinco horas, y ahora yacía asesinado en su cuarto. Drake dijo:

—Bueno, ¿no me vas a decir qué errores cometí?

—Te pusiste blanco cuando Harg Tholan dijo que yo era una huéspeda encantadora. Huéspeda tiene dos sentidos, tú ya lo sabes, Drake. Un huésped es alguien que lleva un parásito.

—Primero —dijo Drake—. ¿Cuál fué el segundo error?

—Ese fué algo que hiciste antes de que Harg Tholan entrara aquí. Me pasé horas tratando de recordarlo. ¿Te acuerdas, Drake? Tú hablaste de lo desagradable que era para los hawkinitas mantener relaciones con los terráqueos, y yo dije que Harg Tholan era un doctor y tenía que hacerlo. Te pregunté si a los doctores humanos les resultaba particularmente divertido ir a los trópicos o dejar que los mosquitos infectados los picaran. ¿Recuerdas cómo te pusiste de molesto?

Drake rió.

—Nunca se me ocurrió que fuera tan transparente. Los mosquitos son huéspedes de los parásitos de la fiebre amarilla —suspiró—. He hecho lo posible para tenerte fuera de esto. Traté de mantener alejado al hawkinita. Traté de amenazarte. Ahora no puedo hacer otra cosa que decirte la verdad. Debo hacerlo, porque solamente la verdad... o la muerte... te mantedría quieta.

Rosa se apoyó contra el respaldo de la silla, abiertos los ojos.

Drake continuó:

—La Comisión conoce la verdad. No nos hace ningún bien. Sólo podemos hacer todo lo posible para impedir que los otros planetas se enteren.

—¡Pero la verdad no se puede esconder siempre! Harg Tholan la encontró. Lo has matado; pero otro extraterrestre hará el mismo descubrimiento, y aunque lo mates habrá otro, y otro y otro... No puedes matarlos a todos.

—Ya lo sabemos —convino Drake—. Pero no hay otra salida.

—¿Por qué? —gritó Rosa—. Harg Tholan te dió la solución. No hizo ninguna sugestión ni amenaza de guerra entre planetas. Sugirió que nos com-

Píldoras para la invulnerabilidad

HASTA ahora, la única manera efectiva de protegerse de un ataque atómico era encerrarse en un blindaje de plomo, para detener las mortíferas radiaciones X y gamma. Pero los químicos verdaderos tutores de la medicina, ya están en camino de curarnos también eso con una pastillita. El compuesto orgánico llamado cisteína protege a ratas de una dosis mortal de rayos X, y aunque todavía no ha sido probada en seres humanos, dice el descubridor de ese efecto (el doctor Patt) que no titubearía en tragarse unos gramos de cisteína si sobreviniera un ataque atómico.

En cuanto a los efectos secundarios de dosis no mortales de rayos X, como ser tendencia a las hemorragias y las infecciones, parece que se contrarrestan con otro producto orgánico: el sulfato de protamina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

binásemos con otras inteligencias para suprimir el parásito. ¡Y podemos hacerlo! Si nosotros, junto con todos los demás, ponemos todo nuestro esfuerzo en eso...

—¿Quieres decir que podemos creer en él? ¿Habla en nombre de su gobierno o en nombre de todas las razas?

—¿Podemos rehusarnos a correr ese riesgo?

—Tú no entiendes —dijo Drake acercándose a ella y tomando una de sus manos dóciles y frías entre las suyas—. Quizá parezca tonto que trate de enseñarte algo acerca de tu especialidad; pero quiero que me escuches. Harg Tholan tenía razón. El hombre, junto con sus antecesores prehistóricos, ha vivido con estas inteligencias parásitas durante un número incontable de siglos; con toda seguridad durante un período mucho mayor que la vida que se le asigna al *Homo sapiens*. En ese intervalo no sólo nos hemos adaptado a ella, sino que también dependemos de ella. Ya no es un caso de parasitismo. Es un caso de cooperación mutua. Ustedes los biólogos tienen un nombre para eso.

Ella retiró su mano.

—¿Hablas de simbiosis?

—Exactamente. Tenemos una enfermedad propia, recuerda. Es la inversa de la otra; un crecimiento no controlado. Ya se la ha mencionado como contraste de la muerte por inhibición. Bueno, ¿cuál es la causa del cáncer? ¿Cuánto tiempo hace que los biólogos, fisiólogos, bioquímicos y todos los demás han trabajado en ella? ¿Han tenido algún éxito? ¿Por qué? ¿No eres capaz de contestar por ti misma ahora?

Ella dijo lentamente:

—No, no puedo. ¿Qué quieres decir?

—Es muy lindo decir que si pudiéramos sacarnos el parásito de encima tendríamos crecimiento eterno y vida eterna con sólo quererlo, o por lo menos hasta que nos cansásemos de ser demasiado grandes o de vivir demasiado tiempo y desapareciéramos sin causar mucho alboroto. Pero, ¿cuántos millones de años hace que el cuerpo humano tuvo ocasión de crecer sin restricciones? ¿Puede volver a hacerlo? ¿La química actual del cuerpo es adecuada para eso? ¿Tiene esas sustancias apropiadas que no sé cómo se llaman?

—Enzimas —musitó Rosa.

—Sí, enzimas. Es imposible para nosotros. Si por alguna razón la inteligencia parásita, como la llama Harg Tholan, deja el cuerpo humano, o si su relación con el cuerpo humano es dañada de algún modo, entonces aparece el crecimiento, aunque no de manera ordenada. A ese crecimiento le llamamos cáncer. Y ahí está. No hay manera de sacarse el parásito de encima. Estamos juntos para toda la eternidad. Para sacudirse la muerte por inhibición, los extraterrestres deben suprimir primero toda la vida vertebrada de la Tierra. No hay otra solución para ellos, y por eso debemos evitar que se enteren, ¿entiendes?

Rosa tenía la boca seca y le era difícil hablar.

—Entiendo, Drake. Y ahora vas a tener que sacarlo del departamento.

La frente y las mejillas de Rosa goteaban de transpiración.

—A esta hora —dijo Drake— no me será difícil sacarlo del edificio. Desde este momento... —se volvió hacia ella—. No sé cuándo estaré de vuelta.

Harg Tholan era pesado. Drake tiró de él a través del departamento. Rosa se volvió angustiada; se tapó los ojos hasta que escuchó que la puerta de calle se cerraba; repitió en voz baja:

—Entiendo, Drake.

ERAN las tres de la mañana. Casi una hora había pasado desde que Rosa oyera cerrarse la puerta detrás de Drake y su carga. No sabía a dónde iba él ni qué pensaba hacer...

Allí estaba, entumecida. No tenía ningún deseo de dormir; ningún deseo de moverse. Sus ideas seguían girando en círculos estrechos, tratando de no rozar lo que sabía y no quería saber.

¡Mentes parásitas! ¿Era solamente pura coincidencia, o se trataba de alguna extraña memoria racial, alguna tradición tenue largamente sostenida, que se extendía hacia atrás a través de increíble cantidad de milenios, manteniendo vivo ese viejo mito del origen humano? Al principio, pensó para sus adentros, había dos inteligencias terrestres: dos seres humanos en el Paraíso. Y también la serpiente, que "era más sutil que cualquier bestia del campo". La serpiente infectó al hombre, y, como resultado, ella perdió sus miembros. Sus atributos físicos no eran ya necesarios. Y a causa de la infección, el hombre fué arrojado fuera del jardín de la vida eterna. La muerte entró en el mundo.

A pesar de sus esfuerzos mentales, el círculo de los pensamientos de Rosa se agrandó y volvió a Drake. Lo rechazó y volvió a él. Trató de contar números, de nombrar los objetos que estaban dentro de su campo de visión; gritó: *No, no, no...* Y volvió a él, y siguió volviendo.

Drake le había mentido. Había sido una historia plausible. Hubiera podido pasar en casi cualquier situación; pero Drake no era un biólogo. El cáncer no podía ser, como decía Drake, una enfermedad que expresaba la pérdida de habilidad para el crecimiento normal. El cáncer atacaba a los niños cuando todavía estaban creciendo; era capaz inclusive de atacar al tejido embrionario. Atacaba a los peces, que, al igual que los extraterrestres, nunca dejaban de crecer mientras vivían, y sólo morían por accidente o enfermedad. Atacaba a las plantas, que no tenían mentes y no podían servir para albergar parásitos. El cáncer no tenía nada que ver con la presencia o ausencia de crecimiento normal; era una enfermedad general de la vida, a la cual *ningún* tejido y ningún organismo multicelular podía ser inmune.

No tenía por qué haberse tomado el trabajo de mentir. No tenía que haber permitido que alguna oscura debilidad sentimental lo persuadiera de que podía evitar la necesidad de matarla. Lo diría en el Instituto. El parásito *podía* ser vencido. Su ausencia *no* tenía por qué causar el cáncer. Pero, ¿quién iba a creerle?

Rosa se tapó los ojos con las manos. Los hombres jóvenes que desaparecían lo hacían generalmente en el primer año de matrimonio. Cualquiera fuera el proceso de reproducción de las mentes parásitas, debía involucrar relación muy estrecha con otro parásito, el tipo de asociación estrecha y continua que

NUMEROS ANTERIORES
de
más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en disposición una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de $ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sería posible solamente si sus huéspedes respectivos mantenían una asociación semejante. Como sucedía con las parejas recién casadas. Y como había sucedido con ella y Drake.

Sin duda, Drake ya había estado en el planeta Hawkin. Sabía demasiado sobre las costumbres de los hawkinitas.

Sintió que sus ideas se volvían más inconexas. Iban a venir a buscarla. Iban a decir: "¿Dónde está Harg Tholan?" Y ella contestaría: "Con mi marido". Sólo que ellos dirían: "¿Dónde está su marido?" Porque él también se habría ido. Ya no la necesitaba más a ella. No regresaría jamás. Nunca lo encontrarían, porque estaría allá, en el espacio. Tendría que informar a la Oficina de Personas Desaparecidas.

Quería llorar pero no podía; tenía los ojos secos, y era doloroso.

Y luego se puso a reír sin poderse contener. Era muy gracioso. Había buscado las respuestas a tantas preguntas y las había encontrado todas. Hasta había encontrado la respuesta a la pregunta que suponía no tenía nada que ver con la cuestión.

Por fin sabía por qué Drake se había casado con ella. No había sido un matrimonio. Había sido un pretexto para una asociación de parásitos. ✦

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera S. A., Iriarte 2035 - Bs. Aires, octubre de 1953

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reserv. Correo Argentino. Franqueo a pagar. Cuenta Nº 574. Tarifa red. Conc. 4923. Reg. Nac. de la Prop. Intelect. Nº 414.547. Distribuidores: Cap. Fed. C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113. Buenos Aires.

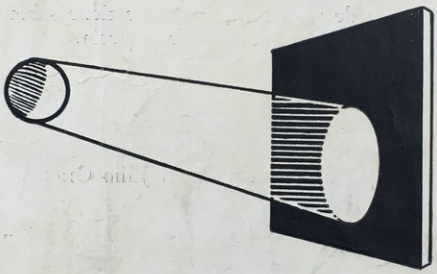
(Viene de la tapa)

ALBEDO

El albedo de un planeta mide su poder reflector: qué porcentaje de la luz solar que recibe devuelve al espacio. Albedo cero significaría que el planeta absorbe toda la luz recibida, y por lo tanto sería negro. El albedo de la Tierra no se conoce con seguridad porque aún no la hemos mirado desde el espacio. Un albedo grande hace sospechar que el planeta tiene atmósfera.

MERCURIO	7 %	JUPITER	44 %
VENUS	59 %	SATURNO	42 %
TIERRA	50 % ?	URANO	45 %
MARTE	15 %	NEPTUNO	52 %

PLUTON ..... 6 %



DENSIDAD

Todos los planetas están constituídos por los mismos elementos químicos, más o menos en las mismas proporciones. Por eso sus densidades son bastante semejantes. Los datos muy bajos de los planetas lejanos se explican porque sus volúmenes se miden incluyendo sus atmósferas, que, aunque sólidas, son muy livianas.

	(*agua* = 1)		(*agua* = 1)
MERCURIO	2,86	JUPITER	1,34
VENUS	4,86	SATURNO	0,71
TIERRA	5,52	URANO	1,27
MARTE	3,96	NEPTUNO	1,58

PLUTON ..... 5,3 ?

EN EL PROXIMO NUMERO

más allá

PUBLICARA

una excepcional novela completa

El Hombre que Vendió la Luna

por Robert Heinlein

Es ésta una obra maestra de fantasía científica, el único relato de viaje a la Luna que tiene sabor de realidad y alcances de profecía.

EN LA TAPA una maravillosa síntesis pictórica del pasado prehistórico y del porvenir interplanetario, por el artista nacional Julio Orione.

Los Planetas Gigantes

uno de los más importantes capítulos de la sensacional obra de Willy Ley, *La conquista del espacio*, con las incomparables ilustraciones de Chesley Bonestell.

UN ESPACIOTEST más entretenido que nunca, y muchos cuentos apasionantes.

MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

$ 5.-